

FRANCISCO RODRÍGUEZ TEJEDOR

MEMORIAS DEL
SAUCE
CURVO



Memorias del Sauce Curvo

Nuevo Libro Editorial

Francisco Rodríguez Tejedor

Copyright 2016 Francisco Rodríguez Tejedor

Copyright 2021 de la presente edición: Nuevo Libro Editorial.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, de acuerdo a la ley.

Índice

[Unas palabras del autor para la segunda edición.](#)
[Presentación del escritor Pedro de la Cruz](#)
[Presentación de la escritora María Narro](#)
[Presentación del escritor Faustino Cuadrado](#)
[Dedicatoria](#)
[Citas de Marguerite Yourcenar y de Gabriel García Márquez](#)
[Capítulo I El primer recuerdo. ¿Y tú qué ves?](#)
[Capítulo II ¿Que viene el “Sacamantecas”!](#)
[Capítulo III La escuela: aprendiendo a aprender.](#)
[Capítulo IV Bolas de nieve.](#)
[Capítulo V Abriendo tumbas en Los Casares.](#)
[Capítulo VI Aquel mágico resplandor.](#)
[Capítulo VII Llega la Navidad.](#)
[Capítulo VIII Hogueras hasta el cielo.](#)
[Capítulo IX El pasado y el futuro: la bola de cristal.](#)
[Capítulo X La magia del cine.](#)
[Capítulo XI Amor en el Callejón del Horno.](#)
[Capítulo XII Me quedará siempre contigo.](#)
[Capítulo XIII ¿Vamos de matanza!](#)
[Capítulo XIV Una vez hubo una guerra.](#)
[Capítulo XV La vida es cambio.](#)
[Capítulo XVI De amor, de princesas y de reinas.](#)
[Capítulo XVII ¿Que vienen los mayos!](#)
[Capítulo XVIII Buscando sujetadores para el Judas.](#)
[Capítulo XIX También queríamos saber de sexo.](#)
[Capítulo XX La importancia de los buenos maestros.](#)
[Capítulo XXI Lágrimas y buitres en el Cerro de la Fuente.](#)
[Capítulo XXII Las desgracias nunca vienen solas.](#)
[Capítulo XXIII Pepitas de oro, rayos y cohetes.](#)
[Capítulo XXIV A emigrar toca.](#)
[Capítulo XXV ¿Hasta que la muerte nos separe!](#)
[Capítulo XXVI El Corpus, las flores y las estrellas.](#)
[Capítulo XXVII El primer baile y el último verano.](#)
[EPÍLOGO. Capítulo XXVIII El sauce curvo.](#)
[Capítulo XXIX La enfermedad del olvido.](#)
[Capítulo XXX Disfrutar de los recuerdos.](#)
[Dedicatoria Final.](#)
[Nota del Autor, agradecimientos y reconocimientos.](#)
[Homenaje a la Villa del Sauce Curvo.](#)
[Presentación de Gabino Abanades, alcalde del Sauce Curvo](#)
[Frases célebres sobre la infancia.](#)
[Sobre el autor](#)
[Agradecimientos al lector y sugerencias.](#)

Unas palabras del autor para la segunda edición

Este libro será siempre inolvidable para mí. Como también lo es, según me han confesado ellos mismos, para muchos lectores que, más que leerlo, lo han vivido. O revivido, diría yo. A pesar de que sus vivencias, ni geográfica ni temporalmente coincidan en todos los casos con las del niño Germán.

Porque la vida tiene, sin duda, algo de experiencia circular. Y un tronco común para todos. Y, cuando empiezas a llegar al final, te das cuenta de que vislumbra la esquina donde nació el principio. Sí, la niñez aparece entonces como el más potente faro, cuya luz alumbra y llena de claridad toda tu experiencia vital.

Y porque, en cualquier caso, la lucha contra el olvido siempre merece la pena. Sí, porque allí, al otro lado de nuestros recuerdos, nos esperan los sueños y los deseos más profundos que constituyen la raíz de lo que hoy en día somos. Independientemente de la edad que tengamos.

Sumerjámonos, pues, en el mundo mágico y recóndito de nuestra niñez. Descorrer aquellas cortinas nos llenará el rostro de luz, también de dolor, pero mucho más de alegría.

Porque la consciencia de uno mismo, y de los que nos precedieron y nos amaron, es la primera premisa para mantener la llama, no solo de la alegría, sino del progreso y también de la esperanza.

F. R. T.

Presentación del escritor Pedro de la Cruz Gutiérrez

Ser joven, es soñar que se puede

A Francisco Rodríguez Tejedor lo conozco desde su infancia, pero las circunstancias sociales de la década de los sesenta y, particularmente, las que se dieron en pueblos como el nuestro de Sacecorbo, que él relata tan bien en este libro, nos separaron siendo él muy pequeño, hasta que el destino quiso que nos reencontráramos en el mismo sitio al cabo de muchos años. Este nuevo encuentro fue marcado por la sangre literaria que corre por nuestras venas.

Desde el primer momento que lo vi, tuve la certeza de hallarme ante una persona buena, leal, comprometida; con esa inteligencia y ese saber hacer que da el haber vivido en un mundo de dificultades superadas a base de trabajo, sacrificio, tesón y constancia.

Me ofreció su primera novela *“El día que fuimos dioses”* editada en 2011. Con esta obra disfruté como nunca lo había hecho. El malabarismo que hace este escritor con las palabras es de vértigo literario. De esta obra nació el corto de *“Victorita, Victorita...”*, interpretado por el gran actor *Imanol Arias*. Con este corto, ha conseguido un gran éxito en el mundo del celuloide. Después publicó *“Los mejores 101 momentos de amor,”* un libro sobre el amor y el desamor que nadie se lo debería perder y, ahora, irrumpe con *“Memorias del Sauce Curvo”*. Esta obra magistral, nos evoca los tiempos de cuando éramos jóvenes en la década de los sesenta, en un lugar de la Alcarria, que tanto él como yo conocemos tan bien. Pero podría haber sido, asimismo, en cualquier otra parte de nuestra sufrida y querida España.

Sin duda, el periodo de la niñez y primera adolescencia es uno de los más hermosos de la vida, indistintamente del lugar, las circunstancias y el espacio del tiempo en que te encuentres; porque es una etapa en la cual el ser humano comienza a sentir, a experimentar, a querer descubrir, a querer saber, a querer hacer, a aprender a amar. Sin darse cuenta que esté último término es el más importante de su existencia aunque, a veces, se le olvide.

Francisco, Paco, como nosotros lo conocemos, en esta nueva novela trata este periodo de tiempo con verdadera maestría, respetando a cada uno de sus personajes y sacando de ellos toda la esencia de su niñez y primera juventud. Sin duda, el marco en el cual se desarrolla la acción es uno de los más bellos, por sus matices, por sus colores, por sus perfumes, por su textura y por sus gentes, formando un conjunto completo para deleite de los sentidos.

Es una historia que te atrapa desde el primer capítulo, y que te hace revivir aquellos momentos olvidados de cuando comienzas a sentir. Y que, por ello, tanto significará a aquellos jóvenes que se acerquen a este libro, porque les hará considerar que la infancia y la juventud, en cualquier época y lugar en que se desarrollen, será el periodo más importante y maravilloso de sus vidas; y quizás, con esta obra, consigan que ese periodo esté presente cada minuto de sus días, para sentir que pueden realizar todos los sueños que se propongan.

“Porque ser joven es soñar que se puede”.

PEDRO DE LA CRUZ, nació en Sacecorbo. Ha publicado, entre otras, las siguientes obras: *“Entre el amor y la ira”* y *“Lo que ocultan las mareas”*.

Presentación de la escritora María Narro

Cuando sea grande quiero ser un niño

Quién no daría todo por volver a vivir, por volver a ser niño. El niño que nunca existió, o tal vez sí. Lleno de pureza, bondad y nobleza.

Francisco Rodríguez Tejedor, en esta preciosa novela, lo consigue de sobra. Con unos puntos de agudeza y simplicidad que te hacen soltar más de una carcajada, a la vez que se empieza a despertar la curiosidad y sorpresa del niño que el lector lleva dentro.

Sin duda, sin la menor duda, que esta pandilla de cuatreritos capitaneados por el pequeño Germán os robará el corazón. O miraréis los chorlitos de la ventana con su hermana Tere. O esquivaréis los tortazos de don Lupicinio.

Tantos y tantos personajes adorables, entrañables, mágicos, paletos, tontarras... y algunos reales. Porque del cura don Marcelo he oído hablar hasta yo. Mi madre es de Esplegares y pasé muchos veranos de mi infancia y adolescencia allí. Y discutí ni se sabe las veces con las chicas de Sacecorbo en los partidos de fútbol.

Por eso muchas de las cosas encerradas en este gran libro no me son ajenas. Ni el espliego, ni el judas, ni el frontón, ni el vocabulario: el mismo que usaba mi abuelo.

Pero han sido las *Memorias del Sauce Curvo*, las que me han hecho conocer y amar un poquito más a Sacecorbo. Porque cuando lees un libro tan cercano forma ya parte de ti.

Dicen que nunca nos hemos de anclar en los recuerdos, que estos solo nos han de enseñar e insuflar vida, y eso lo hace de maravilla Francisco Rodríguez Tejedor.

Sé que esta novela puede ser su mejor trampolín.

Suerte, maestro.

MARIA NARRO, nació en Aranzueque (Guadalajara). Ha publicado, entre otras, las siguientes obras: *"Fotos de un adiós"* y *"Las palabras del viento"*.

Presentación del escritor Faustino Cuadrado Valero

Cuando de recordar se trata (y con ello se vuelve a vivir de nuevo)

Es asunto humano, detenerse a rememorar con nostalgia las cosas vividas en nuestra niñez, y sobre todo, lo que nuestros ojos vieron por aquel entonces.

En la posibilidad del recuerdo, mantenemos la mente lúcida mientras comprobamos, cómo la vida ascendía peldaño a peldaño nuestra escalera particular y pasábamos, casi sin darnos cuenta, de un mundo pequeño, como era el pueblo que nos vio nacer, a una gran ciudad y a otro universo más complejo e impersonal. Seguramente, obligados por un convencimiento de que era lo que queríamos hacer o por la simple necesidad de hacerlo.

Ese es el mundo que nos presenta el autor en este maravilloso libro, lleno de nostalgia y amor por el entorno en el que uno se cría y que te hace regresar siempre para seguir disfrutándolo, aunque te halles lejos.

El pasado es un transcurrir ininterrumpido de imágenes que van y vienen, de fotografías a menudo incompletas. Retazos de vida que vamos poniendo al día entre todos los que vestíamos pantalones cortos y compartíamos los divertidos juegos en la calle.

Francisco Rodríguez Tejedor pasea sus recuerdos y su memoria de manera magistral por las calles y alrededores de Sacedorbo. Y nos lleva en volandas junto a los márgenes de los barrancos o por las pendientes de las colinas que rodean al pueblo.

El autor ha sido capaz de brindarnos vivencias que tan cercanas nos suenan. Aquellas que quedaron impresas en las piedras mudas de la iglesia, o en la plaza del ayuntamiento.

El pasado es eso, pasado, y sus efectos acabaron por ser unos, como podían haber sido otros bien distintos. Mas la memoria se muestra sabia y generosa cuando se sabe recuperarla y la convences de ello.

En “*Memorias del Sauce Curvo*” este autor, dotado extraordinariamente para la prosa poética y siempre auténtico, escribe para mostrarnos las raíces de nuestro pasado, para regresar a aquellos lugares en donde todo el mundo se conocía y se trataba. Porque sacar la silla al raso en las cálidas noches del verano y disfrutar de la charla y la compañía de los que se sientan en sillas como las nuestras, nunca tuvo un precio alcanzable.

Poder vivir algo, y luego, llevarlo al cajón de nuestra memoria y conservarlo por siempre, es algo mágico, es algo imprescindible si queremos sobrevivir al tiempo.

Es necesario dejar que pasen los años para que el pasado madure y, después, publicarlo a los cuatro vientos, tal y como ha hecho el autor en este libro de hermosos encuentros. Todo ello dirigido a quien pudiera haber olvidado ese sentir por un solo momento, para que recupere el bagaje que nos ha convertido en todo lo que somos, historia de Sacedorbo, su pasado, su presente y también su futuro.

De esto, y mucho más, hay en estas “*Memorias del Sauce Curvo*” evidentes muestras.

Yo nací en Madrid, pero tengo dos abuelos alcarreños que emigraron a la capital a principios del siglo XX. El recuerdo de las historias, y los momentos de los que me hicieron partícipe, llenaron mi mente de escenas inolvidables.

Y todos los sueños, anhelos y sufrimientos de la familia del niño Germán los siento de alguna

manera también como propios. Porque todo ello, de alguna manera también, es lo que me ha traído hasta aquí.

FAUSTINO CUADRADO VALERO, nació en Madrid. Ha publicado, entre otras obras: *“El último hogar que nos queda”* y *“Los amantes infinitos”*.

A todos los que una vez fueron niños con nosotros.

*Y a los mayores, que entonces nos cuidaron y nos
enseñaron todo lo que sabían.*

“No vemos dos veces el mismo cerezo, ni la misma luna sobre la que se recorta un pino. Todo momento es el último, porque cada uno de ellos es único”.

MARGUERITE YOURCENAR

“ La muerte no llega con la vejez, sino con el olvido”.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Capítulo 1

El primer recuerdo. ¿Y tú qué ves?

Una vez escribí que, sin memoria, llegado a cierta edad no eres nadie. Y hoy diría que, más adelante, sin recuerdos no eres nada. Nada es el lugar al que parece que yo me dirijo. O eso pienso a veces, sobre todo cuando me envuelve esa confusión y desgobierno que en algunos momentos pueblan mi mente. O lo que va quedando de ella.

Yo lucho contra ello como puedo. Con las armas que tengo. Las armas de un escritor son las letras y las palabras que se forman con ellas. Yo me siento en mi despacho y las busco en mi ordenador.

Sí, hoy he abierto el ordenador como todas las mañanas. Sé que en el pasado he escrito muchas historias: historias de otros personajes como yo, de muchos que ya no están, de algunos que hubieran podido estar, y de otros que solo estuvieron de paso, en la realidad o en mi imaginación. No es que yo me acuerde mucho de ello. Lo sé porque veo en mi estantería todos esos libros que he escrito, con mi nombre impreso en el lomo.

Aunque ahora ya no son importantes para mí. Como digo, ya ni me acuerdo apenas de ellos. Ni por qué los escribí, ni tampoco apenas lo que decían.

Pero mantengo la inercia del escritor. Que es: escribir, escribir y escribir. Ahora me gusta hacerlo sobre las historias que mejor recuerdo, que son las cosas de mi niñez. Dicen que les pasa mucho a los viejos. Aunque yo no lo sea tanto. A lo mejor es que tengo algo de viejo prematuro.

Así que escribo como yo recuerdo que araban los hombres cuando yo era niño.

Labrador era la profesión a la que yo estaba predestinado. Por eso la conozco tan bien. Escribo, por tanto, como hace un labrador en la Dehesa, arando un surco al lado del otro, de arriba a abajo, de abajo a arriba después, en su pedazo de tierra que es como mi hoja de papel.

Él ara la tierra, la hace profunda, fértil. Yo dejo las huellas, tan hondas y duraderas como puedo, de mis letras en el papel.

Arar, escribir, una y mil veces más. Formando como un texto vivo, línea a línea, surco a surco, en el que el escritor se dejara su existencia pegada a esa tierra, a ese texto, que le hace sentir, vivir y que, un día no muy lejano, cubrirá su cuerpo ya ausente.

Trato de recordar mi primer surco, mi primer recuerdo. Resulta curiosa la memoria del hombre que es, desde luego, selectiva, subjetiva y aun caprichosa. Creo que ese primer arañazo en la tierra virgen de mi memoria no ha sido siempre el mismo. Inclusive, cuando era joven, me era muy difícil adentrarme en el pasado y llegar al lugar recóndito del primer recuerdo. Como si aquella juventud imperiosa me impidiera malgastar ni una sola de mis energías en algo que no fuera el inmediato presente y un poco del futuro más próximo.

¿Por qué será que, ahora, todo es tan fácil? ¿Por qué será que, en estos momentos, próximo ya a la vejez veo los colores de algo tan antiguo, con una viveza sin igual? Y no solo los veo, los siento, los percibo como si estuviera otra vez allí.

—¿Y tú que ves? —le pregunté a mi hermana Tere que, despierta, jugaba en su cama al lado de la mía.

—Yo veo, yo veo... —se hacía la interesante, mientras repasaba con el dedo el interior de la sábana que le cubría la cabeza.

Yo me impacientaba entonces, después de haber sacado la mía del embozo porque, desgraciadamente, no veía yo nada con la cara tapada con él. Si acaso solo la luz que entraba por la ventana y que atravesaba la tela blanca, llegando a mis ojos una claridad mortecina que a mí no me desvelaba secreto alguno.

—Yo veo... A ver, déjame. Déjame un momento... A ver qué veo en el cine de las sábanas blancas... Ah, sí ya lo tengo. Es maravilloso —decía mi hermana Tere poniendo una voz fascinante y misteriosa.

Yo refunfuñaba entonces. Envidioso y frustrado al mismo tiempo, porque yo no era capaz de ver nada en la sábana con la que nos tapábamos la cabeza y que, según mi hermana, en realidad era una pantalla de cine: el cine de las sábanas blancas.

—Venga, venga... ¡dímelo! ¡dímelo!!!! —le gritaba cada vez más ansioso de conocer su respuesta.

Pero ella permanecía en silencio, repasando con el dedo por el interior del embozo quién sabía qué líneas imaginarias, como si recorriera con él, bajo la tela, un exótico paisaje.

Sí, ella no me decía nada para tenerme intrigado todavía más. Jugaba conmigo. Con mi inocencia. Con mi ansiedad. Como quizá luego yo jugaría con Pepín, que dormía ahora en su cuna en la habitación de mis padres pero que, por el momento, no me ofrecía apenas oportunidades.

—Tere..., ¡dímelo o grito!... —me rebelaba yo—. ¡Que grito..., que me pongo a gritar como un loco!

—Pues veo, veo... —todavía me retenía un poco más mi hermana Tere—. ...Me veo a mí. ¡A mí! Pero en otro sitio...

—¿En otro sitio? —le preguntaba yo, extrañado. Como si no pudiera haber otro que no fuera nuestro pueblo de donde ninguno de los dos había salido nunca—. Cuenta, cuenta... —la apremiaba yo, cada vez más ansioso.

Tere dibujaba con su dedo como un paisaje extraño bajo la tersa sábana.

—Hay muchos coches. Y tranvías... Y la gente lleva paraguas y lee el periódico. Se llama Madrid, Madrid... —terminó con un deje soñador.

Y dejó que su voz se apagara con un eco misterioso, un eco acolchado, bajo el blanco tejido.

—Sigue, sigue... ¡Pero no te calles ahora!

Sin embargo, ella continuó dibujando con su dedo por el interior de aquella pantalla del cine de las sábanas blancas y riéndose por lo bajo. Para interesarme. Y desquiciarme, sin duda.

Yo no sabía qué hacer. Con lo bien que se lo estaba pasando ella y yo, mientras tanto, sintiéndome frustrado y aburrido. Intenté taparme la cara con el embozo, para ver si yo también veía algo. Pero allí dentro no había nada. Aire caliente y aquella luz mortecina que entraba a su través. Nada más.

Y mira que trataba yo de imaginarme ese sitio de Madrid. Cerré un momento los ojos y me imaginé los coches, y los paraguas bajo la lluvia. Y a la gente sentada en unas mesitas, tras los cristales, tomando café y leyendo el periódico.

Entonces yo también lo vi. Y descubrí su trampa.

Me destapé y pasé al ataque.

—Mentirosa, mentirosa... que eres una mentirosa. Yo también sé lo que es. ¡Mentirosa!

—A ver, listo, ¿es que tú has estado alguna vez en Madrid? —y sacó su cabeza, bajando la sábana que la cubría.

—Eso está en algunas hojas del calendario de mamá en la cocina. ¡Mentirosa! Tú no estás en Madrid, sino aquí conmigo en el pueblo...

Pero ella, como mayor que era, le dio rápidamente la vuelta a la situación.

—Pues claro que estoy aquí contigo, mocosito. ¿Dónde iba a estar si no?. Pero... —y volvió a mirarme con aquella expresión fascinante y enigmática antes de taparse de nuevo con la sábana —, lo importante es dónde estarás luego, cuando seas mayor. En el futuro.

Y Tere seguía dibujando y marcando formas misteriosas bajo la tela.

—Y yo estoy allí. Vestida como una señorita. Llevo guantes y sombrero. Y zapatos de tacón... Madrid, Madrid... —volvió a susurrar con un deje soñador.

Yo me quedé varado un instante ante aquella palabra mágica que yo no sabía entonces muy bien lo que significaba, mejor dicho lo que había debajo de ella, y que mi hermana había utilizado, a mí me parecía que por primera vez de aquella manera tan especial, conmigo.

Sí, me quedé tocado un momento. Y mi hermana lo notó. Así que ahondó en la herida.

—Pero a ti no te veo... no te veo, no te veo por ningún sitio —dijo mientras recorría de punta a punta la pantalla de la sábana.

—Pues sí que estoy —reaccioné yo, casi como un acto de supervivencia.

—..Ah, sí, sí... ahora te veo. Aquí estás. Tú seguirás en el pueblo, ja, ja, ja...

Entonces yo, de repente, me sentí fatal y me puse a llorar. Era como si hubiera perdido la guerra con ella de forma total y definitiva de repente. Y ya fuera solo como una cosa ínfima y sin importancia ninguna, que no merecía estar en la pantalla del cine de las sábanas blancas.

Luego, mi hermana, que debía haber oído mis gimoteos, continuó dando a su voz un tono alegre y cariñoso.

—Germán, Germán... ¡Que sí que estás! ¡Es que te habías ido a comprar un helado...! ¡Y papá y mamá! ¡Y los abuelos! ¡Estamos todos! En Madrid, ¡Madrid...!

Continuó dibujando, aunque ahora aceleradamente, para dar cabida a toda la familia en su pantalla. Y luego descubrió de nuevo, bajando la sábana, su cara un poco juguetona, aunque también algo culpable y preocupada.

—Germán, Germán... ¡Chico, no llores! ¡Que los chicos no lloran, hombre!

Yo la miré y entonces se me pasó de repente la tristeza, pensando que iba a sacar algo a cambio.

—No llores si me dejas meterme en tu cama.

Pero no coló.

—Eso ni lo sueñes.

Aunque Tere, eso sí, dejó de jugar al juego del cine de las sábanas blancas y reparó en la ventana.

—Germán, ¿has visto los chorlitos?

Mi hermana, que tenía cuatro años más que yo, me llevaba de un sitio a otro, de una conversación a otra, a placer. Y, además, ella sabía muy bien que me gustaba mucho mirarlos.

A veces, los domingos, que nos levantábamos tarde, yo me despertaba en la cama mirando la ventana, que daba a un zaguán, donde vertían las canaleras de mi casa y de la del vecino, al que llamaban “el tío Castañas”, aunque no en su presencia, porque no le gustaba nada y lo hacía notar, sobre todo si se le escapaba a algún pequeñajo como nosotros.

Y entonces, decía yo, abría los ojos y recibía algún rayo de sol que atravesaba por entre los chorlitos que pendían de las canaleras, que me parecían entonces como estalactitas mágicas

hechas de luz y diamantes. Y, luego, los cerraba de nuevo, pero no para dormirme, sino para trasladarme a aquel mundo maravilloso lleno de brillos y de incandescencias. Todo él envuelto en el vaho y en la escarcha que se agarraba, como una segunda piel, al cristal de mi ventana.

Sí, ese fue mi primer recuerdo, sin duda. A mí me hubiera gustado que hubiera sido uno con mi madre. Entonces yo estaba loco por mi madre, la quería más que a nada ni a nadie en el mundo. Y por ella, hubiera dado yo, gustoso, mi vida.

Mi hermana Tere y yo miramos un rato los chorlitos. Yo hubiera podido contarle mil cosas de ellos, de todo lo que representaban para mí. Y de la alegría y la magia que producían en mi interior cuando los miraba, atravesados por el sol. Pero fuera porque yo era todavía muy pequeño o porque tenía, y he tenido siempre, una fluidez verbal mucho menor que ella, el caso es que no podía articular palabra. Ni, por supuesto, jugar como ella lo había hecho conmigo con su “cine de las sábanas blancas”.

Tal vez por eso, mucho más adelante, me hice yo escritor. Para dar rienda suelta a todo aquel mundo interior que se me pegaba en mis cristales internos, como la escarcha lo hacía en la ventana.

Un día de aquellos me dijo Tere, desde su cama.

—Germán, Germán... despierta. Se oye gente abajo, en la cocina.

Entonces yo me desperté y agucé el oído.

Efectivamente se oían conversaciones en el piso de abajo, de varios hombres y mujeres. Aunque yo no lograba reconocer ninguna de las voces.

Tere, que siempre iba por delante de mí, me lo confirmó.

—No deben ser de aquí. ¿De dónde serán? —y me miró con sus ojos juguetones y pícaros.

Yo me encogí de hombros. La verdad es que estaba medio dormido todavía.

—A lo mejor son de Madrid. ¡Madrid...! —añadió mi hermana.

Se veía que a mi hermana Tere en aquellos días lo único que le interesaba era lo que tenía que ver con Madrid.

—¡Vamos a vestirnos! —gritó con una alegría contagiosa pero, como yo no mostrara mucho entusiasmo, añadió con toda la capacidad de seducción que tenía—. ¡A lo mejor nos han traído algún regalo, algún coche para ti, de esos de carreras...!

Mi hermana Tere sabía convencerme muy bien y llevarme por donde ella quería.

Pero cuando nos levantamos para vestirnos, yo observé que ella ya tenía su ropa puesta. Ella se percató de que yo me había dado cuenta. Y se explicó con la naturalidad que la caracterizaba.

—Me desperté y me levanté. Pero una vez vestida me entró otra vez el sueño y me volví a meter en la cama.

A mí me pareció de lo más normal. Me pasaba a mí también muchas veces.

Me vestí rápidamente y bajamos la escalera sin hablar. Y sin hacer ningún ruido.

De repente, sonó una música extraña. Como si hubiera una orquesta allí abajo.

Yo me quedé sorprendido. Iba a decir algo pero mi hermana me cortó poniendo el índice en sus labios.

—¡Schhhhh!

Y, como por arte de magia, la música cesó y volvieron las conversaciones. Estaban hablando de Navidad, eso estaba claro. De turrónes y de la lotería. Y la música me había parecido la de un villancico. Pero hasta tenía dudas de que alguna vez hubiera sonado y no fuera sino una

alucinación mía, producto de que no llegaba a estar todavía totalmente despierto.

Por fin llegamos abajo. Mi madre estaba en la cocina preparando el desayuno. Se veía en el fuego la gran cazuela de leche y la nata que la coronaba, formando una gruesa capa de espuma. Pero allí no había nadie más.

Mamá me sonrió y yo corrí a darle un beso. Pero Tere me había agarrado del jersey diciéndome.

—¡Aquí no hay nadie! ¡Vamos al comedor!

Mi madre la apoyó.

—Luego, Germán, luego... —y me mandó un beso ella poniendo sus dedos en su boca y, después, lanzándolo al aire.

Salimos de la cocina y llegamos al comedor que era la habitación contigua. Allí debía estar toda aquella gente. Se oían muy nítidas las conversaciones. Aunque yo no sabía muy bien de lo que hablaban. No era, desde luego, ningún tema habitual del pueblo. Y hablaban sin interrumpirse, guardando cada uno su orden.

Tere me miró. Tenía un brillo especial en sus ojos. Y luego empujó la puerta.

Yo, no sé por qué, me puse detrás de ella. Me daba un poco de miedo encontrarme con toda aquella gente a la que no conocía.

Aunque, cuando entramos, Tere se hizo a un lado y me quedé, como desnudo, frente a todos aquellos desconocidos.

Pero, cuál sería mi sorpresa, al ver que allí no había nadie. Bueno, solo mi padre, que estaba sentado a la mesa tomándose una copa de anís con unas galletas rellenas de vainilla.

Miré por todos los lados atónito. Hasta que mi padre abrió sus brazos y me acogió y me sentó en sus rodillas.

—Mira, Germán, todo sale de ahí —me dijo, señalando un mueble colgado de una repisa.

Yo miré hacia allí. El mueble era como una especie de caja con unas patas de apoyo y dos mandos redondas, a modo de ruedas, a cada uno de sus lados.

Yo me quedé todavía más pasmado que antes. Hasta que Tere me aclaró.

—Es gente de Madrid —dijo con su voz cantarina, dejándome todavía más confuso si cabía.

—Que está ahí dentro —continuó—. Hablándonos a nosotros.

Yo no entendía nada.

—¿Y dónde están sus piernas? —susurré al fin ante aquel embrollo.

Era lo que estaba buscando Tere desde que me había despertado aquella mañana. Así que empezó a reírse mirando a mi padre, que también sonreía.

Yo no sabía lo que pasaba. Pero estaba claro que se estaban riendo de mí. Y además estaba asustado. Así que me entristecí de repente y empecé a llorar quedamente, a pesar de que en aquella caja ya sonaba una canción que, con el tiempo, me llegaría a gustar mucho y que empezaba así: “Yo soy aquel negrito del África tropical que, cultivando, cantaba la canción del Cola Cao...”.

Mi padre me abrazó entonces.

—Germán, Germán, es un invento, yo te lo explico ahora... Te gustará, no llores. Es una radio...

Pero Tere no pudo evitarlo.

—Llorica, llorica...

Hasta que mi padre la miró como él sabía hacerlo. Y ella se calló ipso facto.

Hoy pienso que, a pesar de que la radio y yo no tuvimos un buen comienzo juntos, sería una compañía maravillosa en todos los años siguientes. Me gustaban y me trasladaban a no se sabía

qué lejanos, pero a la vez entrañables mundos, aquellos personajes de “Matilde, Perico y Periquín” con aquellas voces que hoy sería capaz de reconocer entre un millón: las de Matilde Conesa, Pedro Pablo Ayuso y Matilde Vilariño.

Y también recuerdo de forma entrañable aquellas canciones que sabían despertar en mi corazón de niño los sentimientos que entonces llenaban mi pecho, sin dejar vacío rincón alguno y que se sostenían en las dos firmes columnas que eran mis progenitores: “Di papá” y, sobre todo, “Madrecita del alma querida”, que continuaba luego con aquel verso tan bonito: “en mi pecho yo llevo una flor...”.

Nunca habrá nada tan importante como los padres en los primeros años de nuestra vida. Eran ellos como verdaderos dioses a nuestros ojos, protectores y poderosos, a quienes recurriamos entonces para que nos solucionaran todos nuestros problemas. Y nosotros, a cambio, les dábamos un amor tan incondicional como indiscutible. Un amor que, hoy lo sabemos, no admitía parangón con ningún otro y que vivía entonces, en aquellos años, su momento de máximo esplendor.

Capítulo 2

¡Que viene el “Sacamantecas”!

Lo malo era que los padres no estaban siempre a nuestro lado. El pueblo de Sacecorbo era entonces un pueblo hacendoso. Tan hacendoso como podía serlo el que más. Porque en los pueblos, los padres estaban siempre, o casi siempre, en el campo cuidando las tierras o los rebaños de ovejas y cabras. Y los niños nos criábamos en la calle. Con un cuidado lejano de algún hermano mayor o de algún abuelo que ya fuera muy viejo.

Y teníamos que superar nuestra fragilidad de niños pequeños y desvalidos y nuestro terrible miedo a un montón de cosas: las cosas que no entendíamos, las cosas de mayores, animales grandes y pequeños que nos amenazaban, el miedo a la oscuridad, a la soledad, el miedo a no ser aceptado, a que se rieran de ti, a ser el tonto, o el inútil, o el pato, o el chistoso del pueblo. Porque todos los pueblos tendían al simplismo y a la clasificación, sin matices, de todos los miembros de su comunidad. ¡Y, ay, si caías en alguna de las casillas desfavorables! ¡Salir de allí podía ser tan difícil como hacerlo de una profunda sima!

Hoy repaso mis miedos de hombre adulto y viejo. Porque el miedo sigue instalado ahí, en nuestro interior. Como una emoción profunda e intensa que nos acompañará siempre. Y, aunque han desaparecido algunos, como los fantasmas, cuando das la luz, no dejo de pensar en ellos. En cómo nos limitan y nos aherrojan pero, también, en cómo nos protegen y nos cuidan. Superar los miedos inútiles y convivir con los necesarios debería ser asignatura obligatoria en los colegios. Pero ni entonces ni tampoco ahora, según creo, se enseña nada de esto. Así que en aquel tiempo lo aprendíamos en la calle y ahora quizá en la tele y en los móviles.

Yo vivía en la carretera, que delimitaba la linde sur del pueblo. Y, al otro lado de la misma, enfrente de las casas, tras sus tapias que los cercaban, estaban los huertos y las hileras de chopos que se criaban al lado de los barrancos y, más allá, los campos y los primeros montes que dominaban el paisaje: en un extremo, a la izquierda, por donde se perdía la carretera, lleno de bruma y lejanía, aparecía el otero de Canales, más a su derecha el Picozo, que era una montaña imperial y simbólica en el pueblo; enfrente, los montes de los Calzaizos y, a la derecha, las cumbres de la Vega, que llegaban hasta la carretera que iba a Canredondo y, luego, a Cifuentes.

De día era un paisaje lleno de colores y de luz. También de alegría, porque por aquella vía, por la carretera, llegaban al pueblo, o lo cruzaban, casi todas las personas que se acercaban al mismo.

Pero, por la noche, el único que deambulaba por allí era el “Sacamantecas”.

Yo nunca lo vi, es cierto. Aunque me lo imaginé muchísimas veces. Y corrí, sintiendo que me perseguía por detrás, otras tantas más.

El “Sacamantecas” se usaba para todo.

Que yo no dejaba de jugar en el suelo con mis amigos y no quería ir a comer, o a lavarme, o a la fuente a llenar el botijo, entonces Tere, o el tío Castañas, o quien pasara por allí en aquellos

momentos gritaba:

—¡Germán, haz caso! ¡Que si no, llamo al Sacamantecas!

Y entonces yo hacía caso ipso facto, siempre. O casi siempre.

Aunque algunas veces salía respondón. Sobre todo a mi hermana Tere.

—No me da la gana —le contestaba—. ¡Y que sepas que yo también lo llamo!

Entonces mi hermana me sacudía una torta y yo por fin lo entendía. Y obedecía, claro.

Así que yo también lo empleaba con mi hermano pequeño Pepín. Cuando se ponía pesado y no dejaba de llorar, me acercaba a él y le decía:

—Pepín, o te callas o llamo al Sacamantecas y te come crudo.

Entonces Pepín se asustaba y se ponía a llorar más fuerte todavía. Y yo no me atrevía a darle una torta de lo pequeño que era. Así que lo cogía en brazos y le decía:

—Pepín, cállate ya, hombre. Que no viene el Sacamantecas. ¡Y si viene aquí estoy yo para defenderte!

Y Pepín se callaba entonces y yo me sentía mal. Yo no me hubiera enfrentado al Sacamantecas por nada del mundo.

A veces, en los días de verano, nos quedábamos a jugar hasta tarde: al escondite o a subirnos por el tronco rugoso y lleno de recovecos del olmo que estaba en la plazuela.

Jugábamos chicos y chicas de todas las edades, todos juntos. De repente, uno de los mayores gritaba y echaba a correr como alma que llevaba el diablo.

—¡Que viene el Sacamantecas!

Y el resto de los grandullones echaba a correr también, disfrutando al ver cómo los más pequeños huíamos detrás de ellos a toda prisa. Todo el mundo desaparecía de allí en un santiamén.

A mí, una vez, me pilló subido en el olmo. Y, cuando quise reaccionar, todo el mundo se había marchado ya.

Me quedé allí solo. Lleno de oscuridad y de silencio. Sintiendo cómo las sombras se acercaban a mí.

Así que me metí en un agujero dentro de la piel del olmo y allí estuve conteniendo la respiración un buen rato y con los ojos cerrados. Como si así fuera imposible que el Sacamantecas me viera. Y, desde luego, yo a él.

Cuando vinieron todos los demás salí de mi escondite como si nada hubiera pasado.

Y seguimos jugando hasta que alguien gritó de nuevo:

—¡Que viene el Sacamantecas!

Y se repitió la liturgia de las carreras en desbandada. Yo siempre había luchado con todas mis fuerzas por no quedarme el último. Pero, a partir de aquel día, corrí, quién sabía por qué, con menos ganas.

Un día me salió una verruga encima del nudillo de un dedo. Mi madre me dijo que no me preocupara. Que se me caería y se iría como había venido.

El problema era que estaba en un sitio donde siempre acababa rozándome y haciéndome sangre. Jorge, el Peliblanco, que era un chico unos años mayor que yo, se me acercó una tarde.

—¡Mala cosa! —me dijo—. Por donde te toque la sangre te saldrán muchas más. Se te llenarán todas las manos de verrugas.

Yo odiaba las verrugas. Ya me veía con las manos siempre en los bolsillos avergonzándome de ellas el resto de mi vida.

—¿Y qué puedo hacer? —le pregunté.

—Vente conmigo —me dijo.

Fuimos a su casa, donde tenía un pozo en el corral.

Entramos y cogió de la cocina unos dientes de ajo y un cuchillo y salimos afuera de nuevo. Y allí, nos sentamos en un poyete que había también en el corral.

Me estuvo restregando el ajo por la verruga.

Luego, cada uno nos quedamos con un diente de ajo en la mano, de los que había utilizado para frotarlos contra mi verruga.

Nos situamos como a diez pasos del pozo y nos acercamos a él repitiendo:

—¡Muere, verruga taruga! ¡Ahógate en las aguas de la laguna!

Cuando llegamos al pozo, me dijo que tirara mi diente de ajo en él. Y lo observamos un momento cómo flotaba en el agua.

Yo no sabía qué decir. Al final musité:

—Pero esto no es ninguna laguna.

—Da igual —me dijo secamente. Vamos al olivo.

Había un olivo grande y viejo en el corral.

Nos pusimos también a unos diez pasos. Y repetimos de nuevo mientras nos acercábamos:

—¡Verruga, taruga! ¡Vete al árbol y conviértete en oruga!

Y él dejó su diente de ajo pegado a la piel del olivo.

Luego me dijo:

—Si se te quita me deberás obediencia eterna.

Yo la verdad es que porque se me quitara la verruga hubiera dado la vida.

—Sí... Si se me quita.

Pero no se me quitó. Y nunca más volví a hablar con el Peliblanco de ello. El Peliblanco era un chico que no hacía gavillas con los chicos de su edad. Y siempre se le veía frustrado y haciendo perrerías a los pequeños.

La verruga se me acabó quitando. Dicen que a raíz de que la mujer del tío Castañas me la rociara con agua bendita y yo rezara con ella cinco padrenuestros, mirando dentro del brocal del pozo de su corral, diciendo al final:

—¡Profundo pozo, devuélveme mi gozo!

Hombre, a mí me pareció más adecuado. Ya le había dicho al Peliblanco que lo suyo no iba a salir, porque el pozo no era una laguna.

Yo a lo que tenía un miedo terrible era a la oscuridad. Y, sobre todo, a los muertos que se me aparecían en ella.

A mí mi padre me encargaba, en aquellos mis primeros años, dos cosas al día. La primera era que ayudara a mi hermana Tere a traer el agua desde la fuente, cargando con dos botijos pequeños y, en eso, mi hermana era inflexible ante cualquier distracción o excusa por mi parte. Íbamos los dos juntitos y, a la vuelta, ella me esperaba para que yo hiciera los descansos y me cambiara los botijos de mano hasta que llegábamos a casa.

La segunda era que subiera a la cámara, o al camarote, que de ambas formas llamábamos a la última planta, la tercera, de la casa, que estaba abuhardillada y que era un auténtico cachivache de trastos y otras herramientas y enseres de labranza.

Tenía que ir hasta allí, porque también estaban los trojes, o trojas, donde se guardaba el grano recolectado para uso doméstico, que se destinaba, mayormente, para dar de comer a nuestras dos mulas, las cuales, cada noche, después de un día intenso de trabajo venían a dormir a la cuadra, que estaba situada en la planta baja.

Pues bien, yo tenía que subir hasta los trojes con el cebadero, que era como una fuente

grande y redonda, llenarlo de cebada y llevarlo a la cuadra para alimento de las mulas.

A mí aquello me daba una pereza enorme y también un cierto escalofrío. Y eso que por el día la luz entraba por un ventanuco estrecho y, aunque todo aquel espacio estaba lleno de sombras, podía uno, mal que bien, manejarse entre ellas.

Así que, casi siempre, yo me iba demorando y llegaba la noche y yo no había hecho mi recado. Mi padre, como es lógico, se enfadaba y me ordenaba que lo hiciera inmediatamente. Entonces mi madre, al verme tan apesadumbrado, me acompañaba y me daba la luz de la escalera, aunque mi padre no le dejaba subir conmigo el último tramo de la misma. Quería que lo hiciera yo solo.

La última bombilla estaba al principio del último tramo precisamente. Producía una luz mortecina que amenazaba con desfallecer y apagarse, flaca de potencia y escasa de ganas de alumbrar.

Cuando yo llegaba al final de la escalera, ya estaba por encima del nivel de la bombilla y no veía absolutamente nada. Tenía que acercarme al troje, sentarme en su barandilla o arrodillarme en el suelo, meter las manos en la cebada, que siempre estaba fría, llenar el cebadero con ellas y bajar la escalera como alma que llevaba el diablo.

Amén del riesgo de pringarme con alguna caca de gato que siempre la hacían sobre los cereales allí remansados, yo sentía un auténtico terror en aquellos instantes mientras cogía la cebada con mis manos y oía muy claramente los ruidos de la carcoma en las vigas del tejado sintiendo cómo las sombras cambiaban de posición a cada movimiento mío.

Me armaba de valor y hacía las cosas a toda velocidad y bajaba la escalera mirando cada dos por tres para atrás, con la sensación de que alguien trataba de cogerme o, cuando menos, de observarme.

Hasta que un día, algo se me cruzó entre las piernas. Era suave y se movía como una serpiente. Di un grito tremendo, solté el cebadero que cayó rodando con el grano por las escaleras y bajé las mismas de cuatro en cuatro. Mi madre me esperaba en el rellano y me abrazó. Estaba blanco.

—¡Germán, no te asustes! Ha sido el gato. ¡Morito, te he dicho que no andes por ahí! —decía mientras me alisaba el cabello y me cubría de besos.

Yo no sabía si había sido el gato o no, pero me juré a mí mismo que no volvería a subir de noche al camarote nunca más.

Y menos, cuando empecé a tener un miedo terrible, un miedo casi patológico a los muertos.

Un día estaba, ya de noche, con un chico de mi calle, Julián, sentado en un poyete al inicio de la cuesta de San Roque. Era un chico un par de años mayor que yo, pero bajo y gordito. A mí me gustaba estar con él, porque me parecía de mi misma edad.

Nos habíamos quedado un momento en silencio cuando, de pronto, Julián miró al cementerio que coronaba el final de la cuesta.

—¡Mira, Germán, los fuegos fatuos!

Yo no había oído lo de los fuegos fatuos en mi vida.

—¿Qué es eso, Julián? ¡Yo no veo nada!

Pero seguí el índice de Julián y me pareció percibir como unas luminosidades que salían por encima de las tapias del cementerio

—¿Los ves ahora? Son las almas de los muertos.

Lo dijo mientras se levantaba a toda prisa.

Y empezamos a correr cada uno a nuestra casa sin mirar atrás.

En casa se lo conté a mi padre.

—Bueno —me dijo—, yo no creo en ellos, hay quien dice que son las almas de los muertos que siguen vagando por ahí. Pero también se ven en otros sitios que no son los cementerios. Donde hay charcos y lodos, o restos de plantas y animales. Cuando se pudren emiten una serie de gases luminosos. Y eso es lo que viste.

Pero yo no acabé de quedarme tranquilo. Porque existir, existían, los fuegos fatuos. De eso no me cabía duda.

Por aquel tiempo me hice también monaguillo. Yo apenas sabía leer, pero era un chico con aspecto tierno y con la cara de ángel, que debía quedar muy bien, vestido con los roquetes. Así que mi abuela Guillermina, que era muy religiosa, habló con el cura para que me admitiera lo más rápidamente posible. Una vez que me supiera las contestaciones que había que dar al párroco en la misa, claro. En latín, por supuesto.

A ello me dediqué con aplicación los días siguientes. Mi hermana Tere me leía lo del “Confiteor Deo omnipotenti, beatae Mariae semper Virgini, beato Michaeli Archangelo, beato Ioanni Baptistae, sanctis apostolis Petro et Paulo...”, que era larguísimo, y me enseñaba cuando contestar lo del “et cum spiritu tuo” y yo me lo iba aprendiendo de memoria, repitiéndolo una y otra vez para que no se me olvidara.

Siempre había sido un chico de buena memoria, uno de mis fuertes, sin duda. Así que en pocos días me presentaron a don Marcelo, un cura a la vieja usanza, que llevaba ya muchos años en el pueblo.

Y tuve la suerte, o el infortunio, de que otro de los monaguillos, un chico ya mayor, se fuera a Madrid a trabajar con su tío electricista y, como teníamos que ser doce, como los doce apóstoles, don Marcelo tiró de la lista de reservas y allí estaba yo, que me convertí así en testigo del Señor que, en Sacedorbo, era, sin lugar a dudas, don Marcelo.

Y a los pocos días, casi sin preparación alguna, tuve que ejercitarme en mi nuevo cargo. Un tío segundo o tercero mío se puso malísimo, vamos que se moría. Y llamaron a don Marcelo para que le diera los Santos Óleos, es decir, la Extrema Unción. El último sacramento.

Acababa de anochecer y yo estaba jugando en la plaza al rescate con otros chicos y chicas de mi edad. De repente salió don Marcelo de su casa, junto con un hijo de mi tío. Todos los niños nos paramos un momento. Entonces don Marcelo miró a ver si había por allí alguno de sus doce y me vio.

—¡Germán, pasa conmigo a la sacristía! —me dijo, mientras andaba con celeridad hacia la iglesia, seguido por el hijo de mi tío Celedonio que lo seguía como alma en pena.

Así que no me quedó más remedio que alcanzarlos a los dos corriendo.

En la sacristía don Marcelo se vistió con rapidez, poniéndose el alba y el cingulo y cruzándose una estola. A mí me señaló un armario y allí cogí rápidamente un roquete de mi talla y me lo puse mal que bien.

Luego don Marcelo abrió otro pequeño armario y cogió los óleos.

A continuación salimos los tres. El resto de los niños, al verme tan importante, me envidiaba. ¡Aunque mucho menos que yo a ellos! Hacía unos días que había sido lo de los fuegos fatuos y me temía lo peor.

Llegamos a casa de mi tío Celedonio después de andar por las calles que estaban tremendamente a oscuras.

Nada más entrar en la casa, empezamos a oír los lloros y los lamentos desgarradores de mi tía Carmina y de sus otros dos hijos.

Subimos la escalera que se me hizo interminable, porque me temblaban las piernas como flanes y pensaba que, en cualquier momento, iba a caerme para atrás y entonces al que tendrían

que dar los óleos sería a mí.

Llegamos al dormitorio de mi tío Celedonio. Mi tía Carmina se aproximó y, santiguándose, le besó el anillo a don Marcelo y luego se apartó para que nos acercáramos al lecho.

Mi tío Celedonio estaba como sin sentido. Con los ojos cerrados e inmóvil. Únicamente, de vez en cuando, parecía que no podía respirar y lanzaba unos sonidos tétricos y espeluznantes. Yo lo había oído a los viejos: “Cuando te llega el gorgojo, malo. De esa ya no sales”. Y mi tío Celedonio tenía el gorgojo. Y no iba a salir de esa. Eso lo sabíamos todos.

Don Marcelo me dio, para que se la sujetara, la caja de los óleos y la abrió. A mí me temblaban las manos a más no poder. Entonces don Marcelo se apiadó de mí y me habló:

—Tranquilo, Germán, que esto no va contigo. ¡Y Dios te da fuerzas! —me dijo mientras me sujetaba con las suyas las manos para transmitirme su confianza.

Seguro que me lo dijo solo para que no se me cayeran los óleos por el suelo. Pero yo se lo agradecí.

Luego fue ungiendo la frente y las dos manos del tío Celedonio que, como si lo intuyera, no gorgojeó en todo el tiempo.

—Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad.

—Amén —contestamos todos.

De repente, cuando ya don Marcelo había cerrado la cajita de los óleos y estaba diciendo las últimas oraciones, mi tío Celedonio abrió unos ojos como platos y, después de recorrer con su mirada la de toda su familia, terminó por clavarla en mí y exclamó:

—¡Huye de la muerte! ¡Huye de la muerte, te digo!

Y, luego, cayó muerto.

Mi tía Carmina dio un grito desgarrador. Y a mí me temblaron las piernas. Más que eso. Se me doblaron allí mismo y me caí redondo al suelo. Aunque eso sí, sin soltar ni por asomo la caja de los óleos.

Cuando nos fuimos a dormir y me metió mi madre en la cama le pedí que durmiera conmigo aquella noche. Y ella me abrazó y se metió junto a mí en mi pequeño lecho.

Hasta mi hermana Tere se mantuvo en silencio. Dando muestras por primera vez, del respeto que tenía por lo que había hecho.

Pero, claro es, vinieron otras muchas noches. Y yo, a veces, tenía unas pesadillas terribles. Me veía, en sueños, huyendo de la muerte por un pasillo interminable. Corría todo lo que podía. Pero mi tío Celedonio corría más que yo y se acercaba cada vez más.

Sí, la vida en los pueblos de entonces y su reverso, la muerte, se ofrecían, abiertas en canal a todo hijo de vecino, sin importar ni edad ni condición, sin máscara, ni protección alguna.

A veces pienso que ni aquello era bueno, sobre todo para niños como yo, ni tampoco lo de ahora, donde todo se oculta y se esconde, y toda la gente vive, o malvive, medio adormecida y atontada frente al televisor, que solo da fútbol y chismorreos.

Porque el nivel de vida ha aumentado mucho, pero el nivel de felicidad sigue, a veces lo pienso, bajo el mismo rasero.

Un día se murió la Rosarín. Tenía la friolera de nueve años. Era una niña dulce y silenciosa, que te miraba quedamente con sus ojos lánguidos, como si nunca tuviera prisa. Y no parecía tenerla. Siempre con sus movimientos lentos y cadenciosos y una sonrisa casi triste en sus labios.

El carpintero del pueblo le hizo una cajita a su medida y la pintó luego de blanco. El hijo del carpintero, Angelín, que era de mi misma edad, nos invitó a verla a cuatro o cinco chicos que estábamos jugando al gua en la plaza.

—¿Queréis ver la caja de Rosarín?

—¡Claro!

Así que recogimos nuestras canicas y le seguimos encantados.

Pero cuando llegamos a la carpintería, se acababan de llevar la caja para meter en ella a Rosarín, que estaba ya expuesta encima de su camita en su casa. Y allí no dejaban pasar a los niños. Así que tendríamos que esperar a que fueran a enterrarla.

El entierro era por la tarde, después de la misa de cuerpo presente.

Yo fui a la sacristía como todos los monaguillos. Bueno, casi todos, porque siempre había alguno que estaba ayudando a su padre en el campo o en las ovejas. Cosa que ponía furioso a don Marcelo que, por la ausencia de sus acólitos, detectaba la falta al templo de sus padres, lo que le irritaba sobremanera, máxime si era domingo, fiesta de guardar o un acontecimiento tan importante y desgarrador como el que nos ocupaba.

Hubo una época en que, incluso, pasaba lista el tío a la salida de la iglesia, para bochorno de los ausentes, que quedaban así retratados como ateos o como blasfemos, vaya usted a saber. Se oyó también, yo no supe nunca si era cierto, que en determinadas festividades de renombre, como el Corpus o Viernes Santo, tenía instruido al cuartel de Cifuentes para que una pareja de la guardia civil se diera una vuelta por los campos para recoger a todas aquellas ovejas descarriadas que, a lo mejor, estaban cuidando, ellas también, de sus propias ovejas.

Pero, bueno, a lo que iba: nos reunió allí en la sacristía y nos observó uno por uno. Y, dirigiéndose a mí, después de mirarme fijamente, comentó.

—Germán, tú ayudarás esta tarde. Tú eres el más pequeño y lo lógico es que estés presente en el entierro de la pequeña Rosarín, que Dios tenga en su gloria. Te acompañará Felipe que ya tiene experiencia en estas lides.

Efectivamente, Felipe era un monaguillo veterano que debía andar ya por los catorce o quince años.

El féretro de Rosarín se instaló allí, en el centro de la iglesia, sobre una pequeña mesa vestida con un mantel negro. Resaltaba mucho la cajita blanca sobre el luto riguroso de la mesa. Pero a mí lo que me llamó más la atención fue la pequeñez de la caja en aquel templo tan enorme. Era como si Rosarín todavía resultara más pequeña, casi insignificante.

Durante la misa, yo apenas la vi, porque entonces el altar estaba de espaldas a los fieles, pero sentía su compañía, como si estuviera arrodillada también muy cerca de mí, mirando los santos del retablo con aquellos ojos suyos tan lánguidos y tan tristes.

De camino al cementerio la llevaban justo delante de nosotros y, no sé por qué, me dio por pensar que no me importaría estar con ella metido también en la caja, rodeados del cariño de todo el pueblo y convertirnos los dos en ángeles que se aparecerían luego en el sueño del resto de los niños. Porque el cuerpo de Rosarín era un muerto bueno, no como aquellos rostros crispados y deformes de gente mayor que yo veía en otros entierros y que luego se me aparecían por la noche y me causaban tantas pesadillas.

Con estos devaneos llegamos al cementerio. Yo me lo conocía muy bien porque, antes de ser monaguillo, iba con mi hermana Tere y nos lo recorríamos mientras enterraban a alguien mayor, del tipo de los que no queríamos ver. Nos gustaba detenernos en las tumbas de los niños y niñas muertos que, entonces, eran no poco frecuentes.

Mi hermana Tere leía las lápidas en voz baja: Carlos se fue al cielo el 23 de agosto de 1960 a

la edad de 8 años. Matilde se convirtió en ángel el 2 de abril de 1961 a la edad de 3 años, tus padres y hermano nunca te olvidarán. Eran unas tumbas pequeñas, con cruces blancas y angelitos alrededor. Y todas estaban llenas de flores.

Yo en lo que pensaba era en los niños que se habían muerto antes de mi edad. Lo sentía mucho por ellos, desde luego, pero también yo mismo me reconfortaba por mi suerte. Inclusive experimentaba como un extraño regocijo interior, por haber pasado ya esa barrera.

Y me impresionó muy especialmente la tumba de un chico que se llamaba Isidro, que había muerto a la edad de 6 años. Yo entonces tenía cinco años y medio y, me dio por pensar que, a lo mejor, yo también podía morirme cuando cumpliera esa edad, o inclusive antes, y estuve unos días hipocondríaco perdido, máxime cuando preguntamos a su madre de qué se había muerto y nos dijo que de un catarro mal curado. Yo por aquellos días arrastraba una tos perruna y apenas podía respirar por la nariz.

Aquel día del entierro de Rosarín llegamos hasta la tumba abierta. Había llovido y la tierra estaba embarrada y en el fondo de la misma se veía agua. Me acordé de su carita dulce y del frío que iba a pasar allí dentro Rosarín, aunque yo no podía hacer nada para evitarlo.

La pusieron sobre la misma mesita de mantel negro de la iglesia y don Marcelo, que estaba flanqueado por Felipe y por mí a la cabecera del féretro, cogió el hisopo del acetre que yo portaba en mis manos y roció de agua bendita la caja mientras rezaba unas oraciones en latín. Todo el acompañamiento contestó con Amén. Y entonces abrieron la caja para que la familia pudiera despedirse de Rosarín.

Yo desde la cabecera veía su tez absolutamente pálida y sus pestañas que me parecieron larguísimas y, sobre todo, sus manitas vestidas con unos guantes blancos, sujetando un librito de tapas de nácar de cuando la primera comunión y llevando un rosario entre los dedos.

Su madre y su padre estallaron en un llanto terrible mientras la besaban una y otra vez y no podían separarse de su hija por nada del mundo. Al final, otros familiares tuvieron que retirarlos de ella casi a la fuerza y se quedaron allí, a un lado, desolados y llorando a mares.

Se acercaron entonces dos primas de Rosarín, de unos quince o dieciséis años, con una rosa blanca cada una para depositarlas en la caja. Entonces la madre, al verlas, empezó a dar grandes gritos, mientras caía al suelo embarrado y quedaba sentada en él, mesándose los cabellos.

—¡Me la habéis matado, me la habéis matado! ¡A mi Rosarín, mi Rosarín... que era la niña más buena del mundo!

Las dos chicas echaron las rosas rápidamente en la caja y desaparecieron entre la gente, como si no fuera con ellas.

Nunca se supo a ciencia cierta qué había pasado. Rosarín había muerto de repente al entrar en una habitación de su casa, que era una especie de trastero lleno de ropas viejas y tarabancos.

Probablemente le falló el corazón. Todo el mundo decía que era una niña delicada y débil.

Pero también circuló el rumor, por un tiempo, que sus dos primas para sacudirle su sosería, estaban escondidas en el trastero y, cuando Rosarín fue a entrar en él, salieron de sus escondites vestidas de fantasmas y le arrearon tal susto a la pequeña que le dio un síncope mortal allí mismo y se fue para el otro barrio.

Luego, todo se fue olvidando y la gente dejó de hablar de ello. Y le dio por otros temas, claro. Pero yo cada vez que iba al cementerio siempre me pasaba por su tumba y le ordenaba las flores. Nunca olvidaría su carita de ángel, con aquellas pestañas tan sedosas y aquel corazón tan bueno que tenía Rosarín.

Sí, hoy pienso en Rosarín, mientras veo llover por la ventana. El agua se lleva todos los

recuerdos, todas las vidas, que desaparecen por los sumideros que llevan a la nada. Y nuestros miedos también desaparecerán un día con nosotros porque, a veces creo, que ellos y nosotros somos la misma cosa.

Tal vez sea solo que hoy estoy un poco triste. A veces me falla la memoria y no recuerdo dónde he dejado las cosas. Y, entonces, me encuentro solo y confuso, en este mundo enormemente extraño.

Y veo a la gente que viene caminando por la calle bajo sus paraguas en silencio. Sé que hay muchos que viven asustados. No hay trabajo para todos y la gente pierde sus casas. Los jóvenes no tienen destino alguno y en la tele solo dan malas noticias sobre el futuro. El miedo siempre gana la batalla.

Tal vez sea solo que hoy me acordé de Rosarín. Una niña inocente que murió de golpe. Llena de miedo, terriblemente asustada.

Capítulo 3

La escuela: aprendiendo a aprender

Hoy me han traído de Sacecorbo unos membrillos. Para que inunden de campo con su olor mi despacho, este sitio donde tengo mi ordenador y escribo todos los días en este diario de recuerdos.

Más o menos por aquella época empecé yo a ir a la escuela. En Sacecorbo al edificio de la escuela, siempre nos hemos referido en plural como “las escuelas”, por la escuela masculina y femenina que estaban adosadas la una a la otra en un solo inmueble.

Probablemente el edificio de la escuelas era el más bonito de todo Sacecorbo. Ocupaba una gran parcela en el camino de la fuente, mirando a todos los huertos de la Pontecilla, con la imagen majestuosa del gran Picozo al frente, por donde serpenteaba, llena de curvas, la carretera comarcal que iba a Canales del Ducado y a Ocentejo.

Eran dos inmuebles de dos plantas, simétricos y adosados, que ocupaban el centro de la parcela. La parte de la izquierda era el edificio de las chicas, con un jardín a la entrada lleno de lirios, yerbabuena, palma rizada, rosales con rosas de varios colores y un murete de enredadera agarrado a la balaustrada de alambrada que rodeaba toda la parcela. Había también un patio cercado donde las chicas jugaban durante el recreo al cornito, la estornija, el balón prisionero, el rescatado o rescate, el pañuelo, la maya o la jerová (también llamado jeová) y otros juegos fundamentalmente femeninos.

La planta baja la ocupaba la vivienda de la maestra y en el segundo piso estaba la escuela propiamente dicha, con una gran aula donde había pupitres para unas treinta o cuarenta niñas, iluminada por unos espaciosos ventanales que daban sobre el Picozo. Al frente estaba el encerado, la mesa de la maestra y la estufa de leña, que era el único medio de calentar aquella enorme estancia. Completaban la planta algunas pequeñas dependencias anexas y la leñera.

El edificio de los chicos era exactamente igual, aunque en el patio dominaba el juego del fútbol, también el de “a la una andó la mula” que consistía en distintos tipos de saltos sobre compañeros agachados, el gua, el tango con su hita o chito donde se colocaba dinero o chapas y el “churlos” en el que había dos equipos, uno de ellos que formaba una especie de cadena, enlazados sus miembros al meter la cabeza cada uno en las piernas del siguiente y otro que saltaba precisamente sobre esa cadena y la cabalgaba con el objetivo de que todos sus miembros pudieran montarla, para lo cual los primeros saltadores debían hacerlo cuanto más lejos mejor.

Julián, el chico con el que había visto los fuegos fatuos y que vivía en mi misma calle, pasaba un día a la altura de mi casa y le pregunté.

—Oye, Julián, ¿a dónde vas con esa cartera?

—Pues voy a la escuela, ¿por qué no te vienes conmigo?

Y sin encomendarme a nadie me fui con él.

Cuando llegamos el maestro me preguntó:

—¿Cuántas letras conoces?

—Ya sé leer —le dije—. Y también cuento hasta trillones.

—Eso está muy bien Germán. A ver, lee esto —me dijo poniéndome una página del catecismo. Me escuchó y luego continuó.

—Hoy te quedas con nosotros y luego le dices a tu padre que venga a hablar conmigo.

Y así entré en la escuela, de forma excepcional, porque todavía no tenía los seis años. A mí me habían enseñado a leer mis padres y mi hermana Tere las noches de invierno mientras estábamos alrededor de la lumbre, con el gato roncando a mi lado. Mi padre me ponía cifras de 18 números y yo las iba separando en grupos de tres en tres con un puntito y luego se las cantaba. La verdad es que todo aquello me gustaba mucho.

Y también admiraba un montón al maestro don Manuel, que estaba casado con doña Nati, que era la maestra de las chicas. La pena es que al año siguiente se fueron a otro pueblo.

De hecho, empecé a decir a todo el mundo que de mayor yo quería ser maestro. El maestro era entonces muy respetado, y estaba investido, o revestido, de una autoridad indiscutible.

—Aquí le traigo a mi hijo para que lo desasne —le decía a don Manuel, en la puerta de la escuela, el padre de Lucas, a quien llevaba medio arrastrándolo de una oreja.

A Lucas no le gustaba la escuela, sino estar matando pájaros con su tirachinas con el que tenía una puntería excepcional.

—Y si le tiene que sacudir, don Manuel, ya sabe usted, mano dura y tente tieso. Y a ti, Lucas, ya te lo he dicho, por cada torta del maestro yo te daré dos más cuando llegues a casa.

¡Eso era confianza absoluta en la enseñanza pública! Sí, señor. Entonces a los maestros no les pasaba lo que ahora, que se tienen que pelear, según me dicen, con los alumnos y, sobre todo, con sus padres.

De lo que yo no era, tal vez, consciente, era de lo poco que ganaban los maestros.

—¡Ganas menos que un maestro de escuela! —se le decía a algún desgraciado cuando no podía estar más infragado.

Así que la escuela era un sitio de orden, de estudio y de escasos recursos, empezando por el sueldo del maestro. Allí todo se confiaba al método. Un método rotundo, un método casi militar: “La letra con la sangre entra”.

¡Hombre, la sangre no llegaba normalmente al río! Pero sí a una serie de reguerillos y riachuelos afluentes y aledaños.

A ver, para empezar estaban los capones, de los que había varios tipos. Los peores eran los del nudillo del dedo medio, salido para fuera, que casi te producían un abollón en el cuero cabelludo y tenías la necesidad de rascártelo durante varias horas luego.

El tiramiento, o estiramiento, de las patillas para arriba producía un dolor incisivo e hiriente, que se trataba de evitar poniendo el penado los pies de puntillas todo lo alto que podía.

Las orejas también eran otro destino frecuente del método. Estaba el simple tirón, que era casi como “un orejón” de cumpleaños para penas leves, merecedoras solo de simples toques cariñosos de atención. Y luego, el tirón con retorcimiento del apéndice auditivo, que el sufrido alumno trataba de mitigar levantando la cabeza para acompañar el giro de la oreja.

Aunque algunos maestros, con callo y colmillo retorcido, le retorcían al tiempo al chaval, valga nunca mejor que en este caso la redundancia, la otra oreja en sentido contrario, ante lo cual no había nada que hacer, sino aguantar a que se pasara el temporal. Eso sí, cuando el dolor cesaba, quedaba luego la afrenta y el señalamiento de unas orejas granates, a veces amoratadas, que permanecían así durante horas, al tiempo que se instalaba en ellas una comezón digna de los más intensos sabañones.

Luego estaban, cómo no, las tortas. Que podían ser de frente, tipo bofetada, simple o doble, es decir en uno o en ambos carrillos, para lo cual el mejor remedio era levantar el codo y cubrirse con él el flanco en cuestión. Había verdaderos artistas en esta técnica, que conseguían que no hubiera nunca un impacto nítido en la cara, hasta que el maestro se frustraba o se cansaba y desistía. Luego estaban también los impactos por detrás llamados coscorriones o collejas. Solía ocurrir como colofón a la bronca previa. Cuando el alumno se giraba y se iba para su sitio. Tras el regaño del profesor llegaba por detrás el coscorrón con alguna advertencia final.

—¡Y no lo vuelvas a hacer más, atontado! ¡Que me tienes muy harto!

A veces era también el corolario final, precisamente, de las frustradas tortas laterales abortadas por la ágil guardia del alumno. El maestro amagaba:

—¡Anda, vete a tu sitio, que ya has tenido bastante por hoy!

Entonces, el héroe de los codos se relajaba y se daba la vuelta, sonriente y mirando a sus compañeros. Y, antes de que pudiera reaccionar, le caía un collejón por entre el cuello y la nuca que le hacía trastabillarse como un beodo camino de su asiento. Y toda su gloria anterior acababa en el pozo de los desengaños.

Y en un método de orden no debían faltar nunca las reglas. No solo las normas de cumplimiento, sino las reglas de verdad. Que eran de madera, a la vez consistente y flexible.

Los reglazos podían ser de dos tipos: sobre la palma de la mano abierta, que no dolían mucho, aunque sonaban y amedrentaban al resto de chicos un montón y los de mala leche, que se daban sobre las yemas de los dedos y las uñas, una vez que el maestro ordenaba recogerlos en cucurucho y ponerlos mirando para arriba. Eso dolía en cantidad, sobre todo a las chicas a las que gustaba dejarse las uñas largas.

Por último estaba el reglazo infame, aunque no infrecuente, que era sobre los nudillos, con las manos estiradas y las palmas boca abajo. Eso solo ocurría con los alumnos realmente chinchos, o tras alguna noche en que su mujer le hubiera dado largas al maestro o hubiera tenido con ella una gresca considerable.

Las reglas eran el instrumento ortodoxo para los correctivos físicos en la escuela, así como en casa solían ser los correazos. Del cinturón del papá, claro. Las madres solían utilizar la zapatilla, con la que daban azotes en el culo del hijo rebelde. Lo malo es que las primeras llevaban aparejadas también los segundos, en el mismo lote, como bien le había aclarado al niño Lucas su padre.

Recuerdo ahora a un niño de mi edad que, encima, tenía nombre de chiste. A Jaimito aquel día el maestro le surtió de un buen número de reglazos en ambas manos. Cuando terminó la escuela, recogió sus cosas a todo correr. Como algunos días salíamos juntos le pregunté:

—Jaimito, a dónde vas tan corriendo, ¿no me esperas hoy?

—No, Germán. Hoy tengo que llegar pronto a casa.

Yo al principio no lo entendí. El porqué de tanta prisa, quiero decir. Si en su casa en cuanto le preguntaran que qué tal en la escuela y contara lo de los reglazos del maestro le iba a caer allí, además, lo suyo. Y eso es lo que le dije:

—¿Por qué? No entiendo la prisa.

Él me contestó mientras se iba a toda pastilla.

—Quiero llegar antes de que esté mi padre. Mi madre me da más suave con la zapatilla que él con el cinturón.

Y desapareció escaleras abajo.

Sí, en la escuela las reglas se llevaban la palma. Pero, a veces, el maestro por probar otras cosas o, simplemente, porque no las tenía a mano, utilizaba otros objetos variopintos.

Recuerdo al maestro más bruto, y con mucha diferencia sobre el resto, que tuvimos.

Un tal don Lupicinio, que en gloria esté (después de una larguísima estancia en el purgatorio, quiero decir).

Pues bien, don Lupicinio, cuando estaba de espaldas a la clase escribiendo en el encerado y oía algún murmullo, se revolvía como una culebrina y, en cuanto identificaba al infractor, que lo solía hacer a bulto, le lanzaba desde allí mismo lo primero que tenía a mano, que solía ser el cepillo de borrar la tiza.

Como digo, entre la identificación a ojo de buen cubero y su mala puntería, el receptor del cepillazo solía ser un alma inocente que, además, podía tener hasta la mala suerte de que el cepillo le golpeará por el lado de la madera y no del borrador de tela propiamente dicho. Con lo que solía criar un buen chichón que era la rechifla de sus compañeros. Para más inri, en el golpeo el polvo de tiza quedaba flotando sobre él como una especie de aura punitiva que acababa poniéndole el jersey perdido y, sobre todo, que le señalaba como penado para el resto del día.

Pero una fría mañana de invierno en la que estábamos en silencio, haciendo caligrafía los más pequeños, muestras como se decía entonces, y cálculo los más mayores, don Lupicinio se pasó de la raya. Estaba el hombre, como siempre que hacía mucho frío, pegadito a la estufa y echando tarugos en ella sin parar. Entonces ocurrió.

A Lucas, que siempre era un pupas, se le cayó el tintero en el pupitre y luego éste fue rodando hasta verterse sobre los pantalones de su compañero Manolo, el cual estaba tan concentrado en sus cálculos que, al sentirse mojado, pegó un alarido de aúpa.

Don Lupicinio que, probablemente, estaba dando una cabezadita, medio atufado por el calorcillo, se despertó dando un respingo e, identificando como culpable a Manolo, que se había puesto en pie, le lanzó el tarugo que tenía en la mano. Probablemente no calculó la fuerza, medio dormido como estaba, pero el hecho es que le pegó tal tarugazo al pobre niño en un lado de la cabeza que el pobre se desplomó sobre las baldosas chorreando sangre y tinta por doquier.

El maestro se asustó sobremanera y con otros chicos mayores le estuvieron dando aire y ayudando a levantarse al pobre Manolo, que estaba como ido. Y luego le lavaron la herida con agua abundante y le pusieron un esparadrapo que fueron a pedir a la maestra, que siempre tenía cosas y cachivaches varios, para ocasiones como ésta.

Lejos de pedirle don Lupicinio disculpas al pobre chico, en cuanto se enteró de que el causante de todo era el pobre Lucas, la cogió con él y le puso la cara como un mapamundi, de tortas que le dio.

Además, si bien a Manolo no llegó a tocarle nunca más y lo halagaba y le daba coba sin parar, a Lucas no había día que no le sacudiera. Bien es cierto que ya antes de este episodio le sacudía a menudo, porque Lucas era un desastre con los estudios pero, a partir de aquello, todos los días le tocaba la rifa y, por extensión, a todos sus compañeros, que salíamos con él en corro a decirle la lección a don Lupicinio.

Por aquel entonces ocurrió en el pueblo una cosa extraordinaria que también sucedió en algunos otros lugares y de la que también se ocupó, de otra manera y referida a otro pueblo, una película muy famosa: Bienvenido Mister Marshall.

Sí, los americanos habían llegado a Sacecorbo. Además de traernos su famosa leche en polvo, iban a construir unas jaulas enormes para criar faisanes y, luego, ya en libertad, poder disfrutar cazando a estas gallináceas por los montes.

Pues bien, dentro de los actos de recibimiento y bienvenida, se acordó que un grupo de niños

y de niñas, entre los que me encontraba, deberíamos portar cada uno una banderita con cada una de las letras de la siguiente frase: “Bienvenidos a Sacecorbo”.

Como mástil de dichas banderitas se utilizaron los troncos de una brazada de mimbres de doña Urraca, que eran de primerísima calidad, los mejores del pueblo. Los escolares los estuvimos pelando para dejarlos blanquitos y también, luego, recortamos el papel para las banderitas y pintamos las letras.

Inocentes de nosotros, que no intuíamos entonces dónde acabarían yendo a parar todos aquellos palos redondos, flexibles y largos, ya despojados de sus banderas, cuando la fiesta se acabara.

Pues como habrá adivinado ya el sagaz lector, terminaron en las manos de don Lupicinio. Y, a partir de ese momento, el maestro abandonó las tradicionales reglas y empezó a utilizar los mimbres que, además, producían unos atemorizantes silbidos, al descender por el aire buscando nuestras palmas.

Como decía antes, don Lupicinio la había tomado con Lucas y con los chicos de su edad, entre los que me encontraba (probablemente para no ser acusado de centrarse exclusivamente en el pobre Lucas, a quien le tenía una tirria bereber) y todos los días, por una cosa o por otra, sufríamos todos nosotros sus mimbrazos en nuestras manos.

Hartos ya de estar hartos, sobre todo el pobre Lucas, nos devanábamos la cabeza en todo momento sobre la forma de poner fin a tamaños vergajazos.

Hasta que Lucas dio con la solución un día. Al parecer la idea provenía de su abuelo. Y estaba contrastada y bien contrastada, habiéndose utilizado también en las aulas y con rotundo éxito sesenta o setenta años antes.

Así que una mañana, antes de ir a la escuela, nos pasamos por la casa de Lucas y allí nos rociamos las manos de ajo, bien rociadas, pasándonos un diente por ellas de arriba abajo hasta que se desgastaba.

El ajo, al parecer, bloqueaba el dolor y no se sentía apenas nada y además se rompería la regla o el mimbre del maestro cuando nos golpeara.

Lucas me miró y me dijo, delante de todos:

—A ver, Germán, pon tu mano.

Yo no lo veía claro.

—¿Por qué yo?

Pero él ya me había cogido una de ellas. Además Angelín había añadido lo de siempre.

—¡No seas llorica ni cagueta!

Así que no me quedó más remedio que dejarla extendida delante de todos.

Entonces Lucas agarró un trozo delgado de tabla que tenía su madre para quemarlo en la cocina y me arreó un buen tablazo con él.

—Germán, ¿a que no duele?

Yo salí del apuro creo que hasta con ingenio.

—Yo creo que no. Que pruebe otro a ver. Por ejemplo, Angelín.

Angelín me miró un tanto pasmado mientras estiraba la mano.

—Pero dale fuerte, Lucas. ¡Como no duele...! —me consolé nada más decirlo, la verdad es que la mano empezaba a picarme.

Y Lucas se esmeró. En la fortaleza del golpe, quiero decir. Tanto que Angelín dejó escapar un grito de dolor. Aunque luego lo remedió rápidamente.

—Nada, no duele. Ha sido solo el susto —exclamó aparentemente sereno, mientras retiraba la mano que parecía medio dormida.

Entonces Jaimito, que tampoco parecía verlo claro, susurró:

—Pero la tabla no se ha roto.

Se hizo un silencio espeso. Hasta que Lucas lo quebró.

—A ver, Jaimito, atontado. ¿Es que yo soy maestro? Solo se rompe con los maestros, ¿no te digo?

Y a partir de ahí la cosa quedó meridianamente clara y nos marchamos todos a la escuela.

A última hora de la mañana había catecismo. Y don Lupicinio nos llamó, tan amable como siempre.

—¡A ver, el grupo calavera, que venga!

Y allí salimos todos, haciendo un semicírculo frente a él, que estaba sentado en su butaca, a un lado de su mesa.

La verdad es que nos envolvía un pestazo a ajo irrespirable. Don Lupicinio nos miraba de uno en uno mientras aguzaba el olfato.

Agus no lo pudo resistir y empezó a reírse con aquella risilla nerviosa que se le ponía cuando estaba cagado.

—Agus, ¿qué pasa?, ¿de qué te ríes?

Agus nos miró a todos y no pudo evitar continuar riéndose. Y eso que trataba de taparse la boca con la mano.

Don Lupicinio estaba que trinaba.

—¡Agus, pon la mano, a ver si así se te quita la risa! —y cogió de la mesa lo más cercano que tenía, que era su antigua regla.

Agus extendió su mano. Y volvió a mirarnos sin poder contener la risa. Don Lupicinio levantó la regla, pero no a la altura normal, sino mucho más alto. Entonces Agus se asustó de verdad y se le pasó la risa ipso facto.

Don Lupicinio blandió la regla en el aire y luego la descargó con una violencia inusitada sobre la mano del pobre Agus que cerró los ojos. No sin antes, en un acto involuntario y reflejo, retirar la mano en el último instante para evitar aquel reglazo monumental.

Entonces el golpazo fue a parar contra la esquina de la mesa de don Lupicinio. Hubo un estruendo tremendo y la mitad de la regla saltó por los aires dos metros por detrás del maestro que se quedó como pasmado, con media regla en la mano.

Todo el corro de mi grupo, y toda la clase, no pudo evitar una carcajada general.

Don Lupicinio entonces, con la cara desencajada, fue a por uno de los mimbres, de los que guardaba en un armario detrás de él.

Después ordenó extender las dos manos al pobre Agus y le estuvo sacudiendo, en una detrás de la otra, un buen rato, mientras le decía:

—Tú verás, Agus. Yo sigo esperando a que tú me digas, a que me expliques, lo que está pasando.

Y Agus hubo un momento en que empezó a llorar. Y a cantar de plano, claro.

Entonces don Lupicinio agarró un cabreo bereber y sacó todos los mimbres del armario.

—Pues vamos a ver si se rompen. Y vosotros, tranquilos, ¡como no os duele!

Y estuvo probando todos los mimbres con todo el grupo, sin dejar ni uno. Aquel era un concierto de ayes y de quejidos sin fin. Cuando terminó con nosotros, teníamos las manos que nos ardían y como dormidas, incapaces de agarrar con ellas el lápiz.

Lo peor de aquello fue que se comentó por el pueblo entero. Y todo el mundo estaba en nuestra contra, claro. Allí la autoridad del maestro era indiscutible y no podía ser puesta en cuestión jamás.

En mi casa mis padres no nos habían tocado nunca, ni a mi hermana ni a mí, fuera de algún pequeño azote en el culo. Pero yo aquel día me temía lo peor. De hecho estuvieron hablando antes con algunos otros padres.

Mi hermana Tere y yo estábamos muy seriecitos escribiendo en nuestros cuadernos, cuando llegaron ambos a casa. Mostraban unas caras serias y avergonzadas. Yo empecé a encontrarme muy mal. No podía soportar ver sufrir a mi madre por mí.

Mi padre me llamó.

—¡Germán, ven aquí conmigo! —me dijo muy serio mientras se llevaba la mano al cinturón.

Mi madre se quedó con mi hermana Tere en la cocina y yo salí con mi padre en dirección al comedor.

Cuando llegamos, mi padre tenía ya el cinturón en la mano. Entramos y yo me puse de espaldas a él.

Esperé unos instantes, que se me hicieron muy largos. Porque allí no pasaba nada.

Entonces oí como el cinturón de mi padre caía al suelo y a continuación me sujetaba por el hombro.

Luego me dio tres azotes fuertes, con la mano abierta y me dijo.

—Espero que no vuelva a ocurrir.

—No —musité, mientras me volvía y salía de la habitación con la cabeza baja.

—Y ahora vas a subir a llenar el cebadero.

—Ya lo he hecho esta tarde —le respondí, contento de haber realizado una cosa bien durante el día.

—Pues subes a por otro.

Mi madre salió de la cocina dispuesta a acompañarme durante el primer tramo de escalera, como siempre. Pero mi padre la detuvo.

—Déjalo. Si ha sido tan valiente para una cosa, bien puede serlo para ésta.

Cogí el cebadero en silencio y lo hice todo muy concentrado para no equivocarme. Tenía la cabeza tan ocupada en ello que aquella vez no tuve miedo alguno.

Afortunadamente, la escuela terminaba en dos semanas y encima a don Lupicinio le dio un lumbago terrible que lo tuvo tres días en cama.

Y, aunque no nos libramos de algún mimbrazo más, aquel curso se pasó y luego vinieron otros profesores que no eran tan brutos como don Lupicinio. Ni por asomo. Y que sabían enseñar mucho mejor que él. Dónde iba a parar.

Aunque Lucas quería seguir siendo un héroe. Y no paraba de recordar lo sucedido.

—Pero, ¿se rompió o no se rompió? Eso es lo importante —decía cada vez que recordábamos nuestra hazaña y aquella carcajada que nos había sabido a gloria.

Sí, no todos los maestros eran como don Lupicinio. Afortunadamente. Y tenía mucho mérito ser maestro entonces. Y es que, además de pagarles poco, sabían que su misión allí era poco o nada valorada.

Porque para aprender a arar bien o cuidar de las ovejas no hacían falta ni libros ni lápices. Y allí los niños empezaban a trabajar cuanto antes. Porque todos los brazos, inclusive los bracitos, eran necesarios. Y los padres tiraban de sus hijos para que les ayudaran a sobrevivir y a mantener a sus familias. Y si eso suponía que faltaban días a la escuela, pues qué se le iba a hacer, ¡más se perdió en Cuba!

Muchos de los padres apenas sabían leer y allí estaban. No se sentían menos que nadie. Para el tema del papeleo con el pueblo ya estaba el Secretario. Lo importante era aprender el oficio de la tierra. Que allí era lo único que había.

Y si, encima, el niño no mostraba mucha predisposición, pues entonces todo resuelto.

Como Lucas que, curiosamente, con los nuevos maestros que no pegaban, se empezó a aburrir soberanamente y prefirió irse a las ovejas y poder dispararles a los pájaros todo el día con su tirachinas. ¡Qué puntería tenía el tío!

Aunque, por lo general, lo padres trataban de que sus hijos aprendieran a leer, a escribir y las cuatro reglas, a saber: sumar, restar, multiplicar y dividir. Cuando el maestro empezaba con las raíces cuadradas y la regla de tres y aquello del Carrete partido por cien, era el tiempo de abandonar aquella cosa y empezar con la importante: la tierra.

—Mira, Ricardito, vete dejando de monsergas y te echo una piara de ovejas.

Y Ricardito estaba encantado. Se lo pasaría bomba con los pastores y las pastoras, todo el día por el campo, dando silbidos, lanzando piedras con la onda y mandando sobre el rebaño y su perro.

—Y si se te queda algo pendiente, ya verás cómo te espabilan en la mili.

Y se echaba el candado a la formación académica, por así decirlo. Para adentrarse en la vida. En empezar a hacer la gimnasia de lo que sería tu profesión hasta que te murieras. A mirar todos días al cielo, pero no para pedir explicaciones o aclarar dudas sobre tu futuro, sino para aprender a entender el tiempo y sortear sus inclemencias con la mayor sabiduría posible.

A mí todavía me quedaba mucho para eso. Y encima me gustaban los libros. Me gustaba su olor y también el aroma a tinta y a plumillas. Y a las mondas de lapicero cuando lo pasabas por el sacapuntas.

Y practicar la tabla de multiplicar. Nos llevaba el maestro a una de las habitaciones y allí aprendíamos cantando: dos por una es dos, dos por dos cuatro, dos por tres seis...

—Ya me voy por la tabla del cinco —le decía, orgulloso, a mi madre, cuando llegaba a casa.

Además, como yo ya sabía leer, el maestro me ponía con los más pequeños a enseñarles la cartilla.

—A ver Luisín, qué letra es ésta...

Le preguntaba al chisgarabís señalando la i.

—I de iglesia —respondía tan contento el chavalín, observando el dibujo de la iglesia que se parecía a la del pueblo.

—¿Y ésta?

—O de ojo

—¿Y esta otra?

—U de uva —y señalaba un racimo de uvas, que en el pueblo se llamaba galpa, y que se mostraba perfectamente dibujado.

Sí, hoy precisamente un amigo me ha enviado un whatsapp que me ha recordado de golpe todo aquello. A veces pienso que los recuerdos y los pensamientos presentes forman parte de la misma madeja. Que nosotros solo somos lo que fuimos, lo que nos ha traído hasta aquí.

El mensaje de mi amigo decía lo siguiente:

¿Cómo aprendemos? Aprendemos el 10% de lo que leemos, el 20% de lo que oímos, el 30% de lo que vemos, el 50% de lo que vemos y oímos, el 70% de lo que discutimos con otros, el 80% de lo que hacemos y el 95% de lo que enseñamos a otros.

Tal vez por eso a mí me gustó siempre enseñar, aunque nunca hubiera oído hablar hasta hoy de esta estadística. Y esto lo empecé a aprender en aquella escuela. Porque cuando enseñas, al primero que lo haces es a ti mismo.

Tal vez sea esto también escribir: mostrar, enseñar a otros lo que llevas dentro. Que, quizá,

solo sea una forma de recuperarlo para siempre, de que no se quede ahí, en algún rincón oscuro de tu memoria, perdiéndose en los recodos del olvido.

Así que hoy tecleo en mi ordenador con más ganas. Y con más esperanza. Y con algo que me reconforta por dentro de una forma extraña. Porque siempre me gustó mucho aprender. Quizá tanto como enseñar. Y por ello lo que quería yo entonces era llegar a ser un buen maestro.

Pero no como don Lupicinio (ojalá esté todavía en el purgatorio, plantando miles de mimbres que pueblen los campos y formen, al mecerse con el viento, una alfombra de ocre, una marea de suavidad que reconforte la vista al mirarlos), sino como aquellos abnegados maestros que se llamaron: don Olegario, y don Zacarías, y don Eloy y, por supuesto, don Manuel, mi primer maestro, a quien no olvido, ni olvidaré jamás.

Con ellos aprendí a escribir a plumilla, a emular a aquellas letras elegantes que figuraban en los textos antiguos con trazos gruesos y finos a un tiempo. A dibujar ríos y mares que yo nunca había visto y que me hacían soñar con viajes imaginarios hasta confines remotos. A aprender de la historia y a forjar en mi mente infantil mis primeros héroes: me atraía mucho el personaje bíblico de David con su onda, enfrentándose al gigante Goliat y, sobre todo, Don Pelayo, Viriato y el Gran Capitán, que conformaron mi primera trinidad de héroes. Hombres valerosos, hechos de una pieza, incansables, atrevidos, con una meta en el horizonte a la que se dirigían sin vacilación ni duda alguna.

Y aprendí también el mundo apasionante de los números donde todo cuadraba y solo había una verdad única, lógica, inexorable. “Y si no estás seguro, hazle la prueba del nueve”, repetía don Olegario. Ahí se acababa toda discusión.

A mí me encandilaba esa perfección, ese mundo tan bien hecho de los números que, si hacías las cosas como debías, siempre te respondían con el resultado exacto. Y siguen haciéndolo. Los números forman parte de las pocas cosas inmutables de mi vida, que se han mantenido fiel a su lógica, con el paso de los años. Y eso está bien. Ojalá todo se pudiera traducir a números. Pero ahí está el problema: que hay cosas, emociones, sentimientos, creencias, afinidades, atracciones que no se pueden explicar con las meras cifras. Y por ello su resultado siempre es incierto, inesperado y hasta sorprendente.

Aunque don Zacarías, a quien chiflaban las matemáticas, siempre nos decía: “Chicos, hay que tener espíritu matemático. Porque todo se puede convertir en números. Y si hoy no es posible, algún día lo será. Todo lo explicarán las fórmulas y las cifras”. Y medio siglo más tarde cuánta razón hay que darle al bueno de don Zacarías. ¡Cuánto ha avanzado el mundo en esa dirección! Quizá en la dirección que más.

Capítulo 4

Bolas de nieve

Pero el mundo infantil de entonces era todo menos matemático. Y, quizá, hoy sigue siendo igual. Aquel mundo infantil de Sacecorbo era una atmósfera vital llena de juegos, de miedos, de amores, de obligaciones y reglas, de paisajes pintados con los colores de la inocencia y de la ilusión que solo existirían, de aquella manera y con aquella fuerza, en aquellos años mágicos.

Ya entonces se decía: “Este niño es muy pequeño, todavía no tiene uso de razón”. Y el uso de razón, o sea, ser racional, lógico, se cifraba entonces en el comienzo de la edad de los siete años. Un suponer, claro.

Además, a la razón se oponía, o se superponía a veces, la fuerza. Los chicos podían llegar a tener la razón, pero además tenían muchas veces la fuerza. Aunque las chicas tenían otra cosa. Nosotros no sabíamos exactamente lo que era, pero tenerlo, lo tenían.

Entonces nevaba de lo lindo. Había veces en que había hasta un metro, o más, de nieve.

Mi madre nos decía:.

—Hoy no vais a la escuela. A ver si os vais a pegar una caída...

Entonces nos dábamos una vuelta en la cama que nos sabía a gloria y, luego de estirarnos un rato y saborear el calorcillo de las sábanas, mirábamos por la ventana a adivinar las misteriosas figuras que la escarcha había formado en los cristales.

—¿Y tú qué ves? —me preguntaba mi hermana Tere.

Yo miraba un momento. En poco tiempo lo tenía clarísimo. Y así se lo decía a mi hermana, lleno de contento por haberlo adivinado tan rápido.

—Veo a Don Pelayo, matando un sarraceno. ¡Mira cómo lo sujeta! ¡Y esa es su espada! — señalaba yo con el índice apuntando a un reguerrillo de escarcha que tenía forma de espada.

Pero ella me mostraba su desencanto.

—Ah, era eso...

—¡Claro! —contestaba yo animoso.

Y como ella seguía mirándome como si fuera un marciano, yo continuaba con la claridad.

—¡Está clarísimo! —y luego añadía para que no hubiera lugar a dudas- ¡...Superclarísimo!

Tere entonces desviaba sus ojos hacia la otra pared, como cuando quería demostrarme que mis opiniones no contaban nada para ella. Así que no me quedó más remedio que preguntarle yo.

—¡A ver...!, ¿y tú qué ves, lista?

Entonces mi hermana Tere miró un momento al cristal y luego al techo, con ojos soñadores.

—Veo a Camilo y a Luscinda

—¿A quién? —le pregunté yo aparentemente extrañado. No porque no supiera quiénes eran, sino para mostrarle mi total desacuerdo con lo que ella veía.

—Sí, hombre. Los príncipes de Samarkanda...

Yo lo sabía muy bien. Estaban en unos tebeos de chicas que circulaban por allí.

—Pues yo no veo nada. Estás totalmente equivocada... -dije ya sin mucha convicción.

Ella dio por supuesto el terreno ganado.

—¿Y sabes lo que están haciendo? Fíjate bien. En el centro.

Yo, al principio, no quería fijarme, ¿pero qué otra cosa podía hacer?

—En el centro, dónde... —añadí a regañadientes.

—Uy, qué soso. Pues ahí, ¿no lo ves?

Yo me callé. Lo de soso ya me estaba afectando. Era un niño muy sensible.

Ella continuó con una voz entre picante y glamurosa. Como hablaban los mayores cuando había niños delante.

—¡Se están dando un beso! —y me miró, sabiendo que ese terreno me daba mucha vergüenza.

Yo, que ya estaba totalmente descolocado y desarmado, arremetí con furia contra ella.

—¡Eso es una guarrería! ¡Guarrería!

Y me revolví, cogí mi almohada y traté de darle con ella.

Pero allí, yo no sé si imperaba la razón de mi parte pero, desde luego, no la fuerza. Cuatro años se notaban. Aunque a mí me decían que tenía mucho nervio en las peleas. Sí, pero con nervio solo no se ganaban.

Nos estuvimos dando con las almohadas un buen rato. Seguro que yo me llevaba la peor parte. Cuando me di cuenta de que mi suerte no iba a cambiar me defendí con el último recurso que tenía. Que era muy bueno, por cierto.

—¡Sí, ya sé que Miguel y tú sois novios! Ahora bajo y se lo digo a mamá. ¡Mamá...!

Y di un grito no demasiado fuerte. Pero fue suficiente.

—No se te ocurra... —dijo, conciliadora, mi hermana— ¡Te dejo mis pinturas!

Tere no me dejaba nunca sus pinturas. Yo me sentí ganador.

Fue a por el estuche a su cabás y vino con él a mi cama. Me lo alargó, pero cuando fui a cogerlo, lo retiró. Lo hizo un par de veces más, hasta que yo, frustrado, me enfurruñé.

—Bueno, anda, pesado. Te las dejo, pero solo la roja, ¿eh?

Sacó la roja, me la alargó y cuando iba a cogerla, la retiró. Me lo hizo un par de veces más.

Aquello era el cuento de nunca acabar. Nunca conseguía nada de mi hermana. ¡Nunca!

Y lo del cuento de nunca acabar también era un invento de ella. Me decía:

—Germán, ¿quieres que te diga el cuento de nunca acabar?

La primera vez le contesté rápido y encantado.

—¡Claro!

Pero, como en todo lo que venía de ella, siempre había truco.

—Yo no te pido que me contestes “¡claro!”, lo que yo te pido es que me digas si quieres que te cuente el cuento de nunca acabar.

Yo me corregía entonces, esperando decir lo correcto.

—Sí, Tere. Yo quiero que me digas el cuento de nunca acabar —pronunciaba yo lentamente remarcando muy bien las sílabas.

—Yo no te pido que me digas “Sí, Tere. Yo quiero que me digas el cuento de nunca acabar”, lo que yo te pido es que me digas si quieres que te diga el cuento de nunca acabar...

Y así.

Aunque yo no lo sabía expresar entonces, mucho más tarde sí salió una canción que lo sabía decir muy bien: “Las chicas son guerreras”.

Pero, a veces, nevaba cuando ya estábamos en la escuela. Y, entonces, en el tiempo del recreo se solían organizar unas peleas monumentales, dreas las llamábamos, con bolas de nieve. Había algunas reglas: “prohibido tirar trozos de hielo o bolas heladas”, “no apuntar a la cara” y

cosas así. ¿Pero quién medía eso una vez que empezaba la acción?

A mí una vez me dieron un bolazo en el oído, yo creo que fue el Peliblanco, que sentí que me atravesaba el cerebro y me salía por el otro lado, dejándome congelado el interior de la cabeza. Estuve completamente sordo unos minutos, mientras me sacaba la nieve del oído con el dedo. Pero luego me recuperé como si nada.

Un año hubo una pelea con las chicas memorable. Fue el año, me acuerdo muy bien, que estaba don Eloy, un joven y atractivo maestro que bebía los vientos por doña Satur, que era la maestra de la escuela femenina.

En cuanto se produjeron los primeros escarceos con ellas, tirándonos mutuamente bolas por encima de la valla de separación de nuestros dos jardines, don Eloy se unió gustoso a nosotros, tan gustoso que en unos minutos se puso a nuestro frente y gritaba.

—¡Vamos, marinos, al abordaje!

Y eso quería decir que íbamos a tratar de entrar en el patio de las chicas.

Cargamos pues con todo un arsenal de bolas hechas con la nieve del camino de la fuente y, una vez bien pertrechados, empujamos la puerta del patio femenino.

Ellas parecieron dejarnos entrar, porque allí dentro nos esperaban perfectamente organizadas en dos filas, delante las chicas pequeñas y detrás las mayores, con doña Satur en plan general Custer.

Nos recibieron con un arsenal de bolazos que esquivábamos como podíamos, o nos los tragábamos directamente, a medida que íbamos entrando por el hueco de la puerta. A fuer de sinceros nos dieron lo que no estaba escrito. Pero don Eloy gritaba y gritaba.

—¡Adelante, adelante, que ya son nuestras!

Y la verdad fue que después de sus primeras andanadas, disparamos nosotros y, ahí, la fuerza era la fuerza. Las chicas empezaron a retroceder poco a poco. Hasta que hubo un momento en el que a doña Satur no le quedó más remedio que ordenar retirada.

—¡Vamos a encerrarnos en la escuela! —gritó, mientras protegía a dos pequeñas.

Y toda la organización femenina se desintegró entonces rápidamente, dándose la vuelta para acceder a la puerta que daba a la escalera y, desde allí, subir por ella a la gran aula.

Nosotros las perseguimos al tiempo que nos proveíamos de nuevas bolas con la nieve del suelo.

Cuando entró dentro de la escuela la última niña, se quedaron las dos chicas más mayores junto con la maestra empujando la puerta, para luego poder echar la llave. Pero ya don Eloy había metido el pie dentro y junto con el Tomasón y el Perico, que eran dos verdaderos armarios, consiguieron reabrir totalmente la misma y franquear la entrada.

Las chicas entonces subían escaleras arriba a todo correr, dando gritos y chillidos.

Las fuimos tirando bolas hasta en la propia clase. Allí se refugiaron detrás de la mesa de la maestra. Y nosotros les lanzamos nuestros últimos proyectiles. Algunos impactaron contra el encerado y se quedaron pegados allí, derritiéndose en unos chorros que certificaban nuestra incontestable victoria.

Don Eloy entonces gritó.

—Ya basta. Está claro que hemos ganado.

Y empezamos a dar la vuelta.

Doña Satur se levantó entonces desde detrás de la mesa y nos vio marchar. Yo me fijé en su cara. Y supe que nos lo haría pagar. Sin prisa, pero nos lo haría pagar. Y muy caro.

Cuando salíamos de la gran aula, Tomasón dijo:

—Don Eloy, ¿es que no nos vamos a llevar nada de botín?

A don Eloy no se le ocurría ninguna cosa.

—Les podríamos robar la leña de la leñera. Este año a ellas les han dado mucha más.

Don Eloy aceptó.

—Bueno, cogedles unas brazadas de tarugos. Solo para compensar, ¿eh?

La verdad es que entramos en la leñera a saco y nos llevamos todos los leños que pudimos.

Allí nadie pensó que el invierno podía ser largo y duro para las chicas. Habíamos ganado, ¿no?

La nieve se pasó y vinieron otros días. Y la calma se restableció.

Nosotros jugábamos a nuestros juegos en nuestro patio. Y nuestras hermanas, primas y vecinas lo hacían en el suyo. Y aquí paz y después gloria. Don Eloy coqueteaba con doña Satur. O eso se pensaba él.

Un día aparecieron Catalina y Merche en nuestro aula. Eran dos pequeñas mocosas de mi edad.

Las vimos avanzar por el pasillo central y se pararon al final del mismo, justo enfrente de la mesa de don Eloy.

—Buenos días don Eloy —dijeron al unísono.

—Buenos días, ¿qué se os ofrece? —les contestó don Eloy, mirándolas con atención.

—Es de parte de doña Satur.

Don Eloy les prestó si cabe mayor atención.

—¿Y qué quiere doña Satur?

—Es que se le ha parado el reloj —dijo Merche.

—Y quería que usted nos dijera la hora —completó Catalina.

Don Eloy se sintió bien, y un poco importante, intentando sacar de aquel pequeño apuro a doña Satur.

—Es todavía pronto, son las doce y diecisiete. Bueno, ya y dieciocho. Pero decidle y diecinueve a doña Satur cuando lleguéis. Para ser exactos.

Ellas contestaron otra vez al unísono.

—Muchas gracias, don Eloy.

—De nada, a vosotras, pequeñas —les replicó el maestro.

Antes de darse la vuelta, Merche habló de nuevo.

—Dentro de un rato volveremos para ver cuánto falta para la una.

—Claro, claro, pequeñas, cuantas veces queráis —replicó el maestro—. Y dadle mis saludos a doña Satur.

—De su parte —contestaron otra vez al unísono ambas niñas y se fueron de vuelta.

Don Eloy las vio marchar. Llevaban sus babis impecables. Y el pelo perfectamente peinado en unas graciosas coletas. Así que no pudo evitar comentar en voz alta.

—Y vosotros a ver si aprendéis. ¡Que yo os vea igual de bien educados!

Efectivamente vinieron otra vez un poco antes de la una para ver lo que faltaba. A la una nos íbamos todos a comer. Hasta las tres que empezábamos de nuevo.

Me acuerdo que aquel día hacía un sol espléndido. Entraba, lleno de fuerza, por los grandes ventanales de la escuela y la inundaba de luz y de calor.

Pero al día siguiente hizo un día de perros. Había helado y el cielo estaba totalmente cubierto de unos nubarrones negros. No debíamos pasar de 2 ó 3 grados de temperatura. Como mucho.

En cuanto llegamos a clase fuimos corriendo a encender la estufa.

Pero nuestra leñera estaba vacía. Allí no había ningún leño.

Don Eloy se dio cuenta enseguida.

—¡Nos la han jugado con lo del reloj!

Efectivamente, en dos viajes nos habían dejado limpios. Las dos pequeñas pasaban al aula y el resto, silenciosamente, nos desvalijaba.

Pudimos recuperar parte de nuestra leña. Pero don Eloy tuvo que enviar a su vez una delegación de chicos y pedirle por favor a doña Satur que nos devolviera nuestros tarugos.

Doña Satur se resistió hasta cinco veces, para gran humillación y correctivo de don Eloy. Y, al final, nos devolvió nuestra leña, que según ella la tenían apartada en otra habitación.

Desde luego resultó ser mucho menos de la que teníamos en un principio.

¡Pero era lo que había! Y, además, doña Satur dijo que no nos la daba, sino que nos la prestaba. ¡Toma del frasco, carrasco!

Pasado el tiempo alguien me contó que don Eloy se había casado con doña Satur y estaban ambos de maestros en Mazarete. ¡No quiero ni pensar en cómo y quién se ponía los pantalones cada mañana en aquella casa!

Había un pasodoble muy famoso por entonces que decía: “La española cuando besa, es que besa de verdad”.

Y aunque las alcarreñas no tenían dedicado pasodoble alguno, que yo supiera, con el tiempo y cuando me fui haciendo mayor, las fui conociendo más de cerca. Nunca dudé de sus capacidades amorosas, cuando se ponían a ello, pero lo que estaba muy claro, tan claro como el agua, es que “los tenían bien puestos”.

Sí, aquellas muchachas garridas y con temple, sabían manejar y encelar a la fuerza bruta como nadie. Y trabajaban, exactamente como ahora, mucho más que los hombres. Mi madre llevaba bajo un brazo a Pepín y con la otra mano hacía la comida, limpiaba la casa o fregaba los platos. Sin despeinarse.

Y la mayoría también iban al campo. Y menos arar, hacían de todo. Eran mujeres de una pieza. Yo conocí, de niñas, a sus hijas y nietas en la escuela. Y, cuando tenía que enfrentarme a alguna de ellas, me sentía perdido de antemano. Como me pasó de mayor. Por ello, yo en principio prefería a las madrileñas aunque, aparentemente, fueran mucho más listas. ¡Vamos, sin dudar!

Pero, luego, los sentimientos, por eso que hablaba en el capítulo anterior de que hay sitios donde no llegan los números, te llevaban por donde les daba la real gana. Exactamente como a don Eloy.

Capítulo 5

Abriendo tumbas en Los Casares

Hay días en que vengo a beber a este manantial de evocaciones, que es este libro que estoy escribiendo, decidido y sin vacilaciones. Como si supiera a ciencia cierta por qué y para quién lo escribo. Porque un libro siempre se escribe para algo. Y para alguien.

Pero hoy no es uno de esos días. Hoy no sé qué fin tiene esta destilación de recuerdos. Hoy tengo la mente embotada, como me pasa cada vez más a menudo. Y en ella reina la confusión. Como si presente y pasado no fueran sino solo la misma cazuela donde se cuece el olvido.

Hoy solo tenga clara una cosa. Hoy tengo que hablar de una persona importantísima para mí. Aunque ya no quede nada de él. O apenas nada.

Aquel día había quedado con el tío Ezequiel. Ezequiel Palafox, se llamaba. Un tío segundo que tenía por parte de mi padre. Él era el boticario del pueblo.

La botica era entonces una suerte de farmacia doméstica que, aunque también servía medicamentos que recetaba el médico que vivía en Canredondo y el practicante que vivía en Cifuentes, lo más genuino suyo era proveer a los vecinos de remedios caseros, y un tanto misteriosos también, que aliviaban las dolencias del cuerpo. Y, a veces, las del alma.

También mi tío Ezequiel colocaba huesos salidos de sitio, ponía ungüentos reparadores y aplicaba inyecciones llegado el caso. Según me contó él mismo, estuvo estudiando medicina en Madrid pero, por esas cosas que pasan, acabo distrayéndose en otros menesteres, yo creo que en algún amor imposible sobre todo, y se fue haciendo mayor un poco sin oficio ni beneficio y quedándose en la mitad de ninguna parte.

Por si fuera poco, la guerra le apartó un poco más de la orilla. De ideas progresistas y utópicas, cayó en el bando de los perdedores de la contienda y acabó con sus huesos en la cárcel, de la que salía de vez en cuando para retirar los escombros que provocaban las cargas de dinamita al horadar lo que luego sería la basílica del Valle de los Caídos.

Cuando terminó su condena, ya hecho un cincuentón, volvió a Sacedorbo, de donde una vez había salido con la intención de no volver más a aquel rincón lleno de aislamiento e incultura.

Y, una vez allí, sin tener claro lo que hacer, acabó abriendo la botica ya que tampoco tenía otras alternativas mucho mejores que ésta. Y, sobre todo, que le gustaran más.

En la cárcel había contraído una especie de dermatitis crónica en la rodilla de una pierna, que se había convertido con el tiempo en algo parecido a una infección generalizada en la articulación que le hacía andar medio cojo, inhabilitándolo para el duro trabajo del campo, que era la ocupación mayoritaria en el pueblo.

A mí, ya desde pequeño, me gustaba estar con él. Me pedía que le echara los polvos de talco sobre la herida de la rodilla, por la parte de atrás, la de la corva, que él no se la veía bien. Y luego le ayudaba a vendársela de nuevo con unos retales de sábanas que él cortaba con unas grandes tijeras.

Mientras tanto el tío Ezequiel me contaba sus hazañas y aventuras por las pensiones de

Madrid. Y, sobre todo, me relataba las grandes historias de los clásicos de la literatura que él se había leído, alternándolos con los tratados de medicina y aun con preferencia sobre ellos.

Como decía, aquel día habíamos quedado porque el tío Ezequiel quería llevarme al poblado antiguo de Los Casares, unas ruinas antiquísimas que estaban como a unos tres o cuatro kilómetros del pueblo. Yo fui a recogerlo a su casa y ya estaba él con un pequeño azadón esperando a la puerta. En cuanto me vio se echó el escabuche al hombro y vino a mi encuentro. Se le notaba muy contento. No debía tener mucha gente el tío Ezequiel que le acompañara gustosa en sus aventuras, como yo, que lo hacía encantado.

Cruzamos por la plaza y nos topamos con el cura don Marcelo. Yo sentí un malestar creciente pues mi tío Ezequiel era de los que nunca iba a la iglesia y tenía fama de estar contra Dios y ser un blasfemo. Pero cuál sería mi sorpresa cuando don Marcelo se acercó a saludarnos muy amable y luego le dijo a mi tío:

—Ezequiel, a ver cuándo me paso por tu casa y continuamos con nuestra última charla sobre filosofía. Yo creo que casi te tenía convencido.

—Bueno, bueno don Marcelo, está bien que así lo piense. Así vendrá más desprevenido y el que le convenceré seré yo.

Me parecieron como dos jugadores de ajedrez, que era un juego al que me estaba enseñando el tío Ezequiel, que librarán una partida definitiva e interminable.

Una vez que se hubo alejado don Marcelo, le expresé mi sorpresa a mi tío por este trato tan amable con el representante del Señor en el pueblo.

—Creí que usted estaba contra Dios y no quería saber nada de curas ni de santos —le dije.

—Contra Dios no exactamente, yo soy ateo que, cuando aprendas latín, verás que significa “sin dios”.

A mí me gustaba mi tío Ezequiel y cómo jugaba con las palabras. Como había jugado con don Marcelo.

—Pero lo que es innegable es lo importante que ha sido Dios para los hombres. A la inversa ya no estoy tan seguro. Mira la iglesia por ejemplo —añadió señalándola con el dedo.

—Sí, es muy grande —le contesté—. El otro día que subimos al Picozo me pareció que era casi tan grande como la mitad del pueblo.

—Durante siglos, Germán, y todavía hoy, no ha habido cosa más importante para los hombres que honrar a Dios y a su Iglesia. No importaba el hambre que se pasara y las pobres chozas en que vivía la gente. Pero la Casa de Dios tenía que ser excelsa. Cuando seas mayor, debes irte de este pueblo y conocer mundo. Verás las catedrales tan inmensas, y tan hermosas, que construyeron los hombres. Es innegable el valor artístico y la grandiosidad que tienen. Yo no creo en Dios, pero me conmueven sus catedrales, la verdad. Las catedrales que hicieron los hombres para él, sacando lo mejor que llevaban dentro que es, Germán no lo olvides nunca, el arte.

Yo me quedaba embobado escuchándolo. Para mí mi tío Ezequiel era el hombre más sabio, y con mucha diferencia, del pueblo.

—Te voy a contar la historia de esta iglesia Germán. Que también tiene su mérito. Y es el edificio más antiguo y más importante que tenemos. La antigua iglesia de Sacecorbo no estaba en la Plaza Mayor como la de ahora, sino en un cerro bastante a las afueras del pueblo, a la derecha de la pista que iba a Esplegares. Yo creo que podía ser el Cerro de la Rivilla. Probablemente estaba junto a ella también el cementerio, cosa que era bastante común entonces. Por eso había una leyenda en el pueblo, que todavía subsiste, que el agua del Chorlito que, como sabes está a los pies del Cerro de la Rivilla, sabía a muerto.

Yo me empecé a sentir mal. Recientemente había bebido agua de la fuente del Chorlite. El agua llegaba a los caños después de dar vueltas en una noria, cuyos goznes crujían casi siniestramente al elevar el agua. A mí me fascinaba ver subir el líquido elemento en aquellas cazoletas pero, al mismo tiempo, y sin saber por qué, aquel profundo y oscuro pozo por dónde ascendía y descendía la noria me producía no pocos y extraños escalofríos, al respirar su olor lleno de humedad y de misterio.

—Tío, no siga por ahí. Que el otro día bebí agua de la fuente del Chorlite...

—¿Y qué, Germán? Todo lo vivo muere y luego la naturaleza todo lo aprovecha. ¿Tú sabes la cantidad de personas que ha habido antes que nosotros? Millones y millones. Su polvo, el de algunas de ellas, a lo mejor lo estamos pisando nosotros en estos momentos... Hay que acostumbrarse a saber que el mundo se asienta sobre los restos de los que ya estuvieron.

Mi tío me vio cómo yo empezaba a mirar el suelo e inclusive apartaba mis pies de cualquier cosa rara que encontraba, así que cambió de registro.

—Lo que había donde hoy está la iglesia era una ermita, la de la Concepción, que quedaba muy a trasmano del antiguo templo. Pues bien, se demolió la antigua ermita y, sobre ella, se construyó la actual iglesia. Se iniciaron las obras en marzo de 1774 y se terminaron justo dos años después. El maestro de obras, lo que hoy llamaríamos arquitecto, fue Juan Antonio Díaz Ramos, natural de Medinaceli.

—¿Y quién pago todo tío? Porque nuestra iglesia es enorme... Debió de costar muchísimo.

—Pues lo que te decía antes, Germán. La Iglesia entonces tenía bastantes recursos y sufragó la mayor parte, al fin y al cabo el edificio quedaba en sus manos, pero la gente del pueblo colaboró sobremanera: trabajando en ella, suministrando toda la arena y madera gruesa que se necesitó y aportando más de un 15% de su financiación, unos 4700 reales sobre un total de 32000, que para los vecinos debió suponer un esfuerzo considerable. Pero, gracias a ellos, a nuestros antepasados, Germán, a los que no hay que temer sino honrar, podemos disfrutar nosotros ahora de este bello monumento. Hay pocas espadañas en el contorno tan impresionantes como la de nuestra iglesia, coronada por los tres elegantes vanos para las campanas. E impresiona también la sólida construcción a base de fuerte y bien tallada sillería...

Yo me quedaba embobado escuchando a mi tío Ezequiel. Ahora entendía más aquel dicho, tan frecuente, de que “el saber no ocupa lugar”, sino que te enriquece por dentro como ninguna otra cosa más en el mundo. Porque yo a mi tío lo consideraba algo valioso. Con todas aquellas cosas que tenía en la cabeza y que, cuando se lo proponía, sabía decir tan bien. Lo malo era cuando tropezaba con la pierna mala y empezaba a soltar improperios, claro.

Luego, salimos del pueblo subiendo la cuesta de San Roque. Llegamos al cementerio actual con su gran ermita delante. Entonces la ermita no representaba nada especial para mí. Todavía yo no había sufrido aquel gran impacto que me produjo determinado día.

La ermita era un edificio cuadrado de piedra que estaba siempre cerrado con una vieja y gran puerta de madera. Los niños no sabíamos para qué servía aquel edificio. Decían que había allí guardados unos grandes santos que nunca se sacaban en procesión. Y también picos y palas para hacer las tumbas. Nosotros nos acercábamos a mirar por entre las junturas de las tablas de madera de la puerta, pero nunca lográbamos ver nada, dentro de aquella impenetrable oscuridad que allí había.

Hasta que ocurrió un suceso que nos enseñó para qué se utilizaba a veces la ermita.

Un día apareció muerto el tío Fermín a la puerta de la cuadra de su casa. Tenía la cara destrozada y todos los dientes metidos para dentro según dijeron. Aparentemente le había dado una terrible coz su mula “Fantasía” que, con aquel nombre que le habían puesto los muleros de

Maranchón cuando se la vendieron, no podía traer nada bueno, según recalcan una y otra vez aquel día las beatas y las viejas del pueblo.

Pues bien, aunque el caso parecía que estaba bastante claro, vino la guardia civil de Cifuentes y dijeron que, dado que el tío Fermín había muerto de forma violenta, no quedaba otra que hacerle la autopsia. Y vino hasta el pueblo un médico forense desde Guadalajara.

Se hizo la misa de cuerpo presente como siempre y se llevo el féretro hasta el cementerio pero, en vez de enterrarlo, después de dichas todas las oraciones, don Marcelo disolvió la procesión y toda la gente volvió a sus casas.

Los niños no sabíamos lo que pasaba pero, poco a poco, nos fuimos corriendo la voz de que le iban a hacer la autopsia al tío Fermín en la ermita.

Así que allí me fui yo con mi amigo Julián, el de los fuegos fatuos, que vivía en mi calle y con otros chicos pequeños y grandes. Seríamos en total como unos diez.

Cuando llegamos ya estaba el “Peliblanco” con el ojo pegado en la puerta, mirando por la ranura más ancha que había en ella. Y, muy excitado, nos iba radiando lo que veía al resto en un bisbiseo, para que no nos oyeran los de dentro.

—Han desnudado al tío Fermín... Lo han dejado al pobre en pelotas... ¡Esto es increíble...! ¡Ahora le están cortando el cuello, chicos...! ¡Pero no sale sangre! ¡Esto es la leche! —decía cada vez más excitado.

Nosotros nos peleábamos por buscar también acomodo en la puerta. Pero allí los mayores metían los codos y no había nada que hacer.

Cuando llevábamos un buen rato y los mayores ya se habían cansado de mirar, empezaron a dejar algún sitio libre. El “Peliblanco” giró la cabeza hacia atrás y me vio. Desde el día de la verruga no había cruzado casi ninguna palabra con él, pero parecía como si me debiera algo.

—¡A ver, Germán! ¡Ven aquí conmigo, te dejo mi sitio!

Yo estaba a mitad de camino entre una gran excitación y un gran pavor. Aunque no había logrado entender muchos de los bisbiseos del “Peliblanco”, con lo que había oído era más que suficiente para mantenerme en tensión, no sabiendo qué era lo que yo deseaba más, si continuar espionando a través de las ranuras de las tablas de madera o huir inmediatamente de allí poniendo los pies en polvorosa.

Pero el “Peliblanco” me agarró del hombro y me arrimó a la puerta, mientras me decía:

—¡Te vas a cagar, chaval! —con una voz excitada y nerviosa.

Entonces me asomé por la rendija. Y a penas pude respirar.

El tío Fermín tenía la cabeza abierta como una sandía. Y la mitad de ella estaba separada, puesta encima de una mesita auxiliar.

Me aparté como pude de la rendija y eché allí mismo la pava.

Yo debía estar blanco como la leche. Y me sentía sin fuerza alguna, mientras me notaba que me estaba poniendo malísimo.

El “Peliblanco” entonces se rió.

—¡Has sido un valiente, Germán!

Y esto no lo dijo en voz baja. Sino en alto, orgulloso, como si yo fuera uno de sus hijos.

Entonces se oyó una voz de dentro.

—¿Quién anda ahí?

Luego, alguien abrió la puerta.

—¡Putos críos...! —y volvió a cerrarla de golpe.

Allí ya no había nadie. Los chicos bajábamos por la cuesta de San Roque a todo correr. A mí me habían vuelto las fuerzas de repente. Y corría, casi tanto como el día de los fuegos fatuos, en

dirección a mi casa y sin volver la cabeza atrás.

Pero, como decía antes, entonces la ermita para mí era solo la ermita. La bordeamos por su lado derecho y cogimos el Camino de la Caseta. Luego cruzaríamos Los Cambronales y el Vallejo del Celipazo, llegaríamos a la carretera de Esplegares y pasaríamos al otro lado, antes de La Moratilla, donde veríamos los restos de Los Casares.

Un camino bastante largo para un anciano medio cojo, mi tío Ezequiel tendría ya más de setenta años, y un pelagatos como yo, que apenas sobrepasaría, si es que llegaba entonces, a los siete.

Yo ya conocía todos aquellos parajes y otros muchos del término de Sacecorbo. A veces me iba con mi padre montado en el carro y dando botes por aquellos caminos llenos de piedras y de repechos. Y, por los veranos, como otros muchos niños iba a acarrear los haces de trigo desde la tierra a la era con las mulas. Aunque probablemente a aquella edad iría acompañando a mi hermana Tere en la mayoría de los recorridos.

Yo, con mi tío Ezequiel, iba fundamentalmente de oyente. Él no paraba de contarme historias del pueblo, suyas propias y también literarias. Las mezclaba todas juntas y yo, a veces, no sabía exactamente deslindar la realidad de la ficción. Yo creo ahora que él, a aquellas alturas de la película, tampoco. Ahí, creo que yo, que empecé a asentar mis cimientos de futuro novelista y hombre de historias.

Mi tío no paraba de hablar y de caminar con el escabuche al hombro. A veces tropezaba con la pierna mala en alguna piedra y soltaba algún improperio.

—¡Me cago en el dios colorado! —era el más frecuente que decía, mientras respiraba hondo y recomponía el aliento y su figura.

Yo tenía mucha confianza con él y a mí no me daban ningún miedo sus exabruptos por fuertes que fueran.

—Pero, ¿no decía usted que no tenía nada contra Dios?

—Esto no tiene nada que ver con Dios, Germán. ¡Esto es un desahogo! —y se paraba hasta que recuperaba el aliento.

Luego, al rato, cansado de hablar, o de caminar, o de ambas cosas a la vez, soltaba un exabrupto de nuevo.

—¡Me cago en la puta de oros! —era otro de sus favoritos.

Aunque a este le solían acompañar otra retahíla, en función del cansancio o del hartazgo que tuviera en aquellos momentos.

—¡Y en la de copas! ¡Y en la de espadas! ¡Y en la de bastos! ¡Y en la madre de todas las sotas! —remataba para que no le quedara duda a nadie de lo enfadado que estaba en aquel instante.

—Mira, Germán, casi que nos vamos a parar un poco y nos sentamos en aquel montadero —decía luego, faltándole la respiración.

Entonces nos sentábamos un rato, aunque él no dejaba de hablar nunca. Tanto si iba caminando como descansando.

—Bueno, tío, y si quiere nos volvemos —le decía yo, que a veces sentía hasta algo de pena por él.

—¡Cómo que volvemos! ¡Eso nunca! —afirmaba con todo énfasis y como dando un puñetazo en la mesa, si allí hubiéramos tenido mesa, claro— ¡Yo solo me doy la vuelta en la cama!— y zanjaba así toda renuncia, toda claudicación.

Aquel día, entre otras muchas cosas, me estaba contando la historia de Los Miserables, de Víctor Hugo.

Cuando me relataba la historia de la madre de Cosette, se refería a ella como una prostituta que se llamaba Fantine. Recuerdo, como si fuera hoy, cuando él me narraba la escena en la que Fantine estaba en la calle, nevando y haciendo un frío tremebundo, y unos hombres al verla se metieron con ella y al final le introdujeron por el escote trozos de hielo. Y cómo la prostituta Fantine al final caía enferma y solo se preocupaba por el bien y por el futuro de su querida hija Cosette.

A mí me daba mucha pena la pobre Fantine y lo que sería de su hija Cosette, así que al final exclamé.

—¡Pobre Fantine, tío! ¿Pero, qué es una prostituta?

—A ver, Germán. Por eso te digo que tienes que irte de este pueblo. ¡Cuánto antes mejor! Una prostituta es... ¿cómo lo diría yo? Pues en corto y por derecho: una prostituta es una puta, ¿me entiendes?

Yo me llevé una gran sorpresa, la verdad. Aquella palabra tan larga y con tantas tes me sugería a mí otros significados, como institutriz, maestra, enfermera y cosas similares.

Pero, por otra parte, me llamaba la atención de nuevo la cualidad que tenía mi tío de esconder unas palabras detrás de las otras, de tal forma que él dominaba aquel arte de jugar con los significados y llevar a sus oyentes de un sitio para otro a su voluntad.

Y, aunque tal vez no lo supe en aquel momento, algo intuí entonces que llegaría a ver con meridiana claridad mucho más tarde. Aquello era ni más ni menos la literatura. La ciencia, o el arte, mejor dicho, de jugar con las palabras, para que éstas golpearan el corazón, y la emoción y la imaginación de los lectores, de tal forma que el escritor pudiera mostrarles mundos nuevos, que estaban contruidos, sin embargo, con palabras que ya existían.

—¿Me entiendes? —me había vuelto a preguntar mi tío.

—Sí —le contesté, aunque yo no sabía muy bien, bueno ni muy bien ni muy mal, lo que era una prostituta y, menos, dicho en corto y por derecho, con cuatro letras. Lo único que sabía era lo que todo el mundo decía: que era algo malo o vergonzante y que servía también para insultar a la gente, sobre todo a los hijos de las mencionadas damas.

Así que lo único que se me ocurrió decir fue:

—¡Pobre Cosette! Qué pena de ser una hija de puta.

—A ver, Germán. No confundamos el culo con las témporas. Que los hijos no tienen ninguna culpa de los pecados de sus padres, y perdona que utilice esta palabra tan religiosa. Además, que ser prostituta no es un pecado, tal vez solo una desgracia, como ser pobre, por ejemplo.

Yo no entendía nada.

—Entonces, ¿por qué se insulta a alguien llamándole hijo de puta? —no pude por menos que preguntar.

—Pues porque ya sabes, Germán, que las palabras pueden ser como caricias o como dardos envenenados. Cuando se utiliza ese insulto es para hacer daño a los hijos, no a los padres. ¿A ti te dolería que te dijieran que tu padre es un ladrón, no?

—Pues claro.

—Pues de eso va la cosa. Cuando se insulta se busca hacer daño a esa persona donde más le duele. ¿Me entiendes?

Ahora sí le entendía. Y perfectamente.

Yo era muy pequeño, pero aún así ya era capaz de reconocer la cuota de maldad que todos llevábamos a veces dentro.

—¿Por qué no somos buenos, tío?

Mi tío se apoyó en un roble que había al lado del camino. Como si de repente se hubiera

tambaleado y necesitara el apoyo firme del tronco de aquel árbol.

Pero se rehízo rápidamente. Como si esa pregunta ya se la hubiera respondido él muchas veces.

—Sí que lo somos, Germán. Nunca lo olvides. Pero no olvides tampoco que somos muy débiles, y muy frágiles y muy ignorantes. Y que, a veces, atacamos tanto por eso.

Entonces miré a mi tío y, quién sabe por qué, vi en él todo lo que él me había dicho que éramos.

Y me pareció que llevaba una gran losa cargada sobre él. Como si la vida fuera un gran esfuerzo.

Por una vez me sentí afortunado de ser solo un niño y no llevar todavía aquella pesada piedra.

De repente, nos envolvió a los dos un extraño halo de tristeza. Yo quería sacudírmelo de encima

—Tío, cuénteme cosas del pueblo —le dije como buscando alivio—. Pero de las que no sean verdad.

Llegamos a Los Casares. Parecían unas ruinas muy antiguas. La verdad es que solo quedaban algunos restos de paredes y muchas piedras por el suelo.

—Sí, son muy antiguas —me confirmó mi tío—. Fíjate que no utilizaban la teja.

Efectivamente, miré alrededor y por allí no se veía teja alguna.

—Mira, quiero enseñarte algo —me dijo.

Mi tío tenía un brillo especial en los ojos. Y se había bajado el escabuche del hombro.

Me llevó frente a una gran piedra rectangular que estaba clavada en el suelo. A mí me pareció que podría ser la cabecera de una tumba. Y así se lo dije.

—No andas descaminado, Germán. Una tumba de alguien importante, sin duda. Fíjate que no hay otra igual

Mi tío ya tenía el escabuche preparado.

—¿Qué va a hacer, tío Ezequiel?

—Pues vamos a cavar a ver qué hay aquí debajo. Es algo que siempre quise hacer. Y, mira por cuánto, vamos a hacerlo hoy.

En otras circunstancias yo me habría llenado de miedo. Pero no sabía por qué con mi tío todo era distinto. Además todavía era pronto. Tardaría en anochecer por lo menos dos o tres horas.

Él estuvo cavando un rato. El terreno estaba duro y lleno de cantos. Al cabo de un tiempo empezó a resoplar.

—¡Me cago en el dios colorado!

—Tío, déjeme probar a mí.

—¡Deja, deja! —y prosiguió— ¡Me cago en la puta de oros!

—¡Tío, por favor! Quiero probar. ¡A ver cómo se me da!

La verdad es que todos aquellos improperios ante la tumba abierta, me producían escalofríos. Si es que aquello era una tumba, claro.

Mi tío se apartó un momento.

—Lleva cuidado. No te hagas daño. Que tu madre me mata —mi tío había escavado ya casi medio metro.

De un salto me metí en la tumba y alcé el escabuche. Cerré los ojos. A mí aquel terreno me parecía sagrado.

Pero no pasó nada. Así que seguí cavando cada vez con más ahínco.

De repente, al retirar la tierra, me tropecé con algo.

Era un hueso. En cuanto lo vi me aparté. No quería tocarlo.

—Déjame ver, Germán —me dijo mi tío.

Mi tío cogió el hueso y lo estuvo limpiando. Parecía muy antiguo, pero quién sabía si tanto como las ruinas. Luego sacó el pañuelo del bolsillo, lo envolvió y se lo guardó en él.

Estuvo cavando con frenesí un buen rato más. Pero no apareció nada nuevo.

—¡Me cago en todas las sotas!

Era tiempo de dejarlo. Mi tío sudaba la gota gorda y resoplaba cada vez más cansado.

—Tío, me habló de que, por aquí cerca, usted sabía de un sitio donde había piedras preciosas, ¿no?

Mi tío entonces levantó la cabeza. Y se le iluminó la mirada.

—¡Lo dejamos, pero volveremos! Y no lo dejamos —me miró como un poco avergonzado por aquella claudicación— esto es solo una interrupción. ¡Porque yo me doy la vuelta solamente en la cama!, ¿no te digo? Tengo que comprobar qué tipo de hueso es este. Parece muy antiguo y no lo identifico como de ningún animal. Hoy hemos progresado mucho, Germán. ¡Vámonos al Espinazo!

Le ayudé a salir de la tumba.

—Qué pena. Te mueres y luego no queda nada —dije así, a bote pronto.

—Sí, la vida es muy dura, pequeño Germán. Muy bonita, pero muy dura. Y siempre queda algo. O debe de quedar. ¡Me cago en el dios colorado! ¡Vamos al Espinazo! ¡Vas a ver lo que es bueno!

—¿Usted cree que a nosotros nos recordará alguien dentro de mil años?

Mi tío buscó el apoyo de algún roble, como antes había hecho en el camino. Pero allí no había ninguno. Por eso se trastabilló. Por eso o, quizá, porque había pisado mal con la pierna mala.

¿Y qué es la vida? No lo sé. Quizá trozos de muchas películas que empezamos, llenos de ilusión, también de desconcierto, de empuje y, luego, abandonamos u olvidamos o la vida misma nos lleva a otros paisajes, a codearnos con otros actores, a empezar otros proyectos.

Así que la película final de nuestra vida sería un cosido, una mezcolanza, una cinta llena de añadidos, un poco sin orden ni concierto. Hasta que llega el petardazo final de la muerte que nos pilla, casi siempre, desprevenidos, sin haber hecho el montaje final, definitivo, de la historia de nuestra existencia. Que queda así, inconclusa, inacabada, con todos nuestros proyectos, y nuestros recuerdos, esparcidos sobre la mesa.

Hasta que viene la asistenta, o el hijo, o el nieto y lo recoge todo con el plumero, todo lo que había quedado de nosotros, y de nuestros proyectos, para dejar despejado el sitio y acaba todo en el cubo de la basura. O en una caja en el fondo del trastero o en lo más alto de la biblioteca del salón, donde nadie llega y poner una silla es engorroso, y hasta peligroso.

Por eso yo he querido poner orden en mis recuerdos. Antes de que llegue todo eso. Terrible. Que llegará. Más pronto que tarde, me temo.

Yo lucho por poner orden en mis recuerdos. Pero éstos son como saltamontes que van de aquí para allá, a su libre albedrío. Mi mujer me dice que me desconcentro, que me disperso, que estoy a todo y a nada.

Porque ella no se empeña, como yo, en hacer el montaje definitivo de la película de su vida. Vive el presente puro y duro. Y cuando se pase no quedará nada de ella.

De mí quedarán mis recuerdos. Si es que consigo apresarlos.

Cuando lo consigo, me llena una paz y un gozo íntimos. Que me reconfortan. Que me llenan de alegría. Trabajo tanto con mis recuerdos que ya lo invaden todo. A veces dudo de si yo soy ya

solo un recuerdo más. Todo lo que he vivido, todos los paisajes, las personas que he conocido, que he amado, vuelven y me rodean mientras escribo. Y, no sé por qué, las que siento más cercanas son aquellas primeras del sitio donde nací. ¡Me rodean aquellos bocetos de personas, que son los niños, y ese mundo mirado desde abajo!

Hoy he ido al médico. Hemos ido al médico mi mujer Clara y yo. El médico me ha preguntado que qué tal desde la última vez que me vio. Que qué tal mi memoria.

Todo es muy extraño, porque yo es la primera vez que lo he visto. Me debe confundir con otro, aunque mi mujer se calla y no dice nada. Le he dicho que de la memoria ando fenomenal. Cada vez escribo mejor y me acuerdo de más y más detalles para mi libro.

El médico termina escribiendo en su ordenador y luego me da una receta. Bueno, se la da a mi mujer Clara. Salimos de la consulta. El centro médico es moderno y reluciente. Yo he estado muchas veces aquí. Lo sé por la luz espléndida que entra por la ventana. Y brilla sobre la mesa de cristal de la recepción, donde hay una enfermera joven y bellísima que reconozco al instante. Debe ser una hija o una nieta de Socorro.

Así que me pongo muy contento y se lo digo a mi mujer, antes de acercarme a ella a saludarla y a interesarme por su madre.

Pero Clara me tira de la chaqueta y me dice que otro día. Que hoy tenemos mucha prisa. Así que le sonrío y le digo “Adiós, Socorrito”, aunque ignoro si se llama ella así. Creo que sí, porque me ha sonreído ella también y me ha dicho “Adiós” con la mano. Y luego ha mirado a mi mujer. Pero con una mirada extraña. Claro, porque a ella no la conoce.

Llegamos a casa y me voy corriendo al ordenador, mientras mi mujer sale de nuevo a la farmacia. Cada día disfruto más contando aquellos primeros años de mi vida. ¿Por qué será?

Capítulo 6

Aquel mágico resplandor

Cuando llegamos a las estribaciones de El Espinazo el sol estaba ya en caída libre. Pero mi tío me había dicho que esta vez no era necesario que subiéramos a lo alto de su cumbre que, como su nombre indicaba, era como la columna vertebral, como el espinazo que recorría lo más alto de la planicie, de la espalda de aquella montaña achatada.

Yo ya había estado alguna vez con mi tío Ezequiel en El Espinazo cogiendo setas, que eran allí finas y de gusto exquisito, oreadas por aquella fría brisa que siempre recorría la alta planicie. Caía una fina lluvia, pero también hacía sol aquel día de otoño en que fuimos a coger setas por última vez.

Mi tío se ponía contra el sol, se llevaba una mano a la frente, a modo de visera y exclamaba, señalando con el índice.

—Germán, mira cómo brillan... ¡Allí!

Entonces yo trataba de seguir la punta de su dedo y veía a las setas cómo emitían aquellos destellos entre la llovizna.

—Memorízalas, Germán. Que cuando te acerques perderás el sitio donde están.

Y luego nos acercábamos los dos. Cada uno con su bolsa en la mano. Y con su navaja.

—Nunca te agaches sin tener siempre a la vista las que hay a tu alrededor. O las perderás —me instruía.

Entonces cortábamos todas y cada una de las setas que había en aquel corro, sin dejarnos ninguna. Hasta que mi tío repetía la jugada y localizaba otro. La verdad es que yo me ponía las botas cogiendo setas con mi tío Ezequiel. Luego las repartíamos por la mitad como buenos hermanos y yo se las llevaba a mi madre para que me las hiciera con patatas.

—Tío, tenemos que volver a coger setas este otoño —le dije recordando aquel día.

Él levantó la vista y recorrió la dura pendiente de subida a la montaña.

—Sí, aunque el otoño queda todavía lejos, ¡me cago en el dios colorado!

Vi como apartaba de un manotazo una sombra de tristeza, o de preocupación, que se le había instalado por momentos en la mirada. Y retomaba aquella excitación creciente que le había renacido aquella tarde desde que mencioné las piedras preciosas.

—Es allí —me dijo—, entre ese enebro y aquella encina.

Empezaban a caer las primeras sombras y nosotros caminábamos absortos y en silencio, mirando al suelo, que estaba lleno de cantos y de piedras, de tomillos y de aliagas. Íbamos como los viejos buscadores de oro del Oeste, con la mirada febril llena de trascendencia y de codicia.

De repente, mi tío se agachó.

Luego se levantó y se puso contra el sol, contra sus últimos rayos mortecinos. Exactamente como hacía cuando buscábamos las setas.

Pero ahora tenía como un pequeño canto en la mano. Y lo levantó hacia la luz.

—¡Ven, Germán, antes de que se haga de noche!

Me acerqué y mi tío me extendió el canto. Lo cogí con mis manos temblorosas, que nunca

habían apresado ningún tesoro.

Era como una mezcla de cristal y piedra, que tenía tonos rosados y verdosos. Yo no sabía qué pensar, preso de emociones sin cuento. Aunque brillar, brillar, aquello no brillaba mucho, la verdad.

Mi tío me levantó la mano con una de las suyas.

—Ponlo contra el sol, porque ya no hay aquí mucha luz.

Levanté el canto y al principio fue inclusive peor. Me mostraba una cara del mismo, llena de la tierra que lo había impregnado cuando estaba en el suelo. Además por ese lado era un canto normal.

Pero mi tío me volvió a coger mi mano y la giró levemente. Entonces se produjo el milagro.

El sol pasó por una arista del cristal de roca y sacó un destello que casi me cegó. Fue un instante nada más. Luego moví el canto pero ya no volví a coger aquel ángulo mágico.

Por eso aquel momento fue tan especial. Por su brevedad y su magia irreplicable.

Yo estaba anonadado.

—Ha sido maravilloso, tío.

Mi tío se fijaba más en mis ojos que en el cuarzo.

Debían brillar también como nunca lo habían hecho.

Y el sol, después de su hazaña, asimismo desapareció tras la montaña.

Nos quedamos un momento en silencio dejando que las sombras nos cercaran todavía más.

Hasta que mi tío se volvió a poner el escabuche al hombro.

—Se nos ha hecho de noche. ¡Me cago en el dios colorado! ¡Ya verás tu madre, que ya me tiene enfilado!

—No se preocupe por mi madre, tío. A mí me quiere mucho.

—Sí, pero yo no soy su hijo, sino un tío de su marido. Si a algo hay que temer en este mundo, Germán, es a las mujeres. Y si ejercen de madres, ni te cuento —remató antes de comenzar a andar hacia Sacecorbo a toda prisa.

Sí, caminábamos a toda prisa para alcanzar la carretera. Como si con ella nos encontráramos ya a salvo.

Mi tío ya no tenía tiempo ni para sus impropiedades. De repente, andaba, casi corría, a trompicones y a resultas de su pierna mala, como si hubiera sido pillado en falta en territorio furtivo y lejano y no pudiera descansar hasta que hubiera llegado dentro de las lindes de lo convencional, de lo cercano y doméstico que, en aquel momento, parecía estar delimitado por la carretera. La cual era como una línea trazada por un delineante con el pulso calmo, antes de entrar en las curvas y revueltas de la Moratilla.

Yo iba tras él, observando su forma desgarrada de caminar, sus desbalanceos por la rigidez de su pierna mala, que le hacían bascular como el palo mayor de un barco en la tormenta.

En una vuelta del camino había un desnivel producido por el agua y el paso de las caballerías, que pisaban siempre en el mismo sitio con sus herraduras. Yo vi cómo mi tío levantó la cabeza un momento antes de llegar allí, para ver cuánto nos faltaba para la raya de la carretera. Entonces, cuando reparó en el desnivel, ya había entrado en él a contrapié. Dio como un pequeño traspiés y luego cayó como un fardo contra el suelo.

Yo, que iba unos cuantos pasos detrás suyo, corrí hacia él. Se había quedado al final boca arriba en una estrafalaria postura con el escabuche al hombro.

El hombre intentó rebullir, pero estaba como encastrado en el desnivel y, por un momento, me pareció como un escarabajo que no pudiera darse la vuelta y ponerse en pie.

—Tío, déjeme que le ayude. Deme su mano.

Mi tío reaccionó por fin, suprimiendo estaciones e impropiedades intermedias.

—¡Me cago en todas las sotas, si es que no arreglan los caminos! ¡Yo solo me doy la vuelta en la cama! ¡Aguanta un poco Germán, que me levanto!

Yo me echaba para atrás todo lo que podía, mientras mi tío tiraba de mi mano al apoyarse. Pero solo era una cuestión de confianza, no de fuerza. En cuanto mi tío notó que podía hacerlo se levantó sin problemas.

Luego se sacudió el polvo del pantalón.

—Germán, no digas a nadie que me he caído. Esto queda entre nosotros, ¿estamos?

Yo, de repente, mientras él se echaba de nuevo el escabuche al hombro, sentí un cariño enorme por mi tío Ezequiel. Más que el que le tenía ya, que era mucho. Yo creo que muchísimo.

—¡Pierda cuidado, tío! Yo también me caigo y nunca lo cuento en casa.

Llegamos a la carretera. Era ya noche cerrada. Al fondo se veían las luces del pueblo, lejanas y cercanas a un tiempo. Pero el camino había mejorado mucho, ahora tenía un suelo de tierra dura sobre el que era fácil y rápido caminar. Y mucho más descansado y seguro.

En cuanto salimos al desvío del Sotillo, la vi. A mi madre, quiero decir. Estaba en el camino, ya pasada la ermita. La vi con la luz de la luna, porque allí no había bombilla alguna. Aunque yo creo que a mi madre yo la habría visto y reconocido en la más absoluta oscuridad.

En cuanto ella nos vio corrió a nuestro encuentro. Yo me adelanté corriendo también o, tal vez, era que mi tío Ezequiel redujo su marcha al verla.

Mi madre me abrazó.

—Germán, Germán. ¡Estaba tan preocupada!

Y me cubrió de besos.

Mi tío Ezequiel había llegado ya a nuestra altura.

—Se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta. Ha sido solo culpa mía —le dijo a mi madre.

Pero mi madre estaba muy nerviosa todavía.

—¡Usted no le llene la cabeza de pájaros a mi niño! ¡Que luego, a ver cómo acaba!

Mi tío acusó el golpe.

Podía haber bajado la cuesta de San Roque con nosotros. Pero tomó el desvío que llevaba a la calle Mayor y a la plaza.

Y a su casa, que estaba un poco más allá.

No le contestó a mi madre. Solo se despidió de mí.

—Adiós, Germán.

—Adiós, tío Ezequiel. ¡Lo he pasado bomba!

Lo vi un momento caminar cuesta abajo con el escabuche al hombro. Por un momento me pareció que su estampa era más desgarrada. O, quizá, más triste. Quizá llena de la soledad de la noche.

Mi madre me preguntó.

—¿Y qué habéis hecho, tunantes?

Y yo, cuando estaba con mi madre, me olvidaba de todo lo demás.

Ya en casa, mi madre se tranquilizó un poco más. Pero seguía tomándola con el tío Ezequiel.

—¡Si es que no tiene cabeza! ¡Llevar a un niño tan pequeño a abrir tumbas de noche!

Mi padre callaba hasta que se pasase el temporal.

Pero yo me rebelaba. No estaba de acuerdo con mi madre por primera vez.

—¡No era de noche, que lo sepas! Ha sido mi culpa, que le he pedido que me enseñara las piedras preciosas del Espinazo. Y, luego, cuando se ha hecho de noche, el tío Ezequiel se ha

apresurado a traerme. ¡Tanto que se ha caído en el camino! ¡Podía haberse descalabrado! —rematé.

Mi madre se quedó callada un momento.

—¿Qué es eso de las piedras preciosas del Espinazo?

Mi padre por fin se decidió a intervenir.

—Es cristal de roca. Son muy bonitas. Y hay que saberlas buscar.

Mi madre permaneció callada unos instantes más.

—Germán, ¿se ha hecho daño el tío? —dijo por fin.

La cosa parecía que se reconducía.

—Un poco, mamá. Aunque me ha dicho que no se lo contara a nadie. Estoy incumpliendo nuestro secreto. Espero que no se lo digáis jamás.

Mi madre salió de la cocina en dirección a la despensa.

Volvió al poco con unos huevos metidos en una bolsa.

—Germán, vas a ir ahora mismo a ver al tío. Le das esto y le dices de mi parte que gracias por cuidarte tan bien. ¡Pero no te entretengas, que es muy tarde!

Salí tremendamente contento de mi casa. Hacía una noche muy agradable. O eso me lo parecía a mí. Y las luces de las calles alumbraban más que otros días. Yo no tenía ningún miedo.

Llegué a casa de mi tío Ezequiel. Era una casa pequeña y modesta. De una sola planta.

Tenía un pequeño corral, con un pozo en su centro. Y, dentro, solo tres piezas: la botica, la cocina, eso sí, grande, y su dormitorio.

Entré hasta la cocina.

Allí estaba mi tío. Se había quitado la venda de la pierna enferma y se disponía a ponerse una nueva que había recortado de una sábana vieja con sus grandes tijeras.

—Hola tío. Si quiere puedo curarle la pierna —le dije a modo de saludo.

—¿Tu madre sabe que estás aquí? —me contestó.

Le respondí tan contento como pude.

—Sí. Me ha dado esto para usted —y le extendí la bolsa con los huevos—. Me ha dicho que muchas gracias por cuidarme tan bien. Que se lo dijera.

Mi tío extendió la mano. Pero antes de coger la bolsa me dijo:

—No le habrás dicho que me he caído, ¿verdad?

Sentí un pequeño nudo en el estómago. Pero me repuse con naturalidad.

—¡Tío, es nuestro secreto! —y luego añadí a continuación—. ¿Dónde tiene los polvos de talco?

Mi tío cogió la bolsa.

—Ahí, en ese armario.

Cuando terminé él se puso la nueva venda.

—Germán, con las prisas, no te he dado tu piedra.

Y fue a buscarla a la botica.

Yo me puse más contento todavía.

—Tío, tenemos que volver a la tumba.

—Sí, Germán. Pero deja pasar un tiempo. Antes tengo que analizar el hueso, ¿recuerdas?

—¡Sí! Analícelo. Y luego nos vamos a pasar otra tarde como la de hoy.

Mi tío iba a decir algo, pero se calló. Y luego se dio la vuelta, despidiéndose precipitadamente con la mano, diciendo adiós.

—¡Anda, vete a tu casa, que es tarde!

Y yo salí mirando mi piedra y poniéndola a la luz de las bombillas de las calles mudas.

Aquella noche dormí con mi piedra en la mano, después de chingar con ella a mi hermana Tere todo lo que pude. Había sido un día redondo.

Aunque poco antes de dormirme o, quién sabe si justo después de hacerlo, algo me recordó que era la primera vez que había contado tan flagrantemente un secreto que acababa de jurar que nunca revelaría. Que había mentido a sabiendas de forma tan clara. Lo hice por cariño, por amor. Y había salido bien.

Sí, había sido la primera vez. Con motivo de la caída de mi tío. Y no sería la última. Esos conceptos absolutos de verdad y de mentira no tenían cabida en el mundo de los sentimientos, en el que yo me estaba adentrando poco a poco.

Como tampoco los conceptos de realidad y de ficción lo tenían en el mundo de la literatura que, también, durante aquella tarde yo había empezado a intuir entre los reflejos de aquel chispazo mágico en las estribaciones de El Espinazo, mirando mi piedra.

Unos años más tarde murió el tío Ezequiel. Yo estaba ya estudiando en el internado de los Sagrados Corazones de Huesca, donde estaba de profesor un tío cura de mi padre. Hoy recuerdo que era un frío día de diciembre. Murió de noche, solo en su casa.

Tampoco pudo ver el cambio democrático en España por el que suspiraba desde después de la guerra. Todavía tardaría algunos años en llegar.

Sé que preguntó por mí unos días antes. Mis padres habían ido a verlo desde Madrid.

—¿Y el estudiante?

Hoy escribo desde mi despacho, como siempre. Y pienso en lo poco que dejó cuando fueron a vender la casa: unos frascos con potingues, algunos libros y algunos bocetos de proyectos extraños.

Pero yo tengo aquí, sobre mi mesa, aquella piedra. No me ha abandonado nunca. Ni me abandonará. Ni yo a ella.

Y tengo todo lo demás que me dejó. Estas páginas son solo una pequeña forma de pagarlo.

Porque a medida que cumplo años a la ficción y a la realidad las separa solo una delgada frontera cada vez más confusa. Y cada vez le entiendo mejor. Al tío Ezequiel.

—¡Me cago en el dios colorado!

Capítulo 7

Llega la Navidad

Pero, como decía, los niños de antes nos criábamos en la calle. Viviendo a tope las estaciones que entonces venían repletas de nieve y de chorlitos, de escarcha y de rocío, de torrenceras de agua que desbordaban las acequias y bajaban arramblando por la calle todo lo que encontraban, de amapolas y de margaritas que llenaban los campos en primavera, de caminos polvorientos, de sol y de sudor y, también, de paja y polvo en las eras, de gamones, de espliegos y su denso olor a esencia, de huertas y huertos llenos de varas por donde serpenteaban las judías, de cerdos, perros, gatos, corderos y gallinas, de cabras y de mulas, que vivían las estaciones como nosotros, adaptándose a ellas y de los que tanto aprendíamos...

Y llegaba la Navidad. Que entonces era un tiempo alegre, íntimo y familiar, lleno de villancicos y de algo, que no sabría decir por qué, se fue perdiendo luego con los años y las circunstancias. Pero que entonces nos llenaba con todo su esplendor... porque la Navidad era y ha sido siempre la fiesta de los niños.

Recuerdo la música de los villancicos que enmarcaban aquel tiempo con los compases de aquellas melodías que no hemos olvidado. Ni olvidaremos jamás.. Sí, aquellos villancicos...

Por ejemplo, este:

*“Resuenen con alegría los cánticos de mi tierra
¡Y viva el Niño Jesús!
Que ha nacido en Nochebuena...”*

Y este:

*“La virgen está lavando y tendiendo en el romero
los pajarillos, cantando
y el romero floreciendo...”*

Y este otro.

*Campana, sobre campana
Y sobre campana una.
Asómate a la ventana
Y verás al Niño en la cuna...*

O este. Que a mí me gustaba tanto.

*“Duérmete mi Niño,
duérmete mi bien
porque ya tu Madre*

se va a dormir también...”

Y, por fin, este otro, con tanta retranca.

*“La Nochebuena se viene
la Nochebuena se va.
Y nosotros nos iremos
para no volver jamás...”*

Pero nosotros donde nos íbamos entonces, cuando llegaba la Navidad, era a buscar musgo para hacer los belenes.

Yo tenía que hacer dos. El de la iglesia con el resto de monaguillos. Y el de mi casa, con mi hermana Tere y con Pepín, aunque Pepín por aquel entonces era tan pequeño que no contaba.

Yo era algo más mayor, desde luego pero, por aquellos años, no lo suficiente. Y entonces mi trabajo como constructor de belenes no pasaba de subalterno o ayudante. Porque allí, en los pueblos, había unas jerarquías y la edad entre los niños iba a misa.

—¡No toques nada! —me decía, nerviosa, mi hermana Tere— ¡Tú recorta esto y calla! ¡Que me desconcentras!

—¿Por qué yo nunca puedo tocar nada?

Entonces venía aquella respuesta lapidaria de la que estábamos, los mocosos como yo, más que hartos.

—Ya lo harás cuando seas mayor —me decía ella.

Y se quedaba tan fresca.

Como me veía triste añadía, condescendiente, a continuación:

—Ya le mandarás tú a Pepín.

A mí aquello no me parecía suficiente.

—Sí, pero a ti nunca voy a poder mandarte. Siempre vas a ser mayor que yo.

Aquella frustración que me producía mi hermana mayor me causaba unas urticarias internas de consideración.

—Pues el musgo que he cogido se lo llevo a la iglesia. ¡Mira qué verde es! —trataba de vengarme yo. O de desahogarme.

—Mamá ha dicho que es para nuestro belén. ¡Y además, como te pongas tonto, te arreo un bofetón!

Yo odiaba aquel escalafón en el que siempre estaría un peldaño por debajo de ella.

Me rebelaba pero casi nunca encontraba salida.

Entonces cogí mi musgo en un santiamén y le pegué una patada en la espinilla a mi hermana, justo cuando ella estaba acoplando las dos piezas que conformaban la cumbre del techo del establo del belén y tenía las dos manos ocupadas.

Luego salí corriendo hacia la iglesia.

Pero allí me pasaba tres cuartas partes de lo mismo.

—He traído este musgo. Es muy verde —les dije nada más llegar.

Entonces, alguno de los grandullones que trabajaba en el belén, rodeado de mirones, reparaba en mí y me decía.

—¡Está bien! ¡Dámelo! —y luego lo de siempre—. Vete a la sacristía y coge la escoba. Hay que limpiar toda esa tierra.

Y me señalaba el tío el suelo. Como si la tierra no estuviera ya allí antes de llegar yo.

Y yo me hacía el remolón, claro.

Y cuando me cansaba de mirar me volvía a casa con mi hermana Tere.

—Tere, que soy yo. ¿Qué tal vas con el belén?

—¡Y ahora a que vienes aquí, listo! ¿Y el musgo?

—Es que se lo había prometido a don Marcelo.

—¡Pues a mí me hace falta también aquí! ¡Mira este hueco! ¿No ves que está calvo?

Bueno, parecía que no estaba demasiado enfadada.

—Tere, podíamos ir los dos a coger más. Yo sé dónde hay.

A mí me gustaba mucho ir con mi hermana por ahí. Pero ella siempre me cambiaba por alguna de sus amigotas.

—El caso es que pensaba ir con Pili. Pero te podías venir con nosotras.

Yo ya sabía lo que me esperaba si me iba con ellas. Empezaban a bisbisear y a reírse con sus secretitos y yo me quedaba más marginado que una mona. Eso ni soñarlo. Antes prefería quedarme solo.

—No, Pili no está. Me ha dicho su madre, que me la he encontrado al venir, que ya se había ido con su hermano a buscar musgo. Vámonos los dos solos. A lo mejor la vemos luego por ahí.

Y mi hermana picó. Desde la caída de mi tío, mentía con una facilidad pasmosa.

El caso es que cuando salíamos juntos lo pasábamos muy bien. Sobre todo yo.

Estábamos por las paredes de los huertos, que criaban un musgo excelente. Pero Tere no hacía nada más que mirar.

—Pues no veo a Pili.

—Bueno, vamos a concentrarnos en coger musgo. Que si no, ¿para qué hemos venido? —le contestaba yo lleno de lógica.

Así que cogimos el musgo y cuando terminamos volvimos a casa.

—Tere, yo te he acompañado a por el musgo. Tú me deberías dejar ponerlo en el belén —le dije como quien no quería la cosa.

Tere se agachó a rascarse la pierna. Malo. Lo mismo se acordaba de la patada en la espinilla.

—Bueno, voy a ver si Pili ha vuelto ya a su casa. Pero tú pon el musgo solo en ese trozo que está calvo. ¿De acuerdo? ¡Y no toques nada! —aceptó, aunque advirtiéndome, al final.

Así que mi hermana se fue y me quedé solo en casa. A mi hermano Pepín lo habían llevado con mi abuela Guillermina. ¡Por fin me iba a convertir en constructor de belenes!

Puse el musgo con mucha precaución en el sitio que me había dicho mi hermana. Lo hice todo con mucho cuidado. Inclusive arrimé una silla al aparador del comedor, donde poníamos el belén, y me puse de rodillas sobre ella para estar más alto y no tocar nada.

La verdad es que era una gozada disfrutar de aquel belén. Era como un pueblo en miniatura. Como si subieras al Picozo y, además de ver Sacecorbo entero de un solo golpe de vista, pudieras luego alargar la mano y tocar todas las casas y todos los animales que allí había puesto mi hermana. Y saludar a aquellos pastores, labriegos y mujeres lavando la ropa o haciendo el pan y, sobre todo, a los Reyes Magos.

Algunas figuritas eran de loza pintada y otras, la mayoría, eran recortes del periódico y de las revistas del veterinario que le dejaban a mi hermana y, también, dibujos que ella había hecho, la verdad es que Tere dibujaba muy bien, y que luego pintaba con su caja de acuarelas.

Era un belén que estaba muy bien hecho. Aunque yo empecé a cambiar algunas cosas para que quedara todavía mejor. Había oído que los arquitectos eran los que se dedicaban a hacer las casas y hasta los pueblos enteros.

La verdad es que cada vez cambiaba más cosas. Y no solamente las figuritas. Me atrevía

también con las casas e, inclusive, agrandé un poco el estanque. Me estaba quedando todo la mar de bien.

Y pensé entonces que lo que me gustaría de verdad ser de mayor era arquitecto. Lo veía mucho más importante que un maestro, dónde iba a parar. Porque, al final, ¿qué quedaba de la obra de un maestro?, me preguntaba mientras cogía a un ángel de las alas. Nada, absolutamente nada, me contestaba a mí mismo. Después de desasnar a aquella panda de brutos te cambiaban de pueblo y aquí paz y después gloria. Y toda tu obra en el olvido, claro.

Pero un arquitecto dejaba monumentos, construcciones que, a parte de grandiosos, eran duraderos o imperecederos, como diría mi tío, escondiendo el significado de una palabra detrás de la otra.

Además, debían ganar muchísimo más que un maestro. Yo no había oído nunca aquello de que ganas menos que un arquitecto, como se decía de un maestro de escuela

Sí, este sí que era un oficio de futuro, me dije a mí mismo, absolutamente convencido, mientras trataba de corregir la unión de la cumbre del portal que estaba un poco desbalanceada.

Entonces ocurrió la catástrofe.

Yo no sé muy bien lo que pasó. Probablemente me estiré demasiado a un lado en la silla. El caso es que ésta se vino abajo, no sin que antes yo cayera con mis dos brazos sobre el belén y lo despachurrara casi todo. Y, además, arrastrara una buena parte al suelo en mi caída.

Aunque me había dado un buen golpe en el codo, no me dolía en absoluto.

Tal vez porque había otro gran dolor, inmenso, que llenaba todo mi ser. Aquello era un desastre descomunal. Me levanté y contemplé la desgracia en su totalidad. ¡Dios mío!

¿Y qué iba yo a hacer ahora? ¡Preveía un disgusto monumental en mi casa y mi hermana no me dejaría tocar nada en mi vida! ¡Tendría un retroceso de años en mi objetivo de ser mayor!

Rescaté una figurita de un gato que había caído al estanque, el cual perdía agua a raudales. El pobre gato de papel flotaba en él a punto de desintegrarse.

Entonces se me ocurrió.

Fui a buscar a Morito a la cocina, que estaba medio adormilado y roncando mirando la lumbre. Se dejó coger en brazos sin ningún problema. Los animales domésticos y los niños siempre se llevaban muy bien, así que continuó ronroneando en mis brazos.

No sabía Morito lo que le esperaba.

Volvimos al comedor y me puse frente al belén. Allí me detuve unos instantes mientras acunaba en mis brazos a Morito que se quedó sopa al instante.

Entonces, cuando más dormido estaba, lo lancé de golpe sobre el belén, bueno sobre los restos del mismo que se mantenían sobre el aparador. El pobre gato se despertó de golpe sin saber ni dónde estaba, trató de ponerse de pie en mitad del estanque y, sintiéndose empujado, se asustó todavía más y, maniobrando con manos y patas para salir de allí a toda velocidad, acabó de destrozarlo todo y tirarlo por el suelo, amén de manchar este último por todos los sitios por donde pisaba.

Una vez completada mi maquiavélica obra, por un momento me sentí un poco mal, pero me vino a la mente una de las frases corolarias de mi tío Ezequiel: “Más se perdió en Cuba” y, con este bálsamo, me dispuse a salir de la casa, dado que me convenía alejarme de allí cuanto antes y dejar como único culpable al estupefacto Morito, el cual me miró pasmado, cuando abrí la puerta y huí de allí a toda velocidad, dejándole a él dentro.

Me fui a ver a mi amigo Julián que estaba con dos de sus primos y estuvimos jugando al gua todo el resto de la tarde, aunque yo estaba tan desconcentrado que no embocaba la canica en el

hoy ni estando a un palmo. A medida que pasaba el tiempo me iba llenando por dentro de una húmeda tristeza.

Lo que más me dolía era que, lejos de haber materializado mi nueva vocación, me había convertido en todo lo contrario: en un malévolo anti-arquitecto y, como se hacía en las obras de éstos, se recogería en la fachada mi nombre y la fecha del evento, que quedarían así grabados para el resto de la eternidad.

Miro por la ventana. Hoy hace en Madrid un día de sol magnífico, aunque estemos en invierno. Dentro de unos días será Nochebuena. Pero antes, el 22, se realizará el sorteo de la Lotería Nacional. La familia que queda en Sacedorbo me ha hecho llegar a través de mi hermano Pepín, que estuvo allí el otro día, una participación en el número que juegan.

Me la ha traído precisamente hace un momento. Junto con unas longanizas que venden en la carnicería del Hostal La Hoz. Justo después de que yo acabara de escribir mi vergonzante historia con Morito. Y, al dármelas, lo que son las cosas, me ha dicho mi hermano Pepín: “¿Sabes que ayer mi hijo nos hizo una trastada como la tuya con Morito?”.

Por eso yo cada día estoy más seguro de una cosa: el pasado y el futuro no existen, solo se vive un presente eterno que lo engloba todo. Y nosotros solo somos ahora lo que antes fuimos y lo que un día seremos. Como yo, que nunca fui arquitecto.

Y así se lo he dicho a mi hermano, que no sabe todavía (salvo mi mujer no lo sabe nadie) que estoy escribiendo este libro. Y por eso se ha quedado como pasmado. Tan estupefacto como aquel día se quedó, al verme cuando me iba, nuestro gato Morito.

Cuando empezó a anochecer decidí acercarme de nuevo a casa, ensayando por el camino la naturalidad de la mentira que había aprendido con la caída de mi tío Ezequiel. Aunque aquella había sido por cariño y ésta yo no sabía cómo llamarla. Quizá aquello de salvar el pellejo, fuera, en parte, lo más adecuado. Pero, en cualquier caso, mucho menos edificante, desde luego, que la primera.

Antes de abrir la puerta, acerqué el oído a la misma. Y lo que escuché me tranquilizó mucho. Hablaban pestes del pobre Morito. Así que empujé la puerta decidido.

Mi hermana Tere se dirigió a mí nada más verme entrar.

—Germán, ven a ver el belén. ¡Mira cómo lo ha dejado Morito!

Mi madre estaba limpiando el suelo y mi padre se había sentado en la mesa del comedor con una copa de aguardiente en la mano.

Los miré a ambos con naturalidad y luego al belén y le contesté a Tere.

—¡La madre de Dios! ¿Y cómo sabes que ha sido Morito?

Mis dos padres hablaron casi al unísono.

—¡Germán, lleva cuidado, no pises por ahí que está mojado! —dijo mi madre.

—Morito llevaba las patas llenas de musgo, los animales no saben mentir —dijo mi padre, mientras me miraba, a mí me pareció que de una forma un tanto extraña.

Yo me concentré en mi hermana.

—Te había quedado muy bien, Tere —le di coba, como a ella le gustaba.

Ella se infló como un globo de feria.

—Sí, la verdad es que sí. Toda una tarde trabajando para nada. Bueno, aunque tú me ayudaste un poco al final —me concedió.

Sentí un temblor extraño. Me había parecido que mi padre arqueaba una ceja al oír a Tere aquello del final.

Yo ya no sabía qué más decir.

—Bueno, ¿y donde está Morito? —añadí, temiendo haber metido la pata de nuevo nada más haberlo dicho.

—Ahora se quedará sin cenar y pasará la noche fuera —dijo mi padre después de echarse un trago de aguardiente que le debía haber abrasado por dentro, a juzgar por el gesto que había hecho.

Yo, que estaba allí mirando al belén como un pasmarote, no sabía ya más qué añadir, definitivamente. Así que miré a mi madre que se levantaba de recoger y secar el suelo.

—Tenéis que hacerlo de nuevo, Germán. Pero yo os daré veinte céntimos a cada uno —dijo mirándonos a los dos.

Entonces me subió un poco la moral y miré a Tere de igual a igual. “Veinte céntimos a cada uno”. Ella se llevó un dedo a la boca y se mordió una uña.

—Bueno, ¿y cuándo vamos a cenar? —dije entonces con una voz renacida y alegre.

Después de cenar estábamos en la cocina junto al fuego. Por el hueco de la chimenea se oía silbar al viento. Debía hacer una noche de perros. Yo no hacía nada más que pensar en Morito. Y cada vez me sentía peor.

Sonó algo en el piso de arriba y mi madre se levantó y salió de la cocina. Parecía que se había oído a Pepín, que estaba ya acostado en su cuna. Yo salí tras ella.

Subimos la escalera en silencio hasta la habitación de mis padres. Pero el niño estaba dormido como un tronco. Antes de bajar la escalera de nuevo, me abracé a mi madre llorando.

—Mamá, me encuentro muy mal.

—Qué te pasa hijo mío.

Fue a dar la luz, pero yo la detuve.

—No quiero que me mires, me encuentro muy mal.

Volvimos a su habitación y nos sentamos en la cama.

—Mamá, es que soy un niño malísimo —susurré como pude.

Mi madre me abrazó.

—¿Qué ha pasado, Germán? Cuéntame.

Y yo se lo conté todo.

—Papá y tu hermana también se merecen conocer la verdad, ¿no crees?

—Sí —musité, aunque lo de mi hermana me escocía de lo lindo.

—Has sido muy valiente, Germán. Estoy orgullosa de ti. No es fácil contar lo que me has contado. Todo tiene remedio en esta vida. Aunque también todo tiene un coste. ¡Vámonos abajo! ¡Todo se arreglará! —y me abrazó de nuevo.

Bajamos a la cocina y allí mi madre me ahorró el ser yo quien diera las explicaciones. Mi hermana Tere me miraba hecha una furia pero, también, sorprendida de mi ingenio.

Mi madre le propuso a mi padre lo siguiente.

—Yo creo que Germán ha hecho mal. Ha intentado ocultar su error. Y endosárselo a Morito. Y eso no puede ser. Pero también Germán quiere que Morito no sufra por su culpa y desea arreglar todo el desaguizado. Y eso tiene un gran valor. Máxime cuando podía haber dejado las cosas como estaban. Así que yo propongo que Morito vuelva a cenar y a dormir en casa. Y elevo a treinta céntimos para Tere y treinta para Germán, para reconstruir el belén. Pero Germán deberá pasar por alguna penitencia, porque todo tiene un coste. Pero no se me ocurre cuál.

Mi padre me miró. Luego se rascó un momento la barbilla y por fin añadió.

—Estoy de acuerdo. Germán se quedará sin ir a la hoguera de Nochebuena de la plaza. Y el belén de casa deberá ser el mejor que hayamos tenido nunca. Yo pago diez céntimos más, hasta 40, a cada uno.

Y así quedó la cosa.

Salimos a llamar a Morito que debía estar por los alrededores. Y luego dejamos la puerta abierta. Al poco entró en la casa y fue a calentarse a la lumbre, aunque rehuía ponerse a mi lado. Yo, entre unas cosas y otras, si bien sentía que me había quitado una carga, no acababa de sentirme bien. Lo de no ir a la hoguera me había dolido un montón. ¡Qué bien me conocía mi padre!

Cuando subíamos a acostarnos me dijo en un bisbiseo mi hermana Tere.

—¡No te quejes! ¡Que al final yo voy a cobrar lo mismo que tú!

¡Hombre! Yo no lo había visto así hasta entonces. Porque yo tenía que pagar un precio adicional.

Pero también aprendí ese día que convenía ponerse siempre en lugar del otro. Porque cada uno tenía su perspectiva, un punto de vista diferente, sobre la misma cosa.

Capítulo 8

Hogueras hasta el cielo

Pero lo que tenían aquellos años infantiles era que cada día traía su afán. Era tanta la inercia que te llevaba para adelante, para aquel futuro larguísimo que te esperaba, que el pasado terminaba por quedarse disminuido y atrás rápidamente.

Al día siguiente me levanté descansado y como nuevo. Hasta Morito parecía haberse olvidado ya del asunto y amaneció enroscado a los pies de mi cama. También Tere pareció levantarse de buen humor.

Así que lo primero que le dije a mi madre fue que entendía que el hecho de no poder ir a ver la hoguera no debía impedirme en colaborar con todos los otros niños en los trabajos previos. Ella accedió gustosa y, como para la hoguera todavía quedaban algunos días, esa situación no me debía entristecer por el momento.

Le propuse a mi hermana acometer cuanto antes la construcción del nuevo belén y hasta me dejó colaborar mucho más, siempre bajo su atenta y controladora mirada. Y también la de Morito, que nos observaba. A una prudente distancia, claro.

Así que fuimos a cobrar nuestros cuarenta céntimos, que se convirtieron en nuestro primer aguinaldo de aquel año.

El secreto del aguinaldo, como el de casi todo en esta vida, según aprendía yo rápidamente a golpe de experiencias, qué remedio, era ser el primero, o de los primeros.

Y los niños de entonces, y los de ahora, queríamos ser los primeros... Antes de que se agotara la buena voluntad de los vecinos.

—¡Abra, tío Ranchero, que venimos a por el aguinaldo! —decíamos muy ilusionados en la puerta de aquella casa.

Casi siempre nos abrían y nos daban algo: castañas, algún caramelo, bellotas asadas...

Pero a veces oíamos que nos contestaban con cajas destempladas.

—¿Aguinaldo? Las tenazas se están calentando...

Entonces teníamos dos opciones: seguir dando la murga, sobre todo si pensábamos que el tío Ranchero era de los de amagar y no dar o poner los pies en polvorosa cuanto antes, bien porque el tío Ranchero no estuviera de humor, o bien porque ya se le hubiera terminado la paciencia con todos los “aguinalderos” que habían pasado antes que nosotros por su casa.

Aquel día optamos por seguir dando la murga. El tío Ranchero parecía de los de mucho ladrar pero poco morder.

Así que empezamos a golpear su puerta con insistencia.

Y el pequeño Agus que, cuando iba en grupo, se sentía muy valiente, hasta vociferó.

—¡Estírese hombre, tío Ranchero! ¡Que llega la Navidad y el año Nuevo!

La verdad es que le había quedado un pareado muy bonito, así que decidimos cantárselo todos a coro al tío Ranchero, mientras seguíamos empujando su puerta. Bueno y algunos, además, ya se animaban y hasta daban algunas patadas en la misma.

Después de cantar un rato nos quedamos en silencio aguzando el oído por si venía a abrirnos

el tío Ranchero. Pero nada, allí solo había un silencio sepulcral. Así que redoblamos nuestros cánticos y nuestras patadas. Entonces, ya ganada la confianza, con toda la fuerza que podíamos. Hasta los cristales retemblaban.

Concentrados, como estábamos, en nuestras acciones reivindicativas no nos percatamos de que el balcón se abría. Ni tampoco de que salía a él el tío Ranchero con algo en la mano.

De repente se oyó el vozarrón de aquel hombre.

—¡Aguas van! Aquí tenéis vuestro aguinaldo, ja, ja, ja, ¡eso sí, pasado por agua!

Y nos vertió el tío un cubo de agua helada encima.

Nosotros salimos en estampida, aunque no pudimos evitar calarnos todos como pollos.

Entonces Agus, que se sentía un poco culpable, cuando paramos de correr nos dijo:

—¡Hombre, estaba fría! ¡Pero por lo menos no ha utilizado el orinal!

Pero Tinín, que llevaba un rato oliéndose el jersey no las tenía todas consigo.

—No estoy muy seguro —concluyó después de hacernos a todos un examen olfativo—. Yo creo que como tenía poca orina ha rellenado el cubo con agua. Por eso no huele tanto.

Acabáramos. No estábamos seguros, pero sentíamos aquello como una auténtica pringue. Así que, para desahogarnos, nos dirigimos al gallinero que tenía el tío Ranchero en un huerto antes de llegar a la Rivilla y allí le apedreamos un viejo cristal que tapaba un ventanuco protegido también con barrotes.

Después nos sentimos un poco mejor y, como ya estábamos medio secos, decidimos continuar pidiendo el aguinaldo. Eso sí, por la otra punta del pueblo.

—¡Y sin cantar, Agus! —le espetó Julián.

—¡Pero si nos lo hemos pasado bomba! —gritaba Agus, con una traviesa sonrisa pintándosele en la cara.

La hoguera de Nochebuena era una auténtica hazaña para los chicos y los niños. Salíamos al campo con un frío que pelaba y cortábamos o arrancábamos, apenas sin herramientas, un enebro grande, o una mimbrera, o una sabina. O varios de ellos, todos los que podíamos. Luego los arrastrábamos en grupo por los caminos llenos de charcos, de barro, o de nieve y hielo.

Con todo aquello, bien amontonado, hacíamos una hoguera en la Plaza, apoyada contra el frontón, cuando ya era noche cerrada. Era un espectáculo ver cómo las llamas subían casi hasta el final de aquella inmensa pared. Cómo crepitaba el fuego y saltaban chustas que el aire movía por la oscuridad de la noche (allí denominábamos así a los pequeños trozos de palos o ramas que flotaban por el aire al incendiarse, aunque más conocida sería esta denominación de chustas, años más tarde, en la movida madrileña, aludiendo a lo último que quedaba sin arder de un porro).

Aquel año había sido muy penoso el trabajo de acarreo de todos los árboles y arbustos que la conformaban. Por ello, presenciar la hoguera tenía que ser una justa recompensa.

A mí, mis padres me tenían castigado sin poder verla, desde el asunto del gato Morito y el belén de mi casa. Pero a última hora acabé suplicándoles, claro. Era Navidad y en algo se tenía que notar, ¿no?

A mí me gustaban también las ceremonias religiosas de la Navidad en la iglesia: cantar los villancicos, mirar el gran belén en el que se hacía de día y de noche y, sobre todo, ayudar a don Marcelo en la Adoración del Niño, cuando él lo cogía en brazos, bajaba dos escalones desde el altar y todo el mundo se iba acercando a besarle una rodillita. Yo estaba aquel año al lado de don Marcelo, en la misa del Gallo, con un paño en la mano e iba limpiando la piernecita del Niño tras cada ósculo.

Era Navidad, sí, y, al final, como no podía ser menos, mis padres me perdonaron y me

dejaron ir a ver la hoguera. Eso sí, mi madre me hizo prometer, a cambio, que apuntaría tres deseos en un papelito y los echaría en la hoguera para que se cumplieran.

Y así lo hice. Se incendió mi pequeño papel en un instante y luego voló por el aire de la noche deshaciéndose en cenizas.

Aparte de seguir queriendo a mis padres, hermanos, y a Morito, por supuesto, pedía hacer yo solo algún año el belén de mi casa. O, por lo menos, si no solo, sí dirigiéndola construcción. No sabía entonces que no estaría demasiado lejos aquel momento.

En estas divagaciones estaba yo, mientras contemplaba las cenizas de mi papel flotando en la noche, cuando apareció por allí el tío Ranchero.

—¡Malandrines, así que vosotros sois los que me habéis roto el cristal del gallinero! —exclamó nada más vernos.

Nos pegamos un buen susto al principio. Pero contestó, bastante tranquilo, Julián, que era el más mayor de nosotros.

—¡Qué va tío Ranchero! ¡Ni se nos hubiera ocurrido! ¡Estamos en Nochebuena!, ¿no?

El tío Ranchero se nos quedó mirando un momento. Luego, relajó su rostro y se acercó a calentarse las manos en la hoguera.

—¡Esta no es nada, chicos! ¡Si hubierais visto las que hacíamos nosotros en nuestros tiempos...! ¡Entonces sí que temblaba El Misterio! —exclamó el tío Ranchero mirando hacia lo alto, hasta el cielo, donde casi llegarían aquellas llamas que él veía en su recuerdo.

Capítulo 9

El pasado y el futuro: la bola de cristal

Un día se puso muy enferma mi abuela Guillermina. Además, al poco tiempo, todo el mundo tuvo consciencia de que no se trataba de una enfermedad de las que se curaban entonces, que eran, mayormente, las que se iban solas, o con una pequeña ayuda de la botica de mi tío Ezequiel: los catarros, las anginas, el sarampión y así.

Bueno, también estaban las enfermedades que ni se curaban, ni te llevaban a la tumba, por lo menos de forma rápida, sino que te abocaban a un lento y mortificante desgaste, a una vejez prematura llena de achaques y de dolores que te iban minando durante años hasta que, al final, claro, terminaban contigo.

Pero la enfermedad de mi abuela Guillermina no iba a durar tanto. Aunque mi abuela podía parecer entonces que no era tan mayor todavía. Podría tener unos sesenta y cinco años y, quizá, para aquella época ya no eran tan pocos y, al contrario, suponía un mérito tremendo haber llegado a ellos, después de sortear aquella profusa carrera de obstáculos que era entonces la plena salud.

Mi abuela Guillermina empezó un día a perder las ganas de comer y ya no las recuperó, a pesar de los ánimos que le daba y de las sabrosas comidas que le preparaba mi abuelo Hermenegildo, que era cazador y hacía unos guisos de conejo y unos escabechados de perdiz que no se los saltaría un gitano.

Pero mi abuela Guillermina solo encontraba conforto en sus oraciones y en la lectura de su libro favorito: un tomo que recogía las vidas de los santos que había dado la Iglesia.

Le gustaban especialmente las historias de mujeres: la de Santa Teresa de Jesús la que más, santa por la que sentía verdadera devoción y de la que también se sabía muchos de sus versos de carrerilla y los recitaba con mucho sentimiento y sin equivocarse jamás.

Pero, asimismo, le gustaban Santa Gema Galgani, Santa María Goretti y Santa Juana de Arco, que podría haber sido su santa preferida, pero nunca llevó mi abuela de buen grado que la santa soldado fuera francesa, tierra de herejes y blasfemos y, sobre todo, de costumbres relajadas y terrenales, nunca mejor dicho, según creía a pies juntillas mi abuela, ignoro yo en base a qué información.

Como apenas comía, salvo algunos sueros y potajes que bebía en sorbitos, tan pequeños que le duraban horas tomárselos y que, luego, muchas veces devolvía, se fue quedando progresivamente sin fuerzas y acabó recluida en su cama, de la que apenas se levantaba, cuidada por mi abuelo Hermenegildo y por sus dos hijas: mi tía Teresa, que tenía un hijo de mi misma edad, Jesulín, del que ya hablaré luego largo y tendido y su hija pequeña, y ojito derecho, que era mi madre, con la que tenía una complicidad tan profunda como, a veces, extraña y misteriosa.

Así que allí me llevaba a menudo mi madre. A verla. A verla y a darle compañía. Y, sobre todo, a que mi abuela me viera a mí, porque mi presencia, tal vez por la edad que yo tenía o

porque la recompensaba del hijo que nunca tuvo, la reconfortaba sobremanera. Igual que la de mi primo Jesulín, con quien me juntaba yo en casa de la abuela muchas veces.

Yo subía con mi madre al dormitorio que estaba en la segunda planta, el cual era una estancia grande y llena de aquella luz que yo recuerdo tan clara y que entraba a través del balcón que daba al corral.

Mientras mi madre adecentaba la casa, yo me sentaba en una silla al lado del lecho y mi abuela sacaba entonces una mano de entre las sábanas y me revolvía mi pelo mientras me lo acariciaba. Era el único contacto que teníamos, dado que no quería que yo me acercara y le diera un beso.

—¡Deja, deja! ¡ A ver si te voy a pegar algo! —decía, apartándose si yo aproximaba mi cabeza a la suya.

Luego llevaba su mano a la mesilla y cogía una bola de cristal llena de agua, que tenía dentro una réplica en miniatura del Santuario de Lourdes. Me la acercaba y yo la cogía con la mano y le daba la vuelta poniéndola boca abajo.

Entonces descendía por el agua como una cortina de copos de nieve que, a la luz del ventanal, revestían aquel mundo submarino de una magia que a mí me encandilaba sobremanera.

Y más a partir de un día que tuve con mi abuela Guillermina una conversación que nunca olvidaré.

Hicimos la misma ceremonia, con la misma liturgia de siempre: me revolió el pelo mientras me miraba con ojos soñadores y luego observé a contraluz la bola de cristal que siempre me descubría cosas nuevas. O, tal vez, no eran cosas, sino estímulos, sensaciones nuevas.

Volví mis ojos a mi abuela.

—¡Pronto te vas a poner mejor, abuela! —dije, envuelto todavía en la atmósfera de aquel mundo idílico de la bola de cristal.

—No, Germán. La suerte está echada. Esto se acaba. Pero no estoy triste. Porque todo se acaba, se tiene que acabar, alguna vez.

—Abuela —y le cogí la mano y la puse de nuevo en mi pelo —a mí me gustaría que siempre pudiéramos vernos. Como ahora. Que tú no te fueras nunca.

—No me iré, Germán. ¿Tú sabes qué es el cielo?

—Sí, abuela. Un sitio alto. Y lejano. Sí, lejano de aquí.

—No, Germán. ¿Ves la bola de cristal?

Yo la cogí de nuevo entre mis manos.

—Dale la vuelta —me dijo.

Yo hice lo que me decía. Los copos de nieve empezaron a descender.

—Ese sitio mágico que ves es el cielo. Por eso no estoy triste. Aunque os quiera a todos, también quiero ir allí, ¿me entiendes? Porque ese es nuestro destino, después de tantos sufrimientos... —y mi abuela se detuvo. Entonces ya le dolía a veces intensamente la tripa, tanto que no podía seguir hablando.

Luego respiró hondo y pareció recuperarse. Relativamente. Estaba absolutamente delgada. En los huesos. Parecía una santa pintada por El Greco. Si hubiera sabido yo entonces quién era El Greco, claro. Pero hoy la recuerdo así.

Mi abuela continuó hablando y yo le di la vuelta otra vez a la bola de cristal, para que siempre mostrara dentro aquellos copos de nieve mágicos.

—Así que ya sabes dónde estaré. Este mundo es muy bonito y tú eres muy joven y has de disfrutar de él. Pero a veces te quedarás como sin salidas, ¿me entiendes? —yo afirmé con la cabeza, era muy joven, efectivamente, pero ya me había sentido así algunas veces—. Entonces

acuérdate de nuestra bola mágica. Y esa será tu salida. Y allí estaré yo también para ayudarte a encontrarla.

A mi abuela le vino de nuevo otro dolor en el vientre y cerró los ojos mientras fruncía los labios en una mueca de sufrimiento.

Y yo dejé la bola en la mesilla y bajé corriendo a avisar a mi madre que estaba abajo.

La abuela Guillermina empeoró rápidamente. Estaba siempre como ida y a veces deliraba entre los dolores.

Mi tío Ezequiel le ponía parches y ungüentos en la tripa y los costados, aunque un día me dijo, moviendo la cabeza de una lado al otro.

—Somos como hormigas luchando contra gigantes. ¡Ojalá le pudiera aliviar en algo! —y bajó apesadumbrado la escalera.

Llegó un momento en que a los niños como nosotros, los mayores, tal vez porque ya no se acordaban de cuando eran niños o, justamente, por lo contrario, nos prohibieron estar cerca de la abuela. Yo no entendía nada. Tal vez tampoco intuía entonces lo difícil que era ser mayor, ser padre, y tomar decisiones. Sin estar nunca seguro de nada. Sobre todo seguro de acertar.

Así que mi primo Jesulín y yo, dado que ya no nos dejaban estar con la abuela, nos quedábamos en el corral a jugar. Y también nos daba por pensar en cosas totalmente alejadas de aquel mundo tan bien hecho, tan idílico, de la bola de cristal.

Porque todo aquel universo era muy difuso. Y aquí, en nuestro mundo, en el de la tierra, lo importante eran las cosas concretas.

Mi abuela tenía apilados, allí en el corral, un montón de leños apoyados contra la pared. Formaban una pila de metro y medio de alta y cinco o seis metros de larga.

Nosotros andábamos algo aburridos y, de repente, reparamos en los leños.

Probablemente fui yo el que empezó.

—Cuando se muera la abuela yo quiero quedarme con estos leños. Y con la bola de cristal, claro.

Mi primo Jesulín me miró levantando la barbilla. Mala cosa.

—Eso ni lo sueñes. La bola me da igual, pero los leños son tanto tuyos como míos. ¿No te digo? —me contestó

Yo, de repente, a pesar de todas las promesas a mi abuela, había empezado a perder interés en la bola y no había nada tan importante en el mundo como aquella pila de leños.

—A mí me corresponden más, porque soy más mayor —dije decidido.

La verdad es que le llevaba a mi primo apenas veinte días.

—Pero tú te quedas además con la bola —me advirtió mi primo.

Yo me quedé un momento pensativo. No quedaba más remedio que negociar con Jesulín el futuro de los leños.

—Bueno, vamos a medirlos, a ver cuántos pies tienen —y empecé a poner un pie detrás del otro recorriendo la distancia que ocupaban los leños.

Pero mi primo reaccionó rápidamente.

—Yo también los mido, ¿no te digo?

Cuando mi primo repetía “¿no te digo?”, mala cosa.

Nos enzarzamos en una discusión interminable sobre cuántos pies tenían, y si debían ser los suyos o los míos.

De repente, mi primo Jesulín que, en el fondo, tenía muy buen corazón exclamó:

—Oye, Germán, le tendremos que dejar algún leño al abuelo Hermenegildo, ¿no?

A mí me pilló un poco a contrapié, la verdad. Pero tampoco quería parecer un nieto

interesado y, menos, delante y comparado con mi primo Jesulín.

—Bueno, de acuerdo —dije—. Pero aquí nadie se lleva un leño más. Tus hermanos, cero, ¿estamos?

Él me contestó, raudo y veloz.

—Y Tere y Pepín, también cero, ¿no te digo?

Acordamos dejarle al abuelo Hermenegildo cinco pies de leña y nosotros nos quedamos con diez pies cada uno. De ahí debía venir el dicho de que: “quien parte y reparte, se queda con la mejor parte”. ¿No te digo?, como habría rematado mi primo Jesulín.

Una vez nos hubimos distribuido nuestra herencia, clavamos después una estaca en el suelo señalando cada una de las tres partes. Y, tras ello, como toda la familia seguía arriba con la abuela Guillermina, empezamos a aburrirnos de nuevo.

Entramos a la cocina y allí nos sentamos frente a la lumbre que se encontraba encendida. El gato de los abuelos, de nombre “Pescador”, nos acompañaba también en silencio, sentado medio adormecido a nuestro lado, ronroneando al calorillo del fuego.

Oíamos a la familia en el piso de arriba, casi toda al completo, alrededor de la abuela Guillermina, que estaba ya en las últimas. Sí, estaban todos menos los mocosos como mi primo Jesulín y como yo, claro. Bueno y mi hermano Pepín, que pintaba el hombre entonces menos que una croqueta y lo tenían al cuidado de mi otra abuela, Leonor.

Yo, en el fondo, por lo que estaba de tan mal humor aquella tarde y no me tranquilizaba con nada, era porque a mi hermana Tere la habían clasificado ya como “mayor”, con derecho a estar viviendo aquel momento tan importante, y yo no dejaba de ser todavía un chisgarabís con derecho solo a jugar y pelearme con mi primo Jesulín, que estaba tan cabreado como yo.

Entonces, fastidiados los dos como estábamos, en un cruce cómplice de miradas reparamos en el pobre “Pescador”, que no intuía ni remotamente lo que le esperaba. Así que, sin hablar entre nosotros una palabra siquiera, agarramos entre los dos al pobre gato, pero no para llevarlo al agua a que pescara, como decía su nombre, sino para lanzarlo sobre la lumbre, sin apenas despertarlo siquiera.

El pobre “Pescador” se dio un susto de muerte y, tras patinar sobre las ascuas, salió escaldado y furibundo corriendo a no parar con la cola echando humo y maullando como yo nunca lo había visto.

Lo vimos salir al corral y allí se restregó contra los leños y se tumbó en el suelo, revolcándose en la tierra, hasta que dejó de echar humo y después empezó a lamerse el pelo con la lengua, mientras nos miraba, entre aterrorizado y pasmado.

Mi primo y yo nos miramos también entre nosotros y, quién sabe por qué, nos encontramos mejor, mucho mejor, más aliviados, notando cómo aquel fastidio interior disminuía.

Y descubrimos aquello de que la risa o el dolor iba por barrios y, a veces, la mejor forma de sacudirte tu propio dolor, y el fastidio que te consumía por dentro, era empujarlos hacia otro sitio, léase hacia el pobre gato “Pescador”. Pero, ¿cómo se los sacudiría él, a su vez, de encima? Eso ya no era nuestro problema, claro. Sí, eso quedaba fuera de aquella mirada, un tanto alicorta y egocéntrica, típica de los niños como nosotros.

Entonces llegó don Marcelo con los Santos Óleos, al que escoltaban para la ocasión dos mayores y expertos monaguillos, que nos miraron como a dos mocosos.

Subieron los tres escaleras arriba y, mientras tanto, mi primo Jesulín y yo estuvimos tirándole piedras a una lagartija que no hacía más que asomarse por entre los leños, como mofándose de nosotros.

Hasta que dejó de asomarse, claro. Tras una pedrada certera de mi primo. Y no se le volvió a

ver más. Como a “Pescador”, que había desaparecido corriendo al vernos lanzar aquellas pedradas y que no volvería a acercarse a la lumbre en semanas. Y más con nosotros cerca.

Henchidos de nuevo de autoestima, vimos salir a don Marcelo, flanqueado por sus dos acólitos. Nada más vernos, don Marcelo nos habló.

—Subid arriba. Vuestra abuela quiere despedirse de vosotros. ¡A ver si estáis a la altura de las circunstancias!

Y dicho esto salió del corral con aquellos dos pretenciosos que se creían los amos del mundo.

Así que entramos en la casa y subimos escaleras arriba. Íbamos en silencio y en cada escalón nos llegaba, a nuestro interior de niños, una bocanada de pena y quién sabía si también de una culpabilidad difusa y extraña.

Entramos en el dormitorio. Qué diferente fue a lo que yo recordaba del tío Celedonio.

Se veía que Dios le iba a premiar a mi abuela Guillermina con unos últimos momentos de lucidez pero, también, de tranquilidad y paz consigo misma.

Ella estaba en el lecho tranquila, con una sonrisa que expresaba que estaba allí con nosotros pero también ya en ese sitio al que se iba a encaminar en breve. Traspiraba una paz y hasta una felicidad envidiable y dulcísima.

En cuanto aparecimos mi primo Jesulín y yo nos hizo una seña para que nos acercáramos.

Sacó una mano y me revolvió mi cabello que tanto le gustaba, como siempre. Luego en vez de darme la bola de cristal cogió la mía y la acercó a la de mi primo, hasta que nos cogimos de la mano los dos.

—Vosotros sois el futuro de esta familia, no lo olvidéis. Los más relevantes de todos nosotros. Porque vosotros sois los más jóvenes. Y, por ello, los que más futuro tenéis. Y, por eso mismo, tenéis que ser — repitió— los más importantes, ¿estamos?

Nosotros, después de una tarde tan aciaga, en la que nos habíamos sentido como el cubo de la basura, no sabíamos qué decir. Nos subía por dentro una sensación extraña. Como si de repente nos convirtiéramos en unos seres bondadosos pero, también, poderosos. Que nos henchíamos por dentro como dos globos y que sentíamos, de repente, que podíamos dominar el mundo. Y convertirlo en un sitio mágico e idílico, como aquella bola de cristal

Mi primo Jesulín que tenía un corazón que se desbordaba fácilmente no pudo soportarlo por más tiempo.

—Abuela, Germán y yo cuidaremos al abuelo como nadie. No se sentirá solo nunca. Y todos los leños serán suyos, claro.

La abuela, aunque probablemente no sabía de lo que hablaba Jesulín cuando se refería a los leños, leyó los ojos de mi primo, que tenían una luz como la que emiten las estrellas allá en lo alto del firmamento, a quien se digna mirarlas, y vio en ellos la bandera blanca de la esperanza, que tenía el color de las almas inocentes.

Luego me miró a mí y acercó su mano a la bola de cristal.

Me la entregó y yo le di la vuelta para que ambos viéramos a los copos de nieve descender por última vez.

—Recordarás lo que hablamos, verdad ¿Germán?

—Sí, abuela. Me preguntaba si podía regalársela a Jesulín. Él hoy se ha desprendido de algo muy importante para él. Y yo también quería hacer lo mismo.

—Claro, Germán. Eso está muy bien. Veo que el futuro será prometedor. Yo también me estoy desprendiendo de todo lo que me importaba hasta ahora...

La abuela Guillermina cerró un momento los ojos. Como si quisiera llevarse con ella a todo aquel corro de personas que la rodeaban, que eran su familia. Las personas más importantes de

toda su vida.

Una vez que lo hubo hecho, llamó al abuelo Hermenegildo con el que llevaba casada cuarenta años.

—No me echas de menos. Donde voy no lo necesitaré —dijo, mientras el abuelo se estremecía lleno de llantos.

Luego llamó a mi tía Teresa y a mi madre.

—Vosotras sois lo que queda de mí. Y me voy muy orgullosa.

Después desvió su mirada a la ventana, por donde entraba un haz de luz con fuerza renovada. Acusó en su cara el gesto de un último dolor y luego se quedó inmóvil, con sus ojos llenos de luz.

Como lo estaba la bola de cristal que yo tenía en la mano.

Y que le entregué a continuación a mi primo Jesulín.

Nos quedamos todos en silencio. Con un respeto que yo no había visto nunca. Ni nunca vería.

Hasta que el tío Ezequiel se acercó al lecho y le bajó los párpados.

Y todo aquel mundo perfecto e idílico empezó a languidecer.

De hecho, aquella misma tarde, mientras amortajaban a mi abuela Guillermina, ocurrió un hecho luctuoso. El Angelín, hijo pequeño del tío Celedonio, mató a palos a su hermano Zacarías por la disputa de un mojón en el reparto de unas tierras muy fértiles en Monseco. Él mismo acabó también deslomado y en estado grave. Al parecer, los dos hermanos se estuvieron dando palos con las varas de las judías, sin descanso y durante horas, mientras discutían y no se ponían de acuerdo sobre el reparto de una finca que les había correspondido proindiviso como herencia de su padre, el tío Celedonio.

Mi primo Jesulín y yo conocimos la noticia juntos mientras animábamos al gato “Pescador” a que volviera al corral de la abuela Guillermina. Yo creo que ambos notamos en aquel momento cómo una culebrina nos recorría el cuerpo.

Quizá en el futuro la única diferencia entre nosotros y los hijos del tío Celedonio fuera aquella pequeña bola mágica y el recuerdo de aquellos ojos inmóviles y apacibles de nuestra abuela Guillermina mirando la ventana, llenos de luz. ¡Ojalá no los olvidáramos nunca!

Sí, la vida puede ser muy dura. Porque siempre se repite. En sus términos más abyectos. Antes y ahora.

Hoy he leído en el periódico que al menos el 30% de los hijos discuten de manera grave por la herencia de sus padres. Cuando digo grave, es que ya no se hablan entre sí o tienen una relación mínima en el futuro.

También un porcentaje similar discuten con sus progenitores sobre cuándo y cómo van a repartir su herencia. Cuando digo discuten es que ya no se hablan o tendrán una relación mínima en el futuro.

El tío Celedonio no se merecía que su hijo Zacarías le acompañara a la tumba en poco más de un año. Era un chico sano y fuerte. Y el tío Celedonio había estado toda su vida trabajando como un burro. Para dejarlo todo, o casi todo, a sus hijos. Pero, a veces, las tornas se viran de tal forma, que solo se ve un horizonte lleno de negrura y agravios. Y entonces solo quedan los palos o las navajas. Y los terribles insultos que los preceden.

Yo no sé por qué hoy ha tenido que salir en el periódico esta noticia. Después de escribir yo este capitulillo de mi libro sobre la envidia y las herencias aunque, también, sobre la espiritualidad que supone una generosidad sin los límites de estas cuatro paredes en que a veces nos enjaula a cada uno de nosotros este mundo.

A veces yo pienso que todo está interrelacionado. Y que pasado, presente y futuro son solo las aristas de un solo instante.

Y que, por encima del tiempo finito, se encuentran personas excelsas como mi abuela Guillermina. Que saben dejar atrás toda rémora. Para elevarse, sin peso alguno, y buscar el infinito en el horizonte. Ese lugar al que, a veces, parece que todos nos dirigimos, aunque nos entretengamos en el camino, enredándonos en mil cosas superfluas que nos embrujan, de tal modo, que acabamos disputándolas a garrotazos o a varazos, que son golpes que se dan con los palos que se colocan para que las judías se eleven alto y reciban buen sol en todas sus vainas.

A mí me duele que nos dejara mi abuela Guillermina, como me duele ir abandonando todo lo que tengo y a todas las personas que he conocido. A veces pienso que la vida es solo un continuo e interminable adiós. Pero solo unos pocos sobreviven a la tristeza de estas despedidas.

Y yo me pongo triste pensando en lo que quedará de mí. Poco o nada, como de casi todos nosotros. Tal vez por eso escriba este libro. Aunque no sé muy bien por qué me he embarcado con tantas ganas en este proyecto, que me empuja todos los días a rebuscar en mi memoria. Y en mi corazón.

Es una inercia potentísima esta de escribir, aunque desconozco la raíz de este último intento de permanecer. En algo.

La vida es muy extraña. Yo a veces no sé lo que pasa. Ni por qué. Como cuando ha sonado el timbre de mi casa y ha aparecido tan sonriente como siempre mi primo Jesulín, a quien no veía desde hace bastante tiempo.

Últimamente viene a mi casa mucha gente de entonces a verme. Y también gente de ahora. ¿Por qué querrán verme así, todos juntos?

No me da tiempo a responderme porque mi primo Jesulín, que ahora es gordo y calvo, me da un abrazo que casi me deja sin respiración, cuando me saluda. Y luego se enfrasca en recordar cosas de cuando éramos pequeños.

Pero no como fueron en realidad. Sino mucho más bonitas. Como si él quisiera que solo quedaran de nosotros, en nuestro recuerdo, cosas divertidas e interesantes.

Pero él y yo sabemos que tratamos de cumplir, de verdad, con nuestro abuelo Hermenegildo, como así se lo prometimos a nuestra abuela Guillermina. Por lo menos al principio.

Nos reímos juntos al recordar aquella anécdota. La anécdota de la finca del tío Hermenegildo.

Un día íbamos caminando mi primo Jesulín y yo por el Camino de Canredondo, en dirección a Los Olmos cuando, de repente, reparamos en aquella tierra del abuelo Hermenegildo. Llevábamos un buen rato pensando en qué podíamos hacer nosotros, unos mocosos, por el abuelo Hermenegildo, al que veíamos cabizbajo y triste todos los días, tras la muerte de la abuela Guillermina.

Y, de repente, supimos cómo ayudarle. Le daríamos una buena sorpresa para levantarle el ánimo. Aquella tierra recién arada estaba empezando a criar unos yerbatos aquí y allá. A ese paso pronto se llenaría todo de aquella maleza que ahogaría al trigo y a la cebada.

Así que nos pusimos los dos manos a la obra. Cada uno cogió un par de surcos y fuimos arrancando, a falta de herramientas, con nuestras propias manos, todas aquellas hierbas malsanas que habían nacido esparcidas por toda la finca.

Nos llevó un buen rato. Tal vez dos horas o más. Porque la repasamos una vez y otra hasta que la dejamos totalmente limpia. Los hierbajos los recogimos todos y los echamos al barranco.

Nos limpiamos el sudor de la frente con la manga del jersey y miramos orgullosos la tierra. Ahora estaba limpia como una patena. ¡Lo orgulloso que se iba a poner el abuelo Hermenegildo!

Así que nos fuimos a matar pájaros con el tirachinas a Los Olmos, más contentos que unas castañuelas.

Cuando volvimos era casi el anochecer y pronto supimos que algo no había salido bien.

Estaba mi madre con el abuelo Hermenegildo, al que le había dado como un vahído. Así que rápidamente nos acercamos mi primo Jesulín y yo para darle la buena nueva, aunque primero le preguntamos a mi madre por si acaso.

—¿Por qué está así el abuelo Hermenegildo?

—Unos desalmados, que son unas personas sin alma, le acaban de arrancar todos los melones que tenía el abuelo en su finca del Camino de los Olmos. Sin dejarle ni uno. Ya se necesita tener mal corazón con lo que le acaba de pasar, con lo que acaba de perder... —nos contestó mi madre con una dureza que yo desconocía en su boca.

Mi primo y yo nos miramos atónitos. Y nos quedamos pasmados. Así que aquellos hierbajos que nosotros veíamos cada par de pasos más o menos eran las plantas, recién nacidas de sus pipas, de las que luego, con el tiempo, saldrían los melones. Acabáramos.

A ver cómo salíamos ahora de aquella.

A Jesulín le tembló la voz, yo se lo noté muy bien, cuando le preguntó a mi madre.

—¿Y no se sabe quiénes han sido?

—No, todavía no, Jesulín. Pero se sabrá. ¡Ya lo creo que se sabrá! No puede haber corazón tan negro que aguante un secreto tan mezquino durante mucho tiempo.

Mi primo Jesulín se puso blanco. Estaba a punto de echar allí mismo la pava. Así que salió como pudo del atolladero.

—Bueno, tía, yo me voy. Que se ha hecho ya muy tarde, ¿verdad Germán?

Yo miré para otro lado y no contesté. No quería por nada del mundo tener nada en común con Jesulín.

—Dale un beso al abuelo, a ver si se va reanimando poco a poco —le dijo mi madre.

Mi primo Jesulín le besó al abuelo en la mejilla.

—Ya verá abuelo como le nacen otros —le dijo mi primo con un hilillo de voz.

—No, no, si no quiero que me nazcan otros. Quiero arrancárselos del alma a esos desgraciados que lo han hecho.

Jesulín se fue casi corriendo y sin mirar atrás. Yo me sentía cada vez peor.

Hasta que mi madre me lo notó.

—¿Te pasa algo Germán? Te noto raro.

Yo ya me estaba derrumbando. Y no tenía dónde huir. Solo trataba ya de medir las culpas.

—¿Mamá, tú crees que algo bueno puede convertirse en malo?

—No, eso nunca. ¿Qué te preocupa, has hecho algo?

Entonces empecé a llorar de una forma incontenible. Hasta que mi madre me abrazó.

—Vámonos fuera. Que te lo cuento —le dije, ya rendido, sin condiciones.

Salimos y el abuelo se quedó dentro maldiciendo su suerte.

Se lo conté tal y como había ocurrido. Y luego terminé con pena.

—¡Veníamos tan contentos para darle una alegría al abuelo! ¡Menos mal que no lo hemos hecho! ¡Nos hubiera matado aquí mismo! ¡Qué desastre!

Mi madre se quedó un momento pensativa y luego le entró una risa incontenible.

—¿Por qué no se lo cuentas al abuelo como lo has hecho conmigo?

—Mamá tú estás loca. No lo haría por nada del mundo.

—Hazlo. Sí, hazlo porque, como te decía antes, nada bueno puede convertirse en malo.

Y yo tenía tanta fe en mi madre que así lo hice.

No podía creer la respuesta del abuelo.

—Germán, qué peso me has quitado de encima —me dijo.

—Abuelo, por qué. Hemos sido un desastre. Un completo desastre.

—Lo de los melones tiene remedio, Germán. Pero pensar que el mal crecía a mi alrededor hubiera sido terrible. Me hubiera teñido el corazón de negrura, que es mucho peor que la tristeza que ya siento, ¿me entiendes lo que quiero decir?

De repente comprendí muy bien al abuelo.

Subí a su habitación y bajé con la bola de cristal. No me había atrevido nunca a llevármela ni tampoco Jesulín me la había reclamado, después de aquel día.

—La abuela me hizo prometer que siempre creería que el mundo era mágico y bueno —le dije al abuelo.

Y le di la vuelta a la bola. Los copos de nieve revistieron de nuevo aquel mundo submarino de una magia inocente y definitiva.

El abuelo se emocionó con lo que acababa de decir. O, tal vez, fuera solo el recuerdo de la abuela Guillermina.

Aunque se repuso inmediatamente. El abuelo Hermenegildo tenía fama de duro.

—Bueno, Germán, sin pasarse, ¿eh? El mundo es como es. Pero está bien que recuerdes esta bola... Ah, y mañana os quiero a los dos cuando salgáis de la escuela en el “piazó” del Camino de Canredondo. Habrá que sembrar los melones de nuevo.

Sí, nos hemos reído mucho mi primo Jesulín y yo recordando aquel suceso.

—¿Te acuerdas, Germán, de cuando nos subíamos a los pesebres de las mulas, para comer granos de cebada y luego nos lanzábamos al vacío con los brazos abiertos para ver si volábamos como los pájaros?

—Sí, claro que me acuerdo. Debíamos ser muy pequeños porque nos dábamos unos costalazos contra el suelo de aúpa. ¿Y tú te acuerdas de cuando le pusimos aquellos petardos al tío Pepico en su ventana de noche y el hombre se cayó del susto de la cama y rompió el orinal?

—Claro que me acuerdo, Germán. No sé cómo comentan por ahí que tienes mala la memoria, ¿no te digo?

Hemos estado celebrando anécdotas un buen rato mi primo Jesulín y yo. Y bebiendo vino de Oter y de Carrascosa que te pone la mar de contento. Luego se ha ido dándome un abrazo como cuando llegó. Que casi se me cortaba la respiración.

Ahora que lo pienso no le he preguntado nada sobre su vida actual a mi primo Jesulín. Bueno, es que no sé apenas nada de él. Por ejemplo, no sé si se casó al final o no. Y tampoco sé si tiene hijos, ni dónde vive.

Se lo pregunto a mi mujer, pero ella siempre me da evasivas.

Así que vuelvo a mi ordenador. Aquí lo veo todo muy claro. Es como un mundo submarino por el que descendieran de nuevo aquellos fascinantes copos de nieve.

Capítulo 10

La magia del cine

La vida en el pueblo, si la viéramos con los ojos de hoy, sin duda la calificaríamos como monótona y rutinaria. Y también aislada.

Pero yo pienso asimismo en cómo veríamos con nuestros ojos de niños de entonces la vida que, luego, de mayores nos esperaba en Madrid. O en una ciudad como Madrid. Donde hay mucha gente, es cierto, aunque no sé si tan aislada también, que no tiene consciencia ni siquiera de su propia soledad. Y donde le han robado tanto tiempo que ya no le queda sino el mínimo para dormir y ver, totalmente alienada y pasiva ya, la televisión, que le mete en casa todo lo que ellos, los del sistema, quieren, sin filtro alguno.

Pero este debate daría para mucho y no estoy seguro de que nos llevara a puerto alguno. Porque cada uno tiene que vivir con su propia circunstancia y con las cartas que le han repartido en la mesa de juego y, luego, no valen excusas ni distracciones de mal pagador.

Aunque yo hoy me acuerdo, sobre todo, de muchos momentos extraordinarios que, de niño, alumbraban con una potencia desmedida la mortecina luz de la rutina y la monotonía del quehacer diario. O, a lo mejor, no eran tan extraordinarios, sino que, quién sabía por qué, los vivíamos así.

Un día vinieron los cómicos. Yo tendría cuatro o cinco años. Vinieron con un pequeño circo, qué se yo, dos leones famélicos, tristes y cuatro monos pizpiretos. Y aquellos payasos, calzados con zapatones, que se tiraban las tartas a la cabeza. Llegaron en un camión enorme, de catorce ruedas, que nosotros las contamos, una por una, varias veces, corriendo a su alrededor.

Yo llevaba sin dormir varios días, o durmiendo mal, quiero decir, preso de emociones y excitaciones sin cuento. Pero aquello del circo solo me dejó un poso de pena enjaulada, junto a los leones marchitos, y un deje de tristeza exhalada por los ojos brillantes de los payasos, maquillados de hambruna y desesperanza.

No sabía yo que la niñez, como la vida, era un desencanto permanente. Del que te recuperabas, entonces, eso sí, casi de inmediato. Con una nueva ilusión, con la que inaugurabas el mundo de nuevo, y la alegría, llena de luces, colgaba, otra vez, de los balcones de tus pupilas, tintineando como las campanillas de los caballos trotones. Porque a los pocos días vino la gente del cine.

Así que cuando, ya de noche cerrada, entramos en el salón del Ayuntamiento, el más grande del pueblo, y nos sentamos en aquellos bancos de madera, lo hicimos con el corazón expectante, mientras mirábamos fijamente a aquella pared blanca, sobre la que huían, atónitas, las arañas.

Entonces apagaron las bombillas y un chorro de luz inundó de color y de música aquella enorme pantalla de yeso blanco. A pesar de todo el tiempo transcurrido, de todas las ilusiones, de todos los desencantos, todavía me queda, adentro, aquella magia. No hay nada que me gustaría más que saber el nombre de aquella película, que no he vuelto a ver, por mucho que lo

he intentado y ya no sé dónde buscar.

Había una pradera de un verde reluciente y extraño y una vaca con dos terneros tumbados en ella, durmiendo al sol. Entonces apareció una niña de cabellos dorados y vestido rojo, la niña más guapa del mundo. Tanto, que miré hacia atrás, al proyector, para buscarla entre las estrellas de polvo suspendido. Cuando regresé, enamorado, a la pantalla, un indio, en un veloz y gigante caballo, portaba en la grupa a la niña, que me miraba, pidiéndome ayuda, con el terror y la esperanza pintada en sus ojos azules.

Nunca la he olvidado. Y nunca la olvidaré. Después de todos los años que soñé con ella. Todavía, cuando veo una del Oeste, ya casi no las ponen, por un momento aparece el caballo veloz que me la trae de vuelta. Pero ya sé que solo es un instante y que nunca vuelve.

Sí, nunca he olvidado la magia del cine. Como la de la literatura. Dos árboles frondosos que echaron en mí sus primeras raíces entonces.

A mí me gustaba también mucho ir a recoger espliego. Desvedaban su recogida una vez al año justo después de la fiesta de Sacecorbo: San Bartolomé Apóstol, después de que se terminaran las labores de recolección y trilla de los cereales.

—¡Tere, mañana veremos amanecer! —le decía yo a mi hermana ya en la cama y preso de excitaciones sin cuento, pensando en lo que me esperaba.

Pero nos levantaban mucho antes del amanecer. Porque el secreto de todo aquello era llegar pronto al sitio y tomar posiciones en él para que nadie te lo quitara. Ya los días de antes salía yo con mi padre a ver por dónde había buen espliego. Yo señalaba con el dedo.

—¡Mira éste, qué bueno, papá!

Él miraba en silencio.

—Sí, pero por el Angostillo viene mucha gente. Vamos a ver por El Valle.

Y nos íbamos a El Valle, que era un paraje lejano, ya en la linde con Canredondo.

Pero, por muy pronto que nos levantáramos y por muy lejos que fuéramos, siempre había llegado ya alguien.

Mis padres nos despertaban como a eso de las tres de la mañana. Yo tenía un sueño pesado y dormía como un tronco, así que me tenían que vestir entre mi madre y mi hermana porque me quedaba dormido de nuevo con una manga puesta del jersey y la otra no.

Nos subían a Tere y a mí a la mula “Castaña” y nos arropaban con una manta enorme y luego mi padre nos ataba para que no nos cayéramos. Aquel viaje a caballo, absolutamente de noche, abrazado por mi hermana y mirando las estrellas del cielo a mí me resultaba inolvidable.

A veces veíamos amanecer sobre la misma grupa de “Castaña”, pero lo más normal era viajar hasta el monte donde íbamos a segar el espliego completamente a oscuras.

Eso sí, en cuanto llegábamos allí nos aplicábamos en encender una buena fogata. Lo primero, para calentarnos y lo segundo, para ver algo si no había luna. Pero, sobre todo, la encendíamos para que nos vieran a nosotros. Y, de esta forma, tomar, de alguna manera, posesión de aquel sitio y que nadie se pusiera tan cerca que no tuviéramos espacio para segar el espliego allí durante todo el día.

El fuego siempre ejercía en mí una fascinación sin límites. Echar en él aliagas, cambrones, ramas de enebros y de espinos y ver cómo crepitaban y se convertían primero en llamas, luego en ascuas rojas como la sangre y, por último, en casi nada, era una experiencia que me fijaba al fuego con los ojos absortos como platos, máxime si era absolutamente de noche y el mismo reinaba en ella, pleno de colorido y de viveza.

Luego, cuando amanecía, mis padres segaban el espliego que había alrededor y que estaba ya maduro, y exhalaba aquella fragancia densa y penetrante, y lo dejaban encima de la propia

planta. Y Tere y yo íbamos a recogerlo haciendo grandes brazadas con él y llevándolo a la sombra de algún enebro o chaparro para que no le diera el sol. Como La Fiesta había sido recientemente, competíamos en ver quién se sabía más canciones de las que había tocado la orquesta y las cantaba mejor.

Mi hermana me llevaba gran ventaja en eso del cante. Tenía mucho mejor oído que yo y además cantaba mucho mejor. Pero a mí me gustaba llevar en brazos el espliego como si fuera un acordeón e ir cantando mientras apretaba las teclas y los botones imaginarios del mismo, en tanto iba y venía recogiénolo recién segado y oliendo su fragancia profunda y envolvente.

Un día se nos puso a nuestro lado otra familia. La verdad es que llegaron un poco tarde y estaba todo el campo de espliego ocupado. Pero no se iban a volver a aquellas horas y se apretujaron allí, entre nosotros y otro grupo que estaba algo más lejos.

Era una familia que tenía dos hijos, un poco mayores ambos que yo, muy seguidos en edad, se llevarían un año escaso entre ellos. La verdad es que a mí me daba pena del chico mayor. Desde luego no parecía muy listo y, además, estaba siempre como despistado, casi ido, y con un aire de tristeza que le llenaba toda su figura. Se llamaba además, para su desgracia, Quirico, nombre que le habían puesto en honor del santo del día, que se celebraba el diez de junio.

Yo, desde que lo recordaba, era objeto de mofa permanente entre mayores y pequeños. ¡Quirico, cuando mate tu padre el gallo, me guardas el pico! ¡Quirico, que tú siempre serás pobre, nunca rico! Y lindezas semejantes.

Por el contrario, su hermano, que se llamaba Julito, era espabilado, sabiondo y un tanto atrevidillo. Y tenía la virtud de que siempre caía bien. Todo el mundo lo quería.

Aquel día Julito se acercó a mí.

—¡Hola Germán! ¿Ya estás apagando el fuego? —me dijo.

—Sí, Julito —le contesté— me ha dicho mi padre que ya es casi de día y dentro de poco empezaremos a segar.

—Bueno, nosotros acabamos de llegar. Yo lo voy a encender ahora un rato. Hace mucho frío. ¿Tienes cerillas?

Le di unas cuantas, que podría frotar contra cualquier piedra, y se marchó tan contento. Ellos estaban bastante cerca, aunque había una pequeña loma y un grupo de enebros que nos separaban a su familia de la mía.

Amaneció y mis padres empezaron a segar. Y Tere y yo, lógicamente, comenzamos a recoger el espliego que iban dejando y, luego, a portearlo hasta la sombra de un enebro en el centro de nuestro territorio.

Estaba yo enfrascado con aquella canción de Los Brincos que se llamaba Lola: “La otra noche bailando estuve con Lola, y me dijo que se encontraba muy sola...”, repetía yo una y otra vez.

Pero mi hermana Tere me mortificaba.

—Desafinas más que un disco rayado. Escucha.

Y entonces se arrancaba con aquello de “Cuando llegue septiembre, todo será maravilloso...”.

Yo me quedaba embobado escuchándola. ¡Qué voz tan bonita poseía mi hermana! Y cuando ya me tenía a su pies, dejaba de cantar y exclamaba:

- ¿Y dónde estamos nosotros? —me preguntaba con un aire fascinante.

—Pues aquí en El Valle, recogiendo espliego —le contestaba yo, sorprendiéndome nada más haberlo dicho, de que mi hermana buscara una respuesta tan evidente.

—No, estamos en septiembre, precisamente en septiembre... Así que, ¡vamos a recoger

espliego, porque esto es maravilloso! ¡A ver quién trae más!

Sí, mi hermana seguía llevándome por donde quería. Y yo me temía que siempre sería así. Para mi mortificación eterna.

Ella levantó la vista, contenta de haberme impactado una vez más y entonces su cara se demudó.

—¡Andá! ¡Si está ardiendo ese grupo de enebros! —exclamó un tanto asustada.

Los dos miramos para allá. Uno de los enebros era ya solo llamas y éstas se extendían hacia los arbustos y enebros de alrededor. Había riesgo de que el fuego se extendiera además a todas las matas de espliego que estaban ya suficientemente secas para arder con facilidad.

Fuimos corriendo a avisar a mi padre. Él, rápidamente, valoró el peligro y fue a avisar, a su vez, al padre de Quirico y Julito.

Otros padres cercanos también vinieron y, con mantas y ramas de romero y encina, entre todos consiguieron apagar el fuego. La verdad es que la solidaridad entonces ante las desgracias era imponente en los pueblos.

Cuando todo acabó el tío “Cacerolos”, que era el padre de Quirico, se dirigió a éste. Bueno, más que dirigirse, lo primero que hizo fue sacudirle una bofetada que sonó como un estruendo en el gran silencio que se había hecho.

—¡Atontado! ¡Que eres un atontado! ¿Es que te ha dicho alguien que hicieras fuego? ¡Eh, dime, atontado...!

Pero Quirico no decía nada, bajó la cabeza y aguantó el temporal.

El padre de Quirico luego dio las gracias y se disculpó ante el resto de hombres.

Después, cada una de las familias volvió a su trozo de monte a seguir segando.

Yo me acerqué a mi padre y le dije.

—Papá, no ha sido Quirico. Ha sido Julito, que ha venido a pedirme las cerillas —la verdad es que me dolía la injusticia que se cebaba siempre con el pobre Quirico.

Entonces mi padre se acercó al tío “Cacerolos” y le dijo casi en un susurro.

—Al parecer ha sido Julito, no Quirico. Le ha pedido las cerillas a mi Germán.

—¡Me da igual! ¡Y si no ha sido él, seguro que ha visto el fuego! ¿Por qué no nos ha avisado, eh? ¿Por qué? Este chico es una auténtica desgracia.

Y claro, mi padre ya no pudo hacer más. ¿Y yo qué podía hacer?

Dirigí mis ojos a Quirico. Se había quedado mirando a ninguna parte, como un pasmarote. Su hermano pequeño era uno más de los que le debían haber comido la moral, si es que alguna vez la tuvo. Inclusive era ya más alto que él que, además, siempre iba como encorvado, mirando al suelo y acababa pareciendo así su subalterno.

Pero la vida seguía y aquella tarde lo pasamos bomba. Llegamos a la Barbarija cayendo ya el sol con el espliego cargado en nuestras mulas. Allí nos lo pesaban en una báscula y nos lo pagaban muy bien, la verdad. Nueve pesetas por arroba, lo cual daba casi una peseta por kilo. A veces se ganaba más en el espliego en diez días que con el trigo en todo un año. Con once arrobas te llevabas cien pesetas en un día. Una barbaridad para entonces.

Pero luego, además, venía lo bueno para los niños y los no tan niños. Habían instalado una gran caldera al lado del arroyo de La Barbarija. La caldera, más que grande, era enorme. No sé, tres o cuatro metros de alta y dos y medio o tres de ancha. Allí se echaba el espliego recogido durante el día. Pero claro, para que cupiera más en la caldera había que pisarlo y aplastarlo.

Y ahí entrábamos los niños y los jóvenes dando, para ello, saltos sobre el espliego segado.

Poníamos tanto ímpetu y aquello eran tan inestable que nos caíamos o nos hundíamos entre el

mismo, embriagados de juventud y de la fragancia que luego se convertiría en perfume. Nos empujábamos entre risas, nos echábamos el espliego encima y jugábamos a ver quién se mantenía en pie en aquella alfombra verde y morada tan movediza. Al final acabábamos agotados, pero con nuestro peso y nuestros saltos habíamos conseguido meter en la caldera mucho más espliego.

Entonces cerraban la misma a presión con una gran tapa, repegando con barro sus posibles resquicios y se encendía el fuego debajo de ella. De la gran olla también salían unos tubos por donde escapaba el vapor de agua y del espliego cocido, que se introducían en el manantial siempre fresco (dado que provenía de la subterránea cueva de Las Majadillas) del arroyo de la Barbarija y el vapor quedaba convertido al instante de nuevo en líquido. Dicho líquido, que contenía una parte de agua y otra de esencia de espliego, se destilaba en una gran alcuza de cristal. Como el agua pesaba más, ésta quedaba abajo y arriba flotaba la esencia del espliego, planta que es una de las variedades de la lavanda y la base, entonces, de casi todas las colonias y perfumes. Por eso se pagaba tanto.

Aquel día saltamos media docena de niños y chicos dentro de la caldera. Entre nosotros estaba Julito, que se lo pasó tan bien como el resto de nosotros. El que no participó fue su hermano Quirico. Él estuvo deambulando por los alrededores de la misma y, en un momento, tal vez cuando nosotros dentro de ella nos reíamos más, tropezó con una alcuza y derramó un poco de esencia de espliego.

El dueño de la caldera lo vio.

—¿Pero es que no miras por dónde vas? —y, luego, al reparar que no jugaba con nosotros, le espetó.

—¿Qué pasa, que tú eres un perro verde?

Pero Quirico no contestó. Como siempre hacía. En el último momento había conseguido sujetar la alcuza con una mano y el daño había sido mínimo. Luego se alejó de allí de forma silenciosa.

Nosotros nos habíamos quedado también en silencio interrumpiendo nuestro juego, pero Julito rápidamente gritó.

—¡Vamos! ¡Vamos otra vez!

Volvimos a saltar. Yo miré a Quirico con un poco de pena. Pero luego alguien me empujó y entré de lleno otra vez en el juego.

Quirico llevaba camino de convertirse, si Dios no lo evitaba, en el nuevo tonto del pueblo. Como lo era el tío “Tontarras”, que era tan viejo que estaba ya llamando a uno joven para que lo sustituyera.

A mí ya me lo había dicho el tío Ezequiel. Cada pueblo necesitaba su tonto. También su listo. Y su gracioso. Su rico y su pobre. Así se ordenaban entonces, y tal vez ahora, las comunidades pequeñas y cerradas.

La selección natural, que era siempre la de los más fuertes o, tal vez, la de los menos sensibles, funcionaba allí y en todos los pueblos de Castilla, y de España, y quién sabía si del mundo entero, como decían que lo hacía entre los animales de la selva.

Sí, hoy me acuerdo del niño Quirico, a quien casi nunca nadie oyó una palabra de queja. Lo suyo fue tragárselo todo y aguantar el temporal como podía. Cada vez peor, claro.

Sus padres se fueron del pueblo, como casi todos, pasados unos años, a Cataluña, concretamente a Reus. El tío “Cacerolos” y el que era su ojito derecho, su hijo Julito, empezaron a trabajar en la construcción, haciendo zanjas y llevando espuelas de cemento y de ladrillos de un sitio para el otro, mientras que a Quirico lo pusieron de ayudante de un carpintero del barrio,

porque no parecía que estuviera hecho ni tuviera la inteligencia para un trabajo de hombres.

Con el tiempo, Quirico pasó de aprendiz a carpintero y, luego, más tarde, con una cartera muy buena de clientes se hizo llamar ebanista y montó su propia tienda de muebles: “Muebles Quirico, los más elegantes de Reus”, se llamaba. Cuando su padre y su hermano se hartaron de cavar zanjias, se fueron a trabajar con él y a sus órdenes, así como su madre y su hermana.

Yo nunca volví a verlo, pero me dijeron que Quirico casó bien y hoy es todo un potentado que hasta exhibe sus productos en ferias y eventos del sector.

Yo me alegré mucho cuando me dieron estas noticias. Se ve que le vino muy bien el cambio de aires. Y allí pudo desarrollarse y expandirse sin más límites que su esfuerzo y su inteligencia, lejos de las constricciones de una pequeña comunidad que lo tenía encorsetado como “el tonto del pueblo”.

Sí, a veces en las comunidades pequeñas, todo se simplifica al máximo, y al servicio de un nacionalismo rancio y de cortas miras, como cuando se refieren a los pueblos de al lado con estereotipos como: estos son unos borrachos, aquellos unos tacaños, esos unos vagos y los de más allá unos ladrones, ¡cuidado con ellos!, así, en general, y sin exceptuar ninguno.

Yo nunca tuve hijos. Pero si los hubiera tenido me hubiera gustado poder desarrollar al máximo las posibilidades de cada uno, que se sintieran libres y seguros. ¡Claro, qué padre no quiere eso para sus hijos! Incluso, probablemente, también lo quería el tío “Cacerolos”. Pero acertar en ello en el día a día ya es otro cantar.

Yo, hubo unas semanas, de repente me acuerdo muy bien, en las que lo empecé a pasarlas canutas en el pueblo. El maestro nos estuvo explicando lo de la germinación de las plantas. A algunos les hizo gracia aquella palabra y, rápidamente, me la aplicaron a mi nombre.

Cuando salimos a jugar al patio empezaron a llamarme “Germina”. “Germina, pásame el balón”, “¡ay que bien peinada vienes, Germina!”. Y se atrevían hasta en clase: “Germina, pásame la goma”. Y en este plan.

Yo no sabía cómo luchar contra aquella avalancha que se me venía encima. Si, además, te enfadabas, era mucho peor, porque te aplicaban aquello de que “el que se pica ajos come”. Nada se podía hacer contra la rumorología y el etiquetismo en los pueblos.

Afortunadamente aquello no se consolidó y volví a ser Germán otra vez.

Y no tuve que esperar a irme a Reus y ser el mejor ebanista de la ciudad, como Quirico, para sentirme yo mismo de nuevo.

Mi mujer me llama para comer y yo cierro el ordenador. Normalmente, cuando termino de escribir, no acierto a adivinar el porqué, me veo descendiendo, cada día más abajo, por una pronunciada cuesta que me llevara al sin remedio y a la desesperanza.

Pero hoy, en estos momentos, sin embargo, me siento muy a gusto. Es como si la historia de Quirico me dijera que todo en esta vida tiene remedio precisamente. Y aún más: compensación. Por ello me acerco, lleno de contento, a mi mujer, que está en la cocina, y la abrazo por detrás y le doy un beso.

Y ella también, que cada vez tiene una cara más triste y más preocupada, me sonrío y, los ojos, por un instante, se le llenan de alegría. De aquella que, hace ya algún tiempo, había siempre en ellos.

Capítulo 11

Amor en el Callejón del Horno

Un día, por azar, yo fui testigo del inicio de una historia que, con el tiempo, me conmovería sobremanera, dejando en mi mente y en mi corazón de niño y, luego, de joven, no pequeñas cicatrices.

Cuando hacía mal tiempo el baile se hacía en el salón del Callejón del Horno. Allí llevaba Bernardo su picú, y su modesta, aunque suficiente, colección de discos. A Bernardo le habían regalado unos tíos de Madrid aquel “pick-up”, españolizado “picú”, que era el nombre técnico del “tocata” o “tocadiscos” de brazo oscilante y levadizo, que se apoyaba sobre los surcos de los discos de vinilo para reproducirlos.

Bernardo era un mozo un tanto extraño, soltero y algo mayor ya al que, probablemente, sus tíos habían regalado aquel novedoso artilugio musical para facilitarle su relación con las féminas y quién sabe si, más aún, conseguirle a su través, una pareja duradera que lo hiciera feliz antes de que, definitivamente, se le acabara pasando el arroz.

Así que Bernardo, que no era un lince ni en inteligencia, ni en apostura, ni en simpatía, se vio de repente como el máspreciado objeto de deseo, durante las tardes monótonas y lluviosas de los domingos y fiestas de guardar del largo y duro invierno.

A su casa iba una procesión de chicas y jóvenes a fin de rogarle que hiciera el favor de enchufar su picú para solaz de todos. Y Bernardo se resistía un poco, sabiendo que a las peticionarias no les quedaba otra que insistir y tener paciencia, porque no había competencia ni alternativa posible. Ni remotamente los tíos de Bernardo debieron suponer el antídoto que supondría el picú para la baja estima de su sobrino.

Y Bernardo acababa cediendo y cogiendo sus bártulos, rodeado como un toro bravo por su baraja de mansos, camino no de los toriles sino del Callejón del Horno, donde le esperaban el resto de las chicas y todos los mozos, ya con los ojos febriles del deseo de que empezara el juego del amor, patrocinado por la música del baile.

Y allí íbamos también los chisgarabises como nosotros, que todavía no pintábamos nada en aquella contienda, aunque fijarnos ya nos fijábamos y comprobábamos un tanto atónitos lo guapas que se podían poner las muchachas, en cuanto se sentían el centro de todas las miradas en el salón de baile.

Lo que hacíamos mayormente nosotros era jugar al pilla pilla, corriendo como descosidos entre las parejas y también algunas otras actividades mucho menos inocentes de las que ya hablaré cuando llegue su momento. Y, por supuesto, cotillear y fijarnos y, quién sabía si también aprender, en los distintos lances y contralances del coqueteo que suponía el baile.

Al final nos cansábamos y nos aburríamos de tanto mirar y nos escondíamos sobre una pila de maderos que había a un lado, donde acabábamos jugando a las cartas, mascando chicle y tirándoles papelitos con una goma a las chicas de nuestra edad que, ellas sí, no se cansaban nunca de mirar ni de cotillear, mientras pasaban de nosotros como de la peste y dirigían sus ojos a los más mayores, buscando no se sabía qué seguridades y dominios que nosotros no

alcanzábamos a ofrecerles ni por asomo.

Un día bajé yo a la pista de baile con un interés especial. Mi hermana Tere estaba haciendo ya sus pinitos en la materia y, aunque bailaba fundamentalmente con otras amigas suyas, de vez en cuando ya se les acercaban algunos moscones mayores y ellas entonces hasta parecían felices y henchidas de no se sabía qué gozo interno que las hacía parecer como transfiguradas en otra cosa que, conllevaba, desde luego, un desprecio mayúsculo hacia los mocosos como nosotros.

A mí eso me traía de los nervios y, en cuanto notaba a mi hermana que se henchía como un pavo real, rápidamente me acercaba y le tiraba de la manga.

—Tere, ha dicho mamá que nos vayamos ya a casa.

Ella me miraba entonces con una mezcla de compasión y desprecio que a mí me hacía sentirme peor. Como si la estuviera perdiendo definitivamente y yo ya no pudiera hacer nada por retenerla en nuestro antiguo mundo común.

Ella nunca me contestaba. Siempre lo hacía alguna de sus amigotas.

—¡Germán, pero qué pesado eres! ¿Es que no puedes irte con los chicos de tu edad?

Entonces yo reculaba y me iba, aunque no muy lejos, para seguir observándolas, sin que ellas se dieran cuenta.

Aquel día me puse en un rincón, que estaba casi sumido en la más completa oscuridad. Era el sitio ideal para ver sin ser visto. Y allí me aposté, sabiendo de antemano que iba a sufrir un montón viendo lo bien que se lo pasaba mi hermana en aquel mundo nuevo al que yo no tenía todavía acceso.

De repente, una pareja casi se me echó encima. Por la poca luz que allí había y también por lo apasionados y perdidos que se encontraban cada uno de ellos en los brazos del otro.

Me desplazé ligeramente y quedé casi detrás de ellos, absolutamente oculto por la densa penumbra del rincón.

Eran de los que bailaban pegados como las lapas, con sus dos cuerpos que se buscaban, y se hallaban, perfectamente paralelos.

Porque mi primo Jesulín y yo teníamos clasificadas, fruto de nuestras largas observaciones, a las parejas en los siguientes tipos:

En primer lugar las que no se llevaban, es decir que cabía casi una vaca entre ambos y no se rozaban ni queriendo. Estas parejas solían ser fruto de un encuentro fallido, por ejemplo cuando se acercaban dos amigos hacia dos chicas que estaban bailando entre ellas y habían pactado quién iba con cada cual pero que, en el último momento, por un giro caprichoso del baile o, más bien, de las propias chicas, los dejaban a contramano a cada uno con la chica del otro, y ambos dos solo deseaban que se pasase la pieza cuanto antes, mientras seguían mirando de soslayo al objeto preferido de sus deseos que estaba con su amigo. Se les notaba muy bien el hartazgo del obligado compromiso y cómo respiraban cuando por fin la música del picú dejaba de sonar y se desenlazaban. Aunque también se daban casos de parejas que empezaban muy mal pero que, luego, por alguna sorpresa imprevista, de las que el amor debía tener muchas según decían los expertos, se recomponían e iban acercando posiciones y continuaban bailando juntos las siguientes piezas y quién sabe si también los siguientes días.

Luego estaban las parejas de los codos. En este caso se jugaba a parecer una pareja sin serlo. Los cuerpos estaban bastante cerca, pero si uno se fijaba bien, como mi primo Jesulín y yo lo hacíamos, claro, no se tocaban ni por asomo. Vamos, como si se dieran la corriente. La chica parecía apoyarse sobre los hombros del chico confiada pero, en realidad, clavaba sus codos justo ahí para mantenerse a distancia y, no solamente eso, sino también para utilizarlos de

palanca y contrarrestar los brazos del chico que querían atraerla por la cintura contra sí. Era una situación extraña, como de guerra de guerrillas, frustrante sin duda para ambos y que, por su naturaleza, solo se soportaba por su provisionalidad. Era una relación que debía romper en una dirección o en otra. Jesulín y yo contabilizábamos muchas parejas de este tipo, en las que las chicas ponían a prueba la paciencia y la altura de miras de sus pretendientes, acercándose a ellos para que pudieran respirar su personal fragancia y hacerse una idea de sus encantos pero que, a la postre, los dejaban con tres palmos de narices y a verlas venir. Si el muchacho seguía insistiendo, quizá la tensión de codos de la chica se fuera relajando y, poco a poco, empezaran a saborear ambos los primeros frutos del amor. Un suponer, claro.

Un tercer y curioso caso eran las parejas tipo del Pato Donald, como les había puesto mi amigo Julián. El Pato Donald era por aquel entonces quizá el dibujo animado más popular en aquellas teles de blanco y negro que acababan de llegar a aquellos pueblos perdidos. Aunque, más propiamente, deberíamos decir en vez del Pato Donald, la pata Daisy. Porque a la chica, en este caso, lo único que le preocupaba de verdad eran las distancias de cintura para abajo. De cintura para arriba se amoldaba al muchacho e incluso se recostaba sobre él y éste podía sentir lo cálidos y turgentes que podían ser sus senos. Pero de cintura para abajo, ella retiraba sus caderas formándosele un culo huidizo y respingón, tipo Daisy, al que el muchacho trataba de chocar con todo tipo de obstáculos (otras parejas, las paredes, etc.) con el mor de acercarlo. Claro que si el chaval se ponía muy pesado, entonces la chica pasaba al modelo de pareja de los codos y el que se lo perdía era él. Así que, los chavales de estas parejas miraban por encima del hombro a los sufridores de los codos, que esos sí que no tenían nada. Nada más que sufrimiento, claro. Pero ellos mismos no dejaban de acabar extenuados también, persiguiendo una y otra vez aquellas caderas huidizas que acababan siempre fuera de su alcance.

Y, por fin, estaban las parejas de verdad. Las que bailaban, pegados ambos, el uno al lado del otro, como lapas, con los ojos cerrados y susurrándose al oído quién sabía qué frases calenturientas y descontroladas, que manaban de sus labios como borbotones de lava, impulsados desde el fondo de aquellos volcanes en erupción que eran sus jóvenes y apasionados cuerpos llenos de deseo.

—Sabes que no puedo vivir sin ti. Ah, me vas a volver loco, absolutamente loco... —le dijo Ramón a Celia en aquel rincón donde parecía que se acababa el mundo de los demás y empezaba el suyo.

Yo lo oí perfectamente. Era el rincón más alejado de la música y, además, ésta había cesado hacía ya algunos instantes, mientras Bernardo se disponía a cambiar el disco. Pero ni Ramón ni Celia se habían dado cuenta probablemente, abrasados como se sentían en aquella ardiente oscuridad.

Celia no dijo nada. Solo se abrazó todavía más fuerte a su hombre, mientras se le teñían las mejillas de un rojo casi malva.

Su hombre era solo un chaval todavía, aunque algo mayor que ella. Podían tener 19 y 17 años respectivamente.

—¿Te quieres casar conmigo, Celia...? ¡Dime que sí! Porque si no tendré que raptarte y fugarme por ahí contigo.

Celia pareció entristecerse de repente.

—Ramón, a lo mejor no nos dejan hacerlo. Ni lo uno, ni lo otro...

—Nos dejarán. ¡Todavía no saben cuánto nos queremos! Si lo supieran... Se lo decimos esta noche, ¿vale?

—Vale, mi amor. Qué feliz soy, ¿y tú?

Entonces Celia abrió los ojos y se giró para mirar a los suyos a Ramón. Y en ese instante me vio y nuestras miradas se cruzaron un momento.

A mí me subió un extraño rubor por dentro que hizo que no pudiera aguantar en aquel rincón ni un instante más. Me deslicé por la pared y les dejé aquel espacio íntimo y sagrado solamente para ellos.

Pero no pude dejar de pensar en Ramón y en Celia durante el resto de la noche. Particularmente en Celia, que poseía unos ojos profundos y negros, quizá un tanto melancólicos, que podían atraerte a su interior como si fueran una honda sima.

Además, pensé, tenía que contárselo a mi hermana Tere. Porque yo también quería estar en aquel mundo tan misterioso y extraño, que todavía solo intuía, y transfigurarme, como los mayores, al calor de la música y de los cuerpos sudorosos de aquellas chicas de ojos brillantes y mudos.

—Tere, ¿a que tú no sabes el secreto de Ramón y Celia? —le dije casi al oído mientras bajábamos a casa.

Entonces Celia que vivía no muy lejos de nosotros, y que también iba calle abajo tremendamente ilusionada, me vio y me saludó con la mano. Ambos sabíamos que nos uniría siempre aquel momento tan especial del que yo había sido testigo. Le devolví el saludo y le dije.

—¡Suerte!

Ojalá la tuviera cuando llegara a casa y contara a sus padres sus planes.

Mi hermana se sorprendió y me miró con cierta curiosidad, dado que lo que yo decía o hacía, habitualmente le resultaba a ella ininteresante y hasta soporífero.

—A ver cuenta, cuenta...

—Eso ni lo sueñes...

Yo sí que tuve unos sueños revueltos aquella noche, en los que los grandes ojos brillantes y negros de Celia me pedían ayuda buscándome en la oscuridad.

De repente me desperté. Mi hermana también estaba despierta y había dado la luz. Evidentemente no por Celia, sino por algo que todavía no sabíamos qué era.

Fuimos a la habitación de nuestros padres y no estaban en su cama. Solo Pepín dormía como un tronco en su cuna.

Se oían voces de gente abajo, en la calle. Nos acercamos a la ventana, todavía era de noche. Unas grandes llamas salían de la cochera del tío Remigio, donde éste guardaba su tractor, el primero y único que había llegado al pueblo. Una cadena de gente, entre la que se encontraban nuestros padres y muchos vecinos, se pasaba cubos de agua entre sus eslabones, que terminaban sobre las llamas de la cochera.

Consiguieron por fin apagarlas. Afortunadamente, parecía que éstas solo habían prendido el exterior del tejado y éste había aguantado sin desplomarse. El tractor, que dormía en el interior plácidamente, no había sufrido daño alguno.

De repente, Remigio, el dueño de la cochera, sudoroso y extenuado pero, también, feliz de que al final no hubiera pasado nada, alzó su voz.

—Sé quién lo ha hecho. ¡No podrá detener el progreso de los tiempos! ¡Ninguno podremos!

Su mujer, Mercedes, lo sujetaba, mientras le imploraba.

—Déjalo, Remigio, al final no lo ha conseguido. ¡Qué más da!

—Pero, ¿y qué pasará otro día, Mercedes, si hoy no hacemos nada? ¿Qué volverá a intentar tu padre?

—Ya veremos, Remigio. Cada día tiene su afán. No nos precipitemos.

Algo debía saber Mercedes de la salud de su padre, el viejo tío “Pucheros”. Porque a partir

de aquel día el tío Pucheros empezó a debilitarse cada vez más, como si aquel fracaso en sus intenciones de destruir el tractor de su yerno, hubiera acelerado su propio final, del que él mismo ya sería consciente. Y, por ello, antes de que le faltaran las fuerzas habría decidido hacer lo que había hecho. No lo había conseguido. Y ya no lo conseguiría.

El tío Pucheros había sido un hombre de orden y tradición. De los que sabían perfectamente el fruto que llevaba cada tierra y cómo y cuándo había que sembrar, y el qué y el dónde. Así se lo habían enseñado sus padres. Y a estos los suyos. Quizá desde el tiempo de los romanos, en el que la agricultura se había quedado congelada, sin cambios hasta el momento presente, como su famoso arado que todavía imperaba.

Por ello nunca soportó el tío Pucheros la idea de innovación que traía su yerno. No le gustaban los surcos que hacía con su tractor en sus tierras. Y cómo dejaba perdidos muchos trozos en las esquinas al girar el vehículo. Y, mucho menos, podía aguantar ver sembradas de maíz aquellas tierras de la Vega, que podían llevar el mejor trigo de todo el pueblo. No, no podía soportarlo.

Y cada vez lo llevaba peor. Sabía que su yerno quería a su hija y era un hombre honesto y trabajador. Pero ese no era el punto. Era la sensación de ver que todo aquello por lo que él había luchado, de repente se cuestionaba, se revisaba. Y se hacían otras cosas con las que él no estaba en absoluto de acuerdo. Era muy duro para él aceptar eso al final de su vida, una vida ordenada como pocas. Disciplinada como pocas.

Él no habría osado cuestionar a su padre, ni a su suegro jamás. Por eso había hecho lo que había hecho. Y por eso murió, poco más tarde, triste y amargado.

Mi tío Ezequiel me lo resumió muy bien.

—Recuerda siempre esto Germán. Que no se te olvide: los tiempos no se casan con nadie.

Sí, yo creo que cada uno tiene que adaptarse a los tiempos que vienen. Porque solo el futuro existe. El presente es solo un momento fugaz, casi inaprensible. Y el pasado desapareció para siempre. ¡Pero qué difícil es para un viejo, que ya solo es mayormente pasado, abrirse a los tiempos nuevos!

Yo no entendí entonces muy bien lo que me quiso decir mi tío Ezequiel. Quizá, dada mi poca edad, era prácticamente imposible que yo llegara a entenderlo en aquel momento. Para mí el tío Pucheros fue poco menos que un loco. Y quizá, también, un envidioso que no podía soportar los progresos de su yerno que eran mayores y más rápidos que los suyos.

Pero hoy, quién sabe por qué, me encuentro más cerca de él. No digo que lo justifique, solo que lo comprendo mejor.

Porque lo más duro del final de la vida es percatarte de que te has quedado ya sin sitio en ella.

Primero te cambian los códigos y luego las cerraduras.

Y te das cuenta de que tu vieja llave ya solo abre la cancela que da al cementerio.

Quizás tengas ganas de revolverte entonces, de rebelarte, y echar abajo, a patadas, las puertas que no se abren. Como hizo el tío Pucheros.

O quizás, si no eres de armar estropicios, te quedes sentado en la puerta de tu casa, viendo pasar la gente que va de un sitio para otro, preguntándote en qué momento dejaste de entender lo que estaba pasando. Hasta que un día te encuentran con la mirada perdida en no se sabe qué horizontes y acaban encerrándote entre cuatro paredes.

Para que la gente joven no vea, ni entienda, lo cruel que es el tiempo para aquellos a los que ya no les queda.

Pero, claro, yo entonces no podía pensar cosas tan profundas y elaboradas como las que acabo de escribir. Solo era capaz de intuir las. Y vivirlas con la expectación y curiosidad que tenía un niño con toda la vida por delante.

Así que yo aquella noche me volví a la cama, preguntándome qué habría sido de mi amiga Celia, cuyo proyecto de vida dependía precisamente del consentimiento de personas que no iban a vivirla por ella.

Capítulo 12

Me quedaré siempre contigo

Al día siguiente comencé a darme cuenta de que mi amiga Celia y su novio Ramón lo iban a tener difícil. Como quien no quiere la cosa me acerqué a mi madre y le pregunté:

—Oye, mamá. Dime quién se lleva mal en el pueblo. Más que mal, a matar —aclaré.

Mi madre, que estaba dándole la papilla a Pepín, se paró y me miró un momento un tanto extrañada.

No era la primera vez que yo le preguntaba cosas así, a bote pronto. Con mi madre tenía tanta confianza que le hacía las preguntas según me venían a la mente.

Pero aquel día la encontré muy cauta.

—Bueno, ya sabes que las relaciones personales y familiares a veces son complicadas. Y aquí en el pueblo no somos diferentes al resto. Pero tú eres una persona joven y debes vivir libre de las ataduras de tus mayores.

Y se paró, volviendo a meterle la cucharilla a Pepín en la boca.

Yo me quedé un tanto frustrado. Así que volví a la carga, pero de forma mucho más directa.

—¿Tú crees que la tía Nicanora se lleva bien con la tía Fuencisla?

La tía Nicanora era la madre de Celia y la tía Fuencisla la de Ramón.

Mi madre me contestó sin dejar de darle la comida a Pepín.

—Bueno, no es exactamente así —me dijo—. Son sus maridos los que no se pueden ni ver. Es una historia muy antigua. Que viene de sus abuelos y, quién sabe, si incluso mucho más atrás. Además la guerra también los enfrentó. A veces el odio es tan grande, tiene unas raíces tan profundas, hay tantos orgullos heridos, que no parece tener solución. Y este es uno de esos casos. ¿Por qué?

—Nada, nada... parece que Pepín está creciendo mucho últimamente, ¿no crees?

—Bueno, como tú... Estáis en la edad.

Y me fui a la calle a ver si veía a Celia y adivinaba por su cara cómo le había ido.

Pero no la vi.

Ni ese día, ni los siguientes.

Y, poco a poco, se me fue olvidando el asunto. Porque a esa edad, ningún asunto me duraba más de un par de días. Debía ser esa la razón de que los niños no criáramos ese odio que parecían tener los mayores, que acumulaban resquemores de por vida. Porque no olvidaban, claro.

Pero el amor tampoco se olvidaba. Y la historia de Celia y Ramón apareció un día de repente en el pueblo con toda su crudeza.

Celia estaba embarazada, pero las dos familias se negaron en redondo a que la pareja se casara.

A Ramón su padre lo mandó voluntario a la mili. Dos años al Sahara. Y lo de Celia fue todavía peor.

Porque entonces la mujer se llevaba todas las culpas y las vergüenzas de la familia. Y para

ahuyentarlas, lo más fácil era repudiarla y desterrarla a la pobre . Cuánto más lejos mejor.

Yo no la vi cuando se fue, aunque me hubiera gustado mucho despedirme de ella. El coche para Madrid salía a las siete de la mañana y yo, sin ayuda, era imposible que me despertara solo a esas horas. Pero recuerdo muy bien que era un día frío y gris.

Sé que mis padres y otros vecinos del pueblo le dieron a Celia algún dinero.

Y ella se montó en el autobús y desapareció de allí para siempre. Con una pequeña maleta y su barriguita incipiente.

Yo, de vez en cuando, me acordaba de ella. Sobre todo en el salón del baile del Callejón del Horno. Cuando, algunas veces, pasaba por nuestro rincón mientras la música sonaba. Como entonces. Y aquel sitio se revestía de nuevo con aquellas palabras de amor tan bonitas y tan puras.

Un día, pasados los años, a lo mejor diez años o, tal vez, más, un compañero de la universidad me dijo.

—Germán, el otro día estuve con una chica de tu pueblo. Me dijo que te conocía.

Era ella.

Trabajaba como camarera en un bar de la calle Cartagena. Tenía pegado contra la pared, al otro lado del mostrador, un mapa de Sacecorbo. Y por eso mi amigo acabó uniéndonos.

En cuanto pude fui a aquel bar.

No era un bar normal. De hecho cuando yo llegué ella no estaba. Había salido un momento con un hombre. Pero era allí cerca, muy cerca, según me dijeron.

Al poco regresó y nos miramos atónitos. Ella se repuso mucho antes que yo.

—Eres todo un hombre, Germán —me dijo.

Esperé a que cerraran. Aunque aquella noche tuvo que salir otras dos veces más. La última con un viejo repelente y sucio que iba medio borracho.

Yo tenía mi pequeño coche aparcado allí cerca. Le dije que si la llevaba a su casa y asintió con la cabeza. Y se cogió de mi brazo como si necesitara agarrarse y recuperar todo lo que había abandonado hacía mucho tiempo.

Entramos en el coche en silencio y le pregunté por la dirección.

No estaba muy lejos.

Yo no sabía qué decir. Así que puse la radio.

Empezó a sonar una canción flamenca que se llamaba “Siempre me quedaré contigo”.

Ella puso su mano sobre la mía en la palanca de cambios, para que no arrancara.

Y escuchamos en silencio los primeros compases.

*...Aunque haya oro y riquezas esperándome
o me presenten los amigos a las mujeres más hermosas.*

*Ya sabes que yo siempre me quedaré contigo
Que para mí serás eternamente la reina más valiosa*

Y no habrá nada ni nadie que nunca nos separe...

Luego extendió su mano y apagó la radio.

—¿Sabes algo de él? —dijo por fin.

—Está casado por Andalucía. Lo vi hace poco que fue por el pueblo.

Celia me seguía mirando con aquellos ojos negros que eran como simas cavadas en la noche. Así que continué.

—Es una persona vulgar, Celia. Nada de lo que hubiera podido llegar a ser contigo. Aquella luz que teníais aquella noche...

Ella subió su dedo índice hasta mis labios para que no continuara por ese camino.

—Pero no se quedó conmigo —dijo con tristeza.

—No, no era tan fuerte... ¿Qué tal tu niña?

—Ahora la verás, aunque sea dormida. Es todo lo que me queda de aquella breve luz que tú viste...

Vivía en una casa modesta, aunque me dijo que era suya y no debía nada a nadie. Y su hija, que se llamaba Carmina, iba a un buen colegio.

Fui a verla alguna vez más a aquel bar y luego la llevaba en mi coche a su casa.

Hasta que un día me dijeron que ya no trabajaba allí. Tampoco estaba el mapa de Sacecorbo pegado en la pared.

Fui entonces a su casa y allí me dijo la portera, muy contenta, que a Celia le había cambiado la vida.

—Parece que al final Celia va a tener suerte y todo. Un caballero maduro y solvente se ha prendado de ella. Y de la niña. Se han ido a vivir los tres a su casa. Y fíjate lo que me dijo Celia cuando se marchó: “Ya te invitaré a mi boda. Lo celebraremos próximamente por todo lo alto”.

A mí me hizo llegar la invitación la portera.

Y por supuesto que fui.

Me encantó bailar con la novia.

Tener entre mis brazos a aquella mujer, otra vez llena de alegría y de esperanza, fue uno de los mayores premios de aquellos años.

—Por fin alguien se ha quedado conmigo —me dijo, mientras bailábamos, recordando aquella canción que ambos habíamos escuchado en el coche.

—Si hubiéramos vivido el mismo tiempo yo también lo habría hecho —añadí con mi corazón en la mano.

Capítulo 13

¡Vamos de matanza!

La ventaja de llegar a viejo es que ya lo has visto todo. O crees haberlo visto todo que, quizá, es algo peor.

Y, entonces, empiezas a odiar los cambios a más no poder. Porque ya no tienen sentido, ni crees que te añaden nada nuevo. Solo te reportan, te dices, el fastidio por el estrés de hacerlos. Nada más.

Por ello, luego llega el tiempo horizontal, sin bucle alguno. Un mar calmo y aburrido que es una fotocopia del día anterior. Y del anterior. Y del anterior del anterior.

Y la memoria es entonces una herramienta inútil en el día a día. Porque todas las fechas son las mismas y todos los actos tienen idéntico significado. Sí, todo el tiempo lo llena un presente lleno de instantes repetidos. De hecho, acabas confundiendo las fechas y los actos que realizas en ellas.

A mí mi mujer solo hace que decirme que tengo que cuidarme la memoria. Y me atiborra de pastillas que me receta el doctor de la consulta luminosa. Pero yo creo que no las necesito, ni las pastillas, ni tampoco la memoria. Me gusta ser un viejo prematuro, instalado en la tumbona de la calma chicha.

Únicamente vibro cuando enciendo mi ordenador y escribo en este libro. Capturando con mi antigua memoria todos aquellos momentos que me hacen vivir otra vez. Aunque ahora de una manera más experimentada y consciente. Como si ya hubiera aprendido a vivir y fuera capaz en estos momentos de sacarle a todo mucha más sustancia.

Sí, no sé por qué empecé a escribir un día este libro. Pero ahora ya es casi lo único que me conmueve. De hecho tengo miedo a que, tarde o temprano, se me acaben los recuerdos y deje de escribir. ¿Qué haría entonces?

A mí, como a todos los niños de aquella época, me gustaban mucho las matanzas, los días de matanza quiere uno decir. Porque a los niños lo que les gusta realmente es aquello que se sale de lo ordinario, que está más allá de las reglas y de los límites que encauzan normalmente su devenir diario.

Y aquel día de matanza empezó por todo lo grande. Fueron a buscar al cerdo de mi abuela Leonor cinco hombres, entre los que estaban mi padre y mis tíos Lucas y Ricardo, también Jesús, el marido de mi tía Teresa y el experto matarife del pueblo, Nicanor, apodado “ el tío Ganchos”.

Una vez tenían preparada, a unos metros de la corte donde dormía el cerdo, la gamella donde tumbarán a éste y le clavarán el cuchillo en el cuello hasta que se desangrara completamente, el tío Ganchos se dirigió a abrir la puerta de la misma para que saliera el cerdo y comenzara la función.

Los chicos mirábamos expectantes a una prudente distancia.

El tío Nicanor llevaba un gran cuchillo al cinto con el que mataría al animal y en la mano un

gancho de hierro en forma de “u” con el que debería “enganchar” al animal, normalmente de la piel del cuello y, con ayuda de los otros cuatro hombres, arrastrarlo a la gamella e inmovilizarlo.

El tío Nicanor mataba a todos los cerdos del pueblo, debía haber matado en su vida a miles, pero aquel día no lo olvidaría.

Salió el cerdo confiado, desconociendo en absoluto que había llegado su día fatídico, su San Martín y, rápidamente, el tío Nicanor lo enganchó en un movimiento certero con su herramienta. Los otros cuatro hombres se acercaron a la vez, coordinadamente, para agarrarlo también.

Pero, he ahí que, cuando todo parecía discurrir normalmente, el tío Ganchos debió pisar una caca de cerdo que había en el suelo, se resbaló sobre ella y, después de hacer unas figuras en el aire como si fuera un patinador sobre hielo, se dio de bruces y fue a caer con las mismas sobre la mencionada caca.

El cerdo, que notó que se aflojaba el gancho sobre su gaznate, salió en estampida buscando la puerta del corral, antes de que los cuatro hombres hubieran tenido la oportunidad de agarrarlo.

Los chicos, entre los que me encontraba al lado de mis primos Jesulín y Javierito, con la espontaneidad que siempre nos caracterizaba, soltamos al unísono una gran carcajada. Que se unió a una segunda al observar la cara del tío Ganchos al levantarse con la caca espachurrada sobre su cara.

Pero ya los hombres corrían detrás del cerdo por la carretera y nosotros detrás de ellos, riendo y gritando, ante aquel magnífico espectáculo gratis. Y el tío Nicanor, al que ya habían limpiado, corría detrás de nosotros jurando vengarse con su gancho en la mano.

Unos vecinos salieron al paso del cerdo y le bloquearon la huída. Entonces éste, después de mirar hacia un lado y hacia el otro, observó la puerta abierta del huerto del tío Morenés y allí que se fue a toda velocidad. Tras él corrimos todos dando gritos.

De repente, cuando entramos en el huerto el cerdo había desaparecido. No se le veía por sitio alguno.

Hubo un momento de desconcierto hasta que mi primo Javierito, que era muy espabilado, exclamó.

—¡Ojo! ¡Se ha podido caer al pozo!

El pozo del tío Morenés era más bien una poza ancha y no demasiado profunda, quizá metro y medio o dos de agua.

Nos acercamos todos corriendo y allí estaba el cerdo chapoteando y manteniendo la cabeza fuera del agua como podía.

El problema era sacarlo de allí, claro. Con lo que pesaba y lo escurridizo que estaría ahora con el agua, iba a ser tarea ardua.

Los hombres rodearon la poza. El agua estaba como a un metro del brocal. Estuvieron hablando un momento sobre cómo tratar de sacar al cerdo, hasta que el tío Nicanor que le debía tener unas ganas tremendas al animal se decidió. Se sentó en el borde y luego metió las dos piernas en el pozo hasta apoyarse en sendos salientes de una de las paredes.

Una vez contando con buen apoyo, el tío Nicanor lanzó el gancho y de forma certera pinchó en el cuello al cerdo que empezó a gruñir de dolor. Pero al ir a ponerse de pie para hacer palanca y llevar al cerdo a la pared, éste pegó como un derrote torero con el hocico y el tío Nicanor acabó perdiendo el equilibrio, yéndose él también de cabeza al pozo con gancho incluido.

El cerdo se asustó sobremanera al sentir tan cerca el cuerpo del tío Nicanor y se produjo en

el agua un chapoteo y una confusión enorme que a punto estuvieron de ahogar al experto matarife. Por fin mi padre y mi tío Ricardito consiguieron coger del cuello de la camisa al tío Nicanor y sacarlo en volandas de aquel suplicio.

Lo llevaron chorreando a casa de la abuela Leonor a fin de que se secara y se cambiara de ropa y volvieron con una sogá y una especie de arpón atado a una cuerda.

Mi tío Ricardito le clavó el arpón con destreza en el cuello y entonces, por fin, el tío Nicanor le agarró definitivamente con su gancho y entre los cinco hombres lo izaron fuera del agua. Lo ataron en el suelo de pies y manos mientras el cerdo se revolvía lleno de sangre y estremecimientos. Le pasaron un palo largo por debajo de las extremidades atadas y se lo llevaron colgando de éste hasta la gamella que estaba aguardándolos, con la mitad del pueblo en procesión detrás de ellos. Y nosotros pasándonoslo pipa, claro.

Tumbado en la gamella el cerdo aguantó el cuchillo en la garganta dando tremendos gruñidos que te helaban el alma, mientras la sangre caía en el balde como proveniente de un grifo abierto. Se llenó casi todo el balde, no sé, más de diez litros tal vez y el cerdo se fue quedando sin fuerzas y sin aire para gruñir, hasta que estiró definitivamente las patas y ya no hizo falta sujetarlo. Se estremeció un par de veces más y luego se quedó inmóvil, todavía goteando una sangre roja y espesa.

Las mujeres se llevaron el balde de aquella sangre, que luego serviría para hacer las morcillas y entonces nosotros nos acercamos por si podíamos colaborar en algo.

Yo me puse en la parte de detrás del animal, porque debía de ser un niño de los más sensibles y todavía me impactaba mucho ver los ojos abiertos e inmóviles del cerdo que parecía que te miraban, como mucho más tarde comprobé también que pasaba con algunos cuadros de los museos, independientemente del lugar en el que tú te colocaras.

Los hombres hicieron una hoguera al lado del cerdo a base de aliagas y tomillos y, entonces, nos dejaron a nosotros coger alguna punta de madera y, a modo de tea, pasársela por la piel al cerdo a fin de quemarle el pelo que ardía fácilmente desprendiendo un olor denso y penetrante. Después de darle la vuelta al animal, éste quedó debidamente rasurado y, aunque estaba bastante limpio tras su baño en el pozo, se le volvió a lavar con agua caliente, quedando su piel blanquita como la de un niño pequeño.

Después llevaron el cuerpo del cerdo a la casa de mi abuela Leonor y lo colgaron del techo del portal boca abajo, con una polea que lo amarraba por el hueso sacro. Allí, el tío Nicanor lo abrió con su gran cuchillo de arriba abajo, echando en unos baldes todas las entrañas: el corazón, hígado, pulmones, etc. y también los intestinos que deberían ser lavados y bien lavados por las mujeres para aprovechar las tripas del animal y rellenarlas de morcillas.

A los niños nos daban la vejiga del cerdo, que se inflaba por su extremo como si fuera un globo y se retenía el aire dentro atando la embocadura con un hilo. Con ella salíamos a jugar a la calle al fútbol, hasta que se explotaba o acababa en las garras de algún gato hambriento.

Las matanzas llenaban todo un día de fiesta familiar y, cuando llegaba la época de las mismas, las familias iban de casa en casa ayudando y también degustando las delicias del cerdo sacrificado. Comíamos y cenábamos todos juntos y los niños invadíamos las casas y las recorríamos por dentro, jugando al escondite en los armarios y haciendo bromas y perrerías a las mascotas y animales domésticos que nos encontrábamos.

Por la noche se jugaba a las cartas, fundamentalmente a la brisca, en unos corros de diez o doce personas, que tenían detrás de ellos otros tantos mirones y comentaristas de las jugadas. Los niños solíamos jugar al cinquillo y también a hacernos trucos de magia, más o menos sofisticados, con los que embobar a nuestros espectadores.

En mi familia había, después de cenar, un juego muy divertido al que llamaban “el papelón” que, probablemente, se practicaba también en otras. Consistía en colgar de la espalda, a la altura de la cintura, de cualquier despistado que deambulaba por la casa, una doble página de periódico y fijársela sin que se diera cuenta con un esparadrapo o con un alfiler.

Una vez hecho esto, sin que el sujeto pasivo se percatara, claro, si lo hacía había que ir a buscar a otra víctima, el juego consistía en prenderle fuego con una cerilla y en cuanto prendiera, toda la gente iría a apagarlo, con la dificultad de que el sufriente incendiado, con el susto solo haría que moverse y correr de un sitio a otro. Podría parecer un juego peligroso pero no lo era y las personas mayores y expertas además aguantaban con el papelón todo lo que podían, mientras eran objeto de la rechifla general.

Las veladas se prolongaban hasta tarde, los hombres bebiendo anís y aguardiente y las mujeres comiendo pasteles y magdalenas. Al final tomaban la palabra los más viejos y llenaban las últimas horas de la noche de unas anécdotas e historias que a los más peques nos encandilaban.

Muchas veces el sueño nos llegaba a los niños durante aquellas largas veladas y acababan metiéndonos a todos los primos en un solo colchón, o en varios pegados, que se tiraban en el suelo. Y allí amanecíamos todos juntos, con la mente poblada de todas las sensaciones que habíamos tenido en aquel día tan especial.

Como lo fue, sin duda, el del cerdo que se escapó y acabó cayéndose al pozo y jugándose a al tío Nicanor, que era un matarife serio y experto como ninguno.

La verdad es que los niños, cuando no estábamos en la escuela, ni nuestros padres nos requerían para que les ayudáramos en algunas tareas, siempre acabábamos involucrándonos en algún proyecto al que nos arrastraba nuestra curiosidad y nuestra sed de aventuras y de conocer el mundo, al que nos lanzábamos a tumba abierta.

La noche de la matanza del cerdo que se escapó, los mayores estuvieron hablando de los tiempos de la guerra. De cómo tocaban las campanas de la Iglesia cuando venía la aviación y, entonces, la gente salía corriendo del pueblo y se iba a esconder a un refugio protector que habían construido en las afueras.

Pues bien, lo primero que hicimos los primos aquel día cuando nos levantamos fue, sin decírselo a nadie, claro, irnos a descubrir lo que había sido de aquel refugio de cuando la guerra.

Desayunamos unos torreznos asados, del morro del cerdo del pozo, que sabían a gloria y nos marchamos silenciosamente y como sin dar pistas a nadie. Mi madre, que siempre estaba unida a mí a través de un invisible cordón umbilical, me dijo cuando ya salíamos por la puerta.

—¿Todo bien, Germán?

—Sí, todo bien, mamá.

—Llevad cuidado, ¿estamos?

—Sí, mamá

Y nos fuimos, con una gran excitación interior, a buscar el Camino de Canredondo y, desde allí, localizar el refugio que debía estar en la ladera de la colina de los Calzaizos. Íbamos Jesulín, Javierito, Ricardo y yo, que conformábamos una buena baraja de zascandiles.

Cuando llegamos a la altura de donde creíamos que estaba el refugio nos salimos del camino y andamos campo a través. Jesulín siempre nos metía una excitación adicional.

—¡Cuidado chicos, a ver si vais a pisar alguna bomba!

Lo que faltaba. Yo ya veía bombas por todos los sitios. Y miraba muy bien por donde pisaba. Aunque disimulaba todo lo que podía.

—¡Si por aquí no hay, listo! Y, aunque hubiera, ya se habrían oxidado, ¿no te digo? —terminé aplicándole su propia medicina, su propia forma de terminar las frases.

Él se rió por lo bajines.

—Bueno, bueno, Germán, no te mosquees, ¿eh?

Estuvimos recorriendo la ladera pero allí no localizamos entrada alguna. Y salida tampoco.

—La entrada debe estar oculta —dijo Jesulín con aire de explorador interesante—. Mejor, así será más difícil que sea utilizada por zorros y lobos.

Y nos miró para ver el efecto que producían en nosotros sus palabras.

En mí, desde luego, hicieron que me olvidara por un momento de las bombas ante aquella amenaza mucho más inmediata y real. Aunque rápidamente le hice ver su exageración a mi primo.

—Pero qué fantasma eres Jesulín. ¿Lobos? ¡Tú deliras! ¿No-te-digo? —le recalqué al final, ridiculizándolo.

Javierito y Ricardo me apoyaron.

—Jesulín, que no somos tontos, ¡hombre! —le resumió Javierito.

A Jesulín no le quedó más remedio que plegar velas por el momento.

—¡Bueno lobos, lobos, a lo mejor no hay, pero zorros, eso, seguro!

Pero fue Ricardo, que era un chico observador y silencioso, quien localizó la entrada. O la salida, vaya usted a saber.

Llevaba un palo en la mano y apartó las ramas de una zarza.

—¡Eh, chicos, aquí, aquí!

Al otro lado de la zarza se abría la boca de lo que parecía un túnel.

Todos nos acercamos a mirar.

Entonces yo, tratando de retrasar la entrada lo más posible, dije:

—Hay que localizar antes la salida. ¡No vamos a entrar así, a lo loco!

Pero mi primo Jesulín me la tenía jurada.

—Y qué mejor que descubrir la salida desde dentro. ¿No te digo?

Tenía toda su lógica. Aunque a mí me parecía arriesgado.

—Pero si vemos algo raro, retrocedemos a todo correr —continuó diciendo Jesulín, mirándome—. Si quieres puedes ir el último, Germán.

—No se trata de ir el último o el primero —me defendí—. Sino de tener buena luz. ¿Qué luz llevamos?

Pero Javierito iba bien pertrechado.

—Yo llevo cerillas. Y además le he cogido este mechero de gasolina a mi padre.

—Está bien —concedí—. Pero hay que llevar cuatro ojos.

Una vez estuvimos de acuerdo volvió la camaradería.

—Joder, qué importantes somos. ¡Esto es la hostia! —gritó Jesulín, como si fuera un chico mayor.

Me agarró por el brazo y me dijo al oído:

—¡Estoy tan acojonado como tú, Germán! ¡Pero hay que disimular...!, ¡vamos!

El primero que entró fue Ricardo, con las cerillas. Como lo había descubierto él estaba lanzado. A la entrada había como una cuesta abajo y rápidamente desapareció de nuestra vista en la oscuridad.

Luego, Javierito, que llevaba el mechero en la mano.

Y, por fin, Jesulín y yo que, como siempre, lo hacíamos todo juntos.

Era un túnel de unos veinticinco o treinta metros de largo de paredes arenosas, de las que se

desprendía polvo y tierra en cuanto las rozabas. Había también como una curva que llenaba de oscuridad la última mitad del túnel. Porque no se veía ningún tipo de salida ni luz al extremo del mismo.

Llegamos al final del túnel y nos dimos cuenta de que la salida estaba bloqueada por una gran piedra, que no pudimos remover desde dentro.

Entonces Jesulín gritó excitado:

—¡Anda que si nos hubieran cerrado ahora la entrada!

Aquella vez se le fue la mano del todo.

Nos entró un canguelo galopante y nos dimos la vuelta corriendo todo lo que podíamos. El pobre Ricardo tropezó con algo y se fue al suelo dejándonos sin luz. Javierito tropezó en su cuerpo y se derrumbó encima. Jesulín y yo notábamos aquellos cuerpos bloqueando el paso y no nos llegaba la camisa al cuerpo.

Por fin Ricardo consiguió levantarse y encender una nueva cerilla.

—¡Tranquilos que ya veo la zarza!

—¡Uf, esperemos que no esté la zorra a la puerta! —se rió por lo bajines mi primo Jesulín que ahora iba el último.

Sacudí un codazo para atrás que le dio en toda la cabeza al gracioso de mi primo y se calló por el momento.

Salimos del túnel llevándonos, con las prisas, a la zarza de por medio en nuestros jerséis, que quedaron hechos jirones entre sus espinas y, ya fuera, respiramos profundamente mientras nos rehacíamos.

Luego nos fuimos a buscar la salida y rápidamente encontramos la piedra que tapaba la puerta y entre los cuatro la removimos.

Después ya fue coser y cantar y pudimos recorrer el túnel desde una punta a la otra, entrando por un agujero y saliendo por el otro.

Pronto lo hicimos nuestro. Y, a partir de entonces, pensamos que ya podríamos gozar de aquel primer local que tendríamos en propiedad por primera vez en nuestra vida. Sería el sitio de reunión de nuestra pandilla.

Nos mirábamos unos a otros y sentíamos que algo grande había empezado allí aquel día.

Solo, muchos años más tarde, cuando me compraron mi primer coche, pude experimentar un gozo semejante. Aquella sensación de cortar un trozo del mundo, separarlo del resto y poder vivir a tu manera en él.

Capítulo 14

Una vez hubo una guerra

Le pusimos a nuestra cabaña el sonoro nombre de “El refugio de los cuatro pistoleros”, en honor de los cuatro protagonistas de la serie Bonanza que, por aquel entonces, eran las verdaderas estrellas de la televisión que nos gustaba a nosotros.

No contamos a nadie nuestro secreto y allí nos citábamos a base de medias palabras y contraseñas que solo nosotros entendíamos.

En el refugio no hacíamos nada en especial, salvo el hecho íntimo y transcendental de estar juntos en aquella gruta y divagar de las cosas más estrafalarias e intrascendentes. Un día Javierito se llevó una botella de vino y otra de gaseosa y nos pusimos como moñas. Otro día redactamos una especie de estatutos para admisión de nuevos miembros y las pruebas de entrada que les haríamos. Por supuesto, nosotros nos reservábamos el estatus de socios fundadores y la máxima autoridad de aquella peña.

Pero aquel sitio, reservado y oscuro, a lo que invitaba era a los vicios. Y el de fumar era algo que nos atraía sobremanera. Allí nos íbamos con algunos pitillos que les sisábamos a nuestros padres, dos o tres solamente cada uno, para que no lo notaran.

Y allí ensayábamos poses y posturas frente a un raído espejo que nos encontramos en el vertedero. Cómo encender el cigarrillo, cómo mover las manos, cómo echar el humo y, sobre todo, cómo mantener erguida aquella mirada interesante que lucían los actores en la televisión, mientras unas volutas de humo ascendían lentamente justo por delante de sus ojos.

Lo que practicábamos en aquellos momentos, sin darnos cuenta realmente, era cómo convertirnos en mayores que, aunque solo lo intuíamos entonces, era algo que debía consistir en un manojo de posturas y disfraces, para ocultar la timidez, las dudas y las inseguridades que a nosotros nos cercaban por doquier.

Pero no tuvimos mucho tiempo para ello, porque aquel invento, como todas las buenas cosas de esta vida, duró poco.

La verdad es que las huellas de la guerra ejercían para nosotros, los niños de entonces, una fascinación sin límites. Y, por ello, a pesar de todas las advertencias de nuestros padres, buscábamos con ahínco encontrar restos de aquella contienda.

Era bastante frecuente encontrar en el propio pueblo, en callejones o solares abandonados, algunos peines de balas. Nosotros les quitábamos los balines y luego sacábamos la pólvora de los cartuchos, hacíamos una delgada línea con ella en el suelo y después le prendíamos fuego para ver cómo ardía. A veces, al final de la misma, amontonábamos los balines a ver si explotaban, pero nunca lo hacían. Excepto una vez en que echamos el peine entero a una hoguera donde las balas estallaron en todas las direcciones. Afortunadamente no pasó nada. Salvo el susto, claro.

Pero uno de aquellos días, lamentablemente, sí que ocurrió un suceso luctuoso. Otra pareja de niños, curiosos como nosotros, se fue al Otero a ver las trincheras y qué podían encontrar en ellas. Eran Lucas, el niño que tenía una puntería con el tirachinas como nadie, y su primo Tinín.

Según lo que contaron luego, estuvieron recorriendo las trincheras pero no encontraron nada especial. Iban a dar la última vuelta, cada uno por una punta, cuando de repente ocurrió.

Lucas vio algo en el suelo, semi oculto entre varias piedras de una pared. Tiró de ello para sacarlo y entonces se produjo la gran explosión. Tinín, que estaba como a veinte metros o así, se cayó al suelo del susto y luego corrió hacia donde estaba su primo Lucas.

Este se había levantado también del suelo y estaba pálido mirando hacia el humo que salía de la pared. Parecía como transfigurado, ausente.

Tinín se acercó.

—¡Lucas, menos mal que no ha pasado nada!, ¿verdad?

Entonces Lucas se giró y en ese momento Tinín se dio cuenta de lo que había sucedido y dejó escapar un grito horrible.

El brazo derecho de Lucas terminaba en un muñón sangrante. Aunque a éste no parecía dolerle. Debía estar todavía en estado de shock.

Tinín empezó a mirar por el suelo para ver dónde podía estar la mano, mientras Lucas seguía como ausente y no decía nada.

Por fin la encontró. Era una amalgama de huesos y carne ensangrentados. Tinín se quitó el jersey y, aunque le daba un asco horrible, puso todo aquello encima del mismo y luego hizo un nudo para atarlo.

Después, se sacó el pañuelo y le tapó con él el muñón a su primo Lucas.

—Sujétatelo, Lucas. Para que no te desangres.

Lucas obedecía como un autómata.

Bajaron del monte y llegaron hasta sus bicicletas.

—¿Te atreves a conducir? —le preguntó Tinín a su primo.

Este fue a levantar la bici, pero no podía sujetar el manillar con solo una de sus manos. Entonces miró a Tinín y, de repente, le vino como un vahído y se desmayó sobre la cuneta de la carretera.

Tinín, entonces, montó como una exhalación en la bici y bajó a avisar al pueblo pedaleando todo lo rápido que podía. Era cuesta abajo y no tardó en llegar más de cinco o seis minutos. Allí se encontró con don Marcelo. Se subieron ambos en el “seiscientos” del párroco, recogieron a Lucas y lo llevaron a Cifuentes.

Lucas sería el segundo manco que habría en el pueblo por lo mismo. Había otro hombre, Jacinto, que tendría ya unos 30 años, o más, y que era pastor. Gastaba muy buen humor y estaba siempre contando chistes.

No sería el caso de Lucas. Nunca recuperó aquella vivacidad y alegría que él tenía. Muchas veces, cuando veía a los pájaros saltar de rama en rama, en un acto reflejo se echaba la mano al bolsillo de atrás de su pantalón donde solía llevar el tirachinas y, cuando reparaba en la situación, arrojaba el tirachinas al suelo y luego se quedaba llorando quedamente mirando a los pájaros.

No había forma de contentarlo y en el pueblo hubo reunión en el Ayuntamiento para que no volviera a repetirse un hecho como aquel. Se clavarón carteles de aviso en las trincheras del Otero y en otros parajes con antecedentes bélicos y se publicó una orden de que todo aquel que viera restos de armas avisaría inmediatamente al alcalde sin tocar nada, bajo multa de 25 pesetas.

Alguien mencionó también que había visto a algunos críos por las cercanías del antiguo refugio antiaéreo y se pusieron sendas puertas de madera en las dos entradas, cerrándolas con candado. Afortunadamente, nadie investigó nada ni hizo preguntas cuando vieron las colillas y

botellas que allí había.

Nosotros cuatro estuvimos callados como tumbas hasta que amainó el temporal. Y, luego, cambiamos el refugio por la sombra de los Olmos, que no estaban muy lejos de nuestro escondite de “Los cuatro pistoleros”. Y así terminó la breve, pero intensa, historia del local de nuestra primera peña, al que luego revestimos de los más excitantes sucesos y aventuras para envidia de los demás chavales, que se morían de las ganas de entrar en aquel santuario de nuestras correrías de entonces.

Pero un día, alguien echó de menos a Lucas. No le gustaba ir a la escuela, bueno, nunca le había gustado, salvo cuando estaba don Lupicinio que, con su afición a los mimbrazos, le hacía agudizar el ingenio al chico. Y tampoco quería ir ya a las ovejas. Allí no podría disparar a los pájaros con su tirachinas y todo el campo le recordaría lo inútil que se sentía.

Así que andaba vagando por las calles con su muñón metido en el bolsillo para que no se le notara. O se quedaba en el bar, mirando cómo jugaban a las cartas. O, también, en la fragua, observando, como hipnotizado, el crepitar de los hierros en el fuego.

Pero, aquel día, su abuelo quería entretenerlo, llevándoselo con él a la Barbarija a plantar judías. Le gustaba mucho al pequeño Lucas aquel paraje lleno de huertas y de arboledas, regadas por aquel riachuelo de agua tan pura y tan fresca que luego se vertía, tras aquellas imponentes cascadas, llenas de espuma, en el Valle de los Esteruelos.

Así que fue a buscarlo a su casa y a los otros dos sitios donde solía estar: el bar y la fragua. Pero en ninguno le dieron razón de haberlo visto en todo el día.

Rápidamente, empezó a correrse el rumor en el pueblo de que se había escapado, y quién sabe si suicidado o, al menos, con ganas de hacerlo. Así que, el alcalde ordenó que se tocaran las campanas como si hubiera fuego y se llamó a toda la gente disponible para iniciar la búsqueda del niño Lucas por todo el término municipal.

Yo me uní al grupo que salió en dirección a la Barbarija y a Monseco, que eran unos parajes que, como ya dije antes, al parecer le gustaban mucho al pequeño Lucas. Iríamos en él como treinta o cuarenta personas, entre hombres, mujeres y niños. Después de bajar por el atajo nos aproximábamos al manantial, cuando se oyó un disparo de una escopeta de perdigones.

Levantamos la cabeza para tratar de localizar de dónde provenía el estampido y entonces lo vimos. Lucas estaba de pie sobre la Peña de la Barbarija y nos apuntaba con la escopeta. Nos gritó desde allí.

—¡No quiero veros! ¡Largaos de aquí! ¡No os acerquéis o me tiro, como hay Dios que me tiro! —y se puso en el borde de la peña, mientras se acercaba al vacío.

La Peña de la Barbarija era como una gran seta que se elevaba sobre el suelo como doce o quince metros por la parte más alta. Si alguien se tiraba desde allí no lo contaba, desde luego. El suelo a su alrededor era de roca y piedras. De hecho era uno de los santuarios de los suicidas del pueblo como decían que lo era El Viaducto para los madrileños. Desde allí se habían tirado ya varios por lo que contaban. Aunque no en los últimos años, sino en la posguerra, que fue una etapa llena de tristeza y dificultades de todo tipo.

El alcalde, que era un hombre de mucho cuajo y de una inteligencia primaria pero efectiva, se adelantó y alzó la voz.

—Está bien, Lucas. Como tú quieras. Nosotros nos vamos. Pero con una condición.

—¿Y cuál es esa condición? —gritó el pequeño Lucas acercándose más al vacío—. Yo no acepto condiciones.

—Yo quiero que tú seas una persona importante para el pueblo. La que más. Por eso he traído a alguien muy especial conmigo. Solo quiero que le dejes acercarse a hablar contigo. A él

solo.

—¿Y quién es? —gritó Lucas con algo de curiosidad. No le debían haber disgustado del todo las palabras del alcalde.

Entonces levantó su brazo una de las personas que venía con nosotros. Tampoco tenía mano en ella.

—Quizá es la persona más importante que ha dado este pueblo. Es el Jefe de las Misiones en el Congo, que es un país enorme, mucho más grande que España —le contestó el alcalde.

Lucas veía el brazo alzado del misionero que sobresalía sobre nuestras cabezas y lentamente empezó a bajar el arma.

Nosotros nos fuimos y el sacerdote se acercó.

El alcalde nos contó que acababa de llegar al pueblo, después de no haber venido en años, y a él se le había ocurrido traerlo a ver a Lucas. Su padre tenía una serrería y allí perdió la mano, cuando era niño, Felipe, que así se llamaba el misionero.

Y lo que era muy típico en la posguerra: cuando los padres tenían tantos hijos que era muy problemático alimentarlos a todos o, cuando se suponía que los niños tendrían dificultades en alimentarse a sí mismos al llegar a mayores, en aquella tierra en la que se necesitaba mucha salud y ambos brazos para hacerlo, una de las más socorridas soluciones era destinarlos a la Iglesia.

Por ello, si además se añadía a estos casos la llamada de la vocación más tradicional de algunos otros, en conjunto Sacecorbo había provisto a la Iglesia con varias docenas de insignes miembros entre curas y monjas, que estaban repartidos en otros pueblos y, también, en conventos, abadías y misiones.

Contó el alcalde que Felipe, de niño, era un zascandil, que dejaría a la altura del betún inclusive a nuestro amigo Lucas. Y allí estaba ahora, peleando en la selva por sacar adelante a cientos de poblados, después de dotarlos de los servicios mínimos de salud e higiene.

Nunca sabremos cómo discurrió la conversación entre aquellos dos niños rebeldes que habían perdido su mano por meterla en donde no se la requería, pero lo cierto fue que vinieron los dos juntos al pueblo caminando desde la Barbarija y, a partir de aquella tarde, volvimos a ver en la cara del niño Lucas aquella sonrisa tan pícara que él tenía.

Pasados unos meses vino don Felipe a buscarlo y se lo llevó con él, directamente al Congo. Con el tiempo sería su mano derecha, mejor dicho la izquierda, en la jefatura de las misiones congoleñas y un motivo de orgullo para el pueblo. Vino alguna vez y siempre preguntaba por las mimbreras de doña Urraca y cómo nos restregábamos el ajo en ambas manos para que no nos dolieran los palos de don Lupicinio. Eso, y los cientos de pájaros que abatió con su famoso tirachinas, era lo que más recordaba de su estancia con nosotros.

Hoy brindo por Lucas, que tuvo la suerte y la valentía de enderezar el rumbo, cuando ya estaba en el borde del precipicio de aquella Peña de la Barbarija, desde la que tantos otros habían tirado antes que él la toalla.

Capítulo 15

La vida es cambio

Hoy me he levantado contento. Todavía no sé, a pesar de lo mayor que ya soy, cuál es el secreto que hace que yo, y vosotros, y todos, unos días empecemos contentos y, otros, cabreados como monas. Y yo creo que nadie lo sabe.

Tal vez, en el caso mío de hoy, la historia del niño Lucas me haya redimido un poco de otros tragos más amargos que descansan en la bodega de mi corazón. No hay duda de que cuando algo acaba bien, dan ganas de empezar la siguiente cosa. Pero luego, a lo mejor, la empiezas animoso, y quién sabe por qué, se viran las tornas y te vas avinagrando y entristeciendo.

Mi tío Ezequiel decía que ni hay que alegrarse en demasía, ni entristecerse de forma importante, porque nuestra sangre es un caldo impredecible y tenemos una tendencia inexorable a dejarnos llevar por los extremos. Lo importante es mantener el rumbo, a pesar de los vaivenes, e ir adentrándose en el horizonte que está más allá del próximo atardecer.

Yo trato de seguir esta máxima, claro, pero el problema es que ni mi tío Ezequiel ni tantos otros que me quisieron y que me ayudaron están ya aquí. Sino que todos desaparecieron, como a mí me ocurrirá un día. Porque esa sí que es la única verdad irrefutable y segura que existe. Y de ahí, creo yo, que vienen, o provienen, todos nuestros males.

Pero, entre tanto, hay que seguir repartiendo las cartas y jugándotelas en la mesa. Menos mal que yo tengo este libro, donde puedo hacer que revivan todas las personas a las que he querido y seguir viéndolas jóvenes y bellas, como sin duda lo fueron. Como yo quizá en algún momento también lo fui.

Sí, quizá yo haya encontrado ya mi secreto para tratar de empezar bien todos los días. Y éste sería usar selectivamente mi memoria, olvidándome del tiempo presente y recordando solo lo bonitos que son todos los comienzos. Sobre todo los momentos de la infancia, que son el comienzo de la vida.

Pero mi mujer, erre que erre, viene con un vaso de agua y un par de pastillas. Para que no pierda la memoria, me dice. Yo me las tomo porque no quiero discutir. Lo que quiero es volver a quedarme solo en mi despacho y encender otra vez mi ordenador, que es como abrir el grifo por el que sale, lleno de espuma y salpicaduras, el chorro de la vida que vuelve.

Por aquel entonces se iniciaron una serie de cambios tanto en el pueblo en general, como dentro de las cuatro paredes de mi casa en particular, que si no parecían, aisladamente considerados, importantes cada uno de ellos, en conjunto empezaron a configurar un sustrato, un profundo sedimento que removería los cimientos de lo que había sido nuestra convivencia hasta entonces.

Yo también me había hecho un niño más espigado, un niño alto y delgado, casi desgarbado, de mirada seria y timidez casi patológica que, sin embargo, devenía en un niño entrañable, súper cariñoso, ocurrente y divertido cuando se movía en el pequeño círculo de los suyos, o de los más próximos.

Sí, el tiempo pasaba para todos. Pepín correteaba ya por la casa y la llenaba de esa alegría irracional y única que se tiene cuando se estrena todo.

Un día mi madre se me acercó y me dijo.

—¿Tienes un momento para mí, Germán? Me gustaría hablar contigo.

Mala cosa. Empecé a sentir un malestar preventivo. Así que me defendí antes de empezar.

—Pero tengo poco tiempo, mamá. Que he quedado con Julián.

Mi madre me sonrió con dulzura.

—Ven conmigo, Germán.

Subimos a la planta de arriba, a los dormitorios.

—¡Germán, cuánto has crecido! ¡Te has convertido en un chico tan guapo! —me dijo animosa.

Yo miraba a mi madre, ¡cuánto nos habíamos querido! Pero, últimamente, nuestros encuentros eran como despedidas.

Así que guardé silencio. Para no estropearlo más.

—¡Tengo una gran noticia para ti, Germán! —continuó en aquel tono optimista.

Pero, entonces, si era así, ¿por qué me empezaba a sentir tan triste?

Yo la seguía mirando en silencio. Algo se había ido quebrando entre nosotros. Antes estaba nuestro mundo. Indestructible. Y los dos juntos en él. Y todos los demás lo sabían. Y lo respetaban.

Ahora mi madre era a mis ojos como una hábil administradora de sus variados cariños. Por una parte estaba mi hermana Tere, que también se había hecho mayor. Y se parecía cada vez más a ella. Se buscaban y se iban a cuchichear por los rincones las dos juntas de sus cosas. Cosas de mujeres, decían.

Luego estaba Pepín, que cada vez necesitaba más espacio. Además era un niño que, conscientemente o no, siempre era el centro de atención. Y que tenía también una devoción por mi madre extraordinaria. Yo lo veía a él y me recordaba a mí mismo hacía unos años. Y entonces visualizaba de nuevo aquella conexión, aquel cordón umbilical con ella, ¡por el que navegaban de ida y vuelta tantas cosas!

Hasta mi padre que antes, para mí, era como un mueble más de la casa, en relación con mi madre, quiero decir, aparecía ahora en escena sacando de sus ojos aquellos brillos cómplices, que yo observaba poco antes de irnos todos a dormir.

—Eh, Germán, ¿qué te pasa? Te noto como despistado —me dijo ella, con un tono suave y cariñoso.

Yo le ofrecí una media sonrisa a mi madre. ¡Bendito despiste el que había tenido hasta entonces! ¡Bendita inocencia! ¡Sintiéndome yo, más que el preferido, el único! ¡Cuando solo era uno más, y ni siquiera sabía en aquel momento si el menos importante!

Mi madre también se había quedado descolocada. Observando todas aquellas distancias que, de repente, crecían a nuestro alrededor. Por ello, tal vez, exclamó un tanto desorientada.

—O casi hablamos en otro momento. Si tú tienes que irte con Julián...

Pero yo ya no podía más. Lo que fuera, mejor cuanto antes.

—No, mamá —dije seriamente—. Te escucho.

Mi madre me llevó entonces al dormitorio que ocupábamos mi hermana Tere y yo.

—He pensado que esta habitación necesita a alguien responsable como tú. ¡Al mando, quiero decir! —y me miró, con aquellos ojos suyos, por los que yo hubiera dado la vida.

Pero yo ya era capaz de descubrir las trampas que podía haber en ellos.

Todo era muy doloroso.

—¿Qué quieres decir, mamá? —continúe con mi tono serio.

Mi madre sufría por ver cómo decirme lo que me tenía que decir. Sin hacerme daño.

Y yo sufría por ella y por mí. O, tal vez, solo por aquel mundo nuestro, que se acababa. Que se perdía irremisiblemente. Y que no tendría ya vuelta atrás.

—El caso es que Pepín ha crecido. Y sería bueno que durmiera aquí contigo. Bajo tu control y cuidado, por supuesto —me sonrió buscando una complicidad que ahora se nos resistía.

De repente noté muy torpe a mi madre. Como si mirara solo por Pepín. Y por Tere, por supuesto. Y quisiera vendérmelo de una manera que no era.

—¿Y qué pasa con Tere? —dije agriamente.

—Bueno, Tere se ha hecho también mayor. Es ya toda una mujer, necesita su propia habitación. Le hemos arreglado ésta —y me condujo hacia ella—. No es muy grande pero le vendrá bien estar sola.

Era un cuarto que antes estaba lleno de trastos. Mi madre le había cambiado las cortinas por otras más alegres y vistosas. Tenía también una colcha muy bonita y un tocador con un espejo grande.

¿Y qué tenía que ver yo en todo aquello? —pensé para mí.

—Pues muy bien, mamá. Si ella está contenta... Si Pepín está contento... Bueno, me tengo que ir... —y me di la vuelta. Sentía una tristeza difusa y creciente que me estaba subiendo hasta los ojos. No quería que mi madre me viera llorar.

—Pero, Germán... ¿Y tú?, ¿estás contento?

Yo bajaba por la escalera a toda velocidad. Me empezaba a sentir mal conmigo mismo por ser siempre tan sensible.

Unos pasos más y, por fin, alcancé la calle.

Mi madre, aunque yo no me daba cuenta, me observaba desde el balcón. Y debió ver cómo me limpiaba las lágrimas con la manga del jersey.

Tere, no sé si aconsejada por mi madre, estaba mucho más cercana conmigo aquellos días.

—Germán, ¡qué bien lo hemos pasado los dos juntos! ¿Te acuerdas de los chorlitos y de nuestro cine de las sábanas blancas?

Yo me dejaba querer. Pero a distancia. Ya no revoloteaba a su alrededor como antes. O como lo hacía Pepín ahora conmigo, que se desvivía por obtener una sonrisa mía.

No sabía explicar el porqué pero, por una parte, me gustaba hacerme mayor y, por la otra, me dolía la sensación de que estaba perdiendo algo íntimo y definitivo.

—Te voy a contar un secreto —me dijo Tere acercándose y bajando la voz.

—¿Ah sí, cuál?

Lo mismo me aclaraba eso tan difuso que últimamente no hacía más que oír de ella. “Es que Tere se está haciendo una mujer”, repetían unos y otros continuamente. ¿Y qué era antes? Pensaba yo para mis adentros. ¿Una berenjena?

Pero era otra cosa lo que me quería contar Tere aquel día. Que acabaría teniendo su importancia.

—¿Sabes que me voy a quedar sin mi mejor amiga?

—¿Sin Pili? ¿Y eso? —le pregunté un tanto extrañado.

—No se lo digas a nadie, ¿eh? No lo han dicho todavía ni a sus abuelos. Están a la espera de algunas cosillas, pero el hecho es que su familia se va a ir a vivir a Madrid. A su padre le han buscado un trabajo allí.

—¿A Madrid? —repetí yo cogido por la sorpresa. La verdad es que no me esperaba que fueran a ir por allí los tiros.

—Bueno —le sonreí en cuanto me recuperé—. Ya vas a tener allí, en Madrid, a tu espía, para que te cuente, “ma-dri-leña”.

—Pues tú tampoco te hagas el loco. No sé por qué me da, que allí vamos a acabar todos —me replicó ella.

—Yo no pienso moverme de aquí —dije como si ya me conociera todo el mundo y hubiera decidido elegir quedarme en Sacecorbo.

—Pero si este pueblo no es nada. Ya te irás dando cuenta cuando te vayas haciendo mayor.

—Ya veremos... ¿Y cuándo se irá?

—Para el otoño. Cuando terminen aquí la trilla y recoger todo un poco.

—Bueno, todavía falta... Además, vendrá a verte luego por las vacaciones, ¿no?

—Sí, pero seguro que ya nada es igual... Todo cambia, ¿sabes?

No le dije nada a mi hermana pero, de eso, yo también sabía mucho últimamente.

Por aquel entonces aquel mundo cerrado de los pueblos empezaba a resquebrajarse. Y comenzaba a haber un goteo de gente que se abría a nuevos horizontes. Entonces eran los primeros y todavía faltaba algún tiempo para que los viéramos regresar en las vacaciones, con coche y mucho mejor vestidos que se fueron. Cuando eso ocurriera, el proceso sería imparable. Si en Madrid, en Barcelona y en Zaragoza había trabajo para todos, claro.

Sí, eran momentos de cambio. Por aquel tiempo yo empecé a unirme más a mi padre. Dicen que la figura del padre está ahí, latente, en los primeros años de vida, en el lado oscuro de la luna, cuya luz acapara sin competencia posible alguna la figura de la madre.

Pero cuando el padre se empieza a destapar, a emerger, a hacer acto de presencia, te das cuenta de que la sombra de su manto te cubrirá toda tu vida con una influencia tan profunda y duradera como la de tu madre. O, tal vez más, si eres también hombre.

A mí me gustaba ir con mi padre por los campos, por los caminos polvorientos. Me llevaba subido en el carro, mientras me señalaba lo más relevante de los sitios por los que pasábamos.

Recuerdo un día de tormenta, lleno de viento y de llovizna.

—¡Germán, mira! —señalaba al horizonte nublado y oscuro—. ¿Ves lo que está cayendo del cielo?

Al principio yo no reparé en ello, despistado y asustado por las culebrinas de los relámpagos y el cataclismo de los truenos.

Pero por fin lo vi. No pude dejar de pensar en que, a lo mejor, era un extraterrestre. Alguien que venía del espacio a visitarnos y que, por la tormenta, se había caído de su nave y vagaba errabundo por el cielo.

Dejamos el carro y las mulas a cubierto bajo las ramas de un grupo de árboles y corrimos tras aquel objeto extraño que vagaba por el cielo, aunque cada vez más cercano a la tierra. Tan cercano que cayó unos centenares de metros más allá de donde nos encontrábamos, junto a la Cerrada de la Chusa, asediado por los brillos de los relámpagos y de la lluvia.

Mi padre me dio la mano.

—¡Vamos, Germán, ya es nuestro!

Yo le di la mano a él, aunque trataba de refrenarme y ganar tiempo para ver si aquello se movía y si podía tener algún peligro.

—No tengas miedo, Germán, no es el primero ni el último que se cae.

No podía creerlo. Mi padre era un nudo de enigmas.

Corrimos hasta aquel bulto blanquecino que estaba ahora como tumbado sobre la tierra y los tomillos.

Antes de llegar hubo un relámpago potentísimo y un trueno que sonó como si se derrumbara medio mundo. Y, de repente, se levantó un golpe de viento que hizo que nos agacháramos para que no nos llevara a nosotros sobrevolando aquel espectáculo.

Aquella cosa fue la que se elevó de nuevo un momento y entonces pude verla de cerca.

Era como un globo grande, pero envuelto como en varias cortinas medio desgarradas y llenas de jirones.

Mi padre corrió tras él y, en un momento, alzó sus brazos y lo atrapó y, luego, para que ya no se le escapara, cayó al suelo abrazado a él y me gritó lleno de entusiasmo.

—¡Germán, ven, ya es nuestro!

Me acerqué, todavía con alguna precaución, pero mi padre me miró, con una gran tranquilidad.

—¡Ayúdame a sujetarlo! ¡Que no se nos escape!

Y yo le ayudé, agarrando con todas mis fuerzas aquellas cortinas que ahora me daba cuenta que eran de un material mixto entre plástico y goma.

—¿Qué es esto, papá?

—Pues nada extraño, ni mágico, Germán. Sino más bien científico.

Mi padre era un hombre de carácter templado y equilibrado. Y, sobre todo, práctico. Fue un gran contrapunto a mis tendencias sensibles y, a veces, lunáticas.

—Es un globo meteorológico, Germán. Los lanzan para observar las características de nuestra atmósfera: presión, humedad, velocidad del viento... ¿Ves esta radiosonda? —me dijo mientras señalaba un artilugio que colgaba del globo a través de una especie de cadena—. Sirve para transmitir los datos que va captando por donde pasa. Algunos se caen en los días de fuerte viento y tormentas como hoy.

—¡Joer, papá! ¡Creí que era un ovni!

—Sí, a veces vemos lo que queremos ver, o creer. O lo que tememos, en lo más profundo de nuestro corazón.

—¿Tú no tienes miedo nunca, papá?

Él se calló y tardó unos segundos en contestar.

—¿Quién no lo tiene, Germán? Yo todavía no he conocido a nadie...

Unas semanas más tarde comprobé que él también tenía miedo.

Pero antes, disfruté con el chubasquero que me hizo mi madre con aquel tejido de látex de nuestro ovni. Mi madre, de vez en cuando, me recordaba el encanto que siempre tuvo. Como cuando cogí el sarampión y se sentaba conmigo en mi cama y me contaba cosas de cuando yo era pequeño, para distraerme y que yo no me rascara las pupas. Cuando yo estaba enfermo, o débil, o preocupado, siempre aparecía ella para cuidarme.

Lo que pasaba es que yo cada vez era más fuerte y, tal vez, la iba necesitando menos.

Un día que iba con mi padre por El Unquer, subido en el carro, salió una bandada de palomas de un arbusto al lado del camino. Hicieron un ruido ensordecedor.

Las mulas “Navarra” y “Castaña” se asustaron un montón. Se espantaron, que es lo que hacían cuando les ocurría algo imprevisto. Sobre todo “Castaña” que era una mula joven y tierna que debía ser tan sensible como yo. Mi padre, que iba a pie tirando de ellas, trató de tranquilizarlas.

—¡Soooo!

Pero “Castaña” tenía la mirada extraviada por el pánico y tiró del carro por su lado.

Este se balanceó un momento y luego cogió, bajo una de las ruedas, una piedra grande que había junto al camino.

Mi padre soltó el ramal y corrió hacia el carro. Este se vencía hacia un lado. Volcaba sin remisión. Yo me agarraba como podía, pero poco podía hacer. En el carro iban conmigo un par de horcas de hierro que llevábamos. Mala cosa para caer con ellas.

El carro volteó y yo me vi un momento en el aire, casi flotando como el globo meteorológico.

Cerré los ojos, para no sentir el impacto, el final.

Cuando los abrí, estaba en los brazos de mi padre que, a riesgo de haber acabado bajo el carro, se había acercado tanto que me había cogido por el aire y me abrazaba, sin soltarme por nada del mundo.

Él casi no podía hablar. Yo notaba su cuerpo lleno de estremecimientos. Como me pasaba a mí, cuando me llenaba de miedo.

Sí, me abrazaba como si yo hubiera nacido de nuevo otra vez.

—¡Te tengo, te tengo! ¡Dios mío, te tengo...! —susurraba a mi oído.

Luego, cuando ya me puso de pie en el suelo y apaciguó a “Castaña”, me dijo:

—¡Que esto quede entre nosotros! ¿Vale? ¡Es cosa de hombres! ¡Ya sabes que las mujeres se ponen muy nerviosas con estas cosas...!

Sí, no quería ni pensar en cómo se pondría mi madre si se lo contábamos. Me acordé al instante de aquel día que llegué tarde de noche con el tío Ezequiel...

—De acuerdo, papá, cosa de hombres...

Un día mi padre entró en casa y me llamó.

—¡Germán, ven, quiero que veas una cosa!

Mi madre pareció, por un momento, ponerse en medio.

Ellos se miraron y mi madre se apartó.

Fui con él donde cerrábamos una pareja de cabras que teníamos.

Una de ellas estaba preñada. Tenía una barriga enorme. Y estaba a punto de parir.

De pronto abrió las piernas traseras y se agachó un poco. Mi padre la acariciaba por el cuello. Yo estaba atónito, casi blanco.

De repente, empezó a salir la cabeza del cabritillo. No tardó mucho en salir entero. Estaba como embarrado en sangre.

El cabritillo apenas se podía mantener en pie. Parecía que se tambaleaba. Pero no llegaba a caerse. La madre le limpiaba la sangre con la lengua.

Lo estuvo lamiendo un buen rato hasta que lo dejó limpio como una patena. Madre e hijo se olían y se reconocían como tales. Parecían muy felices.

—Esto es la vida, Germán.

Yo no sabía qué decir. Estaba impresionado. Sobre todo cuando la cabra empezó a expulsar la placenta, las parias, como allí se llamaban. Mi padre se dio cuenta y rápidamente las retiró.

La mamá seguía haciéndole carantoñas al pequeño hasta que lo puso debajo de la ubre. Y el cabritillo de una forma intuitiva supo cómo alimentarse.

Mi padre me miraba con atención.

—Te has quedado muy callado, Germán... Ya sé que la primera vez impresiona un poco. Esto es una familia, más o menos como la nuestra —explicó.

—¿Y dónde está el padre? —no pude por menos que preguntar.

Mi padre se quedó por un momento sorprendido.

—Ha tenido su papel, como sabes. Pero en estos momentos es la madre lo que importa.

—Pues prefiero la nuestra. Con los dos padres.

—Claro, Germán. Tú también serás padre un día. Y podrás enseñarles a tus hijos también muchas cosas.

Pero yo nunca tuve hijos. Tal vez por eso enseñé lo que sé a través de este libro. Porque de alguna manera todos, particularmente los que vamos delante, nos vemos obligados a mostrar a los demás el camino por el que discurrimos. Porque es un camino que nadie sabe a dónde va. Lleno de curvas y sin un sendero claro. Y toda ayuda para recorrerlo es poca.

Y, además, es bonito enseñar lo que se sabe. Ayudar a dar los primeros pasos. Como lo hacen los padres. En los humanos y en las cabras. Porque la vida siempre ha de tirar para adelante.

Hasta que un día se topa con la muerte. O con su prólogo, que es la vejez.

Capítulo 16

De amor, de princesas y de reinas

Ayer quizá terminé un poco triste. Pero hoy estoy contento. La verdad es que lo llevaba ya pensando desde hacía algunos días. Y creo que ya ha llegado su hora. Dejémonos pues de tristezas y de melancolías.

Hoy me he levantado contento, sí. He desayunado con consistencia y saboreado a conciencia el desayuno que me ha puesto mi mujer: una gran jarra de zumo, eso sí con mis dos pastillas de siempre junto a él, y una tostada crepitante llena de miel de la Alcarria, con un poco de jalea real. La jalea de la miel de la Alcarria dicen que levanta a un muerto. La jalea es un alimento de reyes. Mejor dicho, de reinas. A las abejas que se lo dan las convierten en reinas. Y, luego, en madres de todo el enjambre. Por algo será.

Yo hoy abro el ordenador lleno de ilusión. Hoy escribiré sobre el amor en aquellos tiempos. En tiempos de enjambres y abejas. Quiero decir en tiempos de princesas y de reinas. Porque también tuvieron su tiempo en nuestro corazón. Aunque fuera un corazón todavía niño, un corazón apenas sin estrenar.

Yo había quedado impactado, enamorado, con mi muchacha rubia de aquella primera película del Oeste que yo había visto proyectada sobre la pared del viejo Ayuntamiento de Sacedorbo. Había sido mi primer gran amor. Luego supe que un gran amor había de ser siempre un amor imposible. Porque si no, todos los grandes amores acababan convirtiéndose en amores cotidianos, es decir, en amores pequeños.

Yo entonces no lo sabía. Solo lo intuía. Que es la forma más excelsa y pura de saber, claro.

Sí, la muchacha rubia que me robaba el indio llevándosela en la grupa de su caballo salvaje cumplía todos los requisitos del amor imposible. A saber: fugaz, desconocido, impactante y sujeto a mil interpretaciones y circunstancias. Y, por supuesto, lo más importante: misterioso y sin retorno posible.

A mí, aquella muchacha indefensa que clavaba sus ojos en los míos, a través de la pantalla, no se me olvidaría jamás. Porque fue la primera y porque yo no encontré nunca a nadie que mejor encarnara ese amor que una vez sentí, y que se instaló de aquella manera tan definitiva en mi corazón. Y, sobre todo, porque, al contrario que otras, nunca iba a volver, con el tiempo lo supe, para recordarme lo mayores que ya éramos, ni las arrugas que habíamos criado ambos en nuestro cuerpo y en nuestro corazón.

Pero la vida seguía y las muchachas nos rodeaban por doquier. Y era muy difícil, cuando no imposible, sustraerse a sus encantos, a su poder de poesía y de transformación del mundo que ellas producían en nosotros, inclusive ya entonces, en nuestra mente de niños. Porque eso significaban para mí, sin yo saberlo todavía muy bien en aquellos momentos, las niñas que me gustaban en aquel tiempo y, luego, más tarde, las mujeres siempre.

Todo esto lo supe, de alguna manera, cuando conocí a Mabel. Sí, hoy iba a escribir sobre Mabel pero, no sé por qué, ahora prefiero dejarlo para más tarde. No por nada, sino porque

creo que debiera hablar antes de otras cosas que también me ocurrieron en este campo.

Mi pandilla y yo vivíamos entonces en la época de imitación de los mayores. Todo lo que veíamos lo copiábamos al instante, con el afán de experimentar en nosotros mismos aquellas sensaciones tan difusas y tan extrañas en las que debía consistir ser mayor, que era algo tan deseado y, al mismo tiempo, tan lejano para nosotros.

Bebíamos a escondidas, fumábamos, nos peleábamos como ellos, jugábamos a sus juegos, sobre todo a las cartas con dinero, aunque en menores cantidades por supuesto, y menospreciábamos e ignorábamos, como hacían ellos, a los más pequeños que nosotros, claro.

Pero en los temas amorosos no pasábamos todavía de la fase de observación de lo que hacían los mayores.

Íbamos al baile del Callejón del Horno y clasificábamos a las parejas por la intensidad con la que bailaban, como ya expliqué. Y, cuando detectábamos a unos tortolitos, los torturábamos con ahínco.

Lo más frecuente era pasar a su lado mientras les tirábamos “pegotes”, que eran unas bolas llenas de suaves pinchos provenientes de una planta común, parecida al cardo, que crecía por los caminos. Se pegaban, particularmente bien, en prendas de lana, muy habituales en otoño y en invierno.

Los miembros de la acaramelada pareja, concentrados sin duda en las cálidas sensaciones y sentimientos que experimentaban sus cuerpos y sus corazones, ni lo notaban. Cuando acababan de bailar tenían las espaldas y el culo llenos de bolas. A veces no se daban cuenta hasta que hacían un descanso en el baile y se sentaban en alguno de los bancos y sillas que había alrededor del salón. Ahí sí que los sentían, claro.

Entonces, el chico, aparentemente enfadado, miraba por los alrededores y amagaba como que se levantaba a perseguirnos, mientras exclamaba:

—¡Malditos críos!

Aunque en el fondo, tanto la chica, aunque ella de pronto se escandalizara, como el chico, estuvieran orgullosos de haber sido elegidos por los críos como los más efusivos de la noche. Luego, se iban discretamente a un rincón y se quitaban el uno al otro, los pegotes de sus cuerpos, como el pago de un precio mínimo que debían efectuar tras el disfrute de un rato tan agradable bailando ambos tan juntitos.

Recuerdo a una pareja particularmente embobada y hasta transfigurada que no se hubiera desenlazado ni aunque hubieran empezado a tañer las campanas, que estaban allí al lado, avisando que venía la aviación a bombardear el pueblo.

A estos les llenamos los bolsillos de pequeñas piedras y guijarros. Al chico los dos bolsillos de la chaqueta, con medio quilo de piedras cada uno y a la chica los dos bolsillitos de su rebeca azul, que acabaron reventados por el peso. ¡Pues nada, ni por esas! Acabaron casándose al poco, claro. Supongo que para dejar de estar abrasados por aquella pasión tan absorbente como placentera.

Para los casos más peliagudos teníamos al pequeño Agus, el que sufrió la ira de don Lupicinio con sus mimbrazos. Le llamábamos el pequeño Agus, pero no porque fuera pequeño de edad, tendría sus ocho o nueve añitos como nosotros, sino porque en un momento determinado su organismo decidió no crecer y se quedó convertido en un auténtico tapón. Hasta que sus padres, muy preocupados, acabaron llevándolo a Guadalajara a que lo examinaran a fondo y le recetaron unas vitaminas con las que, unos años más tarde, consiguió despegar un poco.

Pues bien, el pequeño Agus, aprovechando su estatura, era el experto en lo que

denominábamos “el restregón”. Lo mandábamos por los rincones donde recalaban las parejas particularmente enceladas y allí con una pequeña linterna las examinaba de cintura para abajo.

Cuando detectaba las manchas típicas del “restregón” venía todo alborozado a contárnoslo, sobre todo porque tampoco eran tan frecuentes como nosotros hubiéramos deseado.

Entonces ejecutábamos nuestra estrategia, diseñada para estos casos, que era tan terrible como la que hubieran utilizado los más abyectos inquisidores.

Desenrollábamos nuestro pequeño cartel y luego le pegábamos por las esquinas unos trozos de celo.

A continuación, teniendo ya perfectamente identificada a la pareja infractora, les colgábamos el cartel en la espalda. A ser posible en la espalda de ambos, con un letrero cada uno, porque considerábamos culpables a los dos. Aunque, puestos a elegir, más a la chica que, quién sabía por qué, concentraba siempre todas las culpas de aquella educación un tanto machista, que era no poco frecuente entonces.

Les solíamos poner: “ ¡Guarros!”, “Cerdos”, o lindezas similares.

Entonces, cuando se daban cuenta, la chica iba corriendo al perchero a ponerse el abrigo y ocultar las evidencias y el chico montaba en cólera y nos perseguía por el salón hasta que nosotros alcanzábamos la puerta y huíamos a toda velocidad para llegar a la fuente y rememorar allí, una y otra vez, nuestra hazaña.

El pobre Agus que era, por su estatura, el que menos corría, sufría a veces las iras del mozo, que lo alcanzaba y plantaba al pobre un par de tortas que le dejaban la cara calentita para toda la noche. Nosotros lo consolábamos cuando se reunía con el grupo en la fuente y lo coronábamos como héroe del “restregón”, sin que muchos de nosotros supiéramos, a ciencia cierta, en qué consistía aquel bochornoso espectáculo de las manchas.

Con las chicas de nuestra edad, sin embargo, nos cortábamos como la leche con el vinagre y éramos, la mayor parte de las veces, todo lo contrario a héroes resueltos y decididos. A veces nos íbamos a jugar con ellas, pero todos sus juegos acababan en secretos, risitas y cuchicheos y nosotros entonces nos sentíamos nerviosos y un tanto desorientados y siempre terminábamos tirándoles algo: agua, pegotes, arroz y similares para aliviar aquella tensión que sufríamos y sacudirnos de encima aquel complejo de inferioridad y de inexperiencia que, de una manera envolvente y difusa, experimentábamos a su lado.

Nosotros solíamos ir a bañarnos a los Navajos de la Vega. Allí nos quitábamos toda la ropa y en pelota picada nos metíamos en el navajo grande, que era un pequeño lago lleno de juncos, de ranas y algunas culebras de agua. Allí chapoteábamos en el líquido elemento que nos llegaba a la cintura y jugábamos a coger ranas a mano y a meternos, unos a otros, miedo con las culebras que, casi nunca se veían, pero que, en nuestra imaginación, nos rozaban suavemente con sus escamas, bajo el agua.

Un día que estábamos allí una media docena de chisgarabises de mi edad, vimos acercarse por la carretera a un grupo de chicas también de nuestra edad, que solían salir a pasear y a cuchichear mientras exhibían sus vestiditos nuevos, al tiempo que comían pipas y chicles y bebían gaseosa sin parar.

—¡Joer, agachaos, que no nos vean!

Pero estaba claro que las chicas aquel día venían claramente a ver qué pasaba en el navajo. Seguramente alguien les había ido con el chivatazo y pensaron que ya tenían la tarde echada a costa nuestra. Sin indecisión alguna, al llegar a nuestra altura cogieron el desvío del camino de tierra que llegaba a los pequeños lagos, en realidad charcos grandes, que había en la Vega.

Nosotros, más nerviosos y pasmados que un opositor el día del examen, nos acercamos en

cuclillas a la parte más profunda, donde había más juncos y era más difícil vernos desde fuera nuestras intimidades.

La primera humillación que sufrimos fue mostrar nuestras ropas, que estaban al borde del agua tiradas allí de cualquier manera, con nuestra ropa interior mostrándose al sol sin pudor alguno.

Precisamente allí se acercaron las chicas que, entre risas y sonrisas, no dejaban de mirarnos a nosotros y a nuestras ropas, tal vez tratando de casarlas con sus originales destinatarios.

Nosotros estábamos mudos y desarmados allí dentro, absolutamente desnudos y, encima, agachados, sumisos, a fin de que solo se nos viera la cabeza. Además removíamos el agua para que se volviera turbia y ocultar así cualquier atisbo de nuestras arrugadas intimidades.

—Qué, chicos, ¿hay muchas ranas...? —soltó desde el borde del agua Sagi, que era la abreviatura de Sagrario, una chica garrida y resuelta como pocas.

Sus compañeras se apiñaron a su lado, orgullosas de su líder, algunas soltaron una carcajada y otras una risilla un tanto nerviosa y expectante.

Nosotros nos mirábamos unos a otros, en silencio. Estábamos jodidos, bien jodidos, como hubiera dicho mi primo Jesulín, si se hubiera atrevido a hablar, claro, porque estaba allí con nosotros tan mudo como el que más.

Pero mi primo Jesulín siempre acababa por salir al quite. Levantó la barbilla, como hacía siempre que tomaba la iniciativa y habló con seguridad.

—¿Ranas...? Las justas. Si quieres entrar a contarlas Sagi...

Sí, el parlamento de Jesulín había sido bueno, inclusive muy bueno. Pero le falló el gesto. Aculado debajo del agua, sin ni siquiera sacar las manos, no daba la mejor impresión de llevar la iniciativa en aquella batalla.

—No, gracias, preferimos disfrutar del espectáculo desde aquí... No tenemos prisa —le contestó con algo de mofa Sagi.

Estaba claro que estábamos jodidos y aquella Sagi no iba a retroceder ni ante un pelotón de tanques.

El agua estaba fría y, sin que lo pudiéramos evitar, temíamos que en cualquier momento nos empezara a temblar la barbilla. Lo cual sería observado enseguida por aquellas hienas y nos acabarían de poner contra la pared.

Mi primo me miró. Sabía que hacíamos un buen equipo: yo ponía las ideas y él añadía el atrevimiento para llevarlas a cabo.

Le hice una seña y se acercó.

—Arranca un junco y tíraselo diciéndoles que es una culebra de agua —le bisbiseé al oído.

Dicho y hecho. Agarró el junco y se lo lanzó chorreando agua.

Las chicas retrocedieron y algunas inclusive se dieron la vuelta para salir huyendo.

Pero Sagi rápidamente se dio cuenta del ardid.

—¡Eh, alto, es solo un junco! Ya decía yo que estos caguetas no se atreverían a coger con la mano una culebra.

Aquella Sagi se nos subía cada vez más a las barbas.

Estaba con nosotros un chico no muy habitual en la pandilla. Se llamaba Bertín. Vivía por los alrededores del Chorlite, que era un barrio del pueblo que a nosotros, los que vivíamos por la carretera, nos quedaba lejano y a trasmano. De hecho les apodábamos a aquellos chicos “los de la pequeña Rusia”, por su apariencia diferente a la nuestra, casi todos canelos y pecosos y con pinta de “esplegareños”.

Bertín era un chico serio y con un aplomo extraño. Yo ya lo había visto en alguna situación

comprometida y siempre había sabido salir hacia delante.

Cuando ya lo teníamos casi todo perdido, nos miró y nos dijo, bisbiseando:

—¡Vamos todos a una! ¡Conmigo!

Luego alzó la voz y dando un grito de guerra se puso en pie y empezó a correr en dirección a las chicas.

—¡Me cago en diole! ¡Os vamos a montar como a potrancas! ¡Vamos, compañeros!

Las chicas, a las que les dio un soponcio al vernos ponernos de pie, cuando oyeron aquel grito de que las íbamos a montar como a potrancas, pusieron pies en polvorosa y no pararon de correr hasta que alcanzaron la carretera.

Bertín las siguió hasta allí mismo gritándolas.

—¡Venid, venid, cabritillas...!

Las chicas, lejos de sentirse seguras en la carretera, no dejaron de correr hasta que llegaron al casco urbano donde allí, Sagi, por primera vez, se atrevió a mirar atrás.

Desde los navajos, nosotros, todavía desnudos, levantábamos nuestras ropas y seguíamos gritando.

No volvieron a acercarse nunca más por los lagos de la Vega. Inclusive, por esas cosas extrañas que pasan, nos empezaron a mirar con cierta consideración y a buscar nuestra compañía cuando íbamos al baile del Callejón del Horno.

Pero una cosa eran las heroicidades en grupo y otra, muy distinta, lidiar con aquellos incipientes sentimientos amorosos, que empezaban a embargarnos, en presencia de aquellas damas diminutas y, también, con los procesos de emulación de lo que veíamos, o intuíamos que hacían los chicos mayores con las personas del otro sexo.

Además el ruido ambiente, o la rumorología, o el chismorreio, o las ganas de liarnos, o quién sabía qué, no hacía nada más que complicarlo todo, atenazándonos todavía más en la incapacidad de expresar aquellos incipientes balbuceos amorosos.

Recuerdo muy bien la primera novia que tuve, a nivel de rumor, claro. Se llamaba Consuelito. Y todo fue porque una tarde salí de la escuela hablando con ella.

Al día siguiente subí a la plaza a jugar al arrime, juego que consistía en lanzar una moneda o una chapa contra una pared y tratar de quedar lo más cerca posible de la misma. Nosotros, en la plaza, jugábamos contra el frontón, que era la pared por excelencia.

Estaban por allí: Julián, mis primos Jesulín, Ricardo y Javierito, Angelín el hijo del carpintero, el pequeño Agus y también el pecoso Chema, junto con su primo, el otro tanto pecoso y rubiato Bertín que, últimamente, a raíz de su hazaña en el navajo se unía bastante a nuestro grupo.

Me alegré mucho de verlos, de hecho esperaba encontrarlos por allí.

—Qué, ¿jugamos al arrime? —dije, a modo de saludo, sacando del bolsillo mis chapas.

Pero noté algo extraño. El pequeño Agus se empezó a reír con aquella risilla nerviosa que tenía, tapándose la boca con la mano. Y Jesulín comenzó a mirar a lo alto, casi al campanario, huyendo su mirada de la mía.

Entonces supe que tenía que mirar en dirección contraria a la de mi primo Jesulín, es decir, al frontón. Seguro que allí había escrito algo. Algo sobre mí, claro. Porque el frontón era como la gacetilla del pueblo, donde se recogían todos los rumores o pseudo rumores que se producían, sobre todo entre los chicos y los jóvenes.

Y, efectivamente, allí estaba: “Consuelito y Germán son novios”.

Inclusive vi, tirado en el suelo, el trozo de yeso blanco, con el que el gracioso de turno había escrito en la pared del frontón.

—¿Habéis visto quién lo ha hecho? —les pregunté, sobre todo mirando a mi primo Jesulín, pero no a los ojos, claro, porque me los huía permanentemente.

—Nosotros, no —dijo Agus con aquel plural que quería representar a todos, porque, desde luego, el pequeño Agus, Papa no era.

Entonces, ante el persistente silencio del resto, me acerqué al frontón y con el mismo trozo de yeso, taché lo que estaba escrito.

Por fin Jesulín habló.

—Germán, pues es una chica muy maja.

Entonces me lancé sobre él con una furia desmedida. Menos mal que estaban mis otros dos primos y nos separaron.

Jesulín se puso condescendiente.

—Bueno, bueno, Germán, olvidemos el asunto. Qué, ¿jugamos al arrime...? Pero con la pelota.

Yo estaba que me subía por las paredes. Como aquel rumor se consolidara iba listo. Además, con lo tímido que me sabía que era, iba a sufrir lo indecible.

Así que estuve de acuerdo en empezar rápidamente a jugar y desviar la atención de todo aquello.

El arrime con la pelota consistía en hacer unos hoyos en el suelo, junto al frontón. Uno por cada jugador y luego tratar de embocar desde una distancia de unos diez metros una pelota de goma, cada jugador en su hoyo.

El juego no tenía complicación. Pero el que perdía tenía una penitencia dolorosa.

Yo era bastante bueno y embocaba con facilidad. Pero aquel día estaba desconcentrado al máximo y no daba pie con bola, nunca mejor dicho. Así que quedé inclusive por detrás del pequeño Agus, que era un desastre y siempre perdía.

Bertín me señaló con el dedo.

—Germán, ¡a la pared!

El que perdía debía ponerse, apoyado de espaldas contra el frontón, con los brazos en cruz. El resto de los jugadores tenían que lanzar la pelota y tratar de darle en alguna de las dos palmas de las manos.

Contaban con tres intentos, si fallaban sustituían después al penado. La verdad es que había algunos malos lanzadores y donde te daban era en la cara y en sitios peores.

Yo me puse de espaldas contra el frontón con los brazos abiertos.

—¡A ver la puntería que tenéis, sobre todo tú, Agus! —les dije.

Entonces Agus se preparó a la distancia convenida.

Con lo pequeño que era lanzaba la bola con todas sus fuerzas para compensar su baja estatura.

La pelota, lejos de alcanzar mis manos, que probablemente estaban muy altas para él, me dio en la entrepierna. Sentí un dolor intenso y mareante y caí de rodillas en el suelo.

Entonces fue cuando oí la voz de Consuelito que pasaba por allí con su hermana.

—¡A ver, brutos! ¡Dejad a Germán ya, que vais a matarlo!

Y se acercó a donde yo estaba con su hermana pequeña.

Los chicos se quedaron pasmados. Aunque mucho menos que yo, que no sabía qué hacer, ni qué decir.

—¿Te encuentras bien Germán? ¿Quieres que te acompañe a tu casa?

—No, no, Consuelito. Estoy bien. Ya sabes que es solo un juego.

Así que me levanté como si no hubiera pasado nada, aunque aquello me dolía la repera.

—Adiós, Consuelito —le dije, acompañando mi voz con un gesto de que se retirara—. Vamos a seguir jugando. Adiós —volví a repetir, deseando que se esfumara como por arte de magia.

Afortunadamente su hermana pequeña vino en mi ayuda.

—Sí, vámonos, Consuelito, que si no llegaremos tarde.

Todavía no había desaparecido Consuelito por la esquina, cuando se oyó la risita de mi primo Jesulín.

—Oh, amor, ¿te han hecho daño estos brutos?

Entonces me lancé sobre él y lo tiré al suelo, lleno de una furia inconmensurable. Allí le borré a golpes aquella risa de mofa. O, tal vez, hubiera en ella también algo de envidia.

Mi primo tampoco se defendía mucho y capeaba el temporal como podía.

Nos separaron de nuevo, y el juego se acabó entonces de forma radical, sin reanudación posible. Pero aquello de “Consuelito y Germán son novios” volvió a aparecer no solo en el frontón, sino también en el Chorlito y en el lavadero.

A mí, Consuelito no me caía mal. Inclusive hubiéramos sido buenos amigos si no hubiera ocurrido aquello. Pero, a partir de entonces, cuando la veía me entraba una timidez paralizante. A veces me la encontraba por la calle y cambiaba de dirección con tal de no cruzarme con ella.

Y peor era cuando empezaba el choteo de los chicos de la pandilla.

—Mira, Germán, por ahí va tu novia. Hoy lleva unas trenzas muy bonitas.

Sin que yo supiera entonces definirlo, hoy calificaría a todo aquello como una presión mediática asfixiante.

Yo lo pasaba realmente mal. Y creo que Consuelito, también.

Un día Jesulín, que notaba que el tema se estaba pasando de castaño oscuro y me veía sufrir, se me acercó y me dijo:

—Germán, tenemos que buscar a otros novios, para que dejen de fijarse en vosotros.

La verdad es que Jesulín tenía también a veces buenas ideas. Prácticas y resolutivas. Aunque de mayor me confesó que, en aquella ocasión, solo lo hizo porque tenía miedo de que al final Consuelito me separara de él.

Así que no se nos ocurrió mejor idea que “liar” al pecoso Bertín con Sagi, la aguerrida lideresa de las chicas. Y lo que son las cosas, a Sagi no parecía disgustarle la idea pero, al atrevido Bertín le dio tal síncope, que empezó a recluirse en su barrio del Chorlito y no bajaba a la plaza ni por asomo.

Lo cierto es que la presión sobre Consuelito y sobre mí bajó notablemente, aunque a Bertín se le veía al hombre, por el contrario, totalmente apesadumbrado. Con su nombre en todas las paredes. La verdad es que Jesulín y yo no parábamos de escribir.

Un día me lo encontré por su barrio y hablamos. Como dos “expertos novios”.

—Germán, y tú qué haces. Porque yo, aparte de sufrir estos chismorreos, no sé lo que es ser novios. Me estoy cansando y eso que no he empezado. ¿Y tú cómo lo llevas?

—Bertín, nosotros ya no somos novios, ni siquiera estamos ya en las paredes. Lo hemos dejado —últimamente mentía con una naturalidad extraordinaria—. Pero, bueno, vosotros que sí lo sois debéis empezar como todo el mundo, con los besos y todo eso.

—Sí, así en frío parece fácil. Pero luego, yo es que veo a Sagi y se me caen los pantalones. Del susto, quiero decir. Y eso que lo ensayo todas las noches para proponérselo al día siguiente. Pero por la mañana me entra el canguelo y sé que tampoco se lo voy a decir.

Sí, no era fácil. Ni siquiera para Bertín, que tenía un aplomo y un arrojo fuera de lo común.

Jesulín y yo dejamos de pintar su nombre en las paredes y, poco a poco, empezó Bertín a aparecer otra vez por la plaza, tan serio y aplomado como siempre.

Un día, pasado ya algún tiempo, me encontré con Consuelito en la fuente. Íbamos cada uno con nuestro botijo. Aquel día me sentía relajado y tampoco veía a testigos no deseados a mi alrededor que me cohibieran. Así que no huí de ella como en otras ocasiones.

Llenamos cada uno nuestro botijo en los caños y luego nos quedamos uno frente a otro mirándonos.

Yo no sabía qué decir. Así que solté lo primero que me vino a la mente.

—Esta fuente la hizo mi bisabuelo, siendo alcalde. Mira.

Y le enseñé la leyenda que había escrita al lado de la puerta del depósito del agua. Allí figuraba el nombre de mi bisabuelo y la fecha: 02-05-1911.

Ella leyó en silencio aquellas letras. Nos habíamos quedado juntos, al resguardo de la pared del depósito del agua.

—Yo creo que ya no somos novios, ¿verdad? —me dijo mirando al suelo.

—Bueno, pero lo fuimos —le dije, sorprendiéndome de haberlo dicho.

Entonces extendió una de sus manos y se la llevó al pelo. Cogió una horquilla y me la dio.

—Para que tengas un recuerdo mío.

Yo no tenía nada que regalarle.

Entonces me decidí dando un paso de gigante.

—Yo te regalo esto —y me acerqué y le di un beso en la mejilla.

Ella se dio la vuelta y, mientras se agachaba a coger el botijo, la oí.

—Gracias, Germán.

La vi marcharse por el camino, mientras recordaba aquellas dos palabras mágicas que me había dicho y me pareció la niña más bonita del mundo.

Ahora que ya no éramos novios hasta me apetecía que lo fuéramos.

Apenas tuvimos la oportunidad de volver a vernos. Sus padres se marcharon a Barcelona, como otros más de los emigrantes pioneros que, por aquel entonces, se decidían a abandonar el pueblo, buscando nuevos horizontes.

Capítulo 17

¡Que vienen los mayos!

Releo lo que he escrito y me doy cuenta de que no he contado ni una línea de mi historia con Mabel, sino con Consuelito. Sí, a veces miramos al cielo, al infinito, en el horizonte sin límites donde solo habitan las estrellas y no reparamos en las luciérnagas que alumbran nuestra vida a ras de suelo. Consuelito fue la más importante luciérnaga que yo tuve en aquellos años. Pero ya hablaré de Mabel. Porque todo en esta vida tiene su sitio y su importancia.

Hoy me ha llevado mi mujer a pasear por el Parque del Oeste y por la Rosaleda. Como casi es ya primavera me llenan y me deslumbran los colores de todas las rosas que hay allí. Porque las rosas son para mí el símbolo de lo más bello que existe. Invito atodo el mundo a que las mire. No hay nada más bonito. Ninguna obra de arte las iguala, tal vez solo el plumaje de algunos pájaros. Solo por un paseo como éste valdría la pena vivir.

Sí, entonces el amor era tan bonito como siempre. Pero, como las rosas, a veces se hallaba rodeado de una empalizada de espinas. Que lo protegían. Que le daban el valor de lo inaccesible. De lo difícil. De lo que tenía verdaderamente valor.

A veces, lo más fácil era dejarse llevar por la corriente. ¡Cuántos novios y, luego, matrimonios, se formalizaron para confirmar los rumores de las pintadas en las paredes o de los cuchicheos de la gente!

Sí, a veces, los miembros de la pareja solo tenían que dejarse arrastrar por la corriente mediática popular de aquellos pueblos antiguos y sabios.

Había un dicho premonitorio: “Antonio y Pepita están hablando”. Y si Antonio y Pepita no hablaban entre ellos, pero tampoco se oponían al acuerdo, la relación seguía adelante y un día, casi sin comerlo ni beberlo, se encontraban frente a frente, ya como novios consagrados.

Era un sistema de elección y de compromiso como otro cualquiera. Y para mí tengo, que no creo que fueran más infelices antes que ahora. Con todas las catas, garantías y períodos a prueba que se estilan actualmente. Porque lo importante era el compromiso que venía después. Y los chicos y chicas de entonces lo tenían muy claro. Que luego habría que remar y remar. Antes de alcanzar la orilla de la tranquilidad, de la vida resuelta, de contemplar sentados en la hamaca, al caer la tarde, todos los frutos de aquel amor, que empezó tan precario.

Pero había algunos momentos especiales, algunas fechas señaladas en el calendario que ayudaban a consolidar las siempre difíciles y titubeantes relaciones amorosas que, al inicio, siempre empezaban dominadas por las dudas y los equilibrios y desbalanceos entre lo que se obtenía y lo que, lamentablemente, se perdía con la elección.

Un hito importante era la fiesta de los mayos: “A tu puerta llego/ a cantar los mayos/ licencia te pido para principiarlos/ Estamos a treinta del abril cumplido/ alégrate mi dama/ que mayo ha venido/...”.

Los mayos funcionaban, si mal no recuerdo, de la forma siguiente:

La noche del treinta de abril se reunían los mozos en la taberna. Luego hablaré de lo que se consideraba mozo: en general eran los chicos mayores de catorce años que debían haber cumplido algunos requisitos, luego ya diré cuales.

Allí cada mozo indicaba su preferencia dentro de las chicas solteras. El listón de los catorce años de los chicos en el caso de las mozas bajaba aún más abajo, hasta los trece e inclusive menos.

En el caso de disputa entre varios mozos que pretendían a la misma chica se establecía un sistema de subasta, con pujas en dinero, el cual sería invertido en la fiesta del día de después. El mejor postor se quedaría con la chica en liza.

Una vez repartidas todas las chicas entre los mozos, se procedía a recorrer el pueblo cantando bajo el balcón de cada muchacha. Cantaban todos los mozos juntos, acompañados por la banda de guitarras y bandurrias del pueblo pero, al final, el pretendiente de la chica en cuestión entonaba, él solo, los últimos versos y se identificaba, para que ella, que estaba escuchando tras el balcón o la ventana, supiera el mayo que le había tocado en suerte.

Quiérello, muchacha/ quiérello, chiquilla/ que es el mejor chico/ que va en la cuadrilla/ Quiérello, chiquilla/ quiérello, doncella/ que es el mejor chico/que hay por esta tierra.

A continuación el chico pretendiente cantaba él solo los siguientes versos: Si quieres saber, MARÍA,/ el mayo que te ha caído/ asómate a la ventana / que si no, no te lo digo / El mayo que te ha caído / PEPE, tiene por nombre/ HIGUERA , por apellido.

Y entonces la chica se guardaba para sus adentros sus gozos o tristezas por la elección.

A media mañana del día siguiente, el mayo se acercaba a la casa de su maya y ésta le daba media docena de huevos y unas patatas, para hacer una gran tortilla con la que merendarían juntos por la tarde.

De mayos a novios había solo un paso. Y muchos lo daban. Pero, si no había acuerdo, o feeling, como se diría ahora, no pasaba nada. El único compromiso que tenía la maya con su mayo era bailar con él aquella tarde en la verbena, que se haría después de la merienda y conocerse un poco más.

El mayo, a su vez, tenía el compromiso de galantear a la maya e invitarla a refrescos y, por supuesto, tratarla lo mejor que sabía, para intentar conquistarla. Si no había éxito pues tocaba esperar a los mayos del año siguiente y cambiar de candidata, o insistir en la misma, que nunca se sabía. Quizá en la fiesta de San Bartolo, con los calores del verano, las tornas cambiarían.

Nosotros, con el espíritu de emulación a los mayores que nos caracterizaba, también teníamos nuestros mayos. Aunque todavía nos faltara mucho para entrar en el club de los mozos del pueblo.

Los chicos podían pasar a mozos a partir de los catorce años. La ceremonia de entrada en dicho club se materializaba con lo que se denominaba “pagar la ronda” que consistía, básicamente, en invitar a una consumición al resto de los mozos en el bar, que brindaban todos juntos por la incorporación del nuevo.

Y, luego, ya se entraba, con la cuota oportuna en el pago de escotes, para afrontar los gastos comunes y, en compensación, se tenía el derecho a participar como miembro reconocido de los mozos en todas las actividades que se organizaban.

El nuevo entraba de meritorio, dado que entre los mozos había, como en todos los sitios, sus grados y jerarquías que estaban, mayormente, basadas, como casi todo entonces, en la edad. Así que al nuevo le tocaban los trabajos comunes más prosaicos: barrer la plaza para el baile, poner los adornos en la fiesta y similares. Y, por supuesto, sufrir también algunas bromas y

chanzas. La más significativa era la “cerná” o “cerdá”, que nunca supe a ciencia cierta cómo se pronunciaba. Consistía básicamente en un chequeo del pene por los mozos expertos, tras bajarle los pantalones al candidato novato, con un riego posterior a base de cerveza.

Pero, como digo, nosotros tratábamos de hacer también algo cuando llegaban los mayos. Aunque estábamos mucho menos organizados que los mayores y aquello salía como salía.

Para empezar no nos juntábamos todos los niños del pueblo, sino que lo hacíamos por barrios: los de la Carretera, los de la Plaza, los del Chorlite, los de la Fuente... Eso sí elegíamos a cualquier chica del pueblo. Con lo cual se producía un barullo de nominaciones dobles y hasta triples para las chicas guapas y también, por el otro lado, otras menos afortunadas se quedaban sin pretendiente alguno.

Además, aquel año de marras se produjo una pequeña revolución. Había una niña nueva en el pueblo de nuestra edad. Una chica que debía tener algún problema pulmonar leve y la habían traído sus padres con su tío, el veterinario de Sacecorbo, para que se oxigenara con los aires puros de aquellas sierras.

Era una niña que venía de Madrid. Yo creo ahora que, quizá, entonces, no era más guapa que las que teníamos nosotros allí. Pero lo cierto es que vestía diferente, más moderna y con más adornos en el pelo y unos pendientes más bonitos y llamativos. Nos parecía a nosotros una verdadera princesa, mientras que nuestras chicas de toda la vida podían aspirar, como mucho, a ser sus obedientes damas de honor.

Hablaba también Merche, que así se llamaba aquella preciosidad, con un deje más refinado. Terminaba todas las palabras correctamente y revestía sus frases de una musicalidad almibarada y extraña para todos nosotros.

El caso es que llegó el treinta de abril y yo había quedado con Julián y con mis primos Jesulín, Javierito y Ricardo para hablar del tema de las mayas. Y cómo lo íbamos a organizar. Porque el año anterior había sido un auténtico desastre y las chicas habían pasado, como casi siempre, totalmente de nosotros, a quienes nos consideraban solo unos mindundis que, encima, no teníamos nunca dinero, ni para invitarlas a unos chupachuses.

Habíamos quedado en el lavadero, que era un sitio alejado y recóndito donde podríamos hablar tranquilamente.

Llevábamos ya unos días repeinándonos con esmero y vistiendo nuestras mejores prendas, aunque mi madre se había negado en redondo a que me pusiera la ropa de las fiestas, que quedaba reservada para el día siguiente, el día uno de mayo.

Me peiné y repeiné, una y mil veces, delante del espejo y fui a la nueva habitación de mi hermana Tere a pavonearme delante de ella y, sobre todo, a recabar su opinión.

Estaba la puerta entornada y la abrí de sopetón.

—¡Tere...!

Apenas me dio tiempo a ver cómo mi hermana, que se estaba probando un sujetador frente a su espejo, se tapaba y volvía a cerrar la puerta con violencia. Yo nunca le había visto antes tal prenda. La verdad es que estaba cambiando mucho todo.

Se oyó, desde dentro, la voz de mi hermana. Estaba furiosa.

—Aquí no vuelvas a entrar, si no tocas en la puerta antes. ¡Imbécil!

Me quedé allí pasmado, con la puerta en mis narices, sin saber qué decir. Notaba cómo mi autoestima, que antes estaba por las nubes, descendía a pasos agigantados.

El mundo cambiaba, menos yo, que seguía viéndome como un piernas inseguro y tímido.

Así que me di la vuelta y me dispuse a bajar por la escalera cabizbajo. Pero, cuando había dado solo unos pasos, me volví de nuevo. ¡O me revolví, mejor dicho! La verdad es que Tere

tenía la virtud de sublevarme siempre. ¡Nunca se lo agradeceré lo bastante!

Me acerqué de nuevo a su puerta y, aunque no intenté abrirla de nuevo, le dije:

—Bueno, bueno, doña princesa, no te preocupes... ¡para lo que hay que ver!

Se oyó de nuevo la voz de mi hermana todavía más furibunda que antes.

—No me interesan para nada las opiniones de los nenes como tú. ¡Largo!

Pero cuando veía a mi hermana herida, yo me crecía. Me sentía bien. O, mejor dicho, superbién.

—Bueno, bueno, a ver quién consigue mejor pareja en los mayos: tú o yo —le dije, recuperando mi tranquilidad anterior.

Sabía que esos comentarios eran lo único que le interesaba en aquellos tiempos a mi hermana.

—¡Espera! —la oí a través de la puerta.

Al momento, pero ya completamente vestida, mi hermana Tere abrió la misma.

No pude por menos que fijarme en su pecho, enhiesto y orgulloso, adelantándose como mascarón de proa de su figura.

Ella se puso muy contenta, henchida como un globo aerostático, al darse cuenta.

—¡Anda, no te quedes ahí, como un pasmarote! ¡Pasa!

Así era mi hermana. A la que yo quería más de lo que ella hubiera imaginado jamás.

Ella cerró la puerta y nos sentamos los dos en su cama.

—Bueno, ¡cuenta, cuenta! ¿Qué se dice por ahí? —me dijo, clavando sus ojos en los míos.

—¡Qué se dice de qué! —jugaba yo ahora con ella.

—¡Uy!, a veces pareces tonto, Germán. ¡Pues de qué va a ser! ¡De los mayos, de qué va a ser si no!

Entonces nos contamos nuestras confidencias. Ya de niño mayor a niña mayor. O eso me gustaba pensar a mí, en mis adentros.

A ella le gustaba un chico algo mayor que ella que se llamaba David, que debía tener catorce o quince años. Yo le conocía bien porque todavía era monaguillo. A mí me miraba de una forma extraña. Aunque un día me defendió ante don Marcelo que se estaba metiendo con los pequeños. Se adelantó ante el resto y dijo:

—A mí me parece que Germán ya no debe ser uno de los nuevos. Tiene mucha experiencia.

Yo me quedé pasmado, la verdad es que no había cruzado nunca una palabra con él. Ahora empezaba a entender muchas cosas.

Yo le dije a mi hermana que me gustaba Merche, claro. Bueno, más que me gustaba, que no podía vivir sin ella. Que soñaba con su cara, tan bonita, por las noches. Y que tenía mucho miedo de que ella no me quisiera y de que se fijara en otro. Eso era lo peor, sin duda, que se fijara en otro.

Así que, una vez que tranquilicé a mi hermana diciéndole que David me parecía un chico supermajo, para lo cual se lo tuve que repetir al menos tres veces, y aún así volvérselo a confirmar otro par de veces más, porque volvía a la carga aunque luego estuviéramos hablando de otro tema, yo me atreví a pedirle algún consejo para salir de la zozobra ante la que me encontraba con Merche.

—Mira, Germán. Pues está muy claro. Te la tienes que echar de maya.

Así eran las mujeres. Ellas no tenían ni idea de la competencia que había en el género masculino por estas cuestiones.

—Sí, Tere. ¿Pero cómo?

—Pues te las tienes que arreglar, Germán. A las mujeres nos gusta que los chicos den un paso

al frente. Y luego ya se verá.

Entonces aproveché para allanar el camino al tema de las mayas.

—Oye, Tere, ¿tú me podrías prestar algo? No sé, una peseta o algo así.

Mi hermana me miró con un poco de compasión.

—Te dejo dos, pero solo te puedes gastar una. ¿Está claro?

Entonces no pude por menos que preguntarle:

—¿Y entonces de qué me sirve la otra?

—Pues para enseñarla. Para demostrar que la tienes. ¡A veces pareces tonto, Germán! ¡Es lo que hace todo el mundo! Mira, te voy a decir una confidencia —y mi hermana bajó la voz de tal forma que casi no la oía—. Las chicas somos especialistas en mostrar, ¡pero sin dar nada!, ¡a ver qué te vas a pensar!, ¿eh?

Yo no la entendía muy bien, la verdad. Aquel mundo femenino a veces me superaba. Pero lo cierto y real es que salí de su habitación con dos pesetas en el bolsillo. Y eso sí que era un plus en el mundo masculino, donde había que mojarse de forma contante y sonante.

Capítulo 18

Buscando sujetadores para el Judas

Contento con mis dos pesetas en el bolsillo, más otros cincuenta céntimos que yo tenía ahorrados, me fui casi corriendo al lavadero. En la esquina de la tía Vitorina, me encontré con el pequeño Agus.

—¡Hola Germán! ¿Dónde vas?

En un primer momento no me pareció que el pequeño Agus fuera una pieza importante en el tablero donde se iba a dilucidar el tema de las mayas. Quizá solo era adecuado el pobre para el mundo de los gnomos. Pero algo, meramente intuitivo, me animó a no esquivarlo.

—Iba al lavadero. He quedado allí con unos cuantos para hablar del tema de las mayas. ¿Te animas?

A Agus, que debía estar más aburrido que una ostra, se le abrió el cielo.

—¡Claro! ¡Vamos!

Cogimos el Camino de la Fuente, llegaríamos a la misma y, luego, un poco más abajo estaba el techado del lavadero. Allí, las mujeres, en su estanque, alimentado por el agua de la fuente, lavaban sobre todo piezas grandes como sábanas, colchas y similares, porque podían extenderlas en aquella piscina de considerables dimensiones. También era un sitio de palique y de cortar trajes a diestro y siniestro.

Si las paredes del lavadero hubieran podido hablar, hubieran provisto de suficiente información para completar todos los periódicos de la comarca de rumores y confidencias de lo más sabrosas.

Habíamos quedado citados allí porque ya era bastante tarde y suponíamos que las mujeres ya estarían en sus casas dispuestas a preparar sus cenas y llevar a los pequeños a la cama.

En la fuente nos encontramos con Bertín y su primo Chema que habían ido a llenar el botijo. Agus, que no era un lince, metió la pata.

—¿Os venís al lavadero? Vamos a hablar de las mayas.

—¿Las mayas? ¡Pues claro!

Y dejaron el botijo allí al lado y nos siguieron.

En cuanto pude le bisbiseé a Agus.

—Pero, calamidad, ¿no ves que son de la pequeña Rusia?

Pero ya no había remedio. Así que aparecimos allí los cuatro. Éramos los últimos en llegar.

Javierito le había sisado un par de cigarrillos a su padre y estaban allí pasándoselos entre ellos y echando humo como descosidos.

Rápidamente empezamos a repartirnos las chicas. Bertín nos suplicó que le dejáramos a Sagi, porque si no hacía algo, ¡y pronto!, iban a dejar de ser novios.

Ahí no había ningún problema, porque nadie quería cargar con aquel sargento, al que, más que preguntarnos a nosotros mismos si nos gustaba, temíamos.

Pero el tema se lió cuando yo dije, como quien no quería la cosa, y mirando hacia otro lado, que yo apostaba por Merche, la sobrina del veterinario.

—¡Bueno, eso habrá que verlo! —me soltó Chema, el rubiato pecoso de la pequeña Rusia.

—Sí, eso, habrá que verlo —dijeron casi al unísono mis primos Ricardo y Javierito, después de exhalar por la nariz una calada de sus cigarrillos.

Hasta Agus, parecía que estaba también interesado.

—Germán, lo siento, yo también quiero discutirlo.

El tema yo ya lo tenía apalabrado con Jesulín. Haríamos los dos piña para llevarnos a Merche y luego ya veríamos cómo quedaban las cosas entre nosotros dos. Jesulín sabía que contaba con mis cincuenta céntimos y yo con sus cuarenta céntimos. En total noventa céntimos que podían ser perdedores ante 1 peseta. Lo que nadie sabía era la fuerza nueva con la que yo contaba: nada más y nada menos que con dos pesetas más, eso sí, solo me podía gastar una.

Lo que estaba claro, por otra parte, era que Merche valía un potosí. Y nadie quería renunciar a ser pareja, al menos por un día, del bellezón de moda entre las chicas de nuestra edad.

Jesulín y yo nos miramos y luego ambos reparamos en Agus. ¡Agus podía ser la solución!

—Agus, ven un momento con nosotros —le dijo mi primo Jesulín— que queremos comentarte una cosa. Vosotros —continuó mirando al resto— id preparando las apuestas.

Salimos un momento fuera del lavadero. Nada más salir mi primo Jesulín le cogió del cuello al pequeño Agus.

—¡Agus, tapón de mierda! ¿Te acuerdas de lo que nos prometiste cuando el Judas?

Agus no estaba asustado ni mucho menos. Conocía muy bien a Jesulín y sabía que la sangre no llegaría al río. Habría que negociar, eso sí.

—¡Calma, calma, Jesulín! ¿Qué es eso del Judas? Yo no me acuerdo... —musitaba.

A mi primo Jesulín se lo llevaban los demonios.

—¡Sujétame, Germán, sujétame, que a este lo clavo en el suelo como a un chito! —y levantó su puño por encima de la cabeza de Agus como si fuera a hacerlo.

Hice como que sujetaba a mi primo y le recordé a Agus lo del Judas, mientras pensaba para mis adentros la buena memoria que tenía mi primo Jesulín. Yo ya lo había olvidado.

—¡A ver, Agus, menos cachondeo! —le dije— ¡Que el día del Judas en el corral del tío Zopico, estabas cagado y nosotros te cubrimos! ¡Que si no, todavía estaban buscando tus restos por allí!

El Judas era una de las fiestas más tradicionales del pueblo. Y más divertidas. Aunque como todo lo divertido, lo era realmente cuando se conseguían superar las situaciones difíciles, de auténtico riesgo, en las que incurriamos y que, luego, las recordábamos ya pasado el peligro.

Era una fiesta que organizaban los mozos. Consistía en clavar en la plaza, junto al frontón y casi en la puerta de la iglesia, un madero muy alto, como un palo de la luz, o más, del que se colgaba en su punta un muñeco, más o menos del tamaño de un chico de nuestra edad que era, precisamente, el Judas y que luego, al final, acabaría quemándose.

La gracia de la cosa estaba precisamente en las ropas que vestirían al muñeco, las cuales, luego, cuando la gente fuera a la Iglesia serían observadas y comentadas por todo el mundo.

Pues bien, dos semanas antes de la noche del Sábado Santo, no antes, los mozos se dedicaban a buscar por los corrales y huertos, donde las familias solían tender sus ropas, para ver si encontraban algo interesante con lo que revestir al muñeco del Judas que, en su interior, estaba relleno de paja.

Pero no solamente se buscaba en los tendederos, sino también en el interior de las casas si se encontraba ventana o puerta abierta o, incluso, diminuto ventanuco, por el que se pudiera introducir un varón, o palo largo, con un gancho para “pescar” algún secreto íntimo. Y femenino, claro.

Ni qué decir cabe que durante esas dos semanas las mozas eran extremadamente cautas en los tendederos y sus padres y hermanos estaban vigilantes y, al menor ruido que oían por la noche en los corrales, soltaban los perros y, también, una lluvia de pedradas para rehuir a los posibles visitantes.

Las operaciones más importantes las manejaban los mozos de más edad y experiencia. Pero, a veces, también nos uníamos los chicos como nosotros en alguna pequeña operación liderada por algún mozo joven, que quería presumir de mando ante nosotros.

Fue el caso de aquella noche en la que el Peliblanco pasó por la plaza donde nosotros estábamos jugando al “manos arriba” y, al verme, me dijo:

—Germán, tú que eres espabilado, ¿te quieres venir a hacer el Judas con nosotros?

Yo me quedé un momento parado. Me atraía y me repelía a partes iguales cualquier trato con el Peliblanco.

Pero, rápidamente, encontré la solución.

- Bueno —le dije—. Pero voy con estos —y señalé a mi primo Jesulín y al pequeño Agus, que estaban a mi lado.

Julián también se acercó a ver lo que pasaba.

—Bueno, y con éste también —le dije al Peliblanco.

El Peliblanco dudó un instante. Luego debió pensar que mayor corifeo y popularidad podría tener si íbamos varios.

—Lo de éste no me convence mucho —dijo señalando despectivamente a Agus—. Pero allá vosotros si no da la talla.

Así que quedamos en vernos de nuevo, después de cenar, en la plaza, para ir al corral del tío Zopico, que tenía una hija muy guapa y pechugona que se llamaba Valentina, pero a la que los chicos llamaban Valentona, por la impresionante figura que tenía, sobre todo por delante.

El Peliblanco apareció con otros dos chicos, mayores que nosotros, pero todavía no mozos, un tanto sosos y apagados, que lo adoraban. Y nosotros cuatro nos añadimos a ellos. En total íbamos siete.

Nos juntamos en el Portalillo de la Iglesia y allí el Peliblanco nos dio las instrucciones, que consistían básicamente en que hiciéramos lo que él nos dijera. Y sin rechistar.

Así que nos fuimos todos hasta la casa del tío Zopico. En el camino el Peliblanco y sus dos amigos no hicieron más que hablar de Valentina y canturrear por lo bajo canciones subidas de tono, a las que cambiaban la letra para meter el nombre de la Valentona. Nosotros los seguíamos expectantes, con una sensación extraña de habernos hecho mayores de repente, al menos por aquella noche.

Poco antes de llegar, el Peliblanco se puso el índice en los labios y nos miró muy serio.

—¡Schhhh!

Y nos fuimos acercando en silencio y pegados a las paredes hasta alcanzar el corral del tío Zopico. Había algo de luna, quizá menguante, pero la noche era muy oscura y, a la vez, llena de sombras por la luz escasa del astro.

La puerta del corral estaba cerrada, pero por una rendija no era difícil llegar al cerrojo interior y destrabarlo. Para la mano, diminuta, del pequeño Agus, no fue difícil. A partir de aquel momento el Peliblanco se fijó en él y lo revistió de una utilidad que antes parecía imposible.

Nos movimos por el interior del corral con un sigilo y una emoción tan grandes como si nos fuera la vida en ello. De repente, el Peliblanco bisbiseó:

—Se ve un ventanuco en la cocina. ¡Vamos allá!

Aquello no llegaba a ser ni siquiera un ventanuco. Solo un respiradero de la cocina cruzado, además, por unos barrotes de arriba a bajo y de izquierda y derecha que hacían prácticamente imposible adentrarse en el interior.

Estaba a una altura como de uno ochenta o dos metros del suelo. Así que el Peliblanco reparó de nuevo en Agus.

—Súbete encima de mis hombros y cuéntanos lo que ves. Aquí tienes esta linterna.

Antes de que Agus pudiera decir nada lo encaramó sobre sus hombros y le preguntó:

—¿Qué ves?, ¡dímelo rápido, que me canso, me cago en diez!

Agus movía la linterna por el interior. Yo creo que se sentía allí muy importante. Y, desde luego, mucho más alto y con mayor perspectiva de la que habitualmente tenía.

—¡Chicos! ¡Lo tengo, lo tengo! Hay un tendedero en la cocina, donde se ven algunas prendas... ¿y sabéis qué? Hay un sujetador blanco de Valentina, quiero decir de la Valentona.

El Peliblanco lo bajó de nuevo al suelo. Estaba excitado como yo nunca lo había visto. Si lo conseguía iba a ser un éxito muy sonado y su grado de estima y jerarquía iba a subir muchos enteros entre los mozos.

—¡Toma esto! ¡Lo metes entre los barrotes y tratas de engancharlo! ¡Que no se te caiga o te fostio! ¡Como hay Dios!— le dijo al pequeño Agus.

El Peliblanco extendió un metro hecho de tablillas de madera, como el que llevaban los albañiles. En el extremo había pegados unos ganchos para poder aprehender la ropa.

Fue extendiendo las tablillas y mirando al pequeño Agus. Hasta que éste exclamó:

—¡Ya es suficiente, Peliblanco!

El Peliblanco afianzó las tablillas del metro con celo y luego volvió a encaramar al pequeño Agus sobre sus hombros.

Este, una vez arriba, metió el metro con los ganchos al interior de la cocina.

Cuando estaba en mitad de la maniobra el Peliblanco trastabilló. Se movió una piedra del suelo en la que estaba subido y el pequeño Agus estuvo a punto de caerse.

Vio cómo el metro se desviaba de su trayectoria y empujaba un pequeño jarro de porcelana que estaba colocado en el basar de la campana de la cocina, donde las mujeres solían tener algunos de los cacharros más habituales que usaban en ella.

El jarro cayó al suelo y su impacto sonó con un estrépito que pareció ensordecedor en el silencio de la noche.

Inmediatamente se oyó la voz del tío Zopico.

—¿Quién anda por ahí, rediós?

El Peliblanco bajó como pudo al pequeño Agus aunque éste, con las prisas, se dobló ligeramente el tobillo y se quedó de rodillas en el suelo y con la linterna encendida.

Todo el mundo puso pies en polvorosa, menos Jesulín y yo que nos escondimos detrás del brocal del pozo. En el fondo nos sentíamos responsables del pequeño Agus. Como si fuéramos sus hermanos mayores.

En cuatro zancadas apareció el tío Zopico en la puerta de su casa y en calzoncillos. Rápidamente vio la luz de la linterna del pequeño Agus.

—¡Rediós, sois vosotros, los desgraciados del Judas!— gritó mientras se agachaba a coger una piedra del suelo.

Entonces, Jesulín agarró el caldero de sacar agua del pozo y lo tiró al otro extremo del corral, mientras gritaba.

—¡Apaga, Agus! ¡Apaga!

Entre la oscuridad que se hizo donde antes estaba Agus, porque éste obedeció en el acto, y el

estruendo del caldero en el otro extremo del corral, el tío Zopico eligió este último, quizá porque intuyó que el peligro era mayor por ese lado y se dirigió gritando hacia allá.

—¡Rediós, malandrines! ¡Os voy a dar yo Judas, pero en los huevos! —bramaba el tío Zopico, mientras lanzaba piedras como un poseso donde había oído el ruido del caldero al caer.

Nosotros, aprovechando que el tío Zopico estaba entretenido en la dirección opuesta, sigilosamente nos acercamos hacia el pobre Agus, lo cogimos cada uno de una muñeca y nos lo llevamos en volandas fuera del corral. Una vez allí no paramos de correr hasta que llegamos al olmo de la carretera. Estábamos exhaustos. Y con la camisa que no nos llegaba al cuerpo del canguelo que todavía teníamos.

—¡Gracias, chicos, os debo una!— resoplaba, todavía mirando hacia atrás, el pequeño Agus.

Y, ahora, mi primo Jesulín se lo recordaba junto al lavadero la víspera de los mayos.

—Ya te acuerdas, ¿verdad Agus? —le inquirió.

—Es verdad, Jesulín, ya me acuerdo —decía Agus, que parecía haber recobrado el canguelo del corral del tío Zopico.

—Está bien. ¿Y cuánto dinero llevas encima? —le espetó mi primo cogiéndolo otra vez por el cuello de la camisa.

Pasamos de nuevo dentro del lavadero y mi primo Jesulín dijo con aspecto serio.

—Aquí hay dos chicas en liza: Sagi y Merche.

Bertín empezó a protestar.

—Ya habíamos acordado que Sagi estaba fuera. Me lo habíais prometido.

Pero yo le corté.

—Bertín, si Merche está sobre la mesa, todo está sobre la mesa. Es lo justo, ¿no?

Bertín se calló y empezó a mirar con insistencia a su primo Chema. Seguro que necesitaba su apoyo. Pero éste se mantenía firme en sus intenciones sobre Merche.

Chema era un chaval que pasaba por ser de buena familia, dentro de las diferencias que podía haber allí, que no eran muchas, salvo que pertenecieras a los “ministriles”, es decir: el cura, el médico, el maestro, el veterinario y alguno más. Y éste no era el caso.

—¡Por Sagi! —dijo firme Jesulín—, ¿quién va?

Bertín empezó a protestar.

—Yo tengo más dinero en casa...

—¡Bertín! —le cortó mi primo—. ¡Menos cachondeo!, dinero contante y sonante... ¡y aquí!

—Yo voy, claro... ¡Con sesenta!— se adelantó, orgulloso, Bertín.

Luego intervino Agus.

—¡Pues yo voy con una peseta!

—¿Tú? —se sorprendió Bertín.

Desde luego si ganaba Agus, debió pensar Bertín para sus adentros, podía dar a Sagi por perdida para siempre.

¡Una chica tan alta y garrida como ella con aquel mindundi de palmo y medio, ¡Sagi no se lo perdonaría nunca! Que él, su novio, no hubiera salido al paso, claro, y tuviera que pasar la tarde con aquel tapón con piernas.

Se acercó a su primo Chema y le debió decir al oído:

—¡Chema, por lo que más quieras, ayúdame!

Hicieron un aparte y decidieron que Chema le prestaría la mitad de lo que llevaba: 75 céntimos, de su una y cincuenta.

—¡Subo a 1,35 por Sagi! —gritó entusiasmado Bertín.

Hubo unos momentos de silencio.

—A ver, enseña la pasta Bertín —le señaló con el índice Jesulín.

Bertín mostró la una con treinta y cinco que había reunido con su dinero y con el que le había prestado su primo Chema.

Mi primo preguntó solemnemente.

—¿Alguien más puja por Sagi?

Pero allí solo había silencio.

—¡Sagi, adjudicada a Bertín! Pero, luego, te tendrá que quedar dinero para invitarla, ¿estamos? Esto es para disfrute general. Para la fiesta que organizaremos. Pero Sagi ha de quedar complacida, ¿estas de acuerdo? —le dijo a Bertín.

—Sagi es cosa mía. Me gusta. Yo me encargo —le contestó éste ya relajado.

Luego llegó el turno de Merche.

—¡Va por Merche! —anunció con toda solemnidad Jesulín—. ¿Quién va por ella?

Yo me adelanté orgulloso. Contaba con los cincuenta céntimos del pequeño Agus y con los cuarenta de mi primo Jesulín, más mis cincuenta céntimos, más la peseta de mi hermana. En total dos con cuarenta (más otra peseta en la reserva).

Pero fui cauto.

—¡Una cincuenta por Merche! —dije con contundencia.

Chema se frustró y acabó mordiéndose los labios. Él ya no podía llegar a esa cifra por el dinero que le había prestado a su primo. Ya ajustaría cuentas con Bertín.

Javierito y Ricardo se miraron. Y luego sacaron su dinero de los bolsillos y lo juntaron.

Como no debían llegar, miraron a Julián.

Y éste, sorprendentemente, se unió a ellos. Lo que hace la fuerza de lo femenino.

—¡Dos pesetas! —exclamó Julián.

Como Jesulín, que veía perdida nuestra candidatura, iba a tener una salida de pata de banco le hice una seña y le dije:

—Déjame a mí, Jesulín.

—¡Dos cuarenta y no va más! —continué, con la fuerza adicional de la peseta de reserva de mi hermana.

Todos se miraron. Pero nadie dijo una palabra más.

—¡Merche, adjudicada! —dijo Jesulín, aunque no mencionó a quién. Ahora me quedaba la parte más dura. Me di cuenta porque Jesulín tenía levantada la barbilla, como cuando presagiaba una gran disputa.

—Bueno —dijo Jesulín, continuando con la subasta—, ahora toca repartirnos a las del montón. ¿Quién va?

Cuando nos quedamos solos, Jesulín, más que preguntarme, afirmó:

—Merche, va a medias. Es lo que quedamos al principio, ¿no te digo?

—Claro, Jesulín —le dije—, pero yo he pujado más. Vamos los dos, pero yo en primer lugar, ¿no-te-digo? —recalqué al final, para herirlo con sus mismas armas.

Así quedamos. Aunque al día siguiente nos enteramos los dos de qué iba nuestra princesita Merche.

Nos estuvo toreando a uno detrás del otro. A Jesulín le decía que Germán le invitaba a más y mejores cosas. Y a mí, justo lo contrario.

Pasábamos con ella un rato cada uno. Que nos costaba un refresco y un chupachups. Y, cuando llegaba la hora del cambio, nos dejaba a los dos más heridos que a un soldado en las

guerras púnicas.

Al final acabamos los dos exangües y, sobre todo, arruinados. Yo no sabía qué le iba a decir a mi hermana. Porque al final tuve que gastarme también su otra peseta. Y mi primo Jesulín acabó la tarde dando patadas a las farolas. Él sabría por qué.

Llegué a casa y le dije a mi hermana:

—Lo siento. Anoche me dormí y no pude escuchar los cánticos de los mayos. Pero ya me he enterado: qué pena que no pujara por ti David, sino el sobrino del cura don Marcelo. ¿Qué tal te lo has pasado hoy con él?

—Te puedes imaginar. Es un tonto redomado. Pero tenía más dinero. David hizo lo que pudo en la subasta. ¿Y tú?, ¿qué tal con esa presumida de la Merche?

—Bien, bien... —dije mirando por la ventana para no encontrarme con su mirada—. Lo único es que se me ha perdido una peseta de las tuyas. Y la otra, como quedamos, me la he gastado. No sé, debía tener un roto en el bolsillo. Así que me he quedado sin nada...

Sorprendentemente mi hermana Tere estaba aquella noche muy comprensiva y ni me arreó dos tortas ni, tan siquiera, me exigió que le devolviera aquella peseta que ella me hizo jurar que no me gastaría jamás. Yo pensé, por un momento que, tal vez, si ella le hubiera prestado sus dos pesetas a David quizá éste pudiera haber hecho frente al sobrino de don Marcelo. Pero las chicas de entonces no ponían nunca la alfombra a los pies de nadie. Tal vez pensaban que había que ganársela.

Nos fuimos los dos a la cama. Yo veía a mi hermano Pepín dormir como un bendito, ajeno a todos los manejos extraños de este mundo.

Pero, sin embargo, yo me sentía escocido y frustrado. Aunque también lo estaría mi primo Jesulín. Y no te digo los demás: Chema, Javierito, Ricardo y Julián.

Preferí pensar en mi hermana Tere. Entonces la quise todavía un poco más. Si eso era posible.

Tal vez ya intuía, en mi subconsciente, que nos íbamos a separar en no mucho tiempo.

Capítulo 19

También queríamos saber de sexo

Los vientos del cambio soplaban sin cesar. Aunque los cambios no siempre eran para bien. Por lo menos en el corto plazo.

En nuestra familia todo se empezó a complicar. A estropear, quiero decir.

Pero todo esto ya lo contaré a su debido tiempo...

Hay un tema que, acabo de darme cuenta, se me había quedado pendiente.

Y es el tema del sexo. De la sexualidad. Que también existía entonces, como siempre ha existido. Inclusive en aquel grupo de mocosos que éramos nosotros con nuestros ocho, nueve o diez años a cuestas.

Entonces no había internet, así que la curiosidad sobre ciertas palabras, que tenían unas connotaciones subterráneas, o morbosas o, qué se yo, que te producían esa inquietud interior que te llenaba de confusión, de miedos y de esperanzas a un tiempo, había que satisfacerla por otras vías.

Un día, yo me acordé, al respecto, del tío Ezequiel. Y de su gran diccionario que alguna vez había visto en la botica.

Sí, una tarde que me rondaban por la cabeza algunas de estas cosas me fui a su casa.

—¡Hola tío, cuánto me alegro de verlo! —le saludé muy efusivo—. Es que don Zacarías nos ha encargado una redacción y quería utilizar su diccionario, si no le importa, claro.

—Germán, ¡cómo había de importarme!, es la mejor forma de incrementar tu lenguaje y tu cultura. Y si me necesitas, yo mismo puedo ayudarte en lo que pueda.

—No, tío, descuide. Debemos tratar de hacerlo nosotros solos. Es lo que nos ha dicho el maestro.

Mi tío Ezequiel que, probablemente, había pensado para sus adentros: “Bien dicho, Zacarías”, me sonrió y solo dijo, una vez bajó el diccionario de una estantería de libros que tenía en la botica:

—Aquí lo tienes, Germán. Siéntate en la mesa, ahí en la cocina, al lado de la ventana.

Yo cogí el diccionario y me alegré de que mi tío me dejara a solas con aquel libro mientras él volvía a la botica.

Cuando ya estaba sentándome en la mesa oí de nuevo su voz.

—¿Y sobre qué es la redacción, Germán?

Pero eso ya me lo tenía yo preparado.

—Es sobre la caza, tío. Como ahora está de moda Sacecorbo, con los faisanes y todo eso...

Ahí mi tío se quedó tranquilo y se fue a sus quehaceres.

Yo llevaba una lista de palabras apuntadas en un papel. Pero no enteras, claro, sino solo una abreviatura. ¡Dios mío si me las hubieran descubierto!

Por un momento dejo de teclear en el ordenador y busco mi diccionario. Es un ejemplar de la última edición de la Real Academia Española de la Lengua. Ya no me acuerdo muy bien de lo que ponía en aquel viejo diccionario de mi tío y las cosas, estas cosas, no habrán cambiado mucho, ¿digo yo!

Lo que recuerdo muy bien era en qué palabras estaban mis inquietudes por entonces.

La primera palabra empezaba por j, claro.

Pero como siempre en estos casos, cuando buscabas en el diccionario, te quedabas con más dudas que traías:

“Practicar el coito”, decía. Aunque también: “Molestar, fastidiar”. Me fui corriendo a mirar “coito”, claro.

Coito: “Practicar la cópula sexual”.

Me quedé frustrado. Estaba mucho peor que al principio. Así que me fui, un poco cabreado ya, a buscar rápidamente “cópula”.

Cópula: “Atadura, ligamento de algo con otra cosa. Acción de copular”.

Yo estaba desesperado. Pero los diccionarios, ¿realmente servían para algo?

Me fui a mirar “copular”, claro.

Mi tío se acercó mientras me preguntaba:

—Qué tal Germán, ¿qué palabra estás buscando?

Me sentí un poco horrorizado. No se me ocurría ninguna. Ninguna que le pudiera decir, claro. Busqué desesperadamente alguna cercana por el diccionario y encontré una un poco más abajo.

Coquina: molusco acéfalo. Abunda en las costas gaditanas y su carne es comestible.

Lo de molusco sí me sonaba, pero no lo de acéfalo ni lo de gaditano. Pero lo de carne comestible me animó.

—Estoy mirando coquina, tío.

—Pero eso no es caza, Germán. Sino pesca. Es un molusco.

—Sí, sí, tío... Es que don Zacarías nos ha dicho caza y pesca.

Y mi tío llegó a la mesa y se sentó a mi lado. Y se acabaron las consultas al diccionario. Por lo menos las consultas que a mí me interesaban. Se me habían quedado en la recámara un par de palabras que, con la que había intentado buscar, formaban la auténtica trinidad de aquello que me perturbaba. Una se refería a aquello que teníamos los chicos y que empezaba por “p” y otra a lo que tenían las chicas y que empezaba por “c”. Seguro que tenían que ver todas ellas con aquello del coito y con la acción de copular. Pero el diccionario, en el poco tiempo que tuve, no me aportó ningún detalle, que era lo que yo más buscaba.

Eso sí, mi tío Ezequiel me puso al día de la caza mayor y menor que podía uno encontrar en Sacecorbo y hasta en las selvas y sabanas africanas. Y cuando terminó con la caza empezó con la pesca: a mano, con sedal, con caña, con red... Bueno, hasta que desconecté y volví a pensar para mis adentros en aquello de la acción de copular. Que es lo que debían hacer los mayores, ellos con ellas, sin parar...

Sonrío por un momento recordando cómo nos sentíamos entonces en este campo. Y, luego, cierro, parsimoniosamente, el diccionario. La verdad es que no sé por qué, con el tiempo, se me ha ido quitando la curiosidad. Ya no busco en el diccionario nada que realmente me interese, sino solo cuando me atranco en alguna palabra que, cada vez me ocurre más a menudo, lo abro. Aunque, casi nunca la encuentro, porque acabo distrayéndome con otras cosas y con otras palabras que no vienen a cuento de la que yo necesitaba. A lo mejor esto es hacerse mayor, viejo,

que uno va dispersándose y desconcentrándose. Cada día un poco más.

Por eso me gusta tanto volver a aquellos años. Porque entonces todo estaba lleno de vida. Y de cosas desconocidas que te atraían, como un balcón entornado que esperaba que te acercaras y empujaras sus portezuelas para enseñarte la belleza del paisaje que se escondía más allá...

Aunque, a veces, los paisajes que descubríamos, tratando de satisfacer nuestra curiosidad sin límites, eran crudos y realistas. Como la vida misma.

Un día estábamos jugando a la estornija en la Plazuela del Olmo. En aquel momento llevaba la voz cantante Julián, que gritaba a más no poder:

—¡Cirrio, marrio! ¡Que vaya a casa de mi tío boticario...!

Y entonces le pegaba un estacazo a la estornija, que era un palo de unos 30 centímetros de largo que descansaba sobre un poyete, enseñando al vacío uno de sus extremos. Julián le golpeaba con un palo más grande que llevaba en la mano (que era el cirrio o marrio) a la estornija en la punta y ésta saltaba por los aires. El resto de los chicos y chicas tratábamos de coger la estornija antes de que llegara a caer al suelo. Ahí las chicas tenían ventaja porque se cogían la falda con las manos y esperaban que la estornija cayera en su regazo.

La verdad es que fue un gran golpe aquel de Julián. Estábamos jugando como unos cuatro o cinco chicos y tres o cuatro chicas.

Pero entonces llegó corriendo el pequeño Agus gritando:

—¡Eh...! ¡Que en la esquina de la tía Vitorina hay dos perros chingando...!

Todo nuestro mundo infantil se detuvo al instante. Saltó por los aires como la estornija. Y ya nadie hizo caso, de la estornija quiero decir, que cayó al suelo olvidada por todos.

El propio Julián tiró el cirrio lejos de sí y exclamó:

—¡Pues vamos a verlos!

Y salimos todos corriendo.

Cuando decía todos me refería a todos los chicos. Las chicas se fueron de allí a jugar a otro sitio, cuanto más lejos mejor. No fuera que pensara alguien algo malo de ellas o que tenían algún interés en aquel tipo de cosas.

Llegamos a la esquina de la tía Vitorina casi jadeando, porque no nos queríamos perder nada de aquel espectáculo.

Estaban los pobres perros enguilados, mirando cada uno a un extremo de la calle y sin poderse destrabar. También jadeaban, como nosotros.

Ellos y nosotros nos mirábamos mientras tratábamos de recuperar el aliento.

Pero, los chicos de entonces, en cuanto no comprendíamos algo completamente o nuestra curiosidad no acababa de estar satisfecha, lo solíamos resolver tirando piedras y destrozándolo todo. Quizá ahora pasa lo mismo, porque el otro día estuve en el parque con mi mujer y estuvimos observando cómo dos niños le arrancaban a una muñeca la cabeza y luego le sacaban los ojos.

Así que el pequeño Agus, que ya los debía haber visto antes, se cansó el primero de mirar. Se agachó y dijo:

—¡Vamos a apedrearlos! ¡A ver si se desenguilan!

Y eso hicimos todos.

La verdad es que los pobres perros no se ponían de acuerdo hacia donde huir. Uno tiraba para un sitio y el otro para el contrario y claro, no conseguían moverse en dirección alguna, mientras, aguantaban dando quejidos, todas nuestras pedradas.

Por fin encontraron un hueco en la pared de un huerto y huyeron los pobres a trompicones. No sé si les quedarían muchas ganas de repetir, la verdad. Por mucho que se quisieran. Pero eso tenía que ser el amor. Bueno, el amor, a lo mejor no, sino solo la llamada de la carne, del sexo. Como a nosotros que, aunque todavía no la sentíamos, ya empezaba a rondarnos la primera curiosidad de saber en qué consistía todo aquello.

Sí, nosotros éramos todavía muy pequeños para aquellas lides. Pero queríamos mirar y saber. Acercarnos más a aquel mundo que nos esperaba y al que nos veríamos abocados sin remisión cuando fuéramos algo más mayores.

Y aquel mundo, a veces, se nos ofrecía al natural, crudamente, sin protección alguna.

Un día salíamos de la escuela, como siempre a la una, para ir a comer a casa. Yo venía con Julián que vivía en la carretera, como yo. Nos habíamos rezagado un poco. Cuando llegamos a la Pontecilla, vimos la cabeza del Peliblanco por encima de las tapias de los huertos, junto a una pequeña casilla que había en uno de ellos. ¿Qué haría allí el Peliblanco?

Para saberlo, nos acercamos sigilosamente a mirar por entre las paredes de piedra y allí entrevimos que había un grupo de cinco o seis chicos de nuestra edad rodeando al Peliblanco. Así que empujamos una puerta de madera entornada que daba a la calle y nos metimos dentro.

Al principio no sabíamos qué ocurría. Los chicos estaban en semicírculo rodeando al Peliblanco que estaba de pie frente a ellos y todos guardaban un silencio absoluto.

El Peliblanco estaba rojo, quizá por el sol que le pegaba en la cara y tenía los ojos cerrados, aunque a veces los abría y lanzaba alrededor unas miradas extrañas.

Cuando por fin nos acercamos y miramos nos dimos cuenta. Delante de mí estaban Chema y el pequeño Agus, así que yo lo vi todo muy bien porque este último me tapaba muy poco.

El Peliblanco estaba ya terminando. Tuvo como un estremecimiento y luego nos miró a todos, uno por uno, sonriendo, mientras se buscaba un pañuelo en el bolsillo.

—No ha estado mal, ¿verdad, chicos?

Nosotros no sabíamos qué decir. Él se acabó de limpiar, se arregló un poco el pantalón y salió de nuevo a la carretera rompiendo nuestra fila, como si fuera un torero de los que yo veía en la tele, en olor de multitudes.

Todos los demás salimos también en silencio a la calle. Estábamos anonadados. Como si, de repente, se hubieran descorrido los visillos y nos hubiéramos encontrado un paisaje que no habíamos visto nunca.

Yo iba con Julián y ninguno de los dos nos atrevíamos a decir nada. Junto al olmo de la plazuela estaban dos chicas de nuestra edad: Dorita y Conchi, que nos dijeron cuando llegamos a su altura:

—Estábamos pensando esta tarde en jugar al pañuelo. ¿Vais a venir?

Nosotros las miramos como si fueran marcianas. No les dijimos nada y debieron vernos tan blancos y tan pálidos que tampoco insistieron.

Pero la vida continuaba. Cuando llegamos a mi casa, mi hermana Tere estaba en la puerta. Parecía muy contenta, casi eufórica.

—¡Germán, ven! ¡He recibido carta de Pili! ¡De Madrid!

Y entonces Julián y yo empezamos a pensar en otra cosa. En aquella imagen un tanto brumosa, pero también brillante y hasta fantástica, que resumía nuestras ideas y pensamientos que rodeaban a aquella mágica palabra, al nombre de aquella gran ciudad.

Hoy he leído en el periódico que más de la mitad de los anuncios que ponen diariamente en la

tele tienen un contenido sexual. Que se utilizan las formas de los objetos, la música, los fragmentos del cuerpo de hombres y mujeres que se exhiben y hasta los colores, para despertar a esa fiera interna que todos llevamos dentro a la que llaman libido. Pero no directamente, porque hay reglas y códigos legales que hay que respetar, sino de una forma subrepticia y oculta, para inclinarnos, sin que nosotros nos demos cuenta, a comprar todo aquello que nos quieren vender.

También he leído que más del 80% de las visitas y búsquedas que se realizan en internet son a páginas de contenido erótico o directamente pornográfico, que están disponibles para cualquier persona, de cualquier edad, que sepa encender un ordenador.

Hoy, con lo que está cayendo, pongo en su debido lugar al Peliblanco. Un chico primitivo e inaceptablemente exhibicionista, sin duda. Tal vez lo único que pretendía no era vender nada a nadie, sino quizá, solo, demostrar, con orgullo y directamente, eso sí, y ante una audiencia inapropiada, eso también y, por ello, absolutamente rechazable, lo que él ya era capaz de hacer con su cuerpo.

Pero nosotros a aquella edad no estábamos obsesionados con estas cosas. Nos dedicábamos a jugar, a estudiar, a ayudar a nuestros padres y a comer mucho y a crecer todo lo que podíamos. Pero, de vez en cuando, se producían fogonazos que nos alumbraban, de golpe, pequeñas parcelas de aquel mundo de adultos y que nos satisfacían un poco nuestra insaciable curiosidad, aunque siempre nos quedábamos a medias y con ganas de saber más.

Un día me fui con Emilín a su casa. Quería enseñarme una caja de juegos que le habían regalado unos primos de Madrid. Me decía que en solo una caja había cincuenta juegos. Yo no me lo podía creer.

—¡Te vas a caer de culo Germán, con mis 50 Juegos Reunidos Geyper!

Así que fuimos casi corriendo. Cuando llegamos, me dijo que tenía los juegos en su habitación. Así que subimos allí.

Era un domingo a la hora de la siesta. Sacó la caja de debajo de la cama y me enseñó la lista de juegos que contenía. ¡La verdad es que era increíble!

Él me dijo:

—¿Quieres que juguemos al Juego de la Oca?

—¡Ah, vale! —le contesté, lo íbamos a pasar bomba aquella tarde con todos aquellos juegos.

De repente, se empezaron a oír como unos jadeos extraños en la habitación de al lado. Ruidos de besos, susurros y luego movimiento de los muelles de la cama.

Yo miraba a Emilín que estaba tan tranquilo.

Como no me decía nada, al final le pregunté:

—Emilín, ¿qué pasa ahí?

Pero él me comentó con naturalidad:

—Son mi padres. Que se están queriendo, ya sabes.

Y metió el dado en el cubilete y luego lo puso boca abajo para rodarlo. Tenía mucha suerte el tío.

—¡Voy de oca a oca y tiro porque me toca! ¡Y ahora me voy de puente a puente porque me lleva la corriente! —exclamaba, ajeno a cualquier otra cosa.

En pocas jugadas me había sacado una distancia abismal.

Yo creo que yo estaba más pendiente de la habitación de al lado que de aquella meta en la que había una oca de cuello larguísimo.

En un momento dado, en la habitación contigua pareció que todo se aceleraba. Inclusive se oyeron algunos grititos o algo así. Yo nunca los había oído.

—Eh, Germán, te toca a ti. ¡Que estás medio traspuesto! —me decía Emilín mientras me daba en el codo para que lanzara el dado.

Aquello de la habitación se terminó en un pis pas y, de repente, volvió el silencio absoluto.

Entonces la suerte volvió de mi lado, porque a Emilín le tocó parar en un cuadro que decía: “Volver a la casilla de salida”, justo uno antes de llegar a la meta.

—¡Jo, no vale! —decía— ¡Esta me la apunto como ganada!

—¡De eso nada, Emilín, voy de oca a oca y ahora tiro porque me toca...! —gritaba yo que entonces no tenía ya ninguna otra imagen en mi mente que aquella oca de cuello larguísimo y pico inmenso que me estaba esperando unas cuantas casillas más allá.

Llegué de la casa de Emilín a la mía con dos ideas firmemente asentadas en mi cabeza: conseguir como fuera los 50 Juegos Reunidos Geyper y espiar a mis padres para ver lo que hacían. La verdad es que esto último lo tenía algo difícil porque su habitación no estaba contigua a la mía, sino a la de mi hermana Tere. Y, sobre todo, porque de noche yo tenía un sueño casi inmediato y me dormía como un tronco, incapaz de despertarme ni aunque se estuviera cayendo la casa encima.

Así que se me ocurrió una noche ponerme a pensar en la imagen de mi tío Celedonio, el día que había ido con don Marcelo a darle los Últimos Óleos. ¡Mira que había pasado ya tiempo, pero funcionó! Me quedé despierto con los ojos como platos. Pero nada, ¡allí no pasaba nada!

Cuando yo ya estaba rendido y medio entre sueños, me pareció oír acolchadamente los mismos susurros, besos y ruidos de la cama que había escuchado en la casa de Emilín. Aunque cuando me desperté no estaba seguro de si los había escuchado realmente o solo los había soñado.

Así que bajé a la cocina a tomar el desayuno. Mis padres estaban también desayunando. Mi madre cantaba por lo bajo, parecía que estaba muy contenta y se había puesto una blusa alegre, llena de flores. Mi padre estaba también de muy buen humor. ¡Eso que era lunes!

Y había también mucha complicidad y armonía entre ellos. Yo, por un momento, lo asocié a lo la noche anterior, tratando de recomponer aquel puzle de la vida de los adultos que nunca acabábamos de comprender.

Pero me cansé rápidamente de pensar en ello. No sabía lo que había pasado, ni lo iba a saber, así que para qué seguir pensando, me dije. Y tampoco me importaba mucho. Bueno, sí, pero menos que otras cosas: aquel buen humor me iba a permitir a mí plantear mi gran pregunta.

—Mamá, papá, ¿qué tengo que hacer para conseguir los 50 Juegos Reunidos Geyper? Emilín los tiene...

Sí, nosotros tratábamos de ir juntando piezas de aquí y allá, que aparecían de tiempo en tiempo, buscando adivinar, a través de ellas, el puzle, el tapiz, en el que se representaba la vida de los adultos. Sobre todo de aquellos hechos, un tanto ocultos, que intuíamos que pasaban, pero que ni ellos nos contaban, ni nosotros nos atrevíamos a preguntarles.

Pienso ahora en ello. En aquel tiempo que nos tocó vivir. Y, luego, vuelvo al momento presente. Aquí, frente a mi ordenador, en mi despacho.

Y me descubro que vivo un poco como entonces. Voy persiguiendo mis recuerdos. O trozos de ellos. Tratando de encajar también todas las piezas. Para acabar de conformar una vida que, ahora, parece que se me escapa, que no llego a comprenderla.

Últimamente vivo con este afán. Con este impulso que me lleva a escribir y escribir. Como si

buscara algo que no acabo de encontrar, pero que me empuja y me empuja a seguir completando mi tarea. Aunque no sé por qué la empecé, ni qué fin tiene. Ni para quién escribo.

Así que, como aquel día cuando era niño, dejo de pensar en estas cosas que parece que no sé, ni voy a saberlas nunca, y sigo indagando en mi memoria. Esa memoria que alguien llamó una vez fuente de dolor, pero que para mí solo es una fuente de vida. Aquella que una vez tuve y no me gustaría perder.

Había escuchado ya la banda sonora de aquello que llamaban, los más finos, hacer el amor. Y, a los pocas semanas, tuve las escenas reales de lo que consistía. Bueno, más o menos. Porque eran escenas reales, sí, pero un tanto peculiares.

Estaba yo un día en mi huerto, sacando agua del pozo y regando los pepinos y los tomates. Si algo me habían enseñado mis padres era que todo tenía un precio. Y los 50 Juegos Reunidos Geyper se pagaban con cubos de agua para regar nuestra pequeña huerta. Así que iba yo a regar tan contento como unas castañuelas. Cuando llegara San Bartolo que ya empezaría a refrescar y no sería tan necesario regar, me llegarían mis añorados Juegos.

Había, al final de la finca, un barranco que separaba el huerto de una pequeña arboleda que estaba al otro lado. De repente, mientras sacaba el caldero del pozo, vi a nuestro gato Morito por la arboleda. ¿Qué haría nuestro gato Morito allí?

Dejé el cubo y me acerqué a mirar. Tenía toda la tarde para sacar agua del pozo.

Pero Morito no estaba solo. Estaba siguiendo a una gata, que caminaba altiva delante de él.

Todo fue muy bonito. El sol entraba por entre las ramas de los chopos y llegaba al suelo, lleno de hierba verde, formando como una cortina de luces. La gata buscó un rincón pegado a un viejo tronco de un árbol medio seco y allí se tumbó de espaldas, con las manos y las patas levantadas, aparentemente en actitud defensiva.

Pero, rápidamente, me di cuenta de que todo formaba parte de un juego. Morito se lanzó a su lado y allí estuvieron jugando un buen rato. Morito se acercaba, pero ella parecía repelerlo y rodaban juntos y se empujaban y se mordían. El sol sacaba de su pelo unos brillos como yo nunca les había visto. Y sus ojos también brillaban. Con una vivacidad y una alegría que yo desconocía.

Hubo un momento en que la gata pareció quedar rendida y Morito se puso encima de ella y hasta parecía morderle en su cuello. Y entonces ocurrió...

Yo volví después a sacar agua del pozo y todavía los vi por allí, encelados, jugando con los últimos rayos de sol que penetraban por entre aquella cortina de ramas y, sobre todo, con sus cuerpos, que me parecieron más jóvenes y elásticos que nunca.

Cuando llegué a casa mi hermana Tere estaba muy contenta. Me dijo que había recibido una nueva carta de su amiga Pili desde Madrid. Cuando llegara agosto vendría con sus padres de vacaciones al pueblo. Entonces tendría información de primera mano sobre cómo era la vida de verdad en aquella ciudad tan fantástica.

Yo no me atreví a contarle nada a Tere de todo lo que me estaba pasando últimamente. No habría sabido cómo comenzar. Bueno, ni comenzar, ni terminar.

Pero tenía la sensación en mi interior de que todo estaba cambiando. En mi pueblo y también en mi cuerpo y en la cabeza de todos nosotros. Tal vez por eso cogí a Pepín en brazos, como si él representara aquel pasado que se nos iba como agua entre las manos.

—¿Y tú qué tal estás, chiquitín?

Un día, pasados bastantes meses, tal vez un año, me volví a encontrar con el Peliblanco. Iba

yo solo por el Camino de Canredondo cuando de repente lo vi. Estaba sentado en la pequeña arboleda a la que llamábamos “Los Arbolitos”, que estaba junto al camino. Su espalda se apoyaba sobre el tronco de un chopo y tenía una revista en las manos.

A mí, según me acercaba, me sorprendió que estuviera leyendo una revista. No era un chico de libros ni de revistas. Así que me acerqué con curiosidad. Y también con cierto temor. Que eran las dos emociones que a mí me embargaban por dentro cuando me encontraba con el Peliblanco.

Le daba el sol intermitentemente, a través de las ramas de los chopos, en la cara, que la tenía también muy roja. Como aquel día que lo había visto en el huerto de la Pontecilla exhibiéndose ante nosotros.

Levantó la cabeza y me vio aproximarme.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Él me miró como cuando me dijo que me acercara a la ranura de la puerta de la ermita para ver la autopsia del tío Fermín.

—Ven, te va a gustar —exclamó con un brillo especial en la mirada.

Me acerqué a donde él estaba y entonces abrió la revista por la mitad.

Había una foto que ocupaba las dos páginas centrales. Era una chica tumbada sobre una cama con las sábanas revueltas. Estaba completamente desnuda, echada de espaldas y con las piernas abiertas.

A mí me subió un golpe de sangre probablemente hasta las orejas, que se me debieron poner muy rojas. Me quedé como pasmado mirando entre las piernas de la chica. Pero, luego, lo que más me impactó fueron sus ojos, que parecían mirarme directamente a los míos. Y también una leve sonrisa que ella mostraba. Tanto los ojos como la sonrisa eran una invitación a que me acercara a ella.

El Peliblanco entonces me dijo:

—Déjame tu mano.

Él me la cogió y me ayudó a que pusiera la palma entre las piernas de la chica.

—¡Qué caliente lo tiene!, ¿verdad?

Yo estaba anonadado. No sabía qué contestar.

Él me miró con aquella sonrisa de suficiencia que él tenía con nosotros, los pequeños.

—No tienes por qué preocuparte, Germán. Es ley de vida. Dentro de unos años harás lo que yo. Si no al tiempo —y luego, mirando directamente al sol para bañarse con su luz, concluyó: ¡Esto es lo mejor que hay!

Solté su mano y continué hacia Los Olmos donde había quedado con mi primo Jesulín y con el pequeño Agus para matar pájaros con el tirachinas. Cuando llegué lo primero que me soltó Jesulín fue:

—¿Te has encontrado con el Peliblanco?

—Sí —le contesté—. ¿Y tú?

Pero él me respondió con otra pregunta.

—¿Te ha enseñado su revista francesa?

Ahora fui yo el que le contesté con otra.

—¿Y a ti?

—Sí, qué buena estaba la tía esa, ¿eh? —y me guiñó un ojo.

Sí, las cosas estaban cambiando. Fue el último año que fuimos a matar pájaros con el tirachinas.

Hoy me acuerdo del Peliblanco, como si lo estuviera viendo frente a mí. Trato de recordar

cuándo me levanté esta mañana de la cama y no lo consigo. Tampoco recuerdo lo que he comido hoy, ni qué han dicho en el telediario de las 3, pero puedo verlo a él si me lo propongo, girando su cara hacia el sol, con sus quince o dieciséis años de entonces.

Cuando yo estaba en el internado de Huesca supe por última vez de él. Un día en Benidorm lo atropelló un coche. Dijeron que iba borracho. Bueno, unos dijeron que iba borracho el conductor y otros que iba borracho él. Fue otro de tantos que emigró a otras tierras. Y allí no tuvo suerte tampoco. Descanse en paz.

Capítulo 20

La importancia de los buenos maestros

Esta mañana pienso en los cambios. Porque todo cambia. Aunque tú no quieras. Yo, de repente, me veo aquí, encendiendo de nuevo mi ordenador. Un día más. Pero sé que mi vida antes no era así. Que salía a la calle y trabajaba como ingeniero y hacía mil cosas.

Porque fui niño. Y, luego, joven. Y, después, adulto. Y, ahora, empiezo a ser ya viejo. Sí, yo antes hacía otras cosas, aunque ya las he olvidado. Ahora solo me importan aquellos primeros recuerdos. Como si la vida fuera un círculo y, cuando llegaras al final, te volvieras a encontrar con tu principio.

Y allí, en Sacecorbo, las cosas empezaron a ir mal en mi familia. Aquello que decían que las malas cosas nunca vienen solas debía ser cierto. Porque por entonces se empezó a descabalar un poco todo. Se concentró la mala suerte en nosotros y, cuando las cosas pintan mal, hay que cambiar. Siempre fue así.

Un día vino mi padre a casa muy preocupado. Una de las mulas podría estar enferma. Estaba muy tristona y parecía que tenía menos fuerza. Mi madre trató de quitarle importancia al asunto pero mi padre decía que él conocía muy bien a sus mulas y algo pasaba.

Por aquel entonces vino por primera vez don Olegario, el maestro, a mi casa. La verdad es que a mí me apreciaba mucho don Olegario. No sé por qué, pero desde el primer momento que me vio me cogió en gran estima. Tal vez veía en mí un tipo de inteligencia que le gustaba o, tal vez, solo era que yo le recordaba al hijo que él quizá había deseado tener y no tuvo.

Don Olegario se acababa de quedar viudo hacía un año escaso, en un pueblo de Cuenca, donde tanto él como su mujer estaban de maestros. Tenía dos hijas: Rosario, que tendría unos trece o catorce años, a la que llamaban Charito, y una más pequeña, más o menos de mi edad, que se llamaba María Isabel, a la que llamaban Mabel.

Vivían en la casa del maestro, que estaba debajo de la escuela de los chicos, junto con una hermana de don Olegario, que se había ofrecido a acompañarlos y a cuidarlos en tanto don Olegario resolvía su nueva situación sentimental y decidía qué hacer con su vida, dado que así no podía estar por mucho más tiempo, con dos niñas tan pequeñas, sobre todo Mabel.

Pues don Olegario vino a decirles a mis padres que yo tenía madera de estudiante y que había que tomar medidas para que no me perdiera, como tantos otros, por las cañerías del abandono que no conducían a ningún sitio, sino al desaprovechamiento mío y de la sociedad a la que podría aportar algo en un futuro, si me formaba adecuadamente.

Así que lo que el maestro les proponía era que él mismo se encargaría de prepararme, junto con otra chica del pueblo de mi edad y su hija Mabel, para acceder los tres al Bachillerato justo un año después.

Cuando mi padre le iba a hablar de temas económicos, muy importantes para él máxime entonces que estaba tan preocupado por su mula, don Olegario se anticipó diciéndole que él

mismo se encargaría también de solicitar una beca, para lo cual tendría que examinarme en Guadalajara en unos meses. Y luego me prepararía también el ingreso en el centro donde cursaría los estudios, que era un internado muy prestigioso, dependiente del Obispado que había en Sigüenza y que se llamaba La Sagrada Familia.

Mis padres hubieran preferido el internado de los Sagrados Corazones de Huesca, donde mi padre tenía un tío cura, pero don Olegario insistió en que, para empezar, era mejor Sigüenza que estaba a 40 Kilómetros. Luego, ya habría tiempo.

Así que, casi sin comerlo ni beberlo, me vi abocado a marcharme en el plazo de un año de Sacecorbo, el lugar donde había nacido y del cual no me había movido nunca en mis nueve añitos de vida.

Aquel año tenía que ser especial por tanto —pensé yo para mis adentros en aquellos momentos— porque iba a ser el último. Aunque luego volviera yo por los veranos de nuevo, probablemente ya no sería lo mismo.

¡Pero no sabía yo, entonces, lo especial que llegaría a ser! ¡Especialísimo!

Me vi, de repente, agobiado por una gran responsabilidad. Tenía que conseguir aquella beca, como fuera, y luego orientar mi vida a aquello que, si bien por una parte, me gustaba mucho, por otra me iba a alejar, me temía yo, de aquel mundo campestre y aventurero donde también desplegaba yo una segunda alma zascandil y pinturera que completaba el núcleo de lo que yo creía ser.

Parecía que todo confluía y se juramentaba para cambiar de repente y que nada, de aquella paz originaria y virginal que yo había conocido, continuaría por más tiempo.

Recuerdo que mi primo Jesulín, con el que yo tenía una relación de amor y odio permanente, que siempre terminaba, eso sí, en una camaradería y amistad cada vez más sólidas, me lo dijo.

—Germán, ¡el mundo de los libros es tan aburrido! ¿Tú crees que el pequeño Agus, o Julián, o yo mismo vamos a tener cabida en él?— terminó por preguntarme un tanto apesadumbrado.

Yo no supe qué contestarle en aquel momento. Lo malo de ser pequeño era que, de repente, alguien había tomado unas decisiones por ti y todo el decorado que te rodeaba se apartaba para ser sustituido por otro, en cierto modo desconocido.

Le respondí apenas unas semanas más tarde. Cuando él me comunicó, mientras buscábamos trilobites fosilizados por el Cerro de la Fuente, que sus padres se marcharían a Barcelona antes de Navidad.

El Cerro de la Fuente hubo un tiempo que estuvo bajo el mar. De ahí que por su ladera hubiera un montón de trilobites, aunque lógicamente ya fosilizados. Ahora ya no estaba bajo el mar, sino a 1200 metros de altura nada menos y era tierra de montaña. Lo que habían cambiado las cosas. Lo que le iban a cambiar también a Jesulín en unas semanas —pensé— cuando apareciera por Barcelona.

—¿A Barcelona? ¿Tú sabes dónde está eso, Jesulín? Si allí hasta hablan raro... ¡Mira que lo de mis libros hasta me parece algo sin importancia! ¡Te voy a echar de menos! ¡Que lo sepas! —le dije, anticipando ya la gran pena que sentiría con su marcha.

Él adelantó la barbilla, como hacía siempre cuando se enfrentaba a un nuevo reto.

—Ya lo sé, Germán. ¡Y yo a ti! ¿Tú crees que me han preguntado? —me dijo, mirando la perspectiva del pueblo que se recortaba en el cielo desde allí, como si se estuviera despidiendo ya de ella— ¡Pero esto es lo que hay! Ya sabes, ¡aguanta y tente tieso! ¿No te digo?

Luego volvimos a casa con nuestros fósiles en el bolsillo. Fue el último gran paseo que dimos juntos.

Los padres de Jesulín se fueron de guardeses de unos tíos muy ricos, que tenían una finca

enorme, pero no en Barcelona, sino en el Ampurdán. Lo que pasaba es que a él se lo habían simplificado como Barcelona.

La primera vez que volvimos a vernos fue seis años más tarde. Luego acabó viniendo a vivir a Madrid pasados muchos años.

No sabría decir por qué, pero cuando veo a mi primo Jesulín que, últimamente, viene a visitarme muy a menudo, yo creo que más frecuentemente que nunca (a veces me pregunto por qué de repente tanto) es como si el tiempo no hubiera pasado. Nos sentamos uno al lado del otro y nos tomamos un par de vinos, o los que caigan, que siempre son bastantes más que dos.

Hablamos de los tiempos de antes y de todos los recuerdos que nos anudan a nosotros y a nuestras almas. O a lo que queda de ellas.

Hoy, cuando se ha despedido, me ha mirado fijamente y me ha dicho lo mismo que él se dijo a sí mismo y también a mí, cuando nos despedimos también en aquel último paseo que dimos por el Cerro de la Fuente.

—Germán, ¡aguanta y tente tieso! Que esto es lo que hay, ¿no te digo?

Luego, se ha dado la vuelta un poco emocionado, no sabría decir por qué.

Y, antes de cerrar la puerta de mi casa para marcharse a la suya, le he oído decir:

—Germán, volveré mañana. Y siempre que pueda.

Sí, últimamente viene mucho a verme mi primo Jesulín. A mí siempre me alegra verlo. Aunque yo no lo miro como es ahora, gordo y calvo, sino como era entonces.

Que es una forma de verme también a mí mismo y encontrarnos los dos de nuevo en aquel mundo que fue nuestro y hoy, yo al menos, no sé de quién es.

Capítulo 21

Lágrimas y buitres en el Cerro de la Fuente

La mula enferma de mi padre empeoró rápidamente. Don Facundo, el veterinario, la estuvo tratando pero, tras unas tres o cuatro semanas, tiró la toalla. No había nada que hacer. Y allí, en la cuadra, no se podía quedar, porque luego habría que sacar el cadáver y sería más complicado y también más penoso.

Yo no lo entendía. No podía aceptar que la dejáramos en el campo, para que se muriera allí sola.

Pero la vida la regían los mayores. Y a los pequeños no nos quedaba más que frustración y una tristeza recóndita y rebelde que te iba embalsando por dentro.

Yo la veía desde el ventanal de la escuela, ya medio moribunda, dando vueltas sin sentido por el Cerro de la Fuente, mientras los buitres la sobrevolaban esperando su momento. Los buitres anidaban en los grandes peñascos que bordeaban el Tajo en el impresionante paisaje del Hundido de Armallones que estaría como a seis u ocho kilómetros de allí, donde yo no había estado nunca. Pero lo sabía porque me lo había dicho mi padre y porque la silueta de los riscos, en días muy claros, se percibía en la lejanía de la bruma de la distancia.

¿Cómo podía haber seres tan despreciables como los buitres, que estaban esperando aposentados en las atalayas de aquellos riscos, con el único objetivo de divisar animales sufrientes y acosarlos luego, desde lo alto, hasta que conseguían derrumbarlos?

Yo vi por el ventanal cómo mi mula, que todavía no era una mula vieja y que se llamaba “Navarra”, se hincó de rodillas con sus dos patas delanteras y luego se tumbó de lado mirando al sol que ya empezaba a caer.

Y esa fue la señal para que todos aquellos pajarracos descendieran y se posaran en el suelo solo a unos metros de ella.

Serían como las cuatro de la tarde. Todavía faltaba una hora para que terminara la escuela. Y la mula “Navarra” no iba a aguantar hasta entonces. Iba a morir sin la presencia a su lado de alguien que la quisiera.

Me levanté y me dirigí a la mesa de don Olegario.

—Don Olegario, es que quería bajar a hacer aguas.

—Bien, bien, Germán... —me dijo.

Cuando me giraba, oí de nuevo la voz del maestro.

—¿Menores o mayores?

—Menores, bueno también mayores —rectifiqué a continuación, buscando más tiempo.

—Bien, bien... —repitió el maestro.

Salí casi corriendo. Las “aguas” normalmente las hacíamos en la parte de atrás de la escuela, en una zona del patio recóndita que allí había. La escuela tenía también un váter que daba a un pozo negro pero, salvo el maestro, nadie de nosotros lo utilizaba.

Salí a toda pastilla al patio y desde allí cogí el Camino de la Fuente. Allí estaba la mujer del tío Castañas que me preguntó si me pasaba algo. Yo ni la contesté.

Arremetí contra el camino que llevaba a la cima del Cerro de la Fuente. Era una pendiente empinada y dura. Desde allí abajo ya no podía divisar nada de lo que estaba pasando en la planicie que dominaba la cima.

Llegué arriba con la lengua fuera. Cuando me giré en la última curva para ver a nuestra mula, casi me fui al suelo de golpe. Sufrí un mareo profundo y repentino que hizo que me apoyara en la pared que cerraba un corral de la casilla de guardar ganado que allí había.

Estaban sobre nuestra mula treinta o cuarenta buitres que arrancaban de su cuerpo trozos de carne sangrante. Comían tanto y tan de prisa que le habían vaciado ya parte de su cuerpo y se paseaban por su interior, devorando todo lo que encontraban. La cabeza ya no tenía ojos, ni boca, ni orejas. Era un espectáculo dantesco y silencioso, solo roto por el ruido de los desgarros de carne y por algunos graznidos de aquellos animales cuando se disputaban alguna víscera entre ellos.

Me agaché al suelo y cogí una piedra. Pero tenía tan pocas fuerzas que me quedé corto al lanzarla. No obstante alguno de ellos me vio, pero ni siquiera dejó de comer. Sabían que yo no suponía peligro alguno para ellos.

Así que me quedé allí, medio escondido en aquella pared, hasta que la devoraron casi entera. Yo no hacía más que llorar, hasta que hubo un momento, pasado un rato, que algo se me solidificó por dentro, como si me hiciera mayor de repente, después de haber sorbido los tragos amargos que a veces supone ir ascendiendo por la escalera de la vida.

Salí del resguardo de la pared y me dirigí hacia ellos.

—¡Basta ya, alimañas! —les grité con determinación.

Entonces ellos se detuvieron, la verdad es que ya les quedaba poco que comer. Algunos revolotearon y se alejaron unos pasos de los restos de “Navarra”. Pero ninguno huyó. Yo seguí acercándome más.

Entonces oí una voz detrás de mí.

—¡Germán, Germán...!

Me volví un momento.

Era el maestro don Olegario.

Llegó resoplando donde yo estaba y me abrazó.

Entonces yo me derrumbé de nuevo, mientras susurraba una y otra vez.

—¿Por qué? ¿Por qué?

Don Olegario me dijo:

—Germán, a veces duele hacerse mayor. Y comprender, de golpe, que tendremos que asumir muchas pérdidas en nuestra vida.

Habían venido también, detrás del maestro, muchos niños al acabar la clase.

Yo bajé con don Olegario, pero otros se quedaron arriba. Era un espectáculo para ellos.

Oí la voz de mi primo Jesulín, que se iba a Cataluña en tres semanas.

—¡Vamos a apedrearlos! ¡A ver si se van a ir de rositas! ¿No te digo?

En casa el ambiente era de tristeza. Una mula era una pérdida muy importante. Además el padre de mi madre, el abuelo Hermenegildo, también se puso enfermo, no de morir, pero sí de tener muchas molestias y dolores en los huesos con una artrosis galopante que hacía que sus dos hijas, mi madre y mi tía Teresa, tuvieran que ir todos los días a cuidarlo y hacerle lo más básico de la casa.

Yo, a la semana siguiente, empecé a prepararme el ingreso en el Bachillerato, que consistía básicamente en que, al final de la jornada escolar, nos quedábamos con don Olegario los tres niños candidatos: Petrita, que era una niña muy lista de mi edad, Mabel, la hija del maestro y yo

y, durante un par de horas, tres días a la semana, completábamos nuestra preparación en aspectos concretos que don Olegario veía que necesitábamos.

El primer día cuando nos reunimos los tres, me presenté a Mabel, dado que nunca había hablado con ella.

—Hola, soy Germán —le dije.

—Ah, tú eres el chico que llora por los buitres..., ¿no?

Pero no me lo dijo con mofa, sino con cariño, con interés en saber más de mí. Así que me animé.

—Bueno, también hago otras cosas.

—¿Ah sí? ¿Cómo qué?

Entonces vimos que se acercaba don Olegario. Ella bajó la voz y me dijo.

—Bueno, yo soy Mabel. O Isa, como prefieras...

Mabel tendría mucha importancia para mí en aquel último año que estaría en Sacecorbo.

Capítulo 22

Las desgracias nunca vienen solas

Decían por entonces, que las desgracias nunca venían solas. Y debía ser verdad.

Mi padre ya estaba haciendo planes para adquirir una nueva mula. Inclusive había ido a Maranchón, donde estaban los más afamados muleros del contorno y había visto una candidata, que hasta había ya apalabrado. Tenía que esperar a cobrar el trigo que tardaría solo unas semanas. Hasta entonces, le prestaban una a ratos sus hermanos para que hiciera pareja con la que nos quedaba: la mula “Castaña”.

Pero antes ocurrió otro suceso que fue la puntilla a la delicada situación financiera de mi familia.

Fue más o menos así.

Mi padre venía de Valdecarmona, un paraje húmedo y recóndito que criaba buenas patatas, inclusive sin regarlas.

Y allí había ido con el carro. A sacar aquellas patatas y luego traerlas al pueblo. Servirían para el consumo doméstico, también para cocerlas y darlas a los dos cerdos que criábamos e, inclusive, para venderlas, una vez haber reservado las suficientes para la simiente del año próximo.

Había sido una dura jornada de trabajo con el azadón. Golpe a golpe. Y, luego, recoger las patatas una a una, meterlas en sacos, subir éstos a la mula Castaña, llevarlos donde estaba el carro, dado que no se podía acceder hasta allí en él, cargarlos de nuevo y traerlos hasta el pueblo.

Allí se trabajaba duro. Yo podría haberle ayudado, sobre todo a recoger las patatas del suelo pero mi padre, desde que vino don Olegario a casa, me había ido rebajando de cualquier otra cosa. Para él lo que yo hacía era lo más importante. Y quería que llegara donde yo tuviera que llegar. A él también le gustaban los libros y tocar la guitarra y el laúd. Pero llegó un momento en su vida que, como otros, tuvo que concentrarse y enfocarse en lo importante. Y, sobre todo, en lo posible. Que, en la postguerra, era bastante poco.

A mí me enseñó pronto a leer. Y a saber contar y escribir filas interminables de números. Trillones. Y trillones de trillones. Y vio que me gustaba. Y se me daba bien. Tal vez por eso, y por don Olegario, luego me hice yo ingeniero. Y, también, paralelamente, escritor.

Cada vez más escritor. Que ahora, aunque no estoy muy seguro de ello, yo creo que es lo único que soy. Así que, en vez de escribir filas interminables de números, le doy con aplicación a las teclas del ordenador, que conforman en la pantalla también una fila, no de números, sino de signos que son como hormigas y que, luego, cada cual leerá e interpretará a su gusto. Porque los números siempre dicen lo mismo. No fallan, ni le dejan dudas a nadie. Pero las letras son otra cosa. A mí ya me lo dijo mi tío Ezequiel. Y me enseñó un poco el arte de esconderlas unas detrás de las otras (su significado, quiero decir) para que cada cual las busque, y las encuentre, a su modo. En función de lo que cada uno quiera buscar, y encontrar, en ellas, claro.

Lo más agradable del día para mi padre había sido el rato de la comida, que le había preparado mi madre con mimo, echándole lo que más le gustaba: unos lomos y unas costillas de cerdo, con pimientos fritos y mucho pan, que regaría, generosamente, con la bota de vino de Oter. El cual tenía grados y consistencia y hacía que a uno le subiera la moral para seguir, luego, con las patatas.

Y también, un paquete de tabaco, pero sin liar, porque le gustaba la ceremonia de sacar el librillo del papel, echar en él el tabaco picado y prepararse un cigarrillo a su gusto, con el grosor que él quería.

Aquel día había otro vecino del pueblo trabajando en aquel paraje: el tío Santiagón, que era, como todo el mundo se puede imaginar, un hombretón fuerte, casi gordo, amante también del vino, del tabaco y del palique.

Así que quedaban cada par de horas, más o menos. Y hacían un receso mientras se liaban un cigarrillo, tumbados en la hierba, a la sombra de los chopos, con el runrún del agua de la fuente de Valdecarmona, que estaba allí cerca, y recuperaban el aliento para seguir, luego, dándole duro al azadón.

Primero se había marchado el tío Santiagón que, a pesar de ser muy fuerte, tenía ya sus años y, luego, mi padre, casi ya al ponerse el sol. Aquello de trabajar de sol a sol allí era muy frecuente. Yo diría que, más bien, diario.

Le quedaban todavía cuatro kilómetros para llegar a casa. Y luego tendría que descargar. Y guardar el carro. Y desaparejar a Castaña. Y recontar sus ahorros y lo que le debían para hacer frente a la compra de la próxima mula.

Ya se le había hecho de noche cuando llegó a la carretera que iba a Canales y también a Ocentejo. Seguramente iba pensando en estas cosas cuando llegó al Picozo y vio el pueblo de Sacecorbo, y sus luces, a sus pies. Al fondo de aquella cuesta abajo llena de curvas que iba desde el Picozo hasta la Pontecilla.

La mula “Castaña” también respiró, ¡al fin!, cuando observó aquella cuesta abajo que le supondría no tener que hacer casi ningún esfuerzo adicional hasta llegar a casa.

Quizás ahora la mula “Castaña” se sentía más importante, porque su compañera “Navarra” más mayor y experta, ya no estaba con ella. O, tal vez, se sentía más preocupada y asustada. Quién sabía lo que pasaba por su cabeza. Era una mula joven y asustadiza y, por ello, mi padre la llevaba siempre con anteojeras, para que no pudiera mirar por los lados y descentrarse.

Empezaron a bajar la cuesta, a mano izquierda estaban las laderas empinadas del Picozo y a mano derecha el desfiladero, cortado casi a pico, que daba sobre el valle que llamábamos El Val, por cuyo centro corría un barranco en dirección a Canales del Ducado, atravesando el paraje de El Santo, desde donde se divisaba ya muy nítidamente el otero del citado pueblo de Canales del Ducado.

Por este valle nos habíamos escapado siendo muy niños unos cuantos amigos que vivíamos en la carretera, siendo tan pequeños que todavía no íbamos ni siquiera a la escuela. Y digo escapado, porque eso es lo que pretendíamos. Fugarnos a Canales del Ducado, quizá con la esperanza difusa de romper las riendas que nos maniataban en Sacecorbo: las ataduras de los padres, de los hermanos, de lo que estaba bien y de lo que estaba mal, de los horarios, de la higiene, etcétera y empezar allí una nueva vida.

Ahora, pasado ya bastante más de medio siglo, lo recuerdo como mi primer y, quizá, más entrañable viaje romántico de verdad. Lleno de inocencia y de inconsciencia. Recuerdo la ilusión que teníamos de conseguir que nadie nos encontrara, mientras nos alejábamos corriendo, sin

mirar atrás.

Nos cogieron, un grupo de padres y vecinos que había salido en nuestra busca, ya en la linde con el término municipal de Canales, pasado El Santo.

No pudo ser. Como tantas otras cosas bonitas de esta vida. Aunque mereció mucho la pena el intento. Creo yo. Por lo menos a mí me gusta ahora recordarlo, cuando ya no tengo, aparte de mi casa, ningún otro sitio a donde ir.

Sí, a mano derecha de la carretera había un desfiladero considerable. Al fondo del mismo, discurría el valle con su barranco en el centro. Y arriba, en la carretera, mi padre, a pie, tiraba del ramal de la mula “Castaña”, deseando llegar pronto a casa y descansar.

De repente vio un automóvil que venía cruzando el pueblo por la carretera. No pasaban muchos al día pero, qué casualidad, le iba a tocar descruzarse con él.

Se preparó echándose a la izquierda, al abrigo de las laderas del Picozo, dejando un pasillo bastante ancho para el coche, a la otra mano.

El coche inició el ascenso de la cuesta y las luces llegaron a los ojos de “Castaña” que empezó a espantarse considerablemente. Mi padre la sujetó corto con el ramal mientras le hablaba con tranquilidad y le acariciaba la testuz. Pero “Castaña” se removía y el carro crujía con el vaivén.

Cuando el coche llegó a su altura, la mula estaba absolutamente nerviosa y mi padre se tuvo que emplear a fondo para que la situación no se le descontrolara.

El coche disminuyó la marcha y lentamente acabó descruzándose sin problema. Mi padre respiró hondo y se relajó casi tanto como la mula “Castaña” que veía que el peligro había pasado.

De repente un conejo o, tal vez, una comadreja salió de entre unos matojos de la cuneta y cruzó al otro lado de la carretera. Lo hizo cuando ya había pasado mi padre y casi la mula “Castaña”, pero a ésta le rozó en sus patas traseras cuando corría entre ellas a toda velocidad.

La mula “Castaña”, que debía tener todavía la adrenalina por las nubes, levantó sus patas delanteras dando saltos y tirando coces con las traseras. Con un fuerte e inesperado cabezazo había soltado de las relajadas manos de mi padre el ramal. Y, ya sin sujeción alguna, se lanzó cuesta abajo dando saltos, con el carro yendo de un lado a otro de la carretera.

En una de éstas el carro perdió adherencia con el borde del desfiladero y fue atraído por aquel espectacular vacío, arrastrando con él también a la mula “Castaña”.

Todo ocurrió en un instante. Mi padre, anonadado, vio cómo caían el animal y el carro y luego iban dando varias vueltas, hasta que acabaron estrellándose contra el valle.

El carro de madera saltó en pedazos y la mula “Castaña” quedó tan malherida que apenas podía quejarse, sino solo respirar, dando unos jadeos que te llegaban al alma.

Nada se pudo hacer por ella. Y mi padre tuvo que ir a la casa del abuelo Hermenegildo a por la escopeta y matarla allí mismo, para que no sufriera más.

Familiares, amigos y vecinos vinieron a nuestra casa a mostrarnos sus condolencias, como si de un fallecimiento humano se tratara. La verdad es que yo recuerdo todo aquello como una gran desgracia.

Cuando nos quedamos solos, vi a mis padres llorar por primera vez en mi vida. De aquella manera tan terrible, quiero decir. Lloraban no solo de dolor, sino también de desesperación e infortunio. Tere estaba también destrozada y Pepín era el único que parecía ausente de todo. Jugaba con un coche en el suelo como si aquello no fuera con él. ¡Bendita inocencia!

Nos fuimos todos a dormir sin ni siquiera echar de menos la cena.

Mi madre pasó a nuestra habitación para asegurarse de que Pepín quedaba bien en su

camita. Por esa parte ya no había problema: estaba dormido como un tronco.

Entonces se acercó a mi cama y me abrazó como si ella fuera todavía una niña.

—¡Germán, Germán! ¿Qué va a ser de nosotros ahora? —repetía una y otra vez.

Y yo le daba consejos. O esperanzas. No lo sé. Hacía lo que podía en aquellos momentos terribles y aciagos.

Pero cuando se serenó el dolor, hubo que empezar a hablar del futuro. Y mis padres empezaron a barajar diversas posibles soluciones, todas ellas, para mi gusto, difíciles y arriesgadas. Pero yo no tenía responsabilidad ninguna. Y, por ello, no podía tener tampoco una visión certera y ajustada a aquella terrible realidad.

Quizá porque yo conservaba en mi mente, todavía recientes, los últimos meses, de la primavera y del verano de aquel año, que habían sido formidables. ¿Por qué no podían continuar las cosas así? Y en eso era en lo que yo pensaba, soñaba: en aquellos últimos meses. En cuando las cosas nos iban bien y éramos felices.

Y así conseguía dormirme yo por las noches, entre los dulces recuerdos del pasado y unos difusos temores por si el futuro seguía castigándonos de nuevo.

Capítulo 23

Pepitas de oro, rayos y cohetes

Sí, a veces pienso que el destino juega con nosotros. Somos como la hojarasca que alfombra las calles a la que el viento lleva de un sitio a otro a capricho, a su voluntad. Y entonces nos llenamos de temores, de ese miedo tan íntimo e importante que nos produce nuestra pequeñez, nuestra fragilidad. Yo entonces, de niño, me refugiaba en mis recuerdos, de cuando mi familia era feliz antes de que la golpeará el destino. Y así, lograba sobrevivir. Con la esperanza de que, otra vez, las cosas volvieran a ser como antes.

A lo mejor, de mayor, hago exactamente lo mismo. Y por eso busco la felicidad entre mis recuerdos, al escribir este libro. Como si encontrara en ellos la fuerza para enfrentarme al capricho y, también quizá, a la dureza de mi destino. Aunque no sé muy bien qué es lo que me pasa, ni por qué me pongo a veces tan triste. Ni por qué vivo como ausente, como si no quisiera mirar de frente al futuro que me espera. ¿Por qué será?

Habíamos dejado atrás aquel año la Semana Santa. Aquella semana en la que se cubrían las imágenes de la iglesia con una sábana morada y los monaguillos dejábamos de usar la campanilla, para usar una carraca de madera. Entonces la radio solo ponía saetas y todo se llenaba de luto y austeridad: en las comidas, en las vestimentas, en el absoluto recato y recogimiento que lo envolvía todo.

Aunque los monaguillos hablábamos de otras cosas.

Mi primo Jesulín me dijo:

—Oye, Germán. Y digo yo: si don Marcelo nos va a lavar los pies esta tarde, como lo hizo Jesús con sus apóstoles, ¿por qué mi madre lleva lavándomelos a mí todos los días desde el lunes pasado? ¡Si los tengo más limpios que nunca!, ¿para qué me los va a volver a lavar don Marcelo, no te digo?

Íbamos los dos recorriendo el vía crucis con el párroco por las calles del pueblo y, como se nos hacía tan largo, con tantas estaciones y tantas caídas del Señor, cuchicheábamos por lo bajo.

—Pues mi hermana Tere, tiene una preocupación de aípa. El otro día se acordó de que había comulgado sin guardar las tres horas sin comer. Claro, le ofreció su amiga Pili una chuche y, a ver, ¡quién se resiste a eso! Ya verás la bronca que le va a echar don Marcelo cuando se confiese. Y, además, yo le digo, que como se muera ahora mismo va derechita al infierno con Pedro Botero, a quemarse allí eternamente, porque está en pecado mortal...

Y en este plan.

Sí, todo aquello había quedado atrás. Como el mal tiempo. Lo único alegre durante el duro invierno había sido el día de Jueves Lardero, con aquella excursión entrañable a la Barbarija de todos los chicos y las chicas con nuestros maestros, donde nos lo pasábamos bomba, jugando al pañuelo, al balón prisionero, a la maya, al escondite y a ver quién corría más y donde luego nos esperaba un bocadillo enorme a la sombra de los chopos.

Sí, lo bueno, desde luego, empezaba a primeros de mayo, cuando se iban a bendecir los campos en procesión. Si tocaba en el pago largo íbamos al comienzo de la carretera del Empalme, donde había una gran cruz que se elevaba mirando todas las tierras de La Vega y de la Dehesa y más allá, hasta el Alto Llano. Si tocaba en el pago corto, íbamos a otra gran cruz que había en la Pontecilla, frente al Picozo, que miraba al Val y, más allá de la Cuesta del Navajo, de la Cerrada de la Mudilla y de la Alconera, llegaba hasta la zona de regadío de la Barbarija y del Valle de los Esteruelos y, luego, alcanzaba el lejano Monseco, a La Lagunilla y al Barranco de la Hoz.

Don Marcelo blandía el hisopo y esparcía agua bendita, para conjurar y espantar cualquier peligro que pudiera producir daño en las cosechas de cereales que ya verdeaban, formando una alfombra bellísima que se perdía en el horizonte.

Era la Fiesta de la Cruz de Mayo que coronaba la plenitud de la primavera, donde todo se llenaba de margaritas, de amapolas, de tamarillas y, en las casas y en los huertos, de rosales, de palma rizada y de lirios, que embellecían también los jardines de las escuelas donde siempre las chicas acababan sacando más lustre al suyo o, quizá, fuera solo limpieza y orden, mientras que los chicos ganábamos con los rosales más grandes y los árboles más altos.

Sí, llegaba el mes de las flores y de las ofrendas a la Virgen en la iglesia. Los niños y las niñas preparábamos nuestras poesías y nuestros ramos de flores para, luego, durante el rosario, recitarlas frente a la imagen de la Virgen, junto a la cual titilaban las lámparas de aceite.

Agus me dijo un día:

—Germán, me ha tocado recitar con Petrita el próximo viernes. Pero me voy a poner malo. ¡Que lo sepas! ¡Yo no salgo ahí a hablar delante de todo el mundo! —me lo decía completamente decidido. Seguro que se ponía malo de verdad.

—¿Y por qué me lo dices a mí? —le pregunté un tanto asombrado de que me lo anunciara, precisamente a mí, que no tenía nada que ver con todo ello.

—Joer, Germán. Porque somos amigos, ¿no? —y me miró, como si yo le debiera algo por ser su amigo.

—Sí, somos amigos Agus. Pero tú puedes hacerlo. ¿O crees que yo no siento vergüenza? —le dije aquella verdad que era tan grande como un pino. Yo, cuando tenía que salir a recitar, no dormía nada la noche anterior y, luego, me dolía el estómago una barbaridad.

—Germán, yo no pienso salir. Que, además, luego me trabuco y todo el mundo se parte el culo conmigo. De verdad que no. Y te lo digo solo por si no quieres dejar sola a Petrita, porque yo fijo que me pongo malo. ¡Que lo sepas!

La verdad es que Petrita era una niña bondadosa y generosa. Llegaría allí con su ramo de lirios con palma rizada y hierbabuena y se quedaría delante de la Virgen como una novia abandonada en la puerta de la iglesia.

Lo que tenía que recitar Agus no era nada. Yo tenía pendiente la semana siguiente una poesía de ciento cincuenta versos a compartir con mi hermana Tere. Pensé que, a lo mejor, me venía bien como ensayo de lo que me esperaba. Pero se lo vendí caro a Agus. ¡A ver si se iba a ir de rositas, el tío!

—Bueno, tú te pones malo. Yo aparezco junto a Petrita. ¿Pero yo qué gano con todo esto Agus? —le dije secamente.

—Te prometo que en mi cama solo haré que rezar a la Virgen por ti, ¿qué más quieres?

La verdad es que no tenía un pelo de tonto el pequeño Agus.

—Bueno y de paso me dejas durante una semana, ¡una semana, no menos!, tu trompo con la cuerda que lo acompaña. ¡A ver si aprendo por fin a bailarlo! —di a mi voz un aire de firmeza

absoluta.

—Está bien, Germán. Pero te ofrezco algo mejor: me quedo un tarde contigo, lo que haga falta, hasta que aprendas a tirar el trompo —me dijo como ofreciendo su perla más valiosa.

Y así fue como aprendí a lanzar la peonza para que durara bailando una eternidad.

Aunque seguro que, con aquello conseguido, la Virgen ya no tenía nada que agradecerme. ¡Menudo era yo! Pero, al menos, no se puso en mi contra, y mi hermana y yo recitamos, muy compenetrados y con gran éxito, sin que nosotros supiéramos entonces que sería por última vez, aquella poesía tan bonita, y tan larga, que empezaba así: “Bendita sea tu pureza,/ y eternamente lo sea,/ pues todo un Dios se recrea,/ en tan graciosa belleza...”.

Recuerdo que también aquel año don Marcelo inauguró con nosotros, los niños, un método un tanto peculiar para hacernos mejores. Nos regaló un kilo de trigo y nos pidió que por cada obra buena que hiciéramos deberíamos depositar un grano en un cubilete.

Al principio no nos dijo con qué fin. Así es que se estableció una especie de competición entre nosotros a ver quién ofrecía un cubilete con más granos de trigo en él. Vamos, como luego, ya de mayores, harían en nuestras respectivas empresas, para fomentar nuestra productividad y alcanzar los objetivos previstos.

Fue una época casi paradisíaca, de puro celestial, quiero decir. Todo el mundo era súper educado y cedía en todo. Dejábamos nuestras pinturas sin ni siquiera que nos las pidieran y éramos amables hasta decir basta. La dulzura se contagiaba y acababa por anegarlo todo.

Nos acabó diciendo don Marcelo que aquellos granos se molerían todos juntos, sin distinción y que, una vez convertidos en harina, se convertirían en unas hostias que él consagraría y que, luego, comulgaríamos de ellas los niños que habíamos participado.

Nos lo dijo el día antes de la fecha de la comunión y nos pareció todo tan bonito que fuimos todos a comulgar, sin faltar ninguno, transportados como en una especie de aura que nos llevaba flotando hasta allí. Yo, de hecho, recuerdo este momento como uno de los más bellos de mi vida.

Tuvo aquello tanto éxito que don Marcelo quiso repetirlo. Pero ya nada fue igual. Al final Angelín lo resumió muy bien:

—¡Pero si después mi cubilete se mezcla con el de Agus, que está casi vacío! Y todos comulgamos al final lo mismo. ¡Tampoco yo me voy a estar esforzando, para que otros ni la hinquen! ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Y aquello fue decayendo, hasta que desapareció. Pero yo nunca olvidaré aquel momento de comunión conjunta de esfuerzos, de sentimiento de fraternidad, de formar todos parte de un mundo en armonía.

Y, tal vez, yo comprendí entonces, que todas las cosas más valiosas de este mundo serían en el futuro como las pepitas de oro: bellas, brillantes y, sobre todo, difíciles. Muy difíciles de conseguir. Pero inclusive, mucho más, de mantener.

Tuvimos el solaz de San Isidro, que era el segundo patrón del pueblo, en el que el Ayuntamiento invitaba a todos los vecinos a merendar en la Plaza, con mucho vino, sardinas en escabeche y algunos gallos que se mataban para la ocasión. Una banda de cuerda a base de guitarras y laúdes que algunos mozos tocaban con aplicación, y a base de oído exclusivamente, amenizaba un baile de jotas y pasodobles, donde hacían su agosto los mirones y mironas que abarrotaban los poyetes que bordeaban la plaza, en la que las parejas se despedían del baile, con mucha nostalgia, hasta la Fiesta de San Bartolomé.

Unos días más tarde de San Isidro salimos mi madre, mi hermana Tere y yo a coger gamones. Los gamones tenían unas hojas muy tiernas y consistentes que a los cerdos les gustaban mucho. Llenamos dos sacos grandes y Tere y yo nos estuvimos lanzando unas bolas del tamaño de canicas que criaban al final de su tronco, el cual era como una vareta de cohete. Así daba gusto trabajar: trabajar jugando. Ojalá siempre fuera así.

Dejamos los sacos al abrigo de una casilla, porque amenazaba tormenta y nos dispusimos a regresar a casa a toda prisa.

La verdad es que el cielo cada vez estaba más negro. Y tan encapotado que una densa oscuridad nos cubría. Parecían las nueve de la noche, cuando debían ser las cinco.

Cuando íbamos por La Húmeda empezó a diluviar como yo nunca había visto. Los tres nos apretujamos al abrigo de un espino. Los relámpagos eran como incendios repentinos en el cielo y, luego, inmediatamente después, porque el centro de la tormenta debía estar muy cerca, sonaban unos truenos espeluznantes. Era como si el cielo se derrumbara de golpe igual que, luego, ya de mayor, vi que lo hacían los edificios a los que volaban poniéndoles en sus cimientos unas buenas cargas de dinamita.

El agua empezó a correr a nuestro alrededor como procedente de una inundación y en un rato nos llegaba hasta la rodilla. Los truenos seguían sonando allí mismo, junto a nosotros, y eran como auténticos cataclismos. Mi madre nos abrazaba a los dos mientras sentíamos que se acababa el mundo. Yo creo que si hubiera estado solo me habría muerto allí mismo de terror.

De repente, como si fuera un castigo divino, empezó a caer un pedrisco del tamaño de las bolas de los gamones. Mi madre se quitó un jersey gordo que llevaba y nos cubrimos con él nuestras cabezas, que escondíamos entre las ramas del espino, aunque sufriéramos los alfilerazos de sus pinchos.

Aguantamos como pudimos el temporal, nunca mejor dicho, abrazados los tres, calados hasta los huesos, apedreados y aterrorizados como hormigas indefensas hasta que, de repente, tal y como había empezado escampó.

El sol salió de repente y un arco iris precioso se dibujó por el otero de Canales. Contemplamos los restos del naufragio: los caminos habían sido borrados y convertidos en arroyos de aguas turbias y rojas. Los campos de cereal se mostraban anegados y éste destrozado por el pedrisco.

El único consuelo era que un par de kilómetros, o tres, más allá estaba todo seco, sin daño alguno. Había sido una tormenta terrible, pero de radio corto.

Así que llegamos al pueblo felices y, hasta agradecidos, aunque mi madre no pudo dejar de exclamar al llegar a la Cruz de Mayo, desde la cual don Marcelo bendecía los campos.

—Me parece que don Marcelo se quedó algo corto con su agua bendita. ¡Pero, claro, podía haber sido peor!

La gente de entonces era sufrida a más no poder. Y allí no había seguro ni libro de reclamaciones, claro. Sino apechugar y seguir remando.

Cuando llegamos nos enteramos de la terrible noticia.

Al tío Lagunas lo había matado un rayo. No muy lejos de donde estábamos nosotros. Iba con su hijo Jacinto al que también dañó levemente. Pero su padre se había quedado seco en el sitio.

Aquella noche no pude dormir, preso de terribles pesadillas. Aunque no eran por el tío Lagunas con el que había tenido poco trato. Sino por mí mismo.

Me angustiaba la idea de que el rayo hubiera podido caerme a mí. ¿Y por qué no? Había estado muy cerca. Y yo no había sido bueno, ni generoso, con Agus. No me había limitado a ayudarle sin más, como amigo suyo que era, y había tratado de sacar provecho de su situación

pidiéndole a cambio su trompo. Aunque eso era solo una parte de mi sentimiento de culpa.

Había otra hecho. Y mucho más importante. Por eso yo no podía dormir. Si me hubiera caído a mí el rayo hubiera ido derecho al infierno. Y con razón, me decía yo, con la mente febril de varias horas sin dormir o durmiendo a saltos y a trompicones.

Yo le había robado a mi madre cincuenta céntimos hacía unos días. Ella guardaba algunas monedas en el almirez del basar de la cocina. Me apetecía ir a jugar al tango y no tenía dinero. Así que lo cogí del almirez. Y encima perdí aquellos dos reales. Por ello no se los había podido restituir. Y quién sabía cuándo podría hacerlo.

Me sentía terriblemente mal. Notaba que la vida, a veces, jugaba fuerte y sin segundas oportunidades. Como le había pasado al tío Lagunas, que ya no podría enseñarle nunca nada a su hijo Jacinto, ni tan siquiera hablar con él sobre lo que les había pasado a ambos con aquel rayo asesino.

Yo, que siempre me había sentido a salvo de aquellas cosas terribles que, al parecer, siempre les pasaban a otros, por primera vez me di cuenta de que era uno más. Y no de los mejores.

Al día siguiente fui a buscar a mi primo Jesulín.

—Jesulín, ¡préstame cincuenta céntimos! ¡Ya te los devolveré!

Pero mi primo Jesulín no debía tener tampoco buen día. Me di cuenta cuando levantó la barbilla y me miró mosqueado.

—¿Y para qué los quieres? —me soltó así, sin rodeos.

—Jesulín, de verdad, no es asunto tuyo. ¡Te juro que te los devuelvo en cuanto pueda! —le di a mí voz toda la credibilidad que pude

—¿Cómo que no es asunto mío? ¿Y entonces por qué me los pides a mí, no te digo?

Estaba claro que mi primo Jesulín estaba en plan borde. ¿Pero qué otras alternativas tenía yo en aquellos momentos? Ninguna, me respondí en un segundo. Así que no me quedaba más remedio que insistir.

—Bueno, dime qué otras cosas quieres a cambio, hasta que pueda devolvértelo —le concedí ya como último recurso.

—No es eso Germán. No es eso. Lo que no quiero es que te los juegues por ahí y los pierdas como el otro día .

Me quedé muy sorprendido. Del buen corazón de mi primo, quiero decir.

Entonces le expliqué todo. La verdad es que me dio una vergüenza horrible.

Jesulín, después de escucharme, me echó una mano por el hombro, se metió la otra en el bolsillo y me alargó una moneda de dos reales.

—Para esto están los amigos, ¿no?

—Nunca lo olvidaré, Jesulín, te lo prometo.

Fui corriendo a casa y le repuse a mi madre su dinero en el almirez.

Aquella noche dormí como un bendito. No solo porque había devuelto el importe de mi robo, sino porque mi primo me había dado una lección. La vida podía tener sus contratiempos, incluso sus desgracias, como la causada por aquel terrible rayo. Pero estaba en nuestra mano apoyarnos unos a otros en lo que pudiéramos, ofrecernos consuelo, ayudarnos a salir de los atolladeros en que la vida, o nosotros mismos, nos metíamos. Nunca lo olvidaría.

Sí, hoy pienso que al final de la vida, cuando la recuerdas, compruebas que solo merecen la pena gestos como el de mi primo Jesulín, o como el de tantos otros, que siembran en el camino luces brillantes que, de noche, nos alumbran el sendero. Si no fuera por esas luces, cuando miras hacia atrás el camino recorrido, solo quedaría una oscuridad muy grande...

En los pueblos de entonces, pequeñas comunidades con sus miembros absolutamente

entrelazados, había una solidaridad entrañable: cuando había fuego, o tormentas, o cuando a alguien le sacudían duro las desgracias, siempre estaba todo el pueblo a su lado. Hoy paseo por las aceras de Madrid y dudo de que si de repente cayera fulminado al suelo, hubiera alguien que ni siquiera se acercara a ver qué pasaba. Como mucho llamaría al Samur, si es que no tuviera mucha prisa...

Entonces los niños ayudábamos a nuestros padres en todo lo que podíamos. Durante la siega yo regaba por la mañana en el huerto, luego echaba de comer a las gallinas y mi hermana Tere hacía la casa y la comida. Cuando la terminaba, la metía en una cesta y yo cargaba en unas alforjas una botella de vino en uno de sus lados, envuelta en un paño húmedo para que no se calentara demasiado y, para hacer contrapeso, en el otro lado, unos tomates y unas ciruelas que nos servirían de postre.

Salíamos juntos de casa a eso de la una, bajo un sol abrasador y teníamos que ir hasta donde estaban nuestro padres segando, habitualmente más de una hora andando por aquellos caminos polvorientos.

Aquel año a mi hermana le habían regalado un reloj de pulsera, se veía que aquello de hacerse mujer también tenía sus ventajas, y me decía:

—Germán, cinco minutos hasta ese enebro.

Miraba su reloj e iba cronometrando lo que tardábamos.

—Y ahora, solo diez hasta el empalme, ¿estamos?

A mí aquel control me sacaba de quicio. No porque no fuera bueno, sino porque el reloj no lo tenía yo, claro.

Llegábamos y comíamos los cuatro a la sombra de algún árbol, contemplando aquel horizonte sin límites abrasado por el sol.

Luego, Tere y yo, nos animábamos a segar algún rato con ellos. Así recuperaba yo mis cincuenta céntimos para pagarle a Jesulín. Pero a las cuatro y media, mi hermana exclamaba.

—Germán, ¡vámonos! Que tenemos que llegar a oír “La intrusa”.

Y volvíamos los dos a golpe de pito, digo de reloj, casi corriendo, para no perdernos aquel culebrón en la radio que tenía aquel nombre tan dramático y que iba por el capítulo novecientos y pico. A las cinco y media el pueblo se paralizaba haciendo corro junto a los aparatos de radio.

Yo, la verdad, es que nunca atinaba con nada. Le decía a mi hermana:

—Yo creo que Pedro Pablo Ayuso está enamorado de Julia...

—No tienes ni idea Germán, ya verás cómo acaba con “la intrusa”, además hace el papel Matilde Conesa. Estos siempre acaban casándose.

Y en este plan.

Yo terminaba frustrado en aquel mundo de mujeres sabiondas, y acababa yéndome a jugar con mis amigos a las cartas, mientras el género femenino seguía deliberando cuando terminaba el capítulo. Eso, si no me mandaba mi hermana a la tienda a comprar algo.

—Germán, vete a la tienda de la tía Crescencia y que te de un litro de aceite. Llévale esta media docena de huevos y si no hay bastante, pues que lo apunte.

La verdad es que en aquella economía tan cerrada y autárquica circulaba muy poco el dinero. Se empleaba mucho menos que el trueque, dónde iba a parar. Porque, salvo cuatro artículos, cada uno se producía lo suyo para comer y lo que sobraba se lo cambiaba a otro vecino por otra cosa.

También acarreábamos yendo y viniendo tirando del ramal de las mulas cargadas de haces. Las chicas parecían momias egipcias por los caminos, con la cara tapada con pañuelos blancos

que solo dejaban mostrar los ojos, mientras que los brazos iban cubiertos por aquellas mangas postizas que se sujetaban con una goma y que podían quitarse, llamadas “manguitos”. La verdad es que las chicas odiaban que les diera el sol y pudieran parecer morenas. Entonces se llevaba lo blanquito, como todavía hoy gusta en Japón.

Más o menos por aquella época, lo que son las cosas, empezó a enamorar el turismo de sol y playa, del que España rápidamente se convirtió en un adalid y que consistía básicamente en ponerse más negros que el tito, exponiéndose durante horas al astro rey, tumbados en la arena y dándose potingues sin parar para no quemarse.

En resumen, en los pueblos las chicas no querían parecer de pueblo mostrándose tostadas por el sol y en la ciudad querían achicharrarse para demostrar que podían salir de vacaciones. Esto de las modas siempre ha debido estar muy ligado a las apariencias, las apariencias que convienen, claro, y de las que siempre hay alguien que saca partido. Eso no lo duden.

Y, luego, llegaba la fiesta del patrón del pueblo, San Bartolomé, donde los chicos comprábamos mixtos, hechos de fósforo, que lucían y chisporroteaban un montón y con los que también nos frotábamos la cara y las manos y, por la noche, eran reflectantes y jugábamos a ser fantasmas.

Tirábamos también petardos y bombas de mano y participábamos con los mayores en las guerras de cohetes lanzados a ras de tierra. La verdad es que Dios siempre estuvo de nuestra parte dado que, a pesar de algunos sustos, nunca llegó a pasar nada a nadie.

Fue muy sonado, eso sí, y no quedó sin castigo, claro, un cohete perdido que acabó llevándose el bonete de la cabeza de don Marcelo por los aires, cuando él, junto con medio pueblo, estaba viendo la final del campeonato de pelota con Esplegares. Todo el mundo reconvino duramente al autor, pero qué carcajada echamos todos.

Yo creo que fue la única vez que pudimos reírnos del siempre respetado don Marcelo.

Capítulo 24

A emigrar toca

Sí, el pasado había sido divertido y enriquecedor. Pero ya era solamente pasado. Y el destino había dado un puñetazo en nuestra mesa, rompiendo todos los platos de los que comíamos. Así que mis padres empezaron a hablar sobre lo que íbamos a hacer en el futuro.

Por entonces ya pasaban ambos de los cuarenta. Y se les hacía muy duro empezar otra vez de cero, particularmente a mi padre, como si fueran unos recién casados. Además tenían tres hijos a su cargo. Y mis dos hermanos y yo, cada uno de una manera diferente, también teníamos nuestras demandas de un futuro propio para nosotros.

Mis padres acordaron una alternativa a tomar, después de analizar detenidamente la situación: intentarían emigrar, como otros lo habían hecho antes, aunque con el hándicap de tener menos dinero que la mayoría e hijos más pequeños.

Así que mi padre empezó a hablar con familiares y amigos y otros emigrantes para encontrar algún trabajo, en principio aunque solo fuera para él.

Sus dos hijos mayores, es decir mi hermana Tere que no llegaba a los catorce años y yo que tenía nueve, empezaríamos a dibujar nuestros propios destinos. Tere, rápidamente, quizá influenciada por su amiga Pili, propuso que donde fuera mi padre ella iría con él. Trabajaría en lo que fuera y se formaría en la costura, ojalá llegara a ser modista con el tiempo, que era lo que más le gustaba.

Por mi parte, yo mantendría el rumbo que ya tenía marcado. Ahora bien, la obtención de la beca entonces sí que sería una condición sine qua non, para hacer el Bachillerato, primero en Sigüenza y, luego, en Huesca.

Por último, mi madre y Pepín tenían que ir, obligatoriamente, en el mismo lote, dada la edad del pequeñín que no llegaba a los 3 años. Además, las molestias en los huesos del padre de mi madre, el abuelo Hermenegildo, y seguir administrando nuestras cosas en el pueblo, hasta que se resolviera la situación de toda la familia, la enclavaban, momentáneamente, en Sacecorbo, máxime si Tere se iba con nuestro padre.

Por aquel entonces, la situación de muchas familias era como la nuestra. El modelo económico del pueblo ya no daba más de sí. Las tierras eran las que eran y la tradición de repartir como herencia cada una de ellas entre todos los hijos del anterior propietario, a su muerte, hacía que cada vez fueran más pequeñas y más improductivas.

Por otra parte, las nuevas herramientas que se iban imponiendo, y que cada año eran más frecuentes, arrumbaban los antiguos modos y maneras de explotar los campos. Ya había segadoras, trilladoras, y hasta cosechadoras que hacían todo a la vez. Y los tractores eran mucho más competitivos que las mulas y hasta, a largo plazo, más baratos en relación a su productividad.

Empezaba a estar muy claro que con la mitad, o menos, de agricultores la cosecha total del pueblo iba a ser la misma, si no más. Y, adicionalmente, empezaba la época del desarrollismo en

España y se abrían muchísimas oportunidades en las ciudades: en la construcción, en la industria del automóvil y de los electrodomésticos, en el turismo y en los servicios en general.

Y la gente que emigraba volvía por los veranos al pueblo conduciendo su coche, aunque fuera un utilitario de segunda mano, bien vestidos, con sus hijos estudiando en los colegios y con dinero para arreglar su casa y dotarla de los servicios que antes no tenía. A lo mejor en Madrid vivían, luego, en un sexto piso, diminuto y sin ascensor, pero la cara que mostraban a sus antiguos convecinos era de progreso y de haber dado un salto adelante descomunal.

Y eso lo notaba la gente del pueblo, que seguía congelada en el tiempo de la autarquía económica de siempre.

Cada familia se animaba a dar el salto cuando podía, cuando sus circunstancias se lo aconsejaban o cuando la suerte de encontrar un destino en la ciudad aparecía delante de su puerta.

Y la adaptación familiar a la nueva situación provocaba dramas e incertidumbres personales, sentimentales, laborales y económicos sin cuento. Pero era lo que tocaba. El futuro llamaba a la puerta de aquellos pueblos tradicionales y hermosos y sus gentes empezaban a darse la vuelta en la cama por las noches, rumiando una y otra vez qué hacer: permanecer fieles y abnegados a su terruño o, bien, abrir puertas y ventanas y dejar que el tiempo nuevo les inundara con sus oportunidades, pero también, ¡ay!, con sus riesgos.

Nuestro caso era uno más. Ni más dramático ni quizá más perentorio que otros. Únicamente era que el destino había quitado de delante de mis padres cualquier excusa, cualquier dilación para enfrentarse a los tiempos nuevos que venían con una fuerza imparable.

En unas semanas hubo noticias de Madrid. Bueno, primero, hubo de Barcelona, pero aquello fue descartado rápidamente: no procedía que nuestra familia se partiera en tres trozos y, encima, que estuviéramos separados por cientos de kilómetros.

Cuando me contaron lo de Barcelona mi primo Jesulín ya se había ido. Así que lo comenté con Julián.

—Fíjate, Julián, yo que no he salido todavía de Sacedorbo, de repente me voy a ir al mar. Y a aprender catalán. ¡Toma ya!

Estábamos los dos sentados en uno de los poyetes del Cantón. Aquella plaza de detrás de la iglesia que era tan bonita como la plaza principal.

—Ojalá no te vayas Germán. Esto se empieza a quedar muy solo.

A las pocas semanas fue él quien partió para Zaragoza. Cuando me lo dijo ya trataba de tomarle cariño a su nueva tierra.

—Germán, si ya una tía mía me regaló por mi comunión esta medalla de la Pilarica. ¡Por algo sería! ¿No crees?

Sí, entonces las oportunidades salían casi todos los días. Había un bulle bulle económico que producía innumerables opciones a quien tuviera ganas de trabajar. Quizá ganando poco y trabajando muchas horas. Pero eso a la gente de aquellos pueblos no le preocupaba en absoluto.

A mi padre le llegó una oportunidad desde Madrid. Quizá no era la mejor, pero sí suficiente para empezar. Además Madrid estaba cerca y había un autobús, un coche de línea como se decía entonces, diario con la gran capital. Los famosos coches de Flora Villa. Y aunque estuviéramos separados, la distancia no sería mucha. Si bien el autobús tardaba ¡cuatro horas!, después de más de veinte paradas, para recorrer una distancia de 145 kilómetros.

Un tío de mi padre vivía en un chalet por la Colonia Iturbe, algunos de sus hijos ya se habían ido de casa y tenía una habitación disponible en el sótano para mi padre y mi hermana. Además

mi padre tendría trabajo en una tienda de alimentación de dependiente, porque el dueño había caído enfermo, también de artrosis, y su hijo que, en realidad era ya el encargado de la tienda, necesitaba ayuda. Y quién mejor que mi padre, que era de total confianza.

A mi hermana le buscaron una ocupación doble: por la mañana estaría cuidando a un niño pequeño en otro chalet vecino y, por la tarde, con lo que le pagaran, podría ir a una academia a estudiar Corte y Confección.

Eso sí, tendría que ser rápidamente.

Mis padres lo hablaron y, tras la renuncia a Barcelona, esta decisión fue relativamente fácil.

Era primeros de diciembre. Eso quería decir que no pasaríamos las Navidades juntos.

Yo, en tanto llegaba el día fatídico de la separación, le decía a mi hermana Tere.

—¡Al final, tanto desearlo, lo vas a conseguir! ¡Ma-dri-le-ña!

Ella, cuando todavía faltaban muchos días, se mostraba segura y hasta eufórica.

—Pues sí, mocoso. Me pondré guantes y sombrero ¡y zapatos de tacón!

Luego, a medida que se acercaba la fecha, se tornó en una chica sentimental y hasta desvalida.

—Germán, ¿no te olvidarás nunca de tu hermana, verdad?

O, también:

—Yo solo soy una chica que todavía no tengo ni los catorce. Esto me ha venido un poco pronto.

Yo la miraba a los ojos. Y la comprendía. A mí se me partía el alma al verla marchar. Pero, ¿qué podía hacer yo? ¿Y qué podía hacer ella? Pues los dos, probablemente, lo mismo. Es decir, nada.

El último día, con la maleta ya cerrada, la había estado ordenando con nuestra madre aquella misma tarde, me llamó a su habitación.

—Germán, quería dejarte algunas cosas. Yo no me las puedo llevar todas. Además, no sé por qué, me da la impresión de que ya se me está pasando la edad para ellas. Y a quién mejor que a mi hermano del alma, ¿verdad? —terminó quebrándosele la voz y con las lágrimas asomando a sus ojos.

Se acercó a mí con uno de sus bienes más preciados en la mano, sus queridas pinturas que no dejaba a nadie. Un pequeño montón de cosas similares esperaban para mí encima de su tocador. Pero ya estaba llorando de forma incontenible cuando me las dio.

Nos abrazamos.

—No dejaremos que nadie nos separe, ¿me lo prometes, verdad? —me dijo al oído.

Y yo se lo prometí. Ni la distancia, ni otros mundos diferentes, podrían con nuestro cariño.

Al día siguiente nos levantamos todos temprano. El coche de línea para Madrid llegaba al pueblo a las siete de la mañana. Hacía un día frío y lluvioso, típico de diciembre. Íbamos en dos grupos. Delante, mi padre y mi hermana con una maleta cada uno. Detrás, iba mi madre, con un hijo de cada mano.

El coche llegó y vino también la hora de las despedidas. Yo pensé, mientras lo hacíamos, que nunca nos habíamos despedido antes.

Ya nos lo habíamos dicho todo en la casa, así que fue una despedida de pocas palabras, una despedida casi silenciosa.

Ellos dos subieron al coche, mientras el conductor buscaba acomodo a las maletas en el portaequipajes.

Sin que apenas nos diéramos cuenta, el autobús arrancó. Ellos nos dijeron adiós por la ventanilla y desaparecieron por la cuesta de San Roque.

Nosotros tres nos volvimos a nuestra casa. Apenas habíamos andado diez pasos mi madre empezó a llorar de forma desconsolada.

Entonces recordé lo que me había dicho mi padre.

—Germán, sé fuerte. Todos los días. Que ahora eres tú el hombre de la casa.

Sí, eran momentos tristísimos cuando las familias se rompían. Allí, en el pueblo, empezaba a suceder cada vez con más frecuencia. Quizá debía ser el pago, doloroso, que había que asumir por comprar el billete de un futuro mejor.

Pero la vida, entre tanto, continuaba. Y llegó la Navidad y yo pude hacer, por fin solo, mi primer belén. Ser el arquitecto de aquel pueblecito de oriente, que era muy parecido al mío, de aquel mundo que ya no aguantaría tal como era muchos años más. Sí, y yo tuve el placer de recrearlo como si no fuera a cambiar nunca.

Mi madre, sin embargo, estaba muy triste. Menos mal que contaba con Pepín, que no tenía que ir todavía a la escuela y le daba compañía. Se lo llevaba con ella a todos los sitios, particularmente cuando iba a cuidar del abuelo Hermenegildo.

Yo estaba muy liado con el tema de la preparación al Bachillerato y llegaba tarde a casa tres días en semana. Además me había sobrevenido un exceso de responsabilidad al ver la situación de mi familia y me había convertido en un chico aplicado en exceso. Jugaba ya menos en la calle y empecé a pedirle libros al tío Ezequiel. Particularmente novelas de aventuras y libros de viajes. De repente, al tener la certeza de que iba a abandonar el pueblo, me entraron ganas de conocer y amar el resto del mundo.

Y ya me imaginaba yo, de mayor, cruzando los mares lejanos y extraños que me acercaban, a su vez, a tierras exóticas, llenas de aventuras y de chicas tan lindas como aquella princesita rubia del cine, que había desaparecido en la pantalla en el caballo veloz de aquel indio tan fiero.

Quizá aquellos sueños míos eran tan solo una defensa de mi mente de niño para no sucumbir a la tristeza que nos embargaba.

El invierno era duro y frío. Y los días, cortos y oscuros. Mi madre luchaba por recuperar su sonrisa y su fuerza, pero no lo conseguía. Se sentía triste y desgraciada, con su familia rota y lejos.

A veces yo iba por la calle con ella y nos tropezábamos con algún vecino que iba con sus mulas a los campos. Y entonces mi madre se tapaba la cara con las manos y empezaba a llorar quedamente. Y yo no sabía qué hacer. Cómo ayudarla.

Vivíamos pendientes del correo. Cuando llegaba el cartero a nuestra casa nos poníamos muy contentos y mi madre abría la carta con excitación. Primero la leía para sí y luego nos la leía a Pepín y a mí. Aunque Pepín siempre acababa por distraerse y desaparecía jugando por el suelo con su coche. Así que, en realidad, me la leía a mí solo. Tal vez se saltaba algún párrafo que mi padre le escribía exclusivamente para ella, pero era como si los dos juntos, como una pareja cualquiera, tuviéramos que repartirnos, a medias, toda aquella carga de temores y esperanzas que era nuestra vida entonces.

Por la noche nos acostábamos muy pronto. Dormíamos los tres juntos en la cama matrimonial de mis padres. Uno a cada lado de mi madre. Pero Pepín caía inmediatamente dormido. Y entonces nos quedábamos mi madre y yo hablando de cosas intrascendentes, hasta que ella quería. A veces me cogía de la mano y me decía:

—Germán, vamos a rezar a ver si cambia nuestra suerte.

Y rezábamos los dos juntos mientras oíamos cómo la lluvia y el viento golpeaban nuestra

ventana en la oscuridad de la noche.

Mi hermana Tere también nos escribía. Lo hacía en hoja aparte. Y mi madre me la daba a mí para que la leyera en voz alta y también para que me la guardara luego con mis papeles y mis cosas. A mí eso me hacía mucha ilusión. Lo de guardarme las cartas de Tere, digo. Debían ser mis querencias por la literatura que asomaban sus raíces ya por entonces.

Ella era muy formal escribiendo, empezando con aquello de “Querida madre y hermanos: espero que al recibo de la presente estéis bien, por aquí bien, gracias a Dios...”. Pero luego, cuando acababa con los formalismos, salía la Tere pizpireta y sabionda que yo recordaba. “Germán, esto es alucinante, hoy he cogido por primera vez el metro, que va en un túnel enorme, no sé, de mil kilómetros o más. Es como si hubiera un mundo debajo de otro, igual de grandes... El domingo fui a la Puerta del Sol, donde empiezan todas las carreteras de España, porque esto es importante, no como el pueblucho donde te encuentras... por cierto, ¿te ha preguntado David por mí?”. Y en este plan.

A veces, percibía yo, por los resquicios de las paredes del edificio, lleno de optimismo y de ilusión, que nos presentaba Tere sobre Madrid en sus cartas, cierta melancolía que se esparcía, por aquí y por allá, en algunos rincones recónditos y perdidos de sus cartas.

—“Germán, supongo que seguirás yendo por el Salón del Callejón del Horno, cuenta, cuenta...”.

O también:

—“Germán, por aquí todavía no he visto nuestros chorlitos, nuestra habitación no tiene ventana, pero aunque la tuviera yo creo que no hay, ¿recuerdas nuestros chorlitos...?”

Yo leía y releía las cartas de Tere, en aquellas tardes interminables mirando el fuego, mientras mi madre hilaba el cáñamo o la lana, para hacer, luego, costales o jerséis, con aquellos husos que giraban como mis sueños de entonces.

—Mamá, ¿tú crees que en Madrid, tendremos coche?

—No sé, Germán. Allí mucha gente lo tiene. Pero nosotros todavía no nos hemos ido, recuerda...

Y yo también les escribía a ellos. Me acordaba mucho de mi padre. Y, por supuesto, de mi hermana. A veces me salían unas cartas calenturientas y medio lunáticas, totalmente alejadas de nuestra realidad del día a día. Pero, como decía antes, tal vez era solo una forma de alejarme de aquel tiempo provisional y triste o, tal vez, es que ya se iba fraguando en mi mente el deseo de contar historias, como hago ahora.

Capítulo 25

¡Hasta que la muerte nos separe!

También iba a ayudarle a mi abuelo Hermenegildo. Recuerdo que me aficioné a cortar leña en su corral. Iba yo con un hacha pequeña, un hachuelo decíamos entonces, y me dedicaba con aplicación a trocear un montón de cuartones. El oficio de leñador requería técnica y precisión en el golpeo. A mí me gustaba mucho. Porque luego ordenabas los leños cortados y notabas cómo tu quehacer había transformado, en cierto modo, la realidad, y aquellos trozos, más pequeños, podrían arder ya en la cocina de mi abuelo.

Pero aún más que trocear cuartones me gustaba coger los tarugos de roble secos, ponerlos sobre un tronco de apoyo y abrirlos por la mitad de un golpe certero en su centro. Y luego hacer astillas más pequeñas por el mismo procedimiento. Cuando dabas un buen golpe el tarugo se abría limpiamente como un melón.

En Sacecorbo cada vecino recibía gratis una suerte de leña en un bosque de chaparros. Aquel año, con la pericia que había adquirido en el corral del abuelo Hermenegildo me fui con mi madre a ver nuestra suerte y, ya puestos, derribé con mi hacha unos cuantos chaparros. Yo me iba haciendo un hombre. O eso sentía yo a veces. Pero, ya entonces, empezaron a aparecer las sierras mecánicas. Con ellas, claro, las cosas eran coser y cantar.

Lo mismo pasaba en el pueblo con otros temas. Convivían juntas, la nueva apertura al exterior de sus gentes y costumbres y, por otra, el respeto a hondas tradiciones que todavía trataban de encerrar la inercia del pasado bajo siete llaves.

Recuerdo que Amparito se casó con un chico de Almazán que había venido a trabajar en el Almacén del Trigo el verano anterior. La verdad es que casarse por aquel entonces en Sacecorbo, tenía su miga. Era una auténtica celebración, eso sí. Con una misa de gala, donde don Marcelo se esmeraba haciendo una liturgia cantada por todo lo alto, a la que sucedía luego un banquete en la casa de la novia de chuparse los dedos.

Lo malo era cuando llegaba la noche, para los novios quiero decir. Sería una noche inolvidable, pero por otros motivos distintos a los que uno supone para la noche de bodas.

Para comenzar, como el novio de Amparito era de fuera, los mozos empezaron los festejos tirándolo al pilón. Debía ser marzo y el agua estaría fresquita. No para los mozos, desde luego, que debían llevar sus buenos litros de vino en la andorga.

Después lo llevaron a un huerto y allí lo ataron a un árbol para que se secara, mientras a su alrededor los mozos cantaban y bailaban y, sobre todo, bebían. Y, hablando de beber, al pobre le pusieron un embudo en la boca y le metieron para el cuerpo todo lo que se les ocurrió.

El mozo perdió la olla, como no podía ser menos, y ya no se acordaba ni de que se hubiera casado el hombre. Así que se pasó toda la noche de borrachera con los mozos que empezaron a apreciar que también había tíos como Dios mandaba en Soria.

—¡Coño con este Reinaldo! ¡Y parecía lelo cuando lo compramos! —decía uno.

—¡No, si la Amparito, ya prometía desde niña! ¡Menuda vivales, para pescar a un mozo como éste! —decía otro, mientras brindaba con el pobre Reinaldo que no sabía ni dónde estaba ya.

A la novia le hicieron otro tanto las chicas, si bien de forma más fina, pero que acabó de igual manera.

Los metieron a ambos por fin en su habitación, donde debieron caer los dos derrotados. Pero cuando por fin se desnudaron y se dispusieron a meterse en la cama observaron que les habían hecho la petaca, que era una forma de doblar las sábanas que te dejaba reducida la cama a la mitad y era imposible estirarse en ella. Así que supongo que se tumbarían encima a dormir la mona, con aquel extraño que sentían a su lado, a quien parecía que acababan de conocer aquella misma noche.

Pero por la mañana, apenas habían conseguido cerrar los ojos, venían los mozos con un burro o con una mula, porque empezaba el “día de los jorguines”.

El jorguín era el tizne que desprendían los tizones cuando se consumían en el fuego y que también se adhería a las paredes de la cocina o a los tubos de las estufas.

Pues bien, con semejante pringue, negro como el azabache, se untaba la cara y el cuerpo de los novios. Luego, para que no parecieran unos carboneros, les daban por aquí y por allá unas capas de colorete o pintura roja. Y, claro, quedaban los dos como unos verdaderos cromos.

Subidos de esta guisa en la mula, los recorrían por todo el pueblo para espectáculo y divertimento de la parroquia, que les tiraba de todo: agua, vino, cañamones, arroz, alguna rosa y les cantaban de todo, claro.

—¡Vivan los novios! —gritábamos los niños, mientras mirábamos al suelo a ver si alguien echaba algún caramelo o cañamón anisado.

Cuando se cansaba o se aburría la gente de una esquina de la calle se los llevaban a otra que los recibía con ganas de empezar de nuevo la fiesta.

En fin, todo el mundo sobrevivía, como constatábamos todos los niños que allí estábamos, que habíamos venido al mundo después de aquellos días tan “especiales”. Los primeros de aquella etapa larguísima que empezaba entonces, a la que llamaban y llaman matrimonio y que, en aquel tiempo, sí que era, porque no había bifurcación posible, un “hasta que la muerte nos separe”. ¡Hombre, si habían superado juntos todas aquellas chanzas y bromas, lo demás que venía a continuación debía ser ya todo cuesta abajo y pan chupado!

Claro que al pobre Reinaldo, que seguro que quería mucho a su Amparito, pero no tenía por qué querer de igual modo a los mozos de su pueblo, se le acabaron de hinchar las narices cuando, después de todo, éstos le exigieron el pago de lo que se denominaba “la patente”.

La patente era un canon que debía pagar a los mozos del pueblo, el mozo forastero que osaba quitarles a una de sus mozas, que eran todas las chicas de Sacacorbo; vamos, todas las que estaban en edad de merecer.

Con la mencionada patente los mozos cogían la última cogorza con la que celebrarían el enlace y perdonarían, definitivamente, al usurpador de su territorio femenino.

Pues bien, por ahí no pasaba ya el bueno de Reinaldo. En su tierra no se practicaban ya semejantes y arcaicas costumbres y pensaba el hombre que ya había dado suficiente juego para solaz de aquellos brutos.

Así que pensó en levantarse al día siguiente sigilosamente con su Amparito. Coger la trillana hasta Sigüenza y, desde allí, el tren, hasta Almazán, donde se irían a vivir y aquí paz y después gloria. Seguro que tendrían que volver alguna vez a Sacacorbo, pero ya habría pasado el tiempo

—¡Y el tiempo todo lo cura! —pensaba.

Pero cuál sería su sorpresa cuando al ir a salir de su casa aquella mañana, no pudieron hacerlo. Por un momento pensaron que, tal vez, no habían sido lo suficientemente sigilosos o que alguien se había ido de la lengua.

Bueno, a grandes males, grandes remedios: saldrían por la ventana, o por la puerta trasera que daba al corral.

Pero, al poco, pudieron comprobar que no iban a poder salir de aquella casa. Por ningún sitio: todas las puertas y ventanas habían sido tapiadas durante la noche.

Además empezaron a escuchar un montón de cencerros. Como si un enorme rebaño de ovejas rodeara aquella casa. Su Amparito le explicó a Reinaldo que se temía que les estaban dando una “cencerrada”. El castigo por no querer pagar la patente. Aquellos cencerros no se irían de allí nunca. A no ser que el bueno de Reinaldo aflojara el parné.

Cuentan que Reinaldo tuvo que pagar el doble de lo habitual, pero yo nunca supe si fue cierto. Y, luego, coger pala y pico y dejarle a su suegro la casa como estaba en un principio.

Aquellos mozos de Sacecorbo, cuando se ponían, y se unían, eran de armas tomar.

Capítulo 26

El Corpus, las flores y las estrellas

Y llegó la primavera y el buen tiempo. Las margaritas poblaban los verdines y las eras y, después, los campos se llenaron de amapolas rojas. El día del Corpus Cristi había procesión. Para mí que era una de las más bonitas del año. Si no la que más.

Los mozos dejaban escapar al cielo azul, purísimo, unos cohetes que subían muy alto, hasta el infinito. Yo los había tirado una vez con mi padre que me enseñó cómo hacerlo.

—Coge el cohete así, sin apretar. Y no lo lances para arriba, que él subirá solo —me decía, mientras acercaba un cigarrillo encendido para que yo lo cogiera con la otra mano.

Luego lo acerqué a la mecha y se prendió. Por un momento me asusté y tuve la tentación de abrir mi mano, soltar el cohete y salir corriendo.

Mi padre me dijo:

—Germán, ahora aguanta un poco, cuenta hasta tres, sin apretar.

Entonces el cohete ascendió como su nombre indica, dejándome a mí aquel olor a pólvora y misterio.

Y luego yo levanté la vista al cielo y la mantuve fija allí hasta que el cohete explotó y pude ver, entonces, dónde iba a caer la vareta, para ir a recogerla y guardarla de recuerdo.

En la procesión del Corpus, esta entraba en las casas y en los corrales de los vecinos del pueblo. De los que habían preparado algo, claro. Normalmente era un pequeño altar hecho sobre una mesa, revestida con unos manteles bordados y con alguna imagen de la Virgen sobre él, a cuyo lado se disponían unos platitos y, sobre ellos, unas lámparas de aceite encendidas sobre el líquido del mismo nombre.

También se colocaban en el altar macetas llenas de geranios en flor, ramos de lirios, centros de rosas. Porque la procesión del Corpus yo la recuerdo, sobre todo, por sus flores. Por la alegría que siempre han tenido para mí las flores, que son unas de las cosas más bonitas, más perfectas y más conmovedoras de este mundo.

Entonces estaban ya todos los rosales en flor y la gente cogía los pétalos de las rosas hasta llenar una bolsa grande. Luego se esparcían por el suelo. Hasta que se formaba una alfombra roja, rosa y blanca que llevaba a la procesión, desde la calle hasta el pequeño altar doméstico del interior.

Aquel día yo creo que me enamoré de Mabel. Aunque yo no pudiera expresarlo, ni siquiera interiorizarlo entonces, porque probablemente no sabía lo que era aquello.

Iba yo en la cabecera de la procesión, de monaguillo al lado de don Marcelo. Entramos al patio de una casa que estaba lleno de rosales, de geranios, de lirios, de palma rizada, de claveles y de hiedras. Y el suelo era una alfombra roja, hecha de pétalos, perfumada y crujiente a nuestro paso. En el cielo había un azul purísimo y un sol alto y brillante. Por lo menos así lo recuerdo yo.

De repente, la vi al lado de aquel altar lleno de flores. Con su melena al viento y un vestido amarillo que yo nunca le había visto. Entonces se levantó un golpe de viento y todos los pétalos

de flores del suelo volaron por el aire como en una fiesta llena de confetis. Estaba bellísima en aquel escenario lleno de magia y color. Entonces ella me miró y me sonrió. Y yo comencé desde aquel día a adorarla.

No habíamos hablado mucho hasta entonces. Solo coincidíamos en las clases que nos daba su padre de preparación al Bachillerato y allí, en presencia de don Olegario, yo me centraba en mis estudios que era lo que más me preocupaba en aquellos momentos.

Alguna vez se me había pasado por la cabeza acercarme a ella cuando la veía en la calle o en la plaza, pero la posibilidad de ver luego nuestros nombres pintados por el frontón, por el lavadero y por el Chorlite, como había ocurrido con Consuelito, acababa por inhibirme. Además también temía que don Olegario se enfadara entonces conmigo y al final no pudiera presentarme a los exámenes de la beca.

Precisamente a los pocos días del Corpus, teníamos que ir a examinarnos a Guadalajara. Pero, cuál sería mi sorpresa, cuando llegamos a su casa Petrita y yo y nos dijo don Olegario que Mabel no tenía necesidad de examinarse para ninguna beca, así que iríamos en su coche, un viejo seiscientos verde, Petrita y yo, en el asiento de atrás, y en el de delante el propio don Olegario al volante y su hermana.

Yo estaba muy emocionado porque iba a ser la primera vez que iba a salir del pueblo. Esto era lo normal en niños de mi edad, salvo que hubiera mediado algún asunto de enfermedad o similar. Como era el caso de Petrita, que me dijo que había estado en Cifuentes, porque un día cuando era muy pequeña le dio un mareo y se cayó al suelo redonda y entonces don Marcelo se ofreció a llevarla hasta el médico, para que vieran lo que le pasaba. Lo cual, al final, no había resultado en nada preocupante, según me dijo, sino solo que se había levantado muy rápido de la cama y se le había quedado sin riego por un momento la cabeza.

Una vez dentro del coche, don Olegario nos empezó a explicar de nuevo cómo iba a ser el examen y luego comenzó a preguntarnos diversas cosas que él pensaba que convenía recordar, así que no me pude concentrar en la despedida, momentánea eso sí, de Sacecorbo. Ni tan siquiera en mirar ni una sola vez por la ventanilla para ver cómo el pueblo se iba alejando de nosotros y aquel mundo, tan querido por mí, se hacía cada vez más y más pequeño, hasta que desaparecía en la distancia.

La verdad es que el examen no me salió mal. Ni a Petrita tampoco. Yo creo que los dos éramos muy buenos estudiantes. Y, además, muy trabajadores.

Cuando terminamos, don Olegario nos llevó a dar una vuelta por Guadalajara. Estuvimos en la Concordia que resultó ser un parque muy bonito y que, aunque no era muy grande, comparado con el Parque del Retiro de Madrid, en cierto modo era parecido según nos explicaba don Olegario. A mí todo aquello me interesaba mucho y acrecentaba mis deseos de conocer mundo, muy estimulado también por los libros de aventuras, de Julio Verne y de Salgari y, también, por un bellissimo tomo de geografía que me dejaba mi tío Ezequiel.

Luego nos fuimos a ver el Palacio del Infantado que, aunque no era un Palacio de Reyes, sí había sido de Duques, y muy importantes: los Duques del Infantado. En su tiempo los más importantes de España, que se codeaban de tú a tú con el rey Felipe II, según nos explicaba con cierto orgullo don Olegario. Sí, en aquella familia de los Mendoza debían haber sido muy ricos, aquel palacio tenía una fachada imponente.

Por último nos llevó a ver el Puente Árabe sobre el río Henares que a mí me impresionó mucho. Por la altura que tenía y por la fascinación de ver el río, allí tan ancho. Yo sabía que el Henares no era un río importante, quizá por ello me sorprendió más verlo como un gran río. Don Olegario nos explicó que aquel puente era el monumento más antiguo de la ciudad. Que

había sido iniciado por los romanos y completado por los árabes en tiempos de Abderramán III. A mí me impactaban sus cuatro grandes ojos y aquellas cuatro pilastras enormes. Como me decía mi tío Ezequiel muchas veces, había cosas bonitas e impresionantes en el mundo. Y no me las podía perder, quedándome en aquel submundo tan pequeño, que era el que entonces yo conocía.

—Germán, venga, ¡vámonos! —me decía, casi me gritaba, don Olegario para apartarme de la fascinación de ver las aguas correr bajo aquel puente.

¿Por qué la vida vuelve siempre a sus inicios? Yo tengo la sensación de haberme recorrido el mundo, no es porque yo lo recuerde de forma muy precisa, es que puedo verme en el viejo álbum de fotos que tengo en una estantería de mi despacho.

Así que repaso los sitios más dispares de la tierra, desde la Ópera de Sidney a las playas del Mar de Tasmania en Nueva Zelanda, desde la Ciudad Prohibida de Pekín a los rascacielos de Hongkong. O desde la Plaza Roja de Moscú hasta los fiordos noruegos. O desde el sky line de Nueva York hasta el edificio más alto del mundo en Dubai. O desde las sombras que cubren los canales de Venecia a las alegres plazas de La Habana... ¡Y tantos otros! Lugares que, al parecer, me hicieron un día vibrar. Hoy los veo como cuando recorro un cementerio y observo los imponentes mausoleos de gente, sin duda importante, pero que ya están silenciosos y mudos, para siempre.

Así que vuelvo a mis inicios, donde yo nací y me crié. Donde aquellos paisajes tienen todavía toda la vida que les insuflamos entonces, cuando éramos tan niños que cada día los estrenábamos y sentíamos que, en nuestro pecho, latía aquella fuerza inigualable que tenía la vida cuando empezaba.

Sí, ahora prefiero recorrer en mi mente el misterio de La Cueva, camino del Guijarral y de Monseco. O la lejanía y majestuosidad de El Cerrazo, allá en los confines del término. O la aventura y el romanticismo del Barranco de La Hoz. O la tranquilidad, la serenidad de El Valle. O la brisa que recorría el Alto Llano, cerca del Otero. O aquellos nombres tan bonitos de Panromero, Valhondo, La Húmeda, Las Huertas, La Lagunilla, las Fuentes del Val de la Madera, Las Praderas...

Un día vino el cartero a casa. Traía una carta de Guadalajara. Me concedían una beca de 6000 pesetas para cursar el primero de Bachillerato en el Colegio de la Sagrada Familia de Sigüenza.

—¡Germán! ¡Lo has conseguido! ¡Enhorabuena, hijo! —exclamó mi madre acercándose para darme un beso.

En casa lo celebramos por todo lo alto, mi madre, mi hermano Pepín y yo. Para mí lo más importante era ver la alegría en los ojos de mi madre de nuevo y el orgullo que yo despertaba en ella.

Estábamos finalizando la primavera y casi, también, la escuela. Las tardes eran agradables y largas y el aire tenía ese aroma de ebullición, cuando la naturaleza se reviste con toda su pompa, ya próximos al verano, donde casi todo terminaría agostándose.

Una de aquellas tardes, un poco antes de ponerse el sol, me había subido yo a un carro que estaba aparcado al borde de la carretera, justo en el callejón de don Amado. Era el carro de nuestro vecino el tío Castañas, con el que teníamos mucha confianza.

Estaba lleno de haces de hierba, provenientes de la era y de las tierras de nuestro vecino que él había estado segando con su dalla, que era una guadaña larga y productiva. El verano se iba aproximando y había que ir acondicionando las eras para cuando se iniciaran las labores de

recolección del grano. Probablemente el tío Castañas llevaría aquella hierba a sus ovejas en los días siguientes.

Yo me había subido allí arriba con uno de mis libros de aventuras y con el tomo de geografía de mi tío Ezequiel. Se estaba muy bien tumbado allí encima —pensaba y sentía yo— sobre aquellos haces de hierba que desprendían aquel olor tan verde y penetrante. Además, aquel sitio me permitía ver pasar a la gente de la carretera pero, al mismo tiempo, mantenerme aislado y concentrado en la lectura.

De repente, sentí que ella venía por la calle. No me hizo falta ni verla ni oírla. Simplemente lo sentí, lo adiviné de golpe. Levanté la cabeza y, efectivamente, regresaba en dirección a su casa que estaba en las escuelas, mi extraña amiga Mabel.

No había vuelto a verla de cerca desde el día del Corpus, únicamente a distancia en el patio de la escuela, o por la calle con su hermana Charito y su tía.

Me incorporé en el carro y levanté, aún más, la cabeza para que ella me viera. El carro no estaba totalmente lleno y, si te recostabas en la hierba, quedabas oculto para los de abajo. Salvo que te incorporaras y estiraras el cuello, claro.

Ella pareció alegrarse cuando me vio y, rápidamente, vino hacia donde yo estaba.

Llevaba aquel vestido amarillo que yo le había visto por primera vez durante la procesión del Corpus y que a mí me gustaba tanto.

Se detuvo junto al carro, interponiéndose entre el sol, que ya estaba muy bajo, y yo. La luz llenaba de brillos y de incandescencias su pelo y dotaba a su cara y a toda su figura de una especie de aura mágica y celestial.

—¡Pero, bueno, si está aquí el nuevo Bachiller don Germán! —me dijo con el mismo tono que la primera vez que hablamos, no con mofa, sino con cariño, buscando una complicidad entre nosotros.

—Hola, Mabel. ¡Qué sorpresa!

Yo no quería preguntarle por qué no había venido a examinarse con nosotros. Intuía que era algo triste, así que, en su caso, mejor que me lo dijera ella.

—¿Qué haces? ¿Otra vez estudiando? Si ya me han dicho que tienes tu beca... —seguía utilizando aquel tono ligero conmigo.

—No, no, mira, es “El corsario negro”...

—Sí, pero ese otro es de geografía, ¿no?

—Bueno, pero no lo hago para estudiar, sino para conocer mundo... Es muy interesante —y extendí la mano para mostrárselo.

Entonces ella se acercó más y se agarró a una de las ruedas del carro.

—A ver, enséñamelo... ¡Anda, ayúdame a subir!

Yo, por un momento me turbé. ¡Pero sentía aquella creciente alegría por dentro...!

La cogí de una de sus manos y ella se apoyó en la rueda con la otra. Escaló por los radios y luego nos sentamos los dos sobre la hierba segada.

Yo me quedé un momento pasmado. Ni en mis mejores sueños podía imaginar que algún día tendría la oportunidad de estar tan cerca de aquella chica que me gustaba tanto y en un espacio tan íntimo y peculiar como aquel.

Ella miraba al sol que nos bañaba a los dos con aquellos últimos rayos que, a veces, nos hacían cerrar los ojos.

—Entonces sabrás muchas cosas de América... —casi susurró, con los párpados entornados, mientras miraba con tristeza el horizonte que se estaba tiñendo de rojo y amarillo.

—Sí, claro... —me animé, aquel tema me podía permitir hablar mucho sin ponerme

demasiado nervioso—. ¿De qué país quieres saber cosas?

—De cualquiera, el que más te guste... Bueno, quizá de México... —y se echó para atrás, hasta quedar tumbada de espaldas, mirando al sol.

Yo permanecí sentado con mi libro en la mano, recopilando velozmente en mi memoria todo lo que le iba a contar de América, particularmente de México.

—Bueno, sabes que América antes era un continente oculto. Que no existía a los ojos del mundo civilizado. Y que Cristóbal Colón, con el dinero de nuestros Reyes Católicos, bueno, no sé si te aburro... —por nada del mundo quería decirle algo a aquella chica que la disgustara, que la hiciera perder interés, se levantara y se fuera de allí.

—No, Germán... Sigue, sigue... —su voz cada vez era más triste—. Me ha gustado mucho eso de que América era un continente oculto...

Estuve contándole de América y de México todas las cosas que sabía. Inclusive, a veces, me inventaba sobre la marcha lo que iba diciendo. No quería por nada del mundo que aquello se terminara.

De repente, fui a consultar una cosa en el libro y me di cuenta de que se había hecho de noche y ya no podía leer en él. Me quedé un momento callado, sin saber qué hacer. Y entonces la oí.

—A mí me gusta mucho mirar a las estrellas... Ese mundo lejano y brillante que, sin embargo, nos da tanta compañía... A mí me consuela. Y aparta de mí todos los miedos... ¿Y a ti? ¿Te gusta mirar a las estrellas?

Entonces yo levanté la cabeza hacia la noche estrellada. Y para abarcarla toda me eché también hacia atrás de espaldas. A su lado.

Me parecía todo tan íntimo, tan inusual, que me animé a hablarle de mí, de cosas también íntimas que no decía a nadie.

—Sí, me gusta mucho mirarlas... yo soy un chico muy miedoso, ¿no sabes cuánto!

Entonces ella se volvió para mirarme. Yo estaba turbado e inmóvil a su lado.

Y luego giró su cuerpo poniéndose de costado

—¿Sabes por qué no fui con vosotros a examinarme a Guadalajara? —me dijo con un deje triste y melancólico.

—No, no lo sé. Me extrañó. Pero no me he atrevido a preguntarte —la sentía tan cerca de mí y era tan de noche que solo percibía su aliento cálido y sus ojos que eran como dos estrellas más que brillaban en la oscuridad.

De repente, fue a decir algo y estalló en un mar de sollozos. Era un llanto incontenible. Yo notaba su cuerpo, junto al mío, lleno de espasmos. Ella buscó cobijo en mi hombro apoyando su cabeza en él. Yo estaba absolutamente sorprendido y turbado y sentía un cariño y una pena enorme por el gran sufrimiento que tenía dentro Mabel.

—Abrázame, Germán, abrázame... —me dijo, como si tiritara de frío, apretándose más contra mi costado.

Yo pasé mi brazo por sus hombros y la atraje hacia mí. Alguien pasaba por la carretera, aunque era difícil que nos viera por la oscuridad y porque estábamos ya totalmente ocultos dentro del carro.

Ella se fue tranquilizando poco a poco, mientras yo le acariciaba el pelo y los hombros y miraba a las estrellas como preguntando a aquellos testigos brillantes y mudos qué era lo que estaba pasando.

Por fin ella musitó:

—Me marchó Germán, muy lejos... Por eso no necesito ya ninguna beca.

Yo en lo último que podía pensar en aquellos momentos era en verla lejos de mí.

—¿Lejos?, ¿a dónde, Mabel?

—Verás, es una larga historia, no sé si quieres que te la cuente...

—¡Claro que sí! ¡Me gustaría tanto saber qué es lo que te pasa...!

—Es sobre mi padre... ¡y el caso es que no puedo tener nada contra él! O sí, no lo sé... El destino es, a veces, tan caprichoso, ¿no crees?

Yo aquella noche le hubiera dado la razón en todo.

—Sí. ¿Y por qué os tenéis que marchar lejos? Bueno, ¿por qué él se tiene que marchar tan lejos? —le dije luego, siguiendo aquel hilo conductor que ella había mostrado.

—Mi madre se murió hace año y medio. Ellos se querían, yo creo que se querían... Fue una rápida, ¡tan rápida y tan terrible enfermedad! -luego suspiró un momento y continuó como hablando no solamente para mí, sino para sí misma—. Estábamos en un pueblo de Cuenca en el que ellos eran los maestros... Cuando todo terminó mi padre pidió que le mandaran a un pueblo lejos de allí, aunque en principio nos íbamos a quedar un año más. Él no iba a poder soportarlo. El permanecer allí, quiero decir. Y nosotras tampoco —se detuvo un momento y cogió de nuevo aliento para continuar—. Y así es como aparecimos el año pasado aquí, en Sacecorbo.

Sí, aquello es lo que yo, bueno, yo y toda la gente del pueblo, sabíamos. Aparte del dolor por la pérdida de su madre no veía nada extraño en lo que me estaba contando.

Yo esperaba que ella continuara. Pero a ella le costaba mucho contar lo siguiente. Yo trataba de ayudarla.

—Perder a una madre tiene que ser muy duro... Yo me volvería loco... Pero supongo que, luego, hay que continuar... -le dije animándola a que se desahogara.

—Sí, es muy duro Germán, como dices, muy duro... —suspiró de nuevo y luego continuó—. Pero Sacecorbo nos sentó bien a todos y yo estaba ilusionada con ir a las Ursulinas de Sigüenza a hacer allí el Bachillerato, pero algo se cruzó en nuestro camino...

Ella se detuvo de nuevo. Cada vez le costaba más el entrar en nuevos detalles.

—¡Pero si en este pueblo olvidado nunca pasa nada! —dije, en forma distendida.

—Sí, pero tenéis un buen cartero...

Yo estaba absolutamente perdido.

—¿Quién, Remigio?

—Sí, ¿a que no sabías que su mujer es de Alarcón, el pueblo donde estábamos en Cuenca y, además, muy amigo del cartero de allí?

—Pero, Mabel y ¿qué tiene que ver todo esto con lo que me estabas contando?

Mabel estaba llegando ya a donde no quería llegar. Yo entonces busqué su mano y se la apreté un momento.

—Sabes que soy tu amigo. Nunca te haría daño...

Ella empezó a llorar de nuevo, pero ahora quedamente. Y continuó contándome aquella historia, aunque a trompicones.

Tardó bastante en contármela, dando vueltas y circunloquios continuamente pero, de forma resumida, sería así:

Su padre había conocido a una chica mejicana que también estudiaba magisterio como él. Eran compañeros de clase y se enamoraron pero, a la hora de la verdad, su padre no se atrevió a marcharse con ella a México ni ella se atrevió a quedarse con él en Madrid. Así que se separaron. Luego, su padre había conocido a la que sería la madre de Mabel y se había casado con ella. Pero al parecer siempre se quedó en el interior de ambos un pálpito extraño, una nostalgia profunda y duradera por aquella vida juntos que no supieron materializar.

De una forma casual, otro estudiante de entonces, amigo de ambos en la Escuela de

Magisterio, tuvo que viajar años más tarde a México y se encontró allí con la mujer mejicana. Le dijo que don Olegario acababa de quedarse viudo y que estaba de maestro en Alarcón.

Ella, que nunca se había casado, y que ejercía de maestra en México D.F. y estaba al cuidado de su madre que era muy mayor y estaba muy enferma, le escribió entonces a don Olegario que, por aquel entonces, ya se había trasladado a Sacecorbo.

Y aquella carta, que estaba destinada a ser devuelta sin abrir a México, acabó, gracias al empeño de aquellos dos carteros amigos, redirigida a Sacecorbo. Y, a la postre, en las manos temblorosas de don Olegario.

Sí, el destino podía ser a veces caprichoso, sin duda. Quizá en esta ocasión iba a permitir a don Olegario y a su primera novia, que se llamaba Azucena, retomar aquel proyecto de vida juntos que hacía muchos años había quedado truncado. Quizá iba a ser algo muy bueno para ellos. Pero, también, iba a arrancar de cuajo a aquellas dos hermanas de su hábitat natural, arrastrándolas a miles de kilómetros de donde estaba enterrada su madre. ¿Qué sería de Charito y de Mabel en México?

Nosotros dos nos habíamos quedado en silencio en el carro lleno de hierba. Mabel estaba a mi lado, recostada sobre mi hombro, ya no lloraba o, si lo hacía, era muy quedamente. Sentía su cuerpo al lado del mío, bajo aquel manto del firmamento que nos cubría. Yo miraba a las estrellas, brillantes testigos mudos de mi pena. Nos habíamos quedado los dos empapados, calados hasta los huesos, tras aquella lluvia del implacable destino.

Al final empezaron a llover en mi interior unas gotas de resignación, mezcladas también con otras de rebeldía, ante el futuro. ¿Qué otra cosa podía hacer? Todo había sido muy bonito desde que ella apareció en la calle con su vestido amarillo. Pero estaba claro que aquello no iba a durar mucho más. Y yo suspiré entonces, buscando una última salida.

Respiré hondo y me llegó a mi mente el olor a hierba y, también, la fragancia a lumbre y limpio de su pelo.

—¿Me escribirás? —le susurré con una mezcla de tristeza y de esperanza.

—No me gustan las cartas, Germán. Nunca me han gustado. Y después de esto mucho menos —me contestó con un poso de dolor.

Lo entendía. Probablemente Mabel estaba dolida de separarse de los amigos que hacía en un pueblo y que luego perdía cuando trasladaban a su padre a otro. Y entonces las cartas a veces aparecerían de repente, ¡y podían hacer tanto daño! Aunque no tanto como aquella de México... Sí, Mabel era una chica inteligente y sensible y yo, en aquellos momentos, quizá solo era alguien que no quería perderla para siempre.

De repente oímos a su hermana Charito, que debía venir por la carretera, hablar con otra chica de su edad.

—Hola Luisi, ¿has visto a mi hermana?

—Hola Charito. Sí, la vi esta tarde con la panda de Sagi. Pero acabo de encontrar a ésta en la puerta de su casa. Ya han debido de terminar. Seguro que estará por ahí camino de casa.

—Gracias, Luisi. Voy a cercarme y le pregunto a Sagi.

Ellas no podían vernos. Las tablas del carro nos protegían tanto como la oscuridad de la noche.

Charito se alejó en dirección a la casa de Sagi, que vivía un poco más allá.

Mabel se separó entonces de mí y se dispuso a incorporarse para irse. Yo también me incorporé a su lado, envuelto en un halo de tristeza.

—¿Y qué pasa conmigo, Mabel? —le susurré.

Ella me miró. Había una gran pena en sus ojos. Extendió una mano y me acarició el pelo. Se

había despeinado con la hierba y ella me lo estuvo ordenando. Luego me quitó dos pajas que había en él.

—A nosotros siempre nos quedarán las estrellas, ¿verdad? —dijo señalándolas con el dedo.

—Sí —le contesté, como si fuera una promesa entre los dos.

Ella se limpió los ojos llorosos y se ordenó también el pelo con los dedos. Luego se puso en pie con rapidez y me dijo, ya con la desenvoltura del principio.

—Tengo que irme. ¡Adiós, Bachiller! —y se despidió moviendo en el aire su mano.

La vi cómo saltaba del carro. Yo me quedé en silencio y permanecí al abrigo de la oscuridad. Su hermana venía de vuelta por la carretera.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Charito.

—Ya iba para casa. Me metí en el callejón a hacer pis. ¿Qué hay para cenar?

—Creo que sopa de fideos y luego pollo.

—Qué bien, me gusta. Hoy creo que voy a cenar bien.

Fue lo último que escuché de ella.

Miré al firmamento. Por un momento pensé que, estando tan altas, veríamos los dos las mismas estrellas en el futuro, a pesar de la distancia.

Y eso me alegró.

Recogí mis dos libros y bajé también del carro.

Fui a casa contento, pensando en lo que habría de cenar. Tenía hambre.

Cuando entré en ella estaba puesta la radio.

Había una canción que me pareció que era de Gloria Lasso. Una cantante que entonces me gustaba mucho. Yo ya la había escuchado otras veces, pero aquella noche la comprendí mucho mejor.

*“No sé lo que veo en las estrellas
ni qué misterio entraña esta noche.
Yo levanto al cielo mi cabeza
buscando esté escrito allí tu nombre.
No sé lo que me susurra el viento
que llega hasta mí con tu fragancia.
Ni entiendo de golpe lo que yo siento
ni por qué de repente esta distancia.*

*Solo sé que estaremos siempre juntos
unidos más allá de la desgracia.
Porque yo iré a buscarte al fin del mundo
porque tú estarás allí...”*

—Hola, mamá, ¿qué hay de cenar?

Nunca más volví a verla. Quizá todo mi afán de recorrer mundo, cuando pude hacerlo, fuera, al final, solo un impulso, fallido, por encontrarla.

Cuando fui haciéndome mayor se fue diluyendo su cara en mi mente. Solo quedó la fragancia de aquel instante que vivimos los dos mirando las estrellas. Y la vaga pero imborrable estela en el cielo, que deja el aroma de los amores imposibles.

Capítulo 27

El primer baile y el último verano

Y llegó el verano. Mi último verano. Uno más de aquellos veranos largos e interminables que vivíamos entonces. Cuando el tiempo apenas pasaba porque cada día estrenábamos sensaciones, sentimientos, hallazgos y herramientas que, luego, irían madurando, moldeándose, para conformar lo que seríamos en nuestra vida adulta.

Aquel verano para mí fue el de los veraneantes. Nosotros, en mi familia, no teníamos que recoger cosecha aquel año, así que yo al final me juntaba con los chicos, hijos de emigrantes, que regresaban a pasar las vacaciones al pueblo.

Al principio yo estaba cortado ante ellos. A veces hablaban de cosas que yo no conocía, yo creo que hasta se pavoneaban de ello, como nuevos ricos que eran, pero con el tiempo fuimos recuperando juntos sensaciones de antaño.

Como con Julián, el viejo amigo de mi calle. Que, luego, hasta se sinceraba conmigo.

—También ha sido muy duro, Germán. Porque cuando llegamos a la ciudad éramos unos auténticos paletos. Y la gente hasta se reía por lo bajo de nosotros —luego se detenía, como si dudara en seguir por esa dirección—. Y eso que, para defendernos, íbamos casi siempre con gente de Sacecorbo que ya estaba allí. O sea que, no te creas, todavía no hemos salido de este pueblo, porque allí, en la ciudad, seguimos juntándonos con la gente de aquí.

Pero, claro, cuando venían de vacaciones a Sacecorbo, estrenando coche, aunque fuera de segunda mano, parecían alguien. Y se ponían sus mejores ropas. Y lucían blanquitos como la gente de ciudad.

Yo iba con ellos, pero me dolía cuando nos encontrábamos con otros chicos del pueblo que venían hechos unos piernas, después de haber estado acarreando haces de trigo con las mulas todo el día por los caminos polvorientos, o trillando, llenos de polvo y paja. Con sus cuerpos quemados por el sol, sudando y sin lavarse. Cuando nos veían, si podían cogían otra calle. Yo también lo había experimentado el año anterior. Llegaban a hacerte extraño, y de menos, en tu propio pueblo, que era lo más duro.

Yo me iba con Julián y con Chema, el primo de Bertín, a escuchar música a Los Olmos con un transistor que tenían. Nos tumbábamos en la hierba verde, a la sombra de aquellos árboles centenarios y fumábamos cigarrillos sisados a nuestros padres (bueno, yo se los sisaba al abuelo Hermenegildo). Desde allí se veía la silueta del pueblo, con toda la gente en las eras, o por los caminos, o segando en los campos, trabajando sin parar. Y yo me sentía mal. Como un forastero en aquel grupo.

—Germán, ¿por qué estás tan serio? —me decía Julián.

Y yo no sabía qué contestarle. O sí lo sabía. Lo que pasaba es que me daba vergüenza hablar de aquellas cosas.

También jugábamos a las cartas en el Portalillo de la Iglesia o nos íbamos en bicicleta a robarles las manzanas a los de Abánades.

En cuanto llegábamos a Abánades aparecían los huertos al lado del río, llenos de ciruelas y

manzanas. Entonces nos bajábamos de las bicis con una bolsa y les birlábamos a su dueños, directamente del árbol, lo que podíamos.

Hasta que aparecía alguien tirando piedras y gritando:

—¡Ladrones, fuera de aquí! ¡Veraneantes de mierda! ¡Fuera de mi huerto! —bramaba el dueño si, por casualidad, andaba por allí.

Salíamos del huerto pitando, claro. Nos montábamos en nuestras bicicletas como los cuatreritos en sus caballos, en las películas del Oeste que veíamos, y no parábamos de pedalear hasta que llegábamos a la mitad de la Cuesta de la Nava, donde nos bajábamos y allí, al frescor del pozo que había, nos comíamos las manzanas y las ciruelas.

Lo peor de aquel verano era que mi madre, de vez en cuando, me recordaba que el día uno de octubre tenía que tener todo preparado para irme al internado de Sigüenza. Un día cogimos la trillana, que era un autobús renqueante y antiquísimo, que debía su nombre a la empresa de los dueños que estaba en Trillo y nos fuimos a Sigüenza. Había un paraje que llamaban de las “siete revueltas”, cercano del pueblo de Ruguilla, donde discurría una pendiente llena de curvas cerradas y peligrosas.

El viejo autobús chirriaba en cada curva como si se fuera a desvencijarse allí mismo. Casi siempre en la mitad de la bajada de las “siete revueltas” había que parar el vehículo en una orilla.

—¡Facundo, para, que mi tía está muy blanca y va a vomitar!

Entonces Facundo paraba, acercándose a una cuneta y protestaba por lo bajinis.

—¡Y luego querrán llegar a tiempo! ¡Si es que la gente coge tan poco la trillana que, claro, en cuanto hay una vuelta se marea!

A mí la verdad es que aquel día me vino muy bien que se detuviera por la tía Eduvigis. Bajé, estiré un poco las piernas y respiré profundo. Y me sentí mucho mejor, claro. Allí al lado, la tía Eduvigis estaba echando la pava junto a un espino, mientras le decía a su sobrina.

—¡Si es que ese Facundo conduce como un loco! ¡Cualquier día nos despeña por aquí! —y en este plan.

Cuando llegamos a Sigüenza, la trillana se paró en “las cuatro esquinas”, que era uno de los cruces emblemáticos del centro del pueblo, donde tenía su parada el autobús, al lado de un bar.

Nos bajamos y mi madre me dijo dos cosas:

—Mira, Germán, ahí enfrente está tu colegio. Y esa tienda de la esquina se llama “Los Robiscos”, donde vamos a comprar toda la ropa que necesitas. ¿Dónde quieres ir primero?

—Pero el colegio estará cerrado en estas fechas, ¿no? —le dije.

—Sí, creo que sí, pero podemos mirarlo por fuera.

—Ah, si es por fuera..., ¡vamos a verlo!

Nos acercamos a la puerta. Era un edificio muy antiguo. Luego me enteré que se había construido en 1768 con aval del rey Carlos III, que fue un monarca, al parecer, que no hizo más que construir y modernizar España. Yo entonces no sabía que había sido un hospicio, aunque bajo un nombre muy elegante: “Real Casa de Enseñanza y Misericordia”. Ahora pertenecía al Obispado, cuya sede estaba justo enfrente, en la misma calle.

De pronto salió un cura viejecito y bonachón. Y nos miró.

Mi madre no tuvo más remedio que explicarle.

—Es que mi niño va a venir luego, en octubre, y hoy nos hemos acercado a comprarle la ropa y a ver el colegio, aunque supongo que estará cerrado, ¿no?

—No, no, tenemos unos cursillos de verano. Pero yo, encantado, puedo enseñarles un poco el

interior.

Yo iba en silencio mirándolo todo. Y, a pesar de lo altos e impresionantes que eran los techos y de la antigüedad de sus muros, me encontré a gusto en él. Olía a libros y a estudiantes. Y eso a mí no me parecía ajeno.

Después fuimos a Los Robiscos y mi madre me compró de todo. Luego supe que había vendido unos corderos y unos cerdos de cría que teníamos para ello. Me compró un montón de ropa interior, pantalones, jerséis y sábanas para la cama.

Para probarme los pantalones me dijo el tendero que pasara a un probador. Yo entré y me daba una vergüenza enorme quedarme allí desnudo. Seguro que había algún agujero en las paredes para verme. Las estuve repasando una y otra vez, pero no encontré nada. Entonces oí la voz de mi madre.

—Germán, ¿qué pasa? Te estamos esperando.

Y yo salí entonces a que me vieran, con unos pantalones que me quedaban realmente bien.

Cuando terminamos, mi madre me dijo:

—Ahora tengo que bordarte en todo lo que hemos comprado el número que vas a tener en el colegio. Es un número muy bonito y muy fácil de recordar: 2895. Para que cuando te laven la ropa no se te pierda nada.

Sí, aunque yo no quería ni pensarlo, mi vida iba a cambiar muchísimo en cuanto terminara el verano.

Por aquel tiempo todo cambiaba también en el pueblo. O, quizá, no es que cambiara todo, lo que pasaba es que como veníamos de una época donde no se cambiaba nada, estos cambios se notaban mucho más.

Los veraneantes habían abierto una brecha en las murallas que habían encerrado al pueblo en sí mismo durante siglos, por donde se lanzarían muchas familias a la aventura de lo desconocido. Pero, también, los veraneantes llevaban nuevas costumbres y nuevas inquietudes a las mentes tradicionales de los vecinos.

Y la televisión, que reunía en el salón del Ayuntamiento a muchísima gente para ver sus programas, mostraba un mundo absolutamente distinto, aunque fuera en blanco y negro, que estaba allí afuera, esperándonos, lleno de oportunidades pero, también, ¡ay!, de temores.

Y, para colmo, alguien en el Obispado decidió cambiar al cura don Marcelo. El cura don Marcelo debía llevar en el pueblo treinta años. O más. El cura don Marcelo había casado a casi todos los matrimonios, bautizado a todos los jóvenes y enterrado a todos los mayores. Era, entonces, como el frontón de la pelota, la fuente, o el edificio de la propia iglesia. Algo que era permanente e inmutable en el paisaje. Un cimiento, y de los más importantes, de los que sostenían el pueblo entonces.

Le substituyó un cura primerizo que se llamaba don Rogelio.

Yo me lo encontré un día por la calle. Iba el tío sin sotana, ni nada. Únicamente aquel alzacuellos blanco lo distinguía de cualquiera de nosotros. Ya se notaban los vientos del Concilio Vaticano II.

Me acerqué a él y me presenté. Ahora era yo ya uno de los monaguillos con cierta experiencia.

—Buenos días, don Rogelio.

Y fui a buscarle la mano para besarle el anillo. Pero el tío ni siquiera se la sacó de los bolsillos.

—A mí no me llames don Rogelio. A mí, Rogelio, a secas —me dijo, tan sonriente.

A las viejas del pueblo les daba un soponcio, claro.

Una de las cosas más agradable de aquel verano fue volver a ver junta a mi familia. Aunque solo fuera una semana de principios de agosto. Entonces en Madrid, las tiendas apenas cerraban, dado que la gente se iba poquísimos de vacaciones fuera. Y siempre había que atender el negocio.

Fue una alegría inmensa. La verdad es que solo nos habíamos visto un par de días en Semana Santa. Recuerdo que mi padre entonces apostó fuerte por ganar algún banzo de los que se subastaban en alguna de las procesiones de aquellas fiestas. Aquello te daba derecho a cargar sobre tus hombros con uno de los palos que sujetaban a alguno de los pasos de la procesión: el Cristo Crucificado, el Sepulcro, la Virgen, etc.

—¡Cinco pesetas a la una!, ¡a la una y media! ¡A las dos!, a las dos y media! ¿Hay alguien que de más? —gritaba en la plaza, en la puerta de la iglesia, el sacristán, con don Marcelo expectante a ver cuánto se recaudaba para su iglesia.

—¡Seis pesetas! —gritaba uno desde el fondo de la plaza, dispuesto a mejorar la anterior apuesta.

—¡Seis, seis pesetas, han ofrecido por allí! —volvía a cantar el sacristán, y empezaba otra vez la cuenta—. ¡Seis pesetas a la una! ¡A la una y media! ¡A las dos! ¡A las dos y media!

A veces la gente se picaba y se enzarzaba en aquello de “y yo más” y subían y subían, con tal de dejar a su orgullo en buen lugar. Entonces a don Marcelo le brillaban los ojos de una forma especial.

Claro que el que ganaba no tenía que pagar aquel día. Sino que después ya le llamaría a capítulo el sacristán.

—¡Roberto Domínguez, apúntamelo, diez pesetas! —le decía el interesado al sacristán.

Y el tal Roberto iba pavoneándose con aire marcial a coger su palo en la procesión.

Luego habría que pagarlo, claro. A mí me dijeron que el sacristán a veces se las veía y deseaba para cobrar.

—¡Dígale a don Marcelo que si le vale un gallo! —y en este plan.

Yo creo que aquel año a mi padre no le hicieron mucho la competencia. Debían pensar que ya tenía encima demasiada desgracia con haber perdido las dos mulas.

También pujo para mí con una de las cintas, que llevábamos los niños y que salían también del paso de la procesión. Y hasta mi hermana llevó la corona de espigas en la mano.

El hombre no debía saber qué hacer para que nos cambiara nuestra suerte.

A mí me gustaban aquellas procesiones, sobre todo las que eran de noche, como la del Sepulcro. Todo el pueblo, muy junto, para cobijarnos del frío, oliendo a la cera de las velas y escuchando aquellos cánticos tan sentidos: “¿Por qué lloras Madre mía?/ ¿Por qué lloras Virgen pura?/ ¿Quién apagó tu alegría? /Dime, Madre, ¿qué mano impía/ vertió en tu pecho amargura? ”.

Recorríamos las cuatros esquinas del pueblo, las mujeres unas engarzadas con las otras, de bracete, y los hombres delante, llenos de silencio, como se marchaba en los entierros de verdad.

Sí, mi padre y mi hermana habían venido en Semana Santa, pero entre las procesiones, las misas, visitar a la familia, y poco más, habían vuelto a desaparecer de nuevo sin que apenas hubiéramos tenido oportunidad de hablar. O no lo suficiente, para sentirnos tan unidos como lo estábamos antes.

Por eso aquella semana fue distinta. Además era verano y con la ropa tan ligera, éramos más nosotros mismos y nos reconocíamos mejor, después de tanto tiempo. O, cuando menos, nos

veíamos muy bien los cambios que el tiempo había hecho en nosotros.

A mí me sorprendió muchísimo mi hermana Tere, que estaba hecha ya una mujercita y que tenía casi tanto pecho como mi madre. Además llevaba unas sandalias de tacón que la hacían ya una chica mayor, digna de estar ya en el club de las mozas, mientras que yo seguía siendo un crío.

Ella me lo notó. Yo pensaba que iba a pavonearse ante mí como solía hacer siempre. Pero no fue así.

Me di cuenta que no quería, por nada del mundo, que aquella distancia real que empezaba a haber entre nosotros anidara también en nuestro corazón.

—Iré a verte en el tren desde Madrid, Germán —me dijo un día mientras íbamos a ver al abuelo Hermenegildo.

—¿Estás contenta allí, en Madrid? —le pregunté.

—Sí, estoy contenta Germán. Pero también triste, a veces. Porque no estamos juntos. O qué se yo. Cuando te haces mayor, ya no es nada como antes —terminó con un deje si no triste, sí un tanto melancólico.

—¿Y cómo se es cuando te haces mayor? —yo trataba de acercarme a ella, aunque no sé si lo conseguía.

—No sé, Germán. Tal vez es todo algo más complicado.

Entonces se me ocurrió decirle algo que pensaba yo que a ella le gustaría. Era uno de sus temas preferidos.

—¿Sabes? Tu David me ha preguntado algunas veces por ti —la verdad es que no me había preguntado ninguna. Entre él y yo sí que había ya una gran distancia. Y, probablemente, me consideraba todavía un mocoso.

—¿Ah sí? Pues hazte el longuis la próxima vez —me dijo sin mucho calor.

—¿Y eso? —la contesté un tanto sorprendido—. Si es un chico muy majo.

—Bueno, pues ahora me parece un poco paleta, qué quieres que te diga —me contestó un tanto cortante.

Yo me quedé en silencio. Sin saber qué decir. A veces me parecía que ya no conocía a mi hermana.

Ella reparó en ello. Y yo creo que no quería que hubiera aquella distancia entre nosotros, que a veces volvía a aparecer sin apenas darnos cuenta.

—Germán, es lo que te decía antes de ser mayor. Que todo se complica un poco. Pero tú no te preocupes. Yo a ti sí que te quiero. ¡Y te querré siempre, no lo olvides!

Y me soltó dos sonoros besos en la cara.

Lo pasamos bien el resto de los días. Pero algo había a veces que se ponía en medio de los dos. Que ni yo ni ella tal vez sabíamos lo que era.

Hoy pienso que, quizá, era la propia vida que se expandía entonces, como he leído que hace, desde su origen, el universo. Y nuestros dos mundos, antaño tan cercanos, tan íntimos, se iban alejando el uno del otro. Cada día un poco más. Hasta que en un tiempo, todavía lejano, formaríamos cada uno nuestro propio sistema solar, con nuestra propia familia alrededor. A lo mejor era eso lo que trataba de decirme mi hermana Tere. Que de mayor era todo algo más complicado.

Mi padre y mi hermana se marcharon de nuevo a Madrid. Como yo también me marcharía en apenas mes y medio al internado. Y, entonces, en la familia estaríamos ya repartidos en tres sitios distintos. Qué pena, me decía yo, a veces. Aunque, tal vez, pronto se arreglaría todo.

Había visto a mi padre mucho más optimista en conseguir una vivienda para todos en Madrid. Aunque mi padre siempre era optimista.

Pero una vez que se hubieron ido, empecé a ilusionarme con la Fiesta del pueblo, para la que ya quedaba poco. La verdad es que los niños de entonces, y los de ahora, íbamos siempre de oca a oca, de ilusión en ilusión. Y, por ello, creo yo, éramos tan felices y el tiempo duraba tanto. Luego, de mayores, iríamos de preocupación en preocupación y el tiempo correría tan deprisa que nos haríamos viejos en un pis pas.

En San Bartolomé Apóstol, que era el patrón del pueblo, y que se celebraba durante cuatro días con el 24 de agosto como día principal, siempre venía una orquesta para amenizar el gran baile que se hacía en la plaza. Llevaba viniendo desde hacía muchísimos años. Se llamaban Los Bonanza y eran como si fueran ya de allí. Aunque venían de Cuenca.

A mí la música me gustaba mucho y ejercía una gran influencia en mi interior también. Cuando era más pequeño, podía quedarme embobado viendo cómo Justo tocaba la batería, con aquellos redobles de tambor tan potentes y aquel bum-bum que hacía el gran bombo del suelo cuando lo golpeaba apretando el pedal con el pie, el cual tenía una gran bola en el extremo que impactaba contra su tersa piel.

Pero lo que más me gustaba era el acordeón. Me podía quedar allí embelesado durante horas. Y, luego, cuando estaba en casa, yo imitaba su sonido mientras abría y cerraba los brazos como si lo estuviera realmente tocando.

Cuando era más pequeño, decía. Porque aquel año, si por algo lo recuerdo, es porque por fin me inicié en el baile. En el baile agarrado y con una chica, quiero decir.

La verdad es que los dos veraneantes con los que me juntaba, Julián y Chema, habían venido muy espabilados de la ciudad. Y querían probarlo, experimentarlo todo.

Había tres niñas sentadas en el poyete, bajo las acacias. Eran dos veraneantes y Sagi.

Nos acercamos los tres a ellas y Chema que era, para estas cosas, el más lanzado, les dijo:

—¿A que no os atrevéis a bailar con nosotros?

Ellas se miraron un momento.

Y Sagi tomó la palabra.

—Bueno, ¿por qué no?, pero yo me pido a Germán.

Yo me quedé pasmado. Bueno, que casi me dio un soponcio allí mismo. Yo iba el último de los tres, con la esperanza de que nos dieran calabazas y nos fuéramos a pasar el rato a otro sitio.

Sagi había sido novia, a nivel de rumor y de pintadas en las paredes, de Bertín. Pero aquello se había enfriado, como siempre pasaba entre niños de nuestra edad, con el paso del tiempo, como no podía ser de otra forma.

Mientras me acercaba a ella, me devanaba yo los sesos cavilando por qué Sagi me habría elegido a mí. Y me di una respuesta que nunca sabría si era o no la correcta: yo creí, en aquellos momentos, que me eligió porque ninguno de los dos éramos veraneantes. Ya entonces se producían estas divisiones entre nosotros.

Porque si no, ¿qué podía ser? Éramos absolutamente opuestos. Ella, una chica decidida, la sargento, la llamábamos entre nosotros, de armas tomar, vamos. Mientras que yo me consideraba un chico súper tímido, a veces retraído y muy sensible.

Así que, con la cabeza hecha un lío, salimos a bailar. Yo no había bailado nunca con ninguna chica, excepto un día que mi hermana Tere me enseñó a bailar una rumba. Pero aquello que tocaban los Bonanza no era una rumba desde luego, aunque yo no sabía muy bien lo que era.

Ya en la plaza nos enlazamos. Nuestras manos, juntas y estiradas, que luego moveríamos al compás y mi otro brazo en su cintura y el suyo en mi hombro.

Sagi era una chica tremendamente alta y rocosa. Prácticamente tan alta como yo, que era de los chicos más altos de mi edad.

A su lado me sentí todavía más apocado. Así que antes de empezar le dije:

—Sagi, es que no sé bailar.

A ella no pareció importarle.

—Ya lo sé. Ninguno sabéis.

Ellas sí sabían, porque bailaban entre ellas y además, qué se yo, porque se les daba mejor. Yo era como un pato mareado. Y la mayoría de los chicos a aquella edad también.

—Mira —me dijo como divertida—, vamos a contar los pasos.

Y entonces nos paramos a escuchar la música. Ella llevaba el compás con su mano que cogía a la mía. Y en un momento, cuando ya teníamos armonía con nuestras manos, se arrancó también con los pies.

—¡Vamos, Germán! ¡Ahora! ¡Un, dos, tres! ¡Un, dos, tres! ¡Y ahora vuelta!

Yo me dejaba llevar mal que bien. Hasta que le fui cogiendo el tranquilo. Y entonces ya repetía todo igual que ella me indicaba.

Pero Sagi se paró entonces y me dijo:

—Ahora tú, Germán. Tú me llevas. Porque en el baile manda el hombre.

Yo no me lo podía creer. Aquella sargento diciéndome aquellas cosas.

Sí, aquella fue la primera vez que yo supe que el hombre siempre tenía que llevar la iniciativa. Aunque fuera, la mayor parte de las veces, por el mismo camino que previamente le había marcado su pareja.

A partir de entonces nació y creció una corriente de simpatía entre Sagi y yo que todavía se mantiene. Ella nunca salió de Sacecorbo. Y todavía vive allí. Creció aún más y se hizo una mujer imponente. Aunque yo siempre vi en ella, también, la ternura de aquel nuestro primer baile.

Se acabó casando con un mozo un tanto alfeñique, casi cuatro chichas y un poquito más bajo que ella, lo que son las cosas. Que le hizo cinco hijos como cinco soles, eso sí todos chicos. Y que llevaba un tractor tan grande y tan imponente como su mujer.

Ya de mayores, cuando hablaba con ella me decía:

-Germán, si yo no salí entonces del pueblo, cuando convenía. ¿Cómo voy a salir ahora que vivimos mucho mejor que vosotros?

Y yo me alegraba mucho de escucharla. A veces, cuando voy, la veo conduciendo su coche por aquellas carreteras. Va erguida al volante y quién no diría que es un mariscal de campo.

La Fiesta se pasó, aquel año fueron célebres las guerras de cohetes entre los mozos, tirándose los unos a otros de noche por las esquinas, y encaramos el mes de septiembre. Mi último mes en el pueblo. Y mi madre empezó poco a poco a hacer los preparativos.

Un día me llamaba y me decía:

—Germán, sube conmigo que te voy a enseñar a hacerte la cama.

Y nos situábamos uno a cada lado de mi cama y me enseñaba a poner las sábanas. A alisarlas y dejarlas sin ninguna arruga, remetiéndolas bien por debajo del colchón. Y, luego, a poner la colcha con gracia y saber tapar con ella, sin que faltase, ni sobrase tela, la almohada. Con aquellas curvas suaves que, cuando lo hacía ella, le quedaban.

Otro día, después de haber estado planchando, me pedía que le ayudara a doblar la ropa. Saber recoger las mangas de las camisas por detrás de las mismas y luego doblarlas por la mitad. Hasta que quedaban como yo las había visto, de nuevas, en el escaparate de la tienda “Los Robiscos”.

Y, después, a colocarlo todo bien en la maleta. Lo más frecuente arriba y lo más pesado e infrecuente abajo. Y aprenderme muy bien lo que llevaba y dónde estaba. Para no desbaratarlo todo el primer día buscando y rebuscando por ella.

Una tarde me dijo que tenía que aprender también a coser.

—Pero, mamá... ¿Realmente tengo que aprender esas cosas de mujeres? —me resistía yo. Y eso que no me veía nadie.

—¡Anda y por qué no! Allí no tendrás a ninguna mujer a tu lado. Y te vendrá muy bien. Los chicos sois muy destrozones. ¡Y esto te puede sacar de algún apuro en algún momento!

Así que aprendí a enhebrar la aguja. A hacer un nudo en la punta del hilo y empujar la aguja con el dedal. Estuve practicando poniendo unos botones. La verdad es que me gustaba ver cómo descendían por el hilo en alto, cuando metías la aguja por uno de sus agujeros. Y, luego, cómo adivinar, desde el revés dónde estaba el agujero de nuevo y pasar la aguja otra vez.

Me lo metió todo, bobina, hilo, dedal, botones y unas tijerinas en una bolsita a modo de costurero. Que yo escondí en el fondo de la maleta, con una vergüenza preventiva de que alguien cuando llegara al colegio pudiera vérmela.

La última tarde me preparó el agua caliente y me dijo:

—Ahora voy a bañarte, para que vayas bien limpio.

—¡Mamá, puedo hacerlo yo solo! —empecé a protestar.

—No te preocupes. Será la última vez —me dijo con pena.

Me estuvo bañando con una esponja llena de espuma. La oí canturrear por primera vez en mucho tiempo. Yo creo que eran las mismas canciones que cantaba cuando yo era muy pequeño. Las primeras canciones que yo escuché nunca.

Luego me secó con una toalla en silencio. Empecé a notarla muy triste. Se dio la vuelta y me dijo:

—Vete a vestirte.

Mientras me vestía la escuché cómo lloraba.

Después me llevó a despedirme de los abuelos, de los tíos y de los vecinos. Fue una tarde de abrazos y de besuqueos sin fin. Algunos me daban algo de dinero, otros, alguna estampita de la Virgen y todos me deseaban mucha suerte. ¡Pareciera que me iba a la mili!

Por fin volvimos a casa y estuve jugando un buen rato con Pepín y sus coches y sus soldaditos.

—Germán, pero las navidades están lejísimos. ¿Es que no puedes volver antes? —me dijo.

Se lo estaba pasando bomba conmigo, claro

—Ya verás qué pronto se pasa, Pepín —le contesté a él y, sobre todo, a mí mismo.

Nos fuimos a dormir como siempre los tres juntos en la cama de mis padres. Allí le pregunté a mi madre.

—¿Cómo te encuentras, mamá?

—Muy bien, Germán. Ya estoy contenta. Todo está preparado por fin. Ahora te toca a ti. Y yo tengo mucha confianza en ti. Como en nadie en el mundo.

Y yo me dormí arrullado por aquellas palabras aunque, luego, en sueños, también apareciera la fachada de aquel colegio imponente y antiguo.

Nos levantamos y nos vestimos. Repasamos una vez más las cosas que llevaba en la maleta y mi madre me entregó las llaves de la misma.

—Lleva cuidado Germán, que no se te pierdan.

Luego apareció la abuela Leonor para quedarse a cuidar de Pepín, que seguía dormido como un tronco, durante todo aquel día. Y por fin salimos a la calle para ir a coger la trillana, que paraba un centenar de metros más allá. Nos juntaríamos con mi padre en Sigüenza que llegaba en tren desde Madrid y se volvería allí ese mismo día.

Alcanzamos la parada un poco antes de las nueve, que era la hora que llegaba el autobús, y estuvimos esperándolo en silencio.

De repente, miré hacia mi calle y comenzaron a desfilar por mi mente todos aquellos años y todas aquellas personas que yo había conocido. Los vi a todos como en un segundo, como dicen que ocurre a las personas, cuando saben que van a morir y repasan toda su vida en un instante.

Llegó la trillana y Facundo se bajó resoplando del autobús y colocó la maleta.

—¡Lleve cuidado con la maleta, Facundo! —le pidió mi madre.

—¡Claro, como con todas, no se preocupe, señora! —le contestó el conductor cuando ya cerraba la portezuela del portaequipajes.

Subimos al coche y yo le pedí a mi madre ponernos en la última fila de asientos. Me levanté y estuve viendo por la luneta cómo nos alejábamos del pueblo San Roque arriba. Sentía que iba dejando atrás algo muy querido.

Pero no eran las calles, ni las casas, ni los huertos, no era ninguna cosa que fuera ajena a mí, lo que yo sentía que dejaba atrás.

Me di cuenta, mientras sobrepasábamos la ermita y el cementerio y enfilábamos la recta del Empalme cruzando la Vega, que lo que quedaba, esparcido por todo aquel paisaje, como una fina capa de rocío que lo inundaba todo, era una parte, la primera y quizá la más querida, de mí mismo.

EPÍLOGO

Capítulo 28

El sauce curvo

Sí, hoy recuerdo todo aquello como si estuviera ocurriendo en estos momentos.

Y no volví al pueblo por Navidades. En las siguientes semanas mi padre consiguió, como vigilante, un trabajo en el Economato de la Comisaria de Abastos y Transportes que llevaba aparejado el uso de una vivienda en el ático. Estaba en la Plaza de Manuel Becerra y allí nos juntaríamos de nuevo toda la familia.

Y, una vez instalados en aquel piso, poco a poco, como otros muchos emigrantes, aprendí a amar a Madrid, con todas mis fuerzas, a partir de entonces.

Lo que pasa es que, ¿cómo olvidar aquello que fue tan nuestro?, ¿cómo olvidar aquellos primeros pasos y aquellos con quiénes los dimos? ¿Cómo olvidar aquellas raíces que sustentan lo que hoy día somos? Yo no puedo, ni tampoco quiero olvidarlo.

Quizá por eso lo recuerdo todo, como si entonces fuera hoy.

Además, porque el hoy en mi mente ya no existe. No logro acordarme de lo que hice tan solo unas horas antes. Pero tampoco de lo que ocurrió después de aquello que he escrito. Hasta hace poco yo creo que sí lo recordaba, pero ahora todo lo cubre una espesa niebla.

Sí, no sé muy bien por qué me pasa, pero me estoy dando cuenta de que estoy llegando al final de mis recuerdos. Tal vez noto cómo la fuente que los nutre se va secando. Como antes, también se secó la memoria de mi vida reciente. Estos últimos hechos me temo que se perderán para siempre, porque no tengo forma de recuperarlos.

Por lo menos quedarán en este libro aquellos recuerdos que fueron mis raíces. Que definieron los cimientos de lo que un día llegaría a ser.

Así que busco un título para este libro, que todavía no sé por qué, ni para quién, empecé a escribirlo.

Le doy vueltas a posibles alternativas de nombrar este volumen de recuerdos, pero ninguna me satisface.

Me dirijo a buscar un cuaderno y anotar los títulos que se me ocurren y las ventajas y desventajas de cada uno de ellos. De repente me doy cuenta de que se me ha olvidado dónde iba a buscar el mencionado cuaderno. Es algo que me pasa cada vez con más frecuencia, que no llego a terminar las acciones que empiezo, porque me distraigo, me desconcentro o vaya usted a saber. Lo mismo cuando ya termine este libro recupero mi capacidad para concentrarme en el momento presente.

Así que abro el cajón de la mesa de mi despacho para coger una hoja y escribir en ella y, de repente, lo veo. Lo he debido tener trasapelado por ahí. Es un papel muy antiguo que yo redacté de niño. Una página de mi cuaderno escolar de entonces, manuscrita con lápiz de mina fina, que

yo escribí al dictado de mi tío Ezequiel.

Se llama “Historia del nombre de Sacecorbo”. Y dice así:

“Sacecorbo es un pueblo de la provincia de Guadalajara muy antiguo. Yo, Ezequiel Palafox, con la ayuda de mi sobrino de 8 años Germán Palafox, después de algunas averiguaciones, puedo decir lo siguiente:

Sacecorbo se incorporó al Arciprestazgo de Medinaceli, que formaba parte de la diócesis de Sigüenza, tras la reconquista de todas estas tierras a los árabes por el Rey Alfonso VII en el año 1124. Por aquel entonces el pueblo de Sacecorbo se llamaba Salcecorbo y sus actuales vecinos también tenían un nombre diferente: Avenales (actualmente Abánades), Camporrotundo (actualmente Canredondo), Foncentejo (actualmente Ocentejo), Espligares (actualmente Esplegares), Sancti Felicis (actualmente Saelices de la Sal), Camella o Canales (actualmente Canales del Ducado) y Molini Sicci (actualmente el paraje de Molino Seco, o Monseco, donde se pegaron los hijos del tío Celedonio).

Sacecorbo fue siempre, mayormente, un pueblo agrícola y ganadero. Comprende bosques de encina, chaparro, pino, enebro y monte bajo, donde abundan el espliego, el romero y la aliaga. Se riegan algunas zonas con una abundante fuente proveniente de aguas subterráneas, llamada de la Barbarija y produce allí hortalizas, cáñamos y legumbres. En el terreno seco destaca el cereal: cebada, centeno, avena y, fundamentalmente, trigo. Y la ganadería se centra en ovejas y cabras. A la Villa de Sacecorbo ha estado muy unido tradicionalmente el pueblo de Canales del Ducado, a solo 5 kilómetros, en el que destaca su excelente Iglesia Parroquial del S XVII y estructura románica rural.

Sacecorbo se encuentra a 90 Kilómetros de Guadalajara, 145 Km de Madrid y a 1.116 metros de altura, siendo básicamente un pueblo de montaña.

Sacecorbo, que forma parte del paraje natural del Alto Tajo, tiene una cueva natural muy famosa, de más de 2 kilómetros de larga, llamada de Las Majadillas, a unos diez metros de profundidad, compuesta por Las Galerías Secas, la Sala del Tanque y la Sala de la Playa, con una corriente de agua subterránea a la que se accede por el estrecho Paso del Chumino.

Su población ha oscilado en el siglo XX en torno a los 450/ 500 habitantes, aunque, últimamente, se está notando una fuerte emigración, fundamentalmente a Madrid y Barcelona y, en menor medida, a Zaragoza.

Pero ¿cómo se llegó al nombre de Sacecorbo? Hay dos teorías fundamentalmente:

.Los que propugnan que el nombre deriva de un paraje al que los indígenas se referían como el “Sauce Curvo”. Antiguamente la palabra “Sace”, proveniente de “Saceda” iba asociada a paraje de quercineas: es decir, montes de robles y encinas (del latín cercus o quercus)

.Los que propugnan, por otra parte, que el nombre proviene de un paraje al que los indígenas en la antigüedad distinguían como el “Sauce del Cuervo”, aludiendo a un sauce o, quizá, roble en el que se aposentaba un cuervo espectacular. Sauce proviene de salce y roble de sace.

Tanto mi sobrino como yo, sin más medios ni herramientas de las que nos dictan nuestra mera intuición y, desde luego, el sentido poético del nombre, bautizamos sin ningún efecto práctico, sino meramente simbólico, como debiera ser todo en la vida, a nuestro pueblo común, la Villa de Sacecorbo, como “El Sauce Curvo” que, con el tiempo, enderezaría su postura hasta convertirse en la Villa galana y orgullosa que es hoy.

En Sacecorbo, a 24 de agosto de 1965 (día del Santo Patrón de San Bartolomé Apóstol).

Leo esta nota emocionado. Ya casi ni la recordaba. Pero me alegra ver que mi tío Ezequiel fue fiel a sí mismo hasta el final, buscando el sentido último y poético de las palabras, que se esconden unas detrás de las otras, como en un juego de cajas rusas infinito y universal.

A mí, hoy también, me gusta más “El sauce curvo”. No por nada. Es cuestión de sensaciones y querencias. Los cuervos, que pueden ser animales entrañables, a mí, no sé por qué, siempre me parecieron sombríos y tristes. Y a estas alturas de la vida uno prefiere agarrarse a la forma sugerente y extraña de un roble, o sauce, curvo.

Así que, de esta forma un tanto rocambolesca, he llegado al título de mi libro. Aunque no sé ni por qué, ni para quién, lo he escrito todavía. La vida es un nudo de enigmas.

Pero el título está afortunadamente ya decidido: el libro se llamará “Memorias del sauce curvo”, que recoge, creo yo, la esencia de todo lo que he querido decir: los recuerdos de un niño curioso y frágil, como creo yo que son todos los niños, que vino al mundo en esta tierra de árboles resistentes y antiguos donde le tocó nacer.

Miro por la ventana. Hace hoy un día luminoso en Madrid y el alma se me ensancha y se me llena de alegría. Como si todos estos días, y semanas, y meses, que he estado escribiendo cobraran de repente sentido y me encontrara yo como un cuervo poderoso posando en el sauce alto y fuerte de mis recuerdos. Y disfrutando de su paisaje. Ahora, quién sabe por qué, también me gusta la imagen del cuervo posado en el sauce. Y asimismo, por tanto, bautizo a mi pueblo con este nombre. Quién me lo impide. Nadie puede hacerlo. Porque los recuerdos y las querencias de uno son absolutamente libres.

Reparo de nuevo en la hoja que escribí con mi tío y me dispongo a guardarla de nuevo en el cajón de la mesa de mi despacho. Pero no llego a hacerlo. Últimamente todas las acciones que emprendo se abortan a mitad de camino. Pero esta vez no es que me haya despistado, como acostumbro, es que tocan a la puerta.

Me levanto de mi despacho y voy al hall a abrirla. No espero a nadie así que la abro con unas ciertas incógnitas en mi corazón.

Y, no sé por qué, me sorprende al ver a mi mujer que me mira apurada. Entonces le pregunto que por qué está tan preocupada.

Ella se desconcierta por un momento y luego no puede evitar comentar.

—Estaba preocupada porque me he dejado las llaves dentro al salir a la farmacia. Y no sabía cómo te iba a encontrar. El otro día no me conocías y tuve que llamar a Tere para que me abriera la puerta con sus llaves.

Yo no quiero decirle que no me acuerdo de nada de eso en absoluto. Solo deseo gritarle lo contento que me encuentro hoy con el título de mi libro, tan bonito y poético, de “Memorias del sauce curvo”. Así que la abrazo y consigo sacarle de dentro una sonrisa y un brillo en los ojos como el que hace tiempo ella tenía.

Ella entra y cierra la puerta y yo vuelvo a mi despacho y continúo con lo que estaba haciendo, lo que pasa es que ya no me acuerdo qué era.

Así que voy al despacho de mi mujer y la encuentro guardando las facturas de la farmacia y los resguardos de las recetas. Ella lo guarda todo en un bloc y después lo coloca en la estantería de su despacho.

Luego me dice, muy cariñosa:

—Germán, ¿qué te gustaría comer hoy?

—No sé, lo que tú quieras, Clara. Algo que tenga que ver con los sauces. Con los sauces curvos, quiero decir.

—Germán, explícate mejor —me mira un tanto extrañada.

—Con Sacecorbo, ya sabes, sauce curvo —y le hago un movimiento con los dedos para ver si lo capta.

—Ah, fenomenal, precisamente me ha traído Pepín unas judías verdes y unas longanizas de allí.

Y se marcha animosa hacia la cocina, feliz de verme hoy tan contento.

Entonces es cuando he visto en el suelo un papel que se le ha debido caer del bloc, al levantarlo y dejarlo en la estantería.

Me agacho a recogerlo y me voy con él a mi despacho, donde me gusta a mí leer tranquilamente.

El papel resulta ser un informe médico, aunque no sé todavía de quién es.

En el cuerpo del informe dice así:

“Tras haberle realizado al paciente un TAC (Tomografía Axial Computerizada) y una Resonancia Magnética Nuclear (RMN) para detectar su actividad neuronal, se le han practicado las pruebas habituales de memoria durante varias sesiones.

El diagnóstico se corresponde con la enfermedad de Alzheimer en fase I.

Los hitos de la misma en el tiempo venidero serán: progresiva inhabilidad para añadir a su mente nuevos recuerdos asociados a su vida presente. Aunque manteniendo sus recuerdos del pasado. Progresiva confusión mental y eventuales cambios de humor y en el lenguaje. Pérdida de memoria del corto plazo, presentando dificultades al interactuar en el entorno familiar y en el vecindario. Distracciones y desvaríos sobre todo al final del día por la fatiga y la falta de luz.

La fase I dará paso a la fase II, donde se agudizarán la falta de concentración y recuerdo de motricidades fundamentales llegando a no recordar aspectos básicos de cómo asearse, vestirse y alimentarse. Aislamiento y progresiva pérdida de los recuerdos de su pasado.

Por último, la fase de demencia severa se caracteriza por una falta de comunicación con el paciente ante el ensimismamiento y la falta de recursos emocionales del mismo. La progresiva desmemoria de aspectos fisiológicos básicos cuando se agudiza ocasiona en breve tiempo la muerte, que se produce en una media de 7 años tras diagnosticarse la enfermedad. Aunque, a veces, en los pacientes más jóvenes, todo se acelera y el final puede surgir en cualquier momento.

No existe actualmente una terapia que garantice en absoluto la recuperación del enfermo que se verá abocado a su final, aunque sí existen terapias paliativas y mitigantes que pueden retrasar levemente y, sobre todo, aumentar la calidad de vida de los últimos y terribles años.

Terapia inicial:

.Complejos vitamínicos para fortalecer la actividad neuronal implicada en la memoria y los recuerdos y monitorización periódica vía escáneres de la actividad cerebral.

.Apoyo en el hogar del individuo de cualquier actividad e iniciativa que acometa el paciente y que ejercite su actividad mental y su memoria.

. Ambiente relajado y feliz en su entorno y, en lo posible, ausencia de estrés.

Próxima revisión : 15 enero de 2015.

Firmado:

Doctor E. Parrondo.

Neurólogo Centro Sanitas Millenium. Plaza José María Soler, 7. Madrid 28016

De repente, algo golpea mi mente. No creo que sea ésta la primera vez que yo leo este informe. Le doy la vuelta, lleno de una inquietud creciente y allí me encuentro, por fin, el nombre del destinatario.

Hay primero una casilla que pone: “Responsable”. Y allí se indica el nombre de mi mujer: Clara Alsúategui. Y nuestra dirección y teléfono. Aunque no sabría decir muy bien si esa es nuestra dirección. Y mucho menos asegurar que ese es nuestro teléfono. Pero deben serlo.

Y luego leo mi nombre con letras mayúsculas: GERMÁN PALAFOX RODRÍGUEZ, en una casilla que pone: “Paciente”

Fecha diagnóstico: 15 de octubre de 2014.

Me quedo por un momento como helado. Sin poder reaccionar.

El informe lleva grapado a él un folio. Aunque no sé qué relación puede tener éste con él.

Es un poema escrito por mí de mi puño y letra que se titula : “¿Qué quedará de nosotros?” Y va fechado, precisamente, el día 15 de octubre de 2014. Dice así:

*¿Qué quedará de nosotros cuando a lo nuestro,
Que somos nosotros mismos y nuestros recuerdos,
Lo cubra, definitivamente,
El manto de ese silencio desértico,
De ese mutismo pétreo y eterno
Que ya avanza arrasando las últimas flores?*

*Y nada vivo ya palpita
Bajo la corporeidad marmórea y gris
Con la que se viste y se reviste
Una y mil veces más
El persistente olvido...*

*...Seremos, quizá
Como unos sonámbulos en mitad de la noche
Desnortados, inocentes y ufanos
Que se resisten a despertar
De su dulce y cálido sueño.*

*Y siguen buscándose, todavía, a tientas por las esquinas
En el enrevesado laberinto, imposible e infinito
Hecho de errores, éxitos, presagios y desaciertos
Que tan bien ha combinado el destino...*

¿Por qué será que todo esto lo siento como propio, Dios mío? Así que continúo leyendo ya ávidamente.

*...Tal vez vengan después otras nubes
Y esparzan su lluvia por tan desolado paisaje.
Y corran, entonces, nuestras cenizas, todavía juntas
Hasta los profundos sumideros
Que conducen a las cloacas oscuras*

Donde se pudren todos los recuerdos marchitos...

No sé por qué, pero empiezo a llorar quedamente. Como uno lo hace cuando lo está perdiendo todo. Y solo le queda ya despedirse de lo último que tuvo. Que, quizá, ya es solo todo su dolor. Todos sus recuerdos que también desaparecerán de su memoria.

Y, tal vez, ya solo quede pensar entonces en si algo mereció la pena, después de todo.

*¡... Y aun así nada habrá sido inútil!
Porque del dolor nacen, como las perlas,
Las joyas más valiosas.
Como las lágrimas lavan y embellecen
Tras la larga tormenta
Las pupilas más hermosos.*

*Así que llegarán a lo profundo de la tierra
Las raíces de las nuevas arboledas
Umbrías y recoletas.
Hasta ese sitio húmedo y oscuro
Donde reposa el cadáver
Que almacenó nuestros sueños
Y aun a nosotros mismos.*

*Y buscarán, allí, la fuente del primoroso verdor
Que cobije a los nuevos enamorados
Que las pasearán ufanos y decididos
Bajo ese velo de ensoñación y de futuro
Que nosotros tan bien conocimos.*

*Porque toda la belleza que hoy resplandece
Fue también luz brillante un día.
Aunque ahora viva en los profundos subterráneos
Donde giran las turbinas del pasado
Que siguen produciendo, sin embargo,
La energía y la luz que, aún hoy,
Siguen alumbrando al mundo...*

*...Y la vida volverá de nuevo a los espejos
—Sin que se note el truco,
De que ya han cambiado los actores -*

*Sí, regresará la vida
Con aquella emoción primera
Que tintaba de luz nuestros recuerdos
Y que, ahora, brillará en las pupilas de otros.*

*Mientras que nosotros, sepultados
Bajo los cimientos del viejo edificio,*

*Que sostienen el futuro
La volveremos a sentir
Muertos, aunque temblorosos.*

*Porque la vida siempre vuelve,
Cuando alguien te recuerda.
Y, pronunciando tu nombre,
Te rescata del olvido.*

*Como de golpe nace,
Como si del pasado,
Resurgiera,
Tras una noche muerta y fría
La cálida y dulce primavera.*

Capítulo 29

La enfermedad del olvido

Sí, es conmovedor cómo, a veces, el dolor descorre las cortinas para que uno contemple la totalidad del paisaje.

Ahora sé por qué escribí yo este libro y cuál fue su primera página. Lo escribí para luchar contra la enfermedad que yo tengo, que es la enfermedad del olvido. Porque cuando uno llega al recodo del camino, a partir del cual se vislumbra la densa niebla de lo desconocido, uno se pregunta, atónito, qué quedará al final de nosotros.

Sí, eso me pregunto yo. Aunque, creo que no solo yo, también todos, luchamos contra el terrible olvido.

Una enfermedad, que también corroe desde hace años a aquellos pueblos entrañables, diminutos y hermosos donde nacimos y que, luego, nos hicieron crecer. Una enfermedad terrible y silenciosa que solo tiene un antídoto: la memoria y los recuerdos de nuestra vida, que un día nos llenaron y pintaron de colores eternos todos aquellos paisajes. Los recuerdos, en definitiva, de lo que nosotros fuimos. Que son, en realidad, los anhelos por los que un día luchamos en aquellos primeros paisajes que nos vieron nacer. Y que servirán también para que todo aquello siga vivo. Eternamente.

Solo hará falta que alguien se interese por aquel tiempo nuestro y, de alguna manera, nos recuerde cómo éramos, y diga nuestros nombres y nos llene otra vez de vida. Aunque lo haga solo para conocer mejor a sus padres y a sus abuelos, o para contárselo a sus hijos o nietos. O, simplemente, para conocerse mejor a sí mismo y de dónde viene.

Ahora que lo comprendo todo, me levanto del despacho y voy a buscar a mi mujer, que está en la cocina, haciéndome unas judías verdes con tomate de la huerta de Sacecorbo y asándome en el horno una deliciosa longaniza de cerdo de la tierra.

Llevo en la mano el informe médico con el poema que, en realidad, era la primera página de mi libro, fechado el mismo día en el que asumí lo que el destino me tenía guardado.

La llamo y ella se gira. Y, al verme con los papeles en la mano, se queda seria y mirándome a los ojos.

—Ya sabes que un día no recordaré ni tu nombre —le digo a ella, y a mí mismo, con un dolor infinito.

Ella deja caer los brazos a lo largo del delantal y va a decirme algo, pero yo le pongo mi dedo en sus labios y le susurro:

—No es justo que yo ya no pueda vivir el presente contigo. Por ello quiero hacerte un regalo.

Ella intenta sonreír, aunque unas lágrimas asoman al balcón de sus ojos.

—¿Ah, sí? —me dice— ¿Y qué es?

—Todo lo que yo fui —le contesto lleno de alegría, pero también con algo de tristeza—. Esto. Mis recuerdos. El libro que he estado escribiendo durante todo este tiempo.

Capítulo 30

Disfrutar de los recuerdos

Hoy hace un día luminoso, sí. Miro por la ventana y veo un pajarillo que se ha posado en la balaustrada de la terraza a la que da mi despacho. Por un momento parece mirarme, con una alegría que me recuerda a la de un niño pequeño, como si estrenara el mundo precisamente esta mañana. Me ha dicho mi mujer que hoy ha entrado la primavera. Yo no sé si será mi última primavera. ¿Pero hay alguien que lo sepa de sí mismo?

Yo solo sé que seguiré escribiendo mientras pueda. Porque cuando uno deja de perseguir sus recuerdos es que ya no está aquí.

Y yo quiero seguir disfrutando de mi madre y de mi padre, de mi hermana Tere y de Pepín, del cura don Marcelo y de todos los maestros que yo tuve. De mis amigos Jesulín y Julián. Y de Bertín. Y de Lucas. Y de las primeras chicas. Y de los primeros amores. De mi tío Ezequiel y de mi abuela Guillermina, que tanto me enseñaron... Y de tantos otros que nutren mi memoria y mi nostalgia.

Y quiero volver a recordar todos los colores, y todas las fragancias, de todos los paisajes que rodean al Sauce Curvo. Ese sitio donde a mí me tocó nacer. Ese sitio entrañable que es la cuna de mis recuerdos. ¿Porque qué es uno al final, sino la suma de sus recuerdos?

Escrito entre Sacecorbo y Madrid durante el otoño de 2014 y el invierno y la primavera de 2015.

Dedicatoria final

*A mi mujer y a mis hijos, con todo mi amor y cariño.
En compensación, siquiera mínima, por mis frecuentes
ausencias literarias de su lado.*

Nota del autor, Agradecimientos y Reconocimientos

Todos los lugares que se mencionan en este libro son reales. No así las situaciones y los personajes que son una invención del autor, por lo que cualquier parecido con la realidad pasada o presente es pura coincidencia.

Las “Memorias del Sauce Curvo” son un homenaje a todas las vivencias, recuerdos, deseos y esperanzas de los niños y mayores que rodearon al autor en el pueblo de Sacecorbo, donde éste nació y vivió hasta la edad de diez años.

Así que la lista de agradecimientos sería tan larga que no cabría aquí. No obstante no puedo dejar de mencionar por su participación en este libro:

.A los excelentes escritores Pedro de la Cruz, María Narro y Tino Cuadrado a los que me une, aparte de nuestra amistad, nuestro común amor a la tierra en la que nacimos (en el caso de Tino, sus antepasados), por su magnífica y sentida presentación de este libro.

.Al alcalde Gabino Abanades por haber sabido ver esas raíces que menciona en su presentación, que nos unen a todos. Y apoyar que esta novela pueda ser accesible a todos los habitantes de Sacecorbo, que es el pueblo donde está ambientada la misma.

.A mi admirado y querido amigo Antonio Herrera Casado, escritor y periodista, Cronista Provincial e Hijo Predilecto de Castilla la Mancha, entre otras muchísimas cosas más, por su aliento y sus sabios consejos.

.A Máximo Rodríguez Ortiz que fue el primero que me sugirió la idea de escribir un libro sobre nuestro pueblo común y me ofreció generosamente un montón de información. Igualmente a Guadalupe Matarranz, presidenta de la Asociación de Vecinos, que puso a mi disposición toda la información que ellos habían reunido para la excelente revista que publican desde hace años.

.A Soraya Orellana, por su colección de fotos, una de las cuales se ha seleccionado para la portada de este volumen.

.A los lectores del borrador a los que pedí opinión sobre el mismo: Pepe Pidre, mi hermana Maricarmen, Iñaki Martín, Antonio Herrera y Lionel de Orueta por sus sabias orientaciones, críticas y consejos. A mis padres, Francisco y Jacinta que, con más de 90 años, dedicaron juntos varias tardes a la lectura completa, y varias veces, de esta novela.

.Al Ayuntamiento de Sacecorbo y sus autoridades, especialmente a su alcalde, ya nombrado arriba, y a sus concejales: Florentino Lucía y Mamerto Díaz, donde siempre encontré aliento desde el primer momento que les presenté el proyecto.

.Y, sobre todo, a todas las personas nacidas en la Villa del “Sauce Curvo” (llamada también “Sauce del Cuervo”), familiares, consortes, amigos, conocidos, vecinos de los pueblos de al lado, visitantes, y a todos los que un día nos dejaron, pero siguen en nuestra memoria, porque sin ellos no tendría sentido este libro.

Homenaje a la Villa de Sacecorbo

El autor regala los derechos de propiedad intelectual de su novela “Memorias del Sauce Curvo”, ambientada en el pueblo donde nació, Sacecorbo, sobre todos los ejemplares que se distribuyan en el presente y en el futuro para lectura de la misma entre sus habitantes, a fin de que la adquisición de los mismos por parte del Ayuntamiento sea lo más asequible posible.

Ha sido un placer, y un orgullo, la escritura de esta novela, a la que me he dedicado con pasión durante nueve meses de sol a sol e, inclusive, a veces, de sol a luna. Espero que pueda ser un granito de arena más en la proyección y promoción de nuestro pueblo, que tanto lo merece.

F.R.T.

Presentación del alcalde de la Villa de Sacecorbo (“El Sauce Curvo”)

Raíces

Las acepciones que se barajan sobre el origen del nombre de Sacecorbo se asientan en todos los casos sobre la figura de un árbol, un árbol especial, se entiende: la figura de un gran sauce (o roble) singular que se hallaba en el sitio donde se erigió el pueblo.

Por ello, nada mejor, ni más apropiado, que conocer algo sobre sus raíces. Las que sostienen a su tronco y sus ramas.

Y de esto va este bello libro. De adentrarnos en nuestro reciente pasado y ahondar en las raíces de las que todos provenimos: los ya maduros y más viejos, porque las conocimos y las vivimos directamente y podremos disfrutar ahora con su recuerdo antes de que se nos olviden; y los jóvenes, porque todo lo que ven y viven y sienten ahora, tuvo su origen entonces y, a través de ellas, podrán conocer mejor a sus padres y abuelos y, también, a ellos mismos.

Dicen que todo pueblo que olvida su historia está obligado a repetirla. Y mucho mejor que eso es, debe ser, vivir cada uno su tiempo presente y poder, sin embargo, tener la oportunidad y el placer de revivir todos aquellos momentos que han conformado su existencia y aprender y disfrutar de ellos, sin tener que volver a repetirlos.

Estas “Memorias del Sauce Curvo” se centran, particularmente, en aquel tiempo tan extraordinario de la gran emigración. Un tiempo de cambios profundos, sin duda, donde la gente del pueblo tuvo que hacer frente a retos y riesgos totalmente diferentes a lo que habían conocido antes. Y, en términos generales, todos aquellos esfuerzos ingentes que se hicieron entonces, han tenido la recompensa de un mayor progreso y bienestar, tanto para los que se marcharon a las ciudades, como para los que se quedaron en él.

Y aquellas comunidades tan cerradas de todos los pueblos españoles de los años sesenta, han dado paso ahora a los pueblos modernos, donde conviven tanto los que tienen su residencia y su trabajo de forma fija en ellos, como los que vienen a visitarlos, porque tienen una segunda vivienda, o familia, o les atrae el ocio, o la gastronomía o los paisajes. O, simplemente, los recuerdos de su niñez.

Por eso me alegro tanto y considero relevante el celebrar hoy que tengamos una novela que proyecte el pueblo y sus raíces. Porque disfrutarán de ella nuestros convecinos, por supuesto. Pero, también, todos aquellos que, en nuestra provincia, en nuestra comunidad autónoma y a nivel nacional, tengan la oportunidad de leerlo.

Porque la vida que se relata en este libro, y que nos emocionará, sin duda, al recordar las tradiciones, las costumbres, los nombres de los sitios y paisajes que tan bien conocemos, también se vivió, de forma parecida, en otros pueblos de la España de los sesenta.

Y Sacecorbo puede representar para todos, a través de este libro, ese pueblo típico de aquella época, con el que mucha gente se identifique. Y tenga luego curiosidad de conocer el pueblo actual, por supuesto. Y venga a vernos.

Unas últimas líneas nada más para rendir homenaje también a todos los que ya no están con nosotros. Nos quedará siempre su recuerdo y las vivencias que un día compartimos. Este libro

también va dedicado a ellos.

Así que demos la bienvenida a estas “Memorias del Sauce Curvo”. Recordemos y disfrutemos de nuestra niñez, de nuevo, los que vivimos en aquel tiempo. Y los más jóvenes y niños de ahora, acercaos con curiosidad e interés a este libro. Es ocurrente, original y divertido. Y muy sensible y humano. Yo creo que os enriquecerá y conoceréis algo más a vuestros padres y a vuestro pueblo. Y, por supuesto, si lo veis oportuno, invítad a leerlo a vuestros amigos y conocidos. Entre todos haremos que “El sauce curvo” (o “sauce del cuervo”) sea un árbol cada vez más frondoso y atractivo.

GABINO ABANADES.

Alcalde de Sacecorbo y Canales del Ducado.

¿Qué es la infancia? (Frases célebres)

.La infancia es un privilegio de la vejez. No sé por qué la recuerdo actualmente con más claridad que nunca. (*Mario Benedetti, poeta y escritor uruguayo*)

.El niño que no juega no es niño, pero el hombre que no juega perdió para siempre al niño que vivía en él y que le hará mucha falta. (*Pablo Neruda, Premio Nobel*)

.Los niños son el recurso más importante del mundo y la mejor esperanza para el futuro. (*John F. Kennedy, Presidente EE.UU*)

.He llegado por fin a lo que quería ser de mayor: un niño. (*Joseph Keller, matemático americano*)

.Lo maravilloso de la infancia es que cualquier cosa es en ella una maravilla. (*Gilbert K. Chesterton, periodista y escritor inglés*)

.La niñez es la etapa en que todos los hombres son creadores. (*Juana de Ibarbourn, poeta de Uruguay, conocida como “Juana de América”*)

.La única patria que tiene el hombre es su infancia. (*Rainer M. Rilke, poeta austríaco*)

.Lo que pongas en los primeros años de tu vida quedará en ella hasta más allá de la muerte. (*Dicho popular, Anónimo*)

.Todas las personas mayores fueron al principio niños, aunque pocas de ellas lo recuerdan (*Antoine de Saint-Exupéry, escritor y aviador francés*)

.Siempre hay un momento en la infancia en el que se abre una puerta y se deja entrar al futuro (*Graham Greene, escritor y guionista inglés*)

.Un pueblo sin tradición es un pueblo sin porvenir. (*Alberto Lleras Camargo, presidente de Colombia y periodista*)

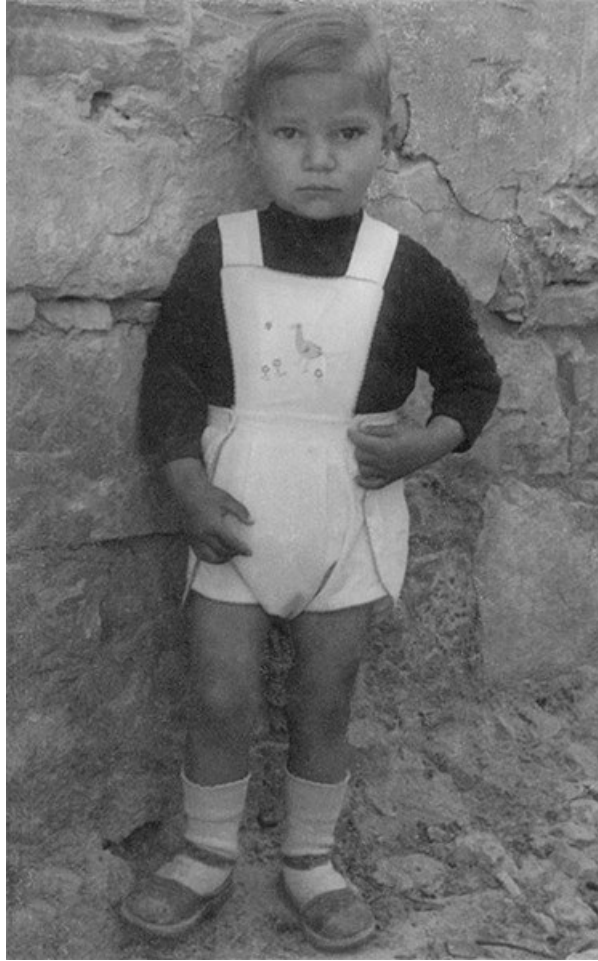


FOTO: El autor en Sacecorbo, el pueblo donde nació. Algún día entre sus dos y tres años.

SOBRE EL AUTOR

Francisco Rodríguez Tejedor, nació en Sacedorbo (Guadalajara) en 1957.

Estudió Economía y Finanzas Internacionales, ámbito en el que ha desarrollado su carrera profesional, como ejecutivo de una importante multinacional española, aunque su gran vocación ha sido la literatura

Actualmente Francisco Rodríguez Tejedor es escritor y cineasta.

Obra literaria:

1.- Colección Grandes Historias:

El día que fuimos dioses: Novela romántica de ambiente internacional. Explora los sueños y amores de juventud de un grupo de universitarios internacionales y cómo tratan de materializarlos. Llevada al cine.

Memorias del Sauce Curvo: Drama romántico, ambientado en La Alcarria de los años sesenta y setenta y en el Madrid actual, que conforman los dos espejos de la generación nacida en aquellos años y cómo ha llegado al día de hoy.

2.- Colección Grandes Thrillers:

El astrónomo: Los secretos de un inspector de policía al que apodan “El astrónomo” por su afición a mirar el cielo con su telescopio son el hilo conductor de una trama donde la culpa, el amor y la venganza son los vértices de una novela negra total llena de suspense. (A publicar a lo largo de 2021)

El cazador de la Patagonia: una auténtica novela negra de suspense sobre el mundo de la venganza, de la lealtad y de las mafias, ambientada en Argentina y en España.

El claxon: suspense psicológico que se mueve apasionadamente en la delgadísima línea que separa la vida y la muerte y el mundo de las segundas oportunidades.

Cinco estremecimientos: cinco personajes que están viviendo al límite, en los momentos claves de sus vidas, se abren en canal y muestran al lector cómo viven esos instantes únicos llenos de emoción y de suspense.

3.- Antología poética 2010-2020: Poesía, vida mía.

Una cuidada recopilación de su obra poética de la última década, agrupada en: *Poemas del amor*, *Poemas de la vida* y *Poemas de la muerte*.

4.- Colección Experiencias Vitales:

Soñadores — Aprende a materializar tus sueños: una novela, escrita con sus dos hijos, donde todos los miembros de una familia buscan al mismo tiempo dar un nuevo impulso a sus vidas, indagando en su vocación y proyectos vitales. Un grupo de 27 personajes reales de la España de hoy (empresarios, artistas, investigadores, etc.) aparecerán con sus consejos y recetas y, sobre todo, exponiendo su propia vida.

Los mejores 101 momentos de amor... y de desamor: un recorrido sorprendente y, a la vez,

ordenado, por todas las fases de la relación amorosa y de la soledad y el desamor, a través de sus principales momentos.

Mil palabras para el optimismo, páginas seleccionadas del diario de un escritor casi optimista: donde el lector experimentará y revivirá esta deseable cualidad vital, a través del día a día que nos ofrece el autor en su diario durante todo un año y de los pensamientos y citas de grandes personalidades universales al respecto.

Obras cinematográficas:

Victoria Veinte Treinta. (2020): Largometraje recientemente rodado. Previsto estreno 2021. *Productor ejecutivo.*

Héroes de barrio (2020): Documental recientemente rodado. Previsto estreno 2021. *Coguionista y productor ejecutivo.*

Semillas de alegría: Largometraje estrenado en 2019. *Productor ejecutivo.*

Delirium: Cortometraje y teaser de 2015, protagonizado por Lydia Bosch. *Productor.*

Victorita, Victorita... : Cortometraje de 2012 protagonizado por Imanol Arias y basado en su novela “El día que fuimos dioses”. *Productor principal y coguionista.*

Agradecimiento al lector y valoración de la novela.

Muchas gracias querido amigo/a por la lectura de la novela **“Memorias del Sauce Curvo”** . En el ánimo del autor está la voluntad y disposición de ofrecer al lector una obra lo más sugerente y atractiva posible, ahora y en el futuro.

Para ello el autor agradece también recibir, si es posible, las sugerencias, opiniones y pareceres del lector al esta novela, que enriquecerán, sin duda alguna, obras futuras y orientarán también a otros lectores que deseen acercarse a **“Memorias del Sauce Curvo”**.

Puedes hacerlo, si así lo deseas, en el apartado de puntuación y/o comentarios de Amazon destinado a ello. Y/o, también, directamente al autor, a su dirección de correo electrónico:

francisco.rodrigueztejedor@gmail.com